



SEBASTIÁN E. LUNA

KAREN

Sebastián E. Luna

ÍNDICE

[Derechos](#)

[Prólogo](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Otras obras del autor](#)

© 2017 Sebastián E. Luna

Todos los derechos reservados.

Edición y corrección: Mercedes López (Dulce Merce)

Diseño de portada y contraportada: Sol Taylor

Primera edición: Julio de 2017

Registrado en Safe Creative

Código de registro: 1706102568064

De acuerdo con la legislación vigente en materia de propiedad intelectual, queda prohibida la reproducción (total o parcial), la distribución, la comunicación pública, la puesta a disposición interactiva, la transformación, así como cualquier otra explotación, por cualquier medio, de los contenidos de este libro.

A mi mujer y mis hijos,
porque son lo único que me vuelve
verdaderamente loco.

A mis lectores, porque
son parte activa de esta locura.

Y al miedo, porque quien
no lo siente, jamás podrá sentirse
valiente.

Si no esperas lo inesperado, no lo reconocerás cuando llegue.

Heráclito de Éfeso.

Prólogo

Mis pasos apresurados retumban por el adoquinado de las calles de Beelzegoyan; no puede ser, esto no es real. No está pasando.

«¿ESTÁS SEGURO HIJO DE PUTA?»

—¡ARGHHHH! —Me llevo las manos a los oídos, me los quiero arrancar, no quiero escuchar más—. ¡Déjame en paz!

Pero solo escucho su risa, esa risa estridente que me martillea el cerebro desde hace semanas. Empiezo a correr más rápido; quiero que desaparezca, que se vaya.

—¡LÁRGATE! ¡FUERA! ¡SAL DE MI CABEZA!

Giro por la calle principal dispuesto a alcanzar mi casa, pero justo en la entrada distingo la sombra. Está ahí, justo delante. La risa estridente ha parado, ahora solo murmura cosas extrañas, cosas que no quiero oír ni saber. Ya no me interesa descifrar ni descubrir nada más. Doy media vuelta y grito de nuevo, presa de la desesperación.

Es como si las voces, esos murmullos extraños, me dirigieran hacia la iglesia. No distingo si están dentro de mí o si los estoy siguiendo hacia lo que vislumbro como la única salida; la veo a lo lejos, la tengo al lado. Allí no me hará daño.

Pero según lo pienso la voz vuelve a reproducirse en mi cerebro: «¡VAMOS, CAPULLO! ¡SERÁ DIVERTIDO!»

No lo soporto. Sollozo y gimoteo justo antes de aporrear la puerta de la entrada lateral.

—¡Padre! ¡Padre, por favor! —grito mientras empiezo a dar empujones—. ¡Abra, padre!

Pero las luces están apagadas y no se escucha nada en su interior.

Miro detrás de mí. La sombra se acerca más rápido arrastrándose por el suelo. Me va a alcanzar... ¡Me alcanza ya!

Me dirijo hacia la entrada principal de la iglesia y la abro con fuerza. Mis pasos retumban ahora por el suelo de mármol. Corro y me coloco detrás del altar antes de girarme y mirar el pórtico. Esa presencia se queda en el quicio, pero justo cuando creo que esto se ha acabado, que por fin estoy a salvo, vuelvo a escuchar su risa, esta vez resuena por la bóveda de la nave. Espero quieto, intentando recuperar el ritmo de mi respiración, sin despegar la vista de... eso.

Un repiqueteo en el suelo se mezcla con el sonido estridente de su voz. ¿Uñas arañando cristal? ¿Las patas de un insecto enorme? ¿Un bastón? Tengo pánico.

La sombra atraviesa el umbral y un sonido burbujeante empieza a taladrarme el cerebro. Las lágrimas recorren mis mejillas buscando una liberación que no llega. Quiero gritar, pero la angustia me atenaza la garganta. Ha cruzado, ha pisado suelo santo...

—¿Pero qué te he hecho yo? —lloriqueo mientras niego repetidamente presa del terror—, ¿qué he hecho?!

No me puedo quedar aquí, mis ojos buscan una vía de escape. Hay dos pequeñas puertas a la derecha. Sé que la primera es la sacristía, he estado en misa con el padre en varias ocasiones, y la otra lleva al campanario.

«¡NO VAS A ESCAPAR!»

Doy dos pasos hacia atrás antes de dirigirme hacia la única salida: la torre. Subo los peldaños en espiral de dos en dos. La sombra me persigue, la percibo con cada partícula de mi ser.

Escucho de nuevo ese extraño repiqueteo y noto la presencia detrás de mí. Subo cada vez más rápido. Los pulmones me van a explotar, los músculos de las piernas me queman, las sienes me palpitan y una pregunta se repite como un mantra en mi subconsciente: ¿Por qué?

El frío de la noche me golpea la cara cuando abro la puerta que da al campanario. El pulso martillea en mis oídos. Giro en redondo, dando vueltas sobre mí mismo, intentando seguir el avance buscando un modo de huir, pero no lo encuentro; no hay nada alrededor. Mi mirada frenética repasa cada rincón del campanario. Corro hacia el borde y me asomo a la calle. Está desierta, cada vez pasa con más frecuencia, cada vez menos gente se atreve a salir con la oscuridad cerniéndose en cada esquina.

Un portazo a mis espaldas hace que me retire del lugar. La sombra está ahí, en el suelo, como si fuera una enorme mancha de alquitrán. Ha vuelto a arrastrarse por el suelo, sin embargo esta vez cobra volumen con mayor rapidez; el sonido burbujeante, la risa estridente, los murmullos dictándome órdenes que no entiendo...

—No puedo más —gimoteo—. Basta... Basta ya...

Pierdo las fuerzas. Lloro derrotado. Se acabó.

Doy un paso hacia atrás acercándome de nuevo al borde de la cornisa al mismo tiempo que el repiqueteo en el suelo se para justo detrás de mí.

Me giro con brusquedad al notar el pútrido aliento en mi nuca.

—¡Bu! —dice entonces ella.

Salto al vacío.

—NOOOOOOOO.

Por Dulce Merce.

I

Llueve. Otra vez.

Me levanto de la silla y abro un par de dedos la hoja corredera de la ventana. Me encanta el olor a tierra mojada y la visión parpadeante de los rayos en la lejanía.

Compruebo la hora en el reloj de pared. Hace diez minutos que se ha marchado mi último paciente y tres desde que debería haber empezado la sesión de las once. Si no lo he hecho todavía es porque la dirección del centro me ha advertido de la meticulosidad con la que debo abordar el caso. Al parecer, el suceso fue portada del periódico local. O así lo atestiguan los numerosos recortes de prensa que me ha mostrado el director.

Me siento a la mesa y muevo el ratón para que el ordenador se recupere del modo reposo. La pantalla se activa y ubico en los documentos del señor Cuéllar el archivo de texto denominado *Karen*. Compruebo el reloj de nuevo. Todavía tengo cinco o seis minutos hasta que cruce la frontera hacia lo desconsiderado. Pulso dos veces. Parece que al documento le cuesta abrir y enseguida compruebo el motivo. Contiene más de ciento cincuenta páginas escritas con imágenes anexas. Me adentro en la profundidad del documento, pero una vez que la rueda de desplazamiento del ratón me lleva más allá de la página sesenta y ocho, soy incapaz de seguir mirando. Lo que le hicieron a esa pobre chica no tiene nombre. Soy psicóloga y se supone que debo estar preparada para afrontar y dar apoyo en situaciones así, pero el hecho de poseer una titulación profesional no me convierte en un monstruo inhumano incapaz de empatizar con ella. Quizá porque ambas tenemos la misma edad y eso me transforma en candidata idónea para ponerme en su piel.

Un trueno hace retumbar la ventana entreabierta y de inmediato doy un respingo en la silla.

¡Qué susto me he dado! Tal vez debería respirar con calma y recordarme a mí misma que estoy lo suficientemente cualificada para abordar este caso. Otro trueno vuelve a destrozar el silencio, pero esta vez no me pilla desprevenida. Llaman a la puerta.

Vaya... Tenía la intención de capturar la mayor parte de datos con una lectura cruzada del documento antes empezar la consulta, pero esta mañana me he relajado y ahora veo que no va a ser posible. Debe ser ella y, una cosa es que yo alargue hasta el máximo el momento de salir a buscar a los pacientes, y otra es que no conteste a la puerta cuando son ellos los que llaman. Pulso sobre el aspa del documento y este se cierra. El escritorio de *Windows* se muestra limpio con apenas un par de iconos sobre un vivo fondo de praderas verdes. Tendré que posponer la lectura del informe *Karen* que elaboró el señor Cuéllar y sacar mis propias conclusiones de esta primera visita.

Me levanto de la mesa y abro la puerta con mi mejor sonrisa, pero esta se tuerce al no reconocer a la persona que hay del otro lado. Frente a mí no está Karen o al menos no la Karen que consta en los informes. Se supone que ahora tiene veintiséis años y esta mujer rondará los cincuenta. Es oronda y tiene la cara ojerosa. Un rápido vistazo a la mano que me ofrece la revela como fumadora compulsiva. Tiene el índice y el corazón amarillos, encostrados de alquitrán y nicotina. Entonces comprendo. Debe tratarse de un familiar. A veces sucede así, primero mandan a alguien, lo que en nuestra jerga se conoce como un mensajero para que tante las condiciones en las que se va a tratar al enfermo, y después, si todo está conforme a lo que espera, se presenta la persona que verdaderamente tiene cita.

—Hola —me dice al tiempo que estrecho su mano. La siento fría, sudada y, de no ser por la desagradable humedad que exhala, juraría que se trata de la extremidad de un muerto—. Soy la madre de Karen.

—Entiendo —contesto permitiéndole el paso e indicándole que puede sentarse en la silla.

La mujer no huele mal para lo que espero de un aspecto tan sucio, aunque tiene ese aroma a ropa apolillada de las casas que permanecen todo el día con las persianas bajadas. Antes de cerrar la puerta me asomo por el marco para vislumbrar una primera imagen de Karen. Ella no está. La sala de espera permanece vacía a excepción de un señor mayor con la pierna vendada que aguarda turno con la enfermera. Me resulta extraño, aunque no increíble. En el poco tiempo que llevo ejerciendo de psicóloga he visto todo tipo de cosas. Termino de cerrar la puerta cuando cae un potente rayo. Lo ha hecho tan cerca que el trueno que profiere llega de inmediato. El cristal parece que va a romperse y corro a cerrar la única hoja abierta de la ventana.

—Discúlpeme —le pido a la madre de Karen—. Me encanta el olor a tierra mojada.

—Le gustará el pueblo, entonces. Aquí siempre está lloviendo.

—Por eso me vine al norte. ¡Vaya! Lo he vuelto a hacer —me disculpo por mi falta de profesionalidad. Todavía estoy muy verde en cuanto al uso de las formas—. Soy Leticia Jiménez —le tiendo de nuevo la mano aunque lo haya hecho antes. Ahora su tacto me resulta contrariamente seco y caliente.

—Jiménez —apunta como si el apellido contuviera un mal de ojo—. No hay muchos en estas tierras.

—Soy de Ávila —agrego sonriente. No sé cómo le sentará oír el nombre de mi ciudad. Si algo he aprendido en el poco tiempo que llevo aquí, es que las gentes de este pueblo rezuman cierto racismo geográfico.

—Bonitas murallas.

«Y muchas cosas más —pienso—. Y no sé por qué diablos no se digna a

decirme su nombre».

—Es curioso, ¿no? —continúa diciendo.

—¿Perdone? —pregunto sin comprender.

—Sus orígenes. Se supone que los psicólogos se dedican a romper las murallas mentales de sus pacientes.

—Eso es solo la primera fase del tratamiento.

—¿Y qué tal se le da? —pregunta con mirada triste. Parece como si la luz de los halógenos perdiese intensidad. Parpadean y su rostro se cuaja de ojeras oscuras.

Entonces sí, ocurre algo que parecía anunciado: se va la luz. La pantalla del ordenador se apaga de golpe y se encienden los pilotos laterales de las luces de emergencia. Un rayo vuelve a cruzar el cielo a mi espalda y mal ilumina por un momento el rostro de la madre de Karen. Ella no se inmuta. No hace nada que indique que se haya dado cuenta de que la luz se ha ido.

—Perdone un segundo —le pido. Mientras por mi cabeza comienza a dibujarse la idea de que la mujer no anda muy cuerda.

Me levanto de la silla y abro la puerta de mi consulta para comprobar el exterior. Tampoco hay luz. Otro fallo general debido a la fuerte tormenta eléctrica. Miro a ambos lados. No hay nadie. El anciano ha debido pasar con la enfermera y la sala de espera parece desolada como un colegio en Navidad. Esto es algo que me extraña más que el hecho de que la luz se vaya a diario. Se supone que estamos en plena hora punta en el centro de salud. Esta sala debería ser un hervidero de gente y sin embargo hay más personas en cualquier calle a las cuatro de la mañana. Cierro la puerta y me doy la vuelta. La madre de Karen está de pie, muy cerca de mí. Es como si hubiera jugado a una versión siniestra del escondite inglés y al darme la vuelta se hubiera quedado paralizada. Un trozo de camiseta asoma por debajo de la sudadera. No sé cuál de las dos telas tiene más lamparones. Trago saliva y trato de no parecer molesta, de no dar importancia a que haya invadido el espacio que considero como personal.

—Tranquila. Siéntese. Seguiremos a pesar de que no tengamos luz. —Le señalo la silla que ha quedado descuadrada de la línea del escritorio.

Ella lo hace, pero antes espera a que yo lo haga primero. Por un momento me siento atrapada. Como si esa mujer fuera un psicópata que esconde un cuchillo afilado entre los pliegues de su carne. Me deshago del pensamiento y me centro en el caso; la paciente. «¿Dónde estará?», pienso, pero antes de que pueda hacer la pregunta en voz alta la mujer vuelve a abrir la boca.

—Le decía que, ¿qué tal se le da derribar murallas siendo usted de Ávila?

Por un momento pienso que me está tomando el pelo. Quizá es una de esas separatistas que solo ha venido a tocar las narices porque consideran que el puesto de psicóloga del pueblo debe ocuparlo un paisano. Pero me contengo al recordar que la

dirección del centro me ha insistido en que actúe con cautela en este caso. No hace ni tres semanas que sustituyó al señor Cuéllar y lo que menos me conviene es granjearme enemigos.

—No se me da mal —sonrió con falsedad—. Y dígame —. Intento adelantarme a su siguiente comentario—. ¿Dónde está Karen?

La mujer guarda silencio. Su rostro se crispa y temo que haya malinterpretado mi pregunta, por lo que la repito con toda la amabilidad de la que soy capaz y al fin contesta.

—Está en casa. He preferido venir yo sola para representarla.

Me revuelvo sobre el asiento, incómoda. La certeza de que algo está mal en la cabeza de esta mujer cada vez es más clara. «Claro que teniendo en cuenta los antecedentes a los que han tenido que enfrentarse como núcleo familiar, no me extraña en absoluto».

—Me parece bien —miento, porque en realidad lo que pienso es que un enfermo con voluntad de recuperarse debe enfrentarse desde el primer día al tratamiento—. ¿Ella sufre algún tipo de ansiedad social? —aventuro el motivo por el que no se ha presentado a consulta.

—No sabría decirle. Desde que ocurrió aquello no ha vuelto a salir a la calle salvo para las sesiones del señor Cuéllar. Creo que ella llegó a sentirse realmente a gusto con él.

—Estoy segura de que fue así. Por lo que me han dicho era un gran profesional, aunque yo no llegué a conocerle, como usted sabrá.

Ella vuelve a quedarse quieta como una estatua. Sus rasgos parecen cincelados en tosco y pétreo mármol. Quizá le ha sorprendido la noticia de que Cuéllar y yo no nos conocimos. Aunque tampoco hay que ser una lumbrera para darse cuenta, ya que yo ocupé temporalmente la plaza que él dejó vacante al tomar la decisión de lanzarse desde el campanario de la iglesia.

—Y dígame, cuando Karen empezó el tratamiento con el señor Cuéllar, ¿usted también venía a las sesiones en representación de ella? —intento indagar en el motivo que la ha traído aquí aunque ya conozco la respuesta o, al menos, creo imaginarla. Nadie podría elaborar un informe de semejante longitud basándose solo en el testimonio de un afectado indirecto. Tomo nota mental de leer el informe completo en un plazo máximo de dos días.

—El señor Cuéllar llevaba toda la vida en el pueblo. Siempre fue un profesional excelente además de un amigo de nuestra familia.

—¿Quiere decir que con él no tuvo que representarla? —adivino.

—No es que no me fie de usted, señorita Jiménez, pero debe entender por lo que ha pasado Karen. Mi labor como madre es asegurarme de que va a comprometerse en su ayuda.

—Es mi trabajo... —estiro la última vocal a fin de que capte la indirecta de que no me ha dicho su nombre. Me parece muy feo llamarle simplemente «señora». Pero ella parece no darse cuenta de mis intenciones ya que se queda embobada, observándome. Decido pasar del asunto y continuar; con el tiempo que llevamos de charla no me parece correcto preguntarlo.

—Entiendo —dice como si se hubiera recuperado milagrosamente de una apoplejía.

Parece que no tiene intención de seguir hablando por lo que decido hacer las preguntas pertinentes para iniciar de verdad mi trabajo.

—¿Cuál es el estado actual de Karen?

—¿A qué se refiere? —pregunta.

No sé cómo lo hago, pero de repente me doy cuenta de que la mujer tiene algún tipo de trastorno respiratorio. Es como si por momentos le costara más respirar.

«Si sigue así —pienso—, va a acabar hiperventilando y desmayándose en la silla».

—¿Cómo la ve usted como madre? —cambio la pregunta a una que a la mujer le resulte menos técnica.

—Está muy triste.

—¿Llora con frecuencia?

Me mira con furia. Puedo sentir la horrible emoción naciendo desde lo más profundo de sus entrañas. No sé qué es lo que he dicho, pero desde luego no le ha gustado que lo hiciera.

—Esa pregunta me dice que no está haciendo usted bien su trabajo y, debido a la situación que arrastra Karen, va a tener que esforzarse.

«A tomar por culo».

Ahí es donde me apetece mandarla, pero recapacito. Sin duda he debido pasar algo por alto. Puede que todo esté en el informe del señor Cuéllar, pero hasta que no venga la luz y haga una copia del fichero para leerlo en casa, no voy a tener oportunidad de saber más. Ahora comprendo que no debía haber aceptado la cita hasta haber manejado con soltura toda la información disponible, pero todo ha sido tan precipitado, que habría sido muy difícil hacerlo de otra forma.

—Discúlpeme. —Intento parecer sosegada, porque realmente mi conciencia está muy tranquila. El pecho de la mujer se mueve como un tiovivo. La sudadera sucia oscila como mecida por una ligera brisa—. ¿Quizá no debería haberla formulado? —me refiero a la pregunta.

—Karen no puede llorar. No desde que le hicieron eso en los ojos.

Algo me dice que no debo hacer preguntas sobre lo que significa «eso», pero me muero de ganas por saberlo. Supongo que también estará en el informe, no obstante en los recortes de prensa y en las fotografías que he visto por encima, no se

hacía ninguna mención especial. Claro que después de las cicatrices que le dejaron por todo el cuerpo, a lo mejor ese es el menor de los problemas de la pobre chica.

—Lo siento —me disculpo—. No he tenido oportunidad de poder le...

—Karen es ciega, ¿es que no lo sabe? —me corta.

Ahora tengo dudas sobre si ya era ciega antes de que le ocurriera el horrible suceso o fue otra de las secuelas propiciadas por los agresores.

«Quizá la rociaron con ácido», me digo. No es la primera vez que me enfrento a un caso así. Eso explicaría la destrucción de los conductos lacrimales, la ceguera y el hecho de que no pueda llorar físicamente. Porque en el plano emocional, aunque las estructuras físicas que precipitan las lágrimas hayan sido destruidas, se puede seguir llorando, señora.

Observo el reloj. Solo han pasado siete minutos pero se me está haciendo eterno. Un súbito hálito húmedo y helado recorre mi espalda generándome un intenso escalofrío. Me giro un poco en la silla para cerrar la ventana, y entonces me doy cuenta de que ya la tenía cerrada de antes. No ha podido ser una corriente y, sin embargo, la he sentido con total claridad. La mujer me observa confundida. Parece como si la grasienta papada le colgase más que al principio.

—No —contesto a su pregunta—. No estaba al corriente de que es una persona invidente.

—Pues cuando se reúna con usted, no debe hacer ninguna mención al respecto.

Mis pensamientos se sacuden como si les hubiera acercado un cable de diez mil voltios. «¿Qué sandez es esa?», me pregunto. Omitir un problema no ayuda en absoluto a hacer que desaparezca.

—¿Ustedes lo hacen así?

La mujer sonrío por primera vez. Parece como si se sintiera orgullosa de hacerme comprender.

—Ella cree que en verdad nunca se quedó ciega —desvela.

El bolígrafo se me escurre de entre los dedos. Trato de ordenar mis ideas. Durante la carrera abordé algunos casos en los que se presentaban pacientes que habían sufrido exactamente lo contrario. Personas que poseen un sistema visual sano y, sin embargo, se niegan a ver la realidad tras pasar por una experiencia traumática. Pero lo contrario, al menos hasta donde sé, me resulta inaudito. Si Karen cree ver a pesar de que está ciega, significaría que vive en un estado de paranoia completo. Su razón debe estar totalmente desligada de la realidad para construir un mundo que no puede percibir. No comprendo entonces que no se haga mención de este importantísimo dato en su historial. Por cada palabra que añade esta mujer, me caen veinte kilos más de arrepentimiento por no haber leído el informe personal del señor Cuéllar.

—Y... ¿cómo lo hace? —me atrevo a preguntar.

—Cuando usted la vea, comprenderá —. Vuelve a sonreír de aquella forma que incita a pensar que sabe del mundo mucho más de lo que yo sabré jamás.

—¿No podría adelantarme nada? Verá... —Con esta pausa intento que se dé cuenta de que sigo sin conocer su nombre. Pero la mujer parece inmune a cualquier tipo de entendimiento que no provenga de su confuso interior—. Cuanta más información maneje de ella con anterioridad, mayores posibilidades de éxito tendré a la hora de abordarla. ¿Me entiende? —pregunto sin esperanza al comprobar su cara de estupefacción.

—Confío en que ayudará a mi hija —esquiva a la perfección mi pregunta o no ha entendido nada de lo que le he dicho.

Me apoyo en el respaldo y exhalo cuanto aire tengo en los pulmones. A continuación vuelvo a llenarlos de oxígeno y de ese olor viciado que ella desprende.

—Y lo voy a hacer. Tiene mi palabra de que todos mis esfuerzos van a dirigirse a que Karen se recupere de la experiencia, pero para ello necesito información.

La madre, al fin, parece entender. Hace un sonoro carraspeo con la garganta y se pasa la mano por el pelo sucio. No puedo evitarlo, y puede parecer muy poco empático, pero siento verdadero asco al pensar en su mano hinchada tocando mi piel.

—¿Qué quiere saber? —Su pregunta me resulta un verdadero triunfo. Así que escojo de entre mis ideas la mejor opción para no retroceder en lo poco que he avanzado.

—¿Ha notado usted algo en ella que pueda indicar que sufre alucinaciones?

—¿Alucinaciones? —repite pasmada.

—Puede que le haya escuchado hablar a solas, o que se queje de voces que le hablan y se sienta incapaz de ubicarlas. A veces estas voces lanzan mensajes molestos, obscenos, o dictan órdenes con las que el enfermo no se siente a gusto.

Entonces se levanta de pronto tirando la silla y me señala con un dedo acusador.

—¡Karen no está loca! ¡La única locura es todo lo que le hicieron a mi pobre niña! —chilla como una energúmena. Sitúa ambas manos a cada lado de su cara y se pellizca con violencia las mejillas. Se palmea con furia los mofletes y vuelve a gritar; berridos que recuerdan a los de un animal de granja momentos antes de ser sacrificado.

Después sale de la consulta y cierra de un portazo que hace retumbar las cuatro paredes que me rodean. Me quedo acurrucada tras la pantalla sin saber bien qué hacer, escuchando el sonido de sus fuertes pasos por el pasillo similares a la estampida de un rinoceronte. Nunca en mi vida he vivido nada parecido. Ni siquiera con pacientes en mitad de una crisis psicótica.

Decido levantarme y salir tras ella. No sé qué voy a decirle, pero esta mujer no se puede marchar así. Abro la puerta y el retumbar de sus pasos desaparece de golpe. Miro a izquierda y derecha con cautela. Por un lado me empuja la determinación de hacer bien mi trabajo y, por otro, me frena el temor a encontrármela de repente, a que pueda agredirme en mitad de la solitaria sala y que nadie escuche mis gritos.

Dejo la puerta de mi consulta entreabierta y me interno en la semioscuridad que reina en aquel espacio sin ventanas. Las luces laterales de emergencia no aportan más que un matiz tenebroso y de abandono. Contengo la respiración cuando llego a la altura de los servicios al percibir un ligero movimiento en la puerta. Temo que esté allí escondida. Mi imaginación la dibuja llorando, desahogándose después de la descarga de adrenalina.

Por un momento siento lástima de la grotesca mujer, no solo por la trágica historia de su hija, sino por la impotencia derivada de cuanto la rodea. Es un pueblo pequeño en el que los comentarios y las conversaciones de esquina deben estar a la orden del día.

No he debido insinuar tan pronto la posibilidad de que Karen esté desequilibrada sin haber valorado en primer lugar a la paciente y en segundo a la madre de la misma. Quizá la mujer esté harta de adivinar siempre las emociones de las personas con las que se cruza. Al principio siente la lástima. Después la incredulidad y el desconcierto y finalmente la pena que hace que explote en la más violenta de las iras.

Me aproximo a esa puerta oscilante que parece no querer detenerse nunca. El interior está oscuro como un frío sótano por el que solo entra luz a través de una minúscula trampilla. Mi mano se posa en la puerta y el pequeño movimiento se detiene contra las yemas de mis dedos. Parece vacío, aunque siento en cada poro de mi ser esa inexplicable certeza que me dice que ahí dentro hay alguien. Empujo la puerta y penetro en el baño. El sonido de una cisterna al activarse hace que se desboque mi corazón. Ahora no me cabe ninguna duda de que tras la segunda puerta de los cuatro baños, hay alguien.

—¿Hola? —pregunto al silencio.

No hay contestación por lo que pruebo más alto al creer que es el sonido de la cisterna lo que ha impedido que me oyera.

—¡¿Hola?! —intento de nuevo al borde del grito, pero tampoco obtengo respuesta.

La cisterna vuelve a descargarse pulsada por una mano que mi mente se empeña en identificar como la de la madre de Karen. Mis ojos se acostumbran a la oscuridad y consigo distinguir algunos de los matices de la hoja de madera. Cuando estoy a treinta centímetros de ella levanto mi brazo para llamar con los nudillos y

entonces una mano se posa sobre mi hombro. Profiero un chillido agudo y salto hacia un lado, tan bruscamente que casi me caigo al suelo. El escalofrío que siento es horrible. Todo mi cuerpo tiembla a pesar de que me he dado cuenta de que no corro ningún peligro.

—¡Leticia! —exclama Ainhoa, una de las administrativas. Se lleva una mano al pecho como para contenerse el pulso y sonrío nerviosa, tanto o más asustada que yo—. ¡Menudo susto te has dado! ¡Perdóname!

Recojo el sudor frío de mi frente y me echo a reír con ella. La situación es absurda y el darnos cuenta hace que nos desternillemos de risa floja.

—Tranquila —digo cuando consigo controlar los nervios.

—¿Qué haces aquí?

—Buscando a mi paciente de las once —sonrío para restarle importancia mientras me acaricio el vientre. Me he reído tanto que mañana tendré agujetas.

—¿En serio? —pregunta sorprendida.

—Ha tenido una especie de ataque de ira y ha salido corriendo de mi consulta —bajo la voz—, creo que está aquí dentro. —Señalo con el pulgar.

En ese momento la cisterna vuelve a hacer el ruido de descarga. En mi cabeza veo a la gruesa mujer pulsando una y otra vez el botón con la mirada perdida en la manera en que desaparece el agua.

«Está loca», pienso.

—¿Eso? —pregunta Ainhoa al abrir la puerta y aniquilar de una vez por todas el misterio que me tiene encogida.

El baño está vacío. No hay nadie ni parece que lo haya habido en todo el día porque el suelo, la taza, el rollo de papel... todo está impoluto; como debe quedar tras el paso de los servicios de limpieza.

—Habría jurado que... —comento confusa.

—No te preocupes. A mí también me pasó la primera vez. A veces este modelo de cisterna se queda atascada y entra en bucle. Mira. —Pulsa el botón con ímpetu hasta que este se levanta y deja de salir agua—. ¿Ves? Nos hemos ahorrado llamar al de mantenimiento —sonríe—. Es un tipo asqueroso. —Vuelve a sonreír y eso me hace sentir estúpida—. Otra cosa es la luz. —Apunta con el índice al techo.

—Es verdad —digo. Me he acostumbrado tanto a esta penumbra que ya casi me he olvidado de ella—. Oye —comento para apartar la extraña situación—, entonces, ¿no has visto salir a mi paciente?

Ainhoa niega con la cabeza y cerrando la puerta que da al pasillo me pide que guarde silencio apoyando un dedo en los labios. Después saca un paquete de cigarrillos y me ofrece uno. Lo cojo aunque hace meses que no fumo. He pasado tanto temor y nervios que creo que un pitillo me hará más bien que daño. Me ofrece fuego y ella se apoya contra la puerta para asegurarse de que no pueda entrar nadie a

sorprendernos. El pelo le cae al lado en una larga coleta castaña. Tiene los ojos grandes, muy oscuros, casi invisibles por la falta de luz. Y ese tono dorado en la piel que lucen los surfistas californianos. Resulta atractiva incluso para mí, que me considero inequívocamente heterosexual.

—¿Cómo era? —pregunta por el aspecto de mi paciente.

—Es una mujer de mediana edad. Grande, fuerte —digo, aunque en realidad hago un gesto a ambos lados de mí indicando que es muy gorda. Prefiero no decir que es la madre de Karen, ya que me han pedido que guarde total discreción—. No sé, pensaba que el portazo que ha dado al salir se había escuchado en todo el pueblo.

—Yo no he oído nada —comenta dando una fuerte calada que hace que la mitad de su cara se tuerza en un gesto cómico.

—Pues menudo susto me ha dado esa mujer. Y, oye, ¿entonces no has visto salir a nadie? —insisto porque no entiendo que una señora enfurecida de ciento cincuenta kilos se pierda con tanta facilidad.

Ainhoa vuelve a negar y a continuación se encoge de hombros.

—Pero no pongas esa cara —me dice al ver mi desconcierto—. Cuando se ha ido la luz me he puesto a leer en el móvil. Estoy con una novela negra que me tiene secuestrada, así que lo mismo ha pasado por delante de mí y no me he dado cuenta.

—Ya —contesto sin ganas. Lo suyo habría sido preguntarle acerca del argumento, del autor, el título y todas esas cosas que pueden dar pie a enfrascarnos en otro tema de conversación y olvidarnos del asunto. Pero estoy demasiado confundida con lo que ha pasado en mi consulta así que decido insistir un poco más—: O a lo mejor todavía está en el edificio, escondida —me atrevo a añadir.

Esto último lo he dicho susurrando. No quería hacerlo, pero al soltar el humo se me ha partido en dos la voz. He debido sonar como el mayordomo de la Casa del Terror del Parque de Atracciones de Madrid.

La chica me mira raro. Nos conocemos del poquísimo tiempo que llevo trabajando en el centro y lo mismo piensa que estoy pirada. Yo le doy otra calada a mi cigarro mientras ella observa cómo se eleva el humo hacia el techo. Después se ríe y a mí me dan ganas de hacerlo también, pero en vez de eso, me atraganto con el humo y me da un fuerte golpe de tos.

—Trae aquí —me dice quitándomelo. Después lo tira por el váter y pulsa de la misma cadena que he creído maldita—. Me la has intentado jugar bien, ¿eh?

La observo sin comprender y espero a que diga algo más que aclare a qué se refiere.

—Has dicho: «Como se ha ido la luz voy a aprovechar el ambiente tétrico para hablarle a la pueblerina de la gorda asesina que se esconde por los pasillos del centro de salud».

Por un momento me dan ganas de disculparme, pero se me pasan enseguida al

percatarme de que ella no ha dejado de sonreír en ningún momento. Después me da un golpecito en el hombro y me dice:

—Anda, pillina. A mí puedes gastarme las bromas que quieras porque yo entiendo por dónde vas, pero no lo intentes mucho con el resto de los trabajadores porque son todos una ristra de gilipollas.

A continuación me da un beso en la mejilla que no entiendo muy bien a qué viene.

—Podríamos tomar algo juntas cuando terminemos el turno —sugiere al tiempo que abre la puerta del baño y empieza a desaparecer por ella.

—¡Espera! —le pido sin haber prestado atención a su última frase.

Se gira hacia mí y franquea el paso en la puerta, a continuación me guiña el ojo y me mira de arriba abajo.

«Ahora entiendo lo del beso —me digo—. Esta chica es lesbiana y me está tirando los tejos».

—¿Sabes por qué hay tan poca gente en el centro de salud? Son las doce menos veinte. Deberíamos estar colapsados —añado y, cuando lo hago, su cara cambia. Sin duda eso no es lo que esperaba escuchar de mis labios.

Quita una de las manos del marco de la puerta. Parece que se relaja y que cambia el chip de «modo a saco en la discoteca» a «vayamos por partes que estoy trabajando».

—Es el sistema informático que agenda las citas automáticamente. No sabemos por qué, pero cada cierto tiempo se colapsa y deja un par de horas vacías. Llevamos así varios meses. —Chasca la lengua e intuyo entre la penumbra que se está mordiendo el labio.

—¿En serio? ¿Y por qué nadie lo arregla? —pregunto pensando en el retraso que puede significar para un paciente.

—Pues no tengo ni idea. —Se encoge otra vez de hombros y la larga coleta le baila con gracia, después se la echa hacia atrás y su cuello queda a la vista. No sé qué me pasa con esta mujer. Parece uno de esos vampiros de novela gótica con los que las adolescentes pierden las bragas en la primera página—. Supongo que el centro habrá abierto la incidencia, pero ya sabes cómo son estas cosas. Habrá un ingeniero en Francia que debería conectarse por internet, pero la conexión va muy mal en el pueblo o el ingeniero tendrá mejores cosas que hacer... Yo qué sé.

Sonríe y sale del baño. A mitad de camino se detiene y veo que tuerce un poco la cabeza hacia el hombro. Creo que quiere decirme algo; insistir, quizá, en lo de ir a tomar unas cañas. Pero debe pensarlo mejor y echa a andar hacia su puesto de trabajo.

A continuación observo el váter de nuevo. En cuanto se ha marchado Ainhoa la atmósfera entre esas cuatro paredes ha caído en diez puntos de confort. A la derecha hay otra puerta que dará a un servicio idéntico a ese. Y otra más; cerrada y tras la que

no se percibe movimiento. Pero aun así mi mente necesita ubicar a la demente allí, escondida, jugando con mis nervios. Me digo que me estoy volviendo tan paranoica como alguno de los pacientes a los que atiendo. Pero no me puedo ir sin abrir. Estiro la mano hacia la puerta y en ese momento regresa la luz. La siniestralidad del baño se esfuma de un plumazo y envalentonada abro la puerta con decisión.

Si Ainhoa viese la cara de asco que he puesto seguro que no volvería a intentar ligar conmigo. Me llevo una mano a la cara y me tapo la nariz y la boca. El olor que emana de la plasta que forma el papel higiénico usado, pises y heces, me revuelve las tripas. También hay un cúmulo de moscas negras succionando con sus trompas los excrementos del suelo y de las paredes. Cierro y me voy corriendo de allí antes de ser incapaz de contener el vómito.

«¿Quién ha podido hacer algo así? ¿Habría sido esa mujer? ¡Dios! No quiero pensar en la pobre operaria de limpieza que tenga que encargarse de eso».

Me encierro en mi despacho y compruebo la hora en el reloj de pared. Son las doce menos diez. La consulta con la madre de Karen tendría que haber durado hasta en punto, por lo que tengo diez minutos para relajarme y olvidarme de toda esta locura.

En el horizonte que contemplo a través de la ventana vuelve a dibujarse un rayo. Me siento en la silla y la acerco hasta la mesa. El ordenador está terminando de iniciarse. Ha debido de encenderse solo al volver la luz. Agarro el ratón y pienso en hacer una consulta rápida a las notificaciones de *Facebook*, pero la curiosidad me vence y recupero la ubicación del archivo *Karen*. Lo copio y lo pego en la soledad de las colinas verdes del escritorio. Pienso unos segundos acerca de la conveniencia de abrirlo ahora o no. Quiero hacerlo, pero quizá sea mejor dejarlo para más tarde, en el portátil de casa, con una taza de café, buena música de fondo y, sobre todo, cuando me haya tranquilizado un poco.

«Sí —decido—. Es mejor dejarlo así».

Facebook no trae nada nuevo. Las tonterías de siempre unidas a un sinfín de peticiones de escribe «amén» por tal, cual, persona o animal. Aquello me aburre más que una ostra. En el momento en el que voy a cerrar me salta una solicitud de amistad. Pincho para comprobar quién es y no me extraña nada ver una foto de perfil con una pose insinuante de Ainhoa. La acepto. ¿Qué voy a hacer si no? Tengo que verla todos los días.

Abro el programa de citas para consultar el nombre de mi paciente de las doce. En la pantalla se muestra el recorrido de los próximos tres días y el nombre de la primera cita de mañana llama poderosamente mi atención. Primero porque ni ayer ni hoy estaba allí durante las veces que he entrado a consultar los horarios, segundo porque me resulta del todo inapropiado:

Karen Benaroz Aguirre - 08:30 horas

II

Estoy cansada. Tengo el cuerpo igual de molido que si me hubieran desmembrado atándome a dos caballos. La tensión del día me ha quitado el apetito y apenas he comido nada. Me preparo una de esas ridículas sopas de sobre de las que siempre juro que no volveré a comprar por la cantidad de ingredientes venenosos que contiene.

Dejo la taza sobre el sofá y me siento en el mismo con cuidado de no derramarla. Después cojo el portátil y lo apoyo en mis piernas cruzadas. Lo abro y, mientras espero a que arranque el sistema, observo en mi mano la memoria USB que me regaló el banco al abrir una cuenta aquí, en el norte. No es con el dispositivo con lo que mi voluntad mantiene una lucha, sino con lo que contiene. Al final he decidido hacer las cosas como es debido y empararme del informe *Karen* antes de irme a dormir.

Lo inserto en el puerto y bebo un sorbo de la taza humeante mientras un simbolito verde recorre la pantalla de lado a lado. La sopa solo me sabe a sal. No es que me sorprenda, pero, después del día que he tenido, quizá tendría que haberme esforzado más con la comida.

El explorador del sistema me indica que la carpeta externa está lista para ser abierta. Hago clic sobre la opción de abrir y el archivo *Karen* se muestra sobre fondo blanco. Mi mano dirige el ratón hacia el navegador de internet. Lo he pensado mejor y prefiero sumergirme algo en mi ambiente antes de bucear en el horror. Busco en favoritos una de las tantas listas de reproducción. Quiero algo alegre pero que tampoco me haga botar en el sitio. También abro *Facebook* y me sorprendo de que mi hermano Óscar esté conectado. Son casi las diez de la noche y lo habitual a estas horas es que esté de fiesta con sus amigos. Pulso sobre su foto de perfil para iniciar una conversación. Al abrirse el cuadro de diálogo me da la opción de hacerlo por *videollamada*.

«¿Por qué no?» Hoy estoy un poco falta de mimos y sé que mi hermano pequeño es uno de los hombres que no me fallarán en la vida. Lanzo la llamada, pero parece que él tarda demasiado en responder. *Smooth criminal*, de Michael Jackson, arranca al mismo tiempo en el reproductor de esa forma tan cañera. La llamada se corta y yo, como buen tauro, vuelvo a insistir con testarudez. Al cuarto toque es él quien imposibilita la comunicación.

«Pues vaya. ¡Qué decepción!»

Parece que a las promesas de achuchones eternos de mi hermano habrá que restarles un día. Vuelvo a llevarme la taza a la boca y la apuro hasta el final, dejando únicamente tropezones de verduras en miniatura y pompas de polvo no disuelto que son puro glutamato chino.

Ojeo un poco la sección de noticias. Sigue igual de interesante que esta mañana, salvo que ahora hay fotos de gatitos por todas partes que, curiosamente, también piden un amén para que no vuelvan a dormir en la calle. Cuando estoy a punto de dejarlo por imposible, veo a la derecha de la pantalla que junto al icono de Ainhoa se ha encendido un testigo verde. Acaba de conectarse. No sé por qué lo hago, pero abro sin pensarlo el cuadro de diálogo y escribo un «hola» en él, aunque no lo envío. Dejo el texto junto al cursor que parpadea a un ritmo de espera. Parece como si la rayita quisiera decirme algo.

«Venga, Leticia. Vamos a jugar a las lesbianas».

Estoy tonta, eso es lo que estoy; cansada y distraída de mis obligaciones. Mañana tengo otra cita con esa señora y he de preparar mi estrategia si no quiero que vuelva a devorar mi terreno. ¡Vaya! Siento hablar en estos términos de una señora tan gruesa, pero realmente es como me he sentido.

Borro esas cuatro letras del saludo a Ainhoa y minimizo la pestaña de *Facebook*. Después recupero la ubicación del archivo *Karen* y clico para abrirlo.

«¡¿Qué demonios?! No, de verdad. Me desesperan estas cosas».

No puedo creérmelo. El archivo no se abre por más que pulse repetidas veces en él. Me voy al botón de inicio e intento reiniciar el sistema. La cara de estupor que se me ha quedado debe ser digna de inmortalizarla en el museo de cera. Por suerte el ordenador parece que está caliente y tarda muy poco en volver a iniciarse. Me recrimino a mí misma hablando en términos informáticos de andar por casa y me da por sonreír ante mi estupidez.

El navegador me avisa de que he dejado una sesión abierta y que tengo la opción de recuperarla. Pulso que sí, por lo que la situación de *Facebook* y del reproductor de música vuelve a ser la misma que antes de haberlo cerrado por las bravas. Ahora le toca el turno a *Karen*, pero parece que tengo la misma mala suerte de antes. No hay forma de abrir el archivo. Hacer clic en él es lo mismo que intentar talar un árbol con una uña.

Estoy desesperada. No sé si lo he copiado mal o si existe la posibilidad de que eso pueda suceder. No entiendo mucho de informática, pero el concepto es muy claro como para que dé lugar a equívocos. Copiar. Pegar. No parece que tenga mucho misterio, más cuando es una operación que habré realizado cerca de medio millón de veces al enredar con canciones o fotografías mías. Sin embargo, algo ha debido suceder entre el momento en que lo abrí por primera vez y este.

«La tormenta», me digo. Es lo único que podría explicar que el archivo se haya estropeado. Quizá al irse la luz se ha quedado pillado o en situación de algún otro término que usan los informáticos.

Escucho un ruido al atenuarse el volumen de la música del ordenador. Es una notificación de *Facebook*. Tengo un mensaje de... Ainhoa. No sé por qué no me

sorprendo y sobre todo no sé por qué me gusta ver esa notificación en la pantalla. No sonrío, aunque sé que me quedo a un milímetro de hacerlo.

«¿Te vienes a El Infierno?», pone en el chat de diálogo.

«¿Qué?», escribo yo.

A continuación es ella la que lanza una *videollamada*. Me observo de arriba abajo y me preocupo por mi aspecto cuando sé de sobra que no debería hacerlo. Llevo puesta una camiseta blanca de tirantes bajo una chaqueta de punto azul marino que utilizo para estar por casa. Sin sujetador, claro. Bastante coarta mi libertad esa prenda como para encima tener que seguir soportándola fuera del trabajo. Sobre las piernas unas mallas grises que me quedan de puta madre. Todo hay que decirlo. No son ropas de gala, pero acepto la invitación.

—Hola, Leticia.

—Hola. —Intento actuar como si no fuera nueva en este tipo de situaciones.

—¿Qué haces? —pregunta.

No sé a dónde enfoca su cámara porque no le veo la cara. Solo distingo una parte del cuerpo que parece... Sí, confirmo que se trata del canalillo que forman dos redondas tetas como las que yo nunca he tenido.

—Espera —me pide. Su mano debe ajustar la tapa de su portátil porque ahora sí que puedo verle la cara. Está radiante y recién duchada o, al menos, con el pelo húmedo del que escurren pequeñas gotas hacia su escote.

«Esta tía va a saco», pienso. Y lo peor de todo es que aún estoy juzgando si me gusta que actúe así o, por el contrario, me acojona que lo haga.

—¿Ahora me ves bien?

—Bueno, sí. —Me encojo de hombros en parte cohibida y ella debe malinterpretar el gesto.

Sonríe y se muerde el labio.

—Si prefieres que la cámara enfoque donde antes...

—Eres tremenda. —Es lo único que me sale decirle entre risas. La verdad es que esta mujer tiene algo que me desconecta por completo de cuanto me rodea.

—Te decía que si te quieres venir a El Infierno.

—¿Literal? —pregunto con los ojos muy abiertos.

—¡Tía! ¿No lo conoces? Es el bar de unos colegas. Bueno, más que un bar, es un pub de ambientación y cultura satánica.

Ella debe notar cómo se retuerce de estupor mi cara porque de inmediato añade:

—¡Tranquila! No hagas caso del nombre ni de la decoración. Los dueños son del pueblo. Vamos, que son amigos míos. De hecho —sigue argumentando para

suavizar lo que quiera que sea que me he imaginado—, venían conmigo al colegio. Cuando en el pueblo solo había un aula de escuela y el padre Antxieta nos daba clase a todos en ella, tuvieras seis o doce años.

—Pues vaya —señalo, aunque obvio decir que no me parece un buen método educativo. No creo que a Ainhoa le importe un carajo este tipo de opiniones.

—Entonces qué, ¿te vienes?

La verdad que me gustaría hacerlo, pero estoy cansada y no sé de dónde me saco la idea de que quizá, con un cincel, un martillo o una palanca, terminaré abriendo el documento *Karen* y podré completar el puzle de su historia.

—No te voy a engañar, me encantaría —enfatico las palabras porque quiero que sepa que en verdad sí que me apetece hacerlo—, pero, ¿te acuerdas de la mujer que me ha dado el susto esta mañana?

—Claro. ¡Como para olvidarlo!

—Pues mañana vuelvo a tener cita con ella y quiero preparar lo mejor posible la sesión.

—Vaya... —parece defraudada—, pero lo entiendo. Tu profesión es jodida. No es lo mismo confundir mandarinas con naranjas que no distinguir un loco del que no lo está.

—Sí —confirmo, aunque en realidad no me gusta hablar en términos de loco sino de paciente—. A veces la locura es difícil de distinguir —le digo negándome a mí misma. Y pienso que también la razón puede parecer esquiva según qué cosas.

«No puedo creerme que esté pensando así solo por verla a través de una pantalla».

—Yo estoy muy loca. —Se coloca el pelo largo tras el cuello dejando la piel morena a la vista y se mueve unas tantas veces sobre el asiento. La pantalla tiembla hacia los lados y finalmente se centra de nuevo en ella—. ¿Confirmarías mi diagnóstico?

—Tendría que conocerte más... —añado, y ahora soy yo la que se muerde el labio por el placer que me produce ver cómo lo hace ella.

«Mierda. No tendría que haber dicho eso, o al menos no de la forma en que lo he hecho».

—Entonces, ¿te vienes mañana?

—¿Vas todos los días? —pregunto, asombrada.

—Esto es Beelzegoyan — nombra con orgullo el nombre de su pueblo—. No hay peor sitio en toda Guipúzcoa. ¿Qué quieres que haga una chica como yo aquí? — Veo que abre los brazos y los estira a cada lado. El movimiento hace que el portátil se vuelque y me quede mirando al techo. Ainhoa lo recupera y se enfoca de nuevo. Me mira extrañada e, incluso, preocupada al percibir la confusión en la que me he sumido tras desestabilizarse su ordenador portátil.

—¿Qué te pasa? —pregunta dejando la boca abierta.

De primeras no contesto. No sé qué es exactamente lo que he visto pero no me ha gustado nada. Era una especie de sombra, o de varias de ellas juntas formando un todo más oscuro. En el centro había algo. Una forma deforme que mi cerebro no ha sido capaz de identificar o, si lo ha hecho, ha resultado tan aterrador que prefiere obviarlo. He sentido un vacío repentino en el estómago y la lividez se ha apoderado de mi cara o, al menos, así lo atestiguan mis mejillas. De hecho, creo que es la primera vez que siento frío en un sitio así.

—Nada —me apresuro a contestar. Aunque da igual lo que diga; soy mala actriz. Siempre lo he sido y más si me pongo tan nerviosa como lo estoy ahora mismo. El mal rollo se está apoderando de mí y va a ser muy difícil que me desquite de la idea aunque en el fondo sepa que no tiene sentido buscar una explicación para lo que he visto.

«Era como... un vacío, hacia algo».

—¿Estás segura? Es que te ha cambiado la cara.

—Es por un expediente que estoy viendo —miento.

—¿Ahora mismo? —De repente sonrío. Se acerca a la pantalla animada por lo que pueda revelarle a continuación—. ¿Son fotos?

Asiento. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Ella sola está construyendo mi excusa.

—¿Hay sangre?

Sus ojos se abren de puro morbo y yo temo lo siguiente que me va a decir.

—¿Puedo verlo? —pide con esa maldita cara de niña caprichosa que me pone a cien.

«Mierda. ¿Lo ves, Leticia? No vales para actriz porque los papeles te comen antes de que termine el acto».

Todavía estoy muy nerviosa para actuar rápido y salir airosa del atolladero en el que me he metido, por lo que tiro de profesionalidad aunque eso me etiquete como la tía más aburrida del mundo.

—Es que... no puedo —tartamudeo. Ella me mira esperando algo más. Un motivo que al menos pueda discutirme—. Secreto profesional —añado y exhalo un aire que estaba a punto de pudrirse en mis pulmones.

—¡Ah, claro! Todo ese rollo de médico paciente —dice.

—Bueno, no soy médico. Lo sabes, ¿no?

—Puede que no estés titulada como tal, pero tú curas, ¿no? Entonces eres médico. A mí ya me estás curando algo de mi locura.

Intento sonreír porque noto que se esfuerza en ser simpática. Pero es tan raro lo que he visto que no me permite hacer otra cosa que darle vueltas una y otra vez en mi cabeza.

—Bueno —se da por vencida—, quizá mañana no sea el día apropiado.

Ahora soy yo la que me vengo un poco abajo.

«¿Qué coño te pasa, Leticia?»

Toda la historia de Karen, su madre, el baño lleno de moscas y ahora esa cosa que he visto en el techo de su casa y que sin duda ella no ve porque ni siquiera se inmuta. Puede que haya estado sometida a demasiado estrés. El traslado desde Ávila y el hecho de estar lejos de mi familia me pasan factura.

—Pasado mejor —le ofrezco. Así tendré tiempo de relajarme y no parecer uno de mis pacientes.

Ainhoa se pone muy contenta. Aplaude y levanta las manos simulando hacer un baile con sus caderas pegadas al asiento.

—Lo vamos a pasar genial —asegura.

Ahora sí que me siento capaz de sonreír. Pero antes de abandonarme por completo a la idea de lo que pueda ocurrir pasado mañana, tengo que preguntárselo. Espero que no se lo tome a mal pero, como me conozco, sé que de lo contrario me va a ser imposible dormir.

—Oye, Ainhoa, ¿harías algo por mí?

—Claro —responde. Sus gestos me dicen que he captado su interés. Puedo ver la punta de su lengua asomando entre sus dientes y, si estuviera en persona a la misma distancia que el ordenador está de mí, su aliento cálido y apresurado recorrería mi cara.

—¿Te importaría levantar mucho la cabeza?

—¿Cómo? —No acaba de comprender.

—Así —le digo, y le muestro el largo de mi cuello al levantar mi barbilla hacia el techo. Después vuelvo a la posición natural. Ella hace lo que le pido y cuando termina sonrío con picardía. Creo que no entiende muy bien lo que pasa, pero sin duda piensa que tiene que ver con que yo esté interesada en esa parte de su anatomía.

—¿Ya?

—No —contesto. Porque después de haber visto con mis propios ojos que no se inmutaba en absoluto al observar el techo, ahora me asalta otra duda—. ¿Estás sola? —pregunto.

—Sí. Y... ¿Sabes qué?

—Dime. —Aunque en realidad temo lo que me va a decir.

—No me gusta estarlo.

Me guiña un ojo y cierra la pantalla del ordenador.

III

Me he quedado dormida en el sofá. Pero contra todo pronóstico es el día en el que más descansada me levanto desde que vivo en Beelzegoyan. Fuera está lloviendo. De hecho tengo dudas de que haya dejado de hacerlo alguna vez, al menos ante mis ojos. Me desperezo antes de levantarme teniendo cuidado de no tirar el portátil de un movimiento brusco. Después lo enciendo o, al menos, hago intención de ello aunque este no responda al botón de encendido. Creo que el ordenador se ha quedado toda la noche reproduciendo vídeos de golpazos y mamporros graciosos hasta que ha agotado la batería. Le conecto el cargador porque tengo una ligera certeza de que en algún momento de la noche, vi una notificación de email nuevo en la bandeja de entrada. No es que tenga premoniciones ni sueños vívidos, es que en verdad estaba tan cansada y con la mente tan bloqueada después de lo que creí haber visto en el techo de la habitación de Ainhoa, que debí caer dormida de un momento a otro.

Me levanto y me voy a la cocina a prepararme un café mientras el ordenador carga batería suficiente como para encenderlo. Hoy debo esforzarme en el desayuno porque llevo unos días descuidando mi alimentación y si no, con el frío y la humedad de este pueblo, no tardaré en coger un buen resfriado. Pongo a tostar un par de rebanadas de pan en una sartén y lleno de agua y café los depósitos de la cafetera. El aroma a café recién hecho y del pan tostado me abre el apetito. Añado azúcar y aceite donde procede y lo dispongo todo en una bandeja para desayunar en el salón frente a las vistas del ventanal de la casa. A lo lejos, gracias a Dios, la silueta del campanario desde donde se lanzó el señor Cuéllar preside el horizonte nublado.

Nunca me he acercado a la iglesia ya que desde que llegué no he hecho otra cosa que trabajar o dedicarme a actividades para preparar el trabajo, ni siquiera cuando doy mi carrera diaria a última hora de la tarde, y es que, en vista de lo siniestro del caso de mi predecesor, y del aspecto tan funesto que tiene el campanario, no creo que nada me lleve a hacerle una visita. En algún momento debió ser una construcción bonita, pero los años de humedad e inclemencias han infestado sus muros de musgo y cubierto la campana de un oscuro y anaranjado óxido. En el tejadillo hay un nido de cigüeña que parece que lleve lustros sin habitarse. Los finos palos con los que ha sido construido sobresalen por los lados y le dan el aspecto de ser una de esas pulseras de pinchos que llevaban los punkis de los ochenta.

El ordenador se enciende solo al llegar al cinco por ciento de carga y mientras confirmo que en verdad tenía un correo electrónico sin leer doy un sorbo al café. Resulta que no tengo uno sino siete correos nuevos. Seis son de desecho ya que se trata de *spam* ofreciéndome cremas anticelulíticas y milagrosos aumentos de pecho a base del consumo de un hongo que más bien se parece a la cagada de un pájaro. Solo

uno me importa tanto que me hace sonreír como si nada de lo que ha pasado en los últimos días tuviera verdadera importancia. El remitente es mi hermano Óscar. Lo envió tarde, rozando las dos de la mañana. Supongo que al final el pobre quiso ponerse en contacto conmigo, pero yo ya me había quedado dormida o estaba a punto de hacerlo. Abro el enlace que me muestra el correo y doy cuenta de la tostada con aceite de oliva.

¡Leti! Perdóname pero no he podido coger ninguna de las llamadas. Menudo susto me he llevado la primera vez. ¡Casi la lío, tía! Resulta que estaba en casa de la vecina, ¡en su ordenador y con mi Facebook abierto mientras ella no me quitaba ojo de encima! Sí. La del quinto con la que nunca se habla mamá... Quitá esa cara de pasmada que debes tener ahora mismo, porque desde hace diez días son las mejores amigas del mundo. Todo vino por unas patatas que a mamá le hacían falta para no sé qué guiso y, como el saco pesaba un puñado, me mandó a mí a cogerlo a su casa. A partir de ahí toman café por la tarde cada día. La vieja esa trae pastas y esto parece un salón de té inglés de las gilipolleces que se escuchan. Ayer vino llorando porque no podía jugar al Candy Crush en el ordenador, y como a mamá le falta tiempo para decir que soy informático aunque esté en el primer año de carrera, ya sabes quién estuvo con la mujer desinfectándole el PC de virus, troyanos, gusanos y garrapatas. La verdad que no sé por dónde habrá navegado esa mujer para tener el ordenador así de infectado. Creo que me he enfrentado a discos duros en la asignatura de seguridad informática que estaban más lozanos que el de esta mujer.

No puedo evitar detenerme y reírme un poco de la situación al imaginarme al gamberro de Óscar sentado junto a la odiosa vecina del quinto. Es verdad que está en primer año de carrera, pero es igual, ya destripaba ordenadores con tan solo catorce años. Es un friki de los que no se pierde ningún evento de esos en los que quedan otros cinco mil ejemplares similares a él para encerrarse en una sala gigante y jugar en red unos con otros sin ni siquiera mirarse las caras.

Apuro la taza de café y leo las últimas líneas del *mail* aunque, lo que me dice, ya no me resulta gracioso: Consiguió arreglar el ordenador. No esperaba menos de él, claro. Y una pregunta final que me conmueve por lo sencilla que es y al mismo tiempo por todo lo que implica.

¿Y tú qué tal estás, hermanita?

«¡¿Pues cómo voy a estar?!»

Jodida. Lejos de casa y rodeada de sucesos extraños y, para más inri, en plena

crisis de identidad sexual por una chica del trabajo. Nunca hasta ayer me había sentido atraída por el cuerpo de ninguna mujer. Bueno, creo que ese es un pensamiento muy retrógrado. No es que me guste su cuerpo, que también. Es que me atrae muchísimo su forma de ser, su conjunto como persona. En fin. Voy a por un vaso de agua antes de que me caliente más y tenga que dar salida yo misma a esta tensión sexual no resuelta.

Llego puntual al centro de salud. He venido con la cabeza tan absorta en la cita que tengo a continuación, que si alguien me ha saludado por el camino no me he dado cuenta. No es que tenga muchos conocidos en Beelzegoyan, pero es un pueblo pequeño en el que las noticias vuelan y más de la mitad de la población ya debe saber quién es la chica que sale a correr a última hora de la tarde. Es gracioso, pero en Ávila estaba acostumbrada a que los hombres siguieran la dirección de mi culo al hacer deporte, y aquí se quedan mirando en el sentido contrario para ver si es que estoy huyendo de algo. Por eso me da que por aquí lo del *running* todavía no está muy visto.

Saludo al guarda jurado que custodia la puerta y observo la silla vacía en donde debería estar Ainhoa.

«Bueno —pienso—. Es temprano y anoche debió acostarse tarde tras su paso por El Infierno». Si alguien pudiera sintonizar el diálogo de mi cabeza alucinaría con esta última frase. Aunque, en realidad, lo alucinante es que me esté preocupando por esa chica cuando probablemente tengo que enfrentarme a una psicópata enajenada en menos de quince minutos.

Introduzco la llave en la cerradura de mi consulta y abro la puerta. Un olor desagradable me sorprende. Doy la luz y entro en él cerrando tras de mí. Huele muy mal. Verdaderamente mal, joder. Es un olor inconfundible que me revuelve las tripas y por poco me hace vomitar el desayuno que tan bien me había sentado. Es como si alguien hubiera sacado a pasear a su jauría de perros y hubiera utilizado mi despacho como zona de *pipican*.

«No me lo puedo creer, ¡joder!», maldigo una y otra vez.

Corro hasta la ventana y abro una de las hojas correderas sin quitarme la mano que cubre mi nariz y mi boca para no inhalar nada de ese aire nauseabundo. Saco la cabeza por la ventana e inhalo profundamente al tiempo que una anciana con pañuelo de luto en el pelo me observa con cara muy rara. Sé lo que está pensando. Ahora les dirá a sus vecinas que la loquera está chiflada y que le ha visto sacar medio cuerpo fuera de la ventana al tiempo que boqueaba como un pez.

«Bien, Leticia; sigamos cosechando éxitos entre los que te consideran un demonio extranjero».

Me aparto de su inquisitiva mirada y busco por el suelo el origen del olor.

Debe ser una mierda del tamaño de la de un mastín por lo que me extraño de no encontrarla a la primera, ya que tampoco es que mi lugar de trabajo sea un palacio. Después de dar tres vueltas alrededor de la mesa con la frente pegada a los baldosines del suelo, me rindo y dejo mi bolso sobre la mesa. Pulso el botón de encendido del ordenador y saco la memoria USB en la que ayer copié el archivo *Karen*. A continuación cierro la ventana. No entiendo nada de lo que está pasando. Apostaría mi vida a que aquí dentro han dejado a un perro encerrado durante varias horas y sin embargo no encuentro ninguna prueba de ello. Echo hacia atrás la silla y, entonces sí, descubro el pastel que algún gracioso ha dejado para mí. Habrá sido uno de esos separatistas que no quieren verme por aquí. Me llevo la mano a la boca para contener el asco porque la visión de la defecación chorreante sobre el tapizado de la silla es superior a mí. Salgo corriendo de mi consulta enfurecida como un toro bravo y recorro varias plantas hasta que doy con una de las mujeres de la limpieza en el piso de arriba. La abordo sin saludarla y quizá me muestro un poco agresiva al agarrarla con tanto ímpetu del brazo.

—¿Quién ha limpiado mi consulta esta mañana? —pregunto.

La señora debe alucinar con la mirada de lunática de la que hago gala, pero es que ahora mismo no puedo fiarme de nadie. Además, es esta gente la que abre a primera hora las puertas del centro de salud, para tenerlo todo a punto a la hora que dan inicio las consultas.

—¿Perdone? —me dice al apoyar la fregona en el cubo y forcejear conmigo hasta que suelto su brazo.

La mujer es pequeña. Lleva el pelo corto, estilo chico, y con ese flequillo canoso que tanto les gusta dejarse por aquí. Solo tiene un pendiente en la oreja derecha en forma de aro y de su escote asoma el tatuaje de una ikurriña que se haría en tiempos de juventud.

«Ha debido ser ésta —me digo—. Con esas pintas su marido será vaquero y con seguridad el dueño del perro que ha expulsado semejante cosa».

—Disculpe —digo haciendo gala de una paz que no sé de dónde saco. He debido parecer una auténtica pirada por lo que hago hincapié en moderar mis gestos y mis siguientes palabras—. Decía que si sabe usted quién ha llevado a cabo la limpieza de mi despacho. Soy Leticia Jiménez, la nueva psicóloga —aclaro al comprobar que cualquier cosa que le digo, le suena a carta de restaurante chino.

—He sido yo. ¿Hay algún problema? —No parece alterada ni sorprendida por mi manera de abordarla.

Intento buscar las palabras para explicarle que he encontrado una caca de perro asquerosa sobre mi silla y que pobre animal, que quizá deberían llevarle al veterinario porque lo que ha soltado no es normal, pero en vez de eso prefiero que lo vea por sí misma y estudiar la sensación que le produce. La mujer me acompaña al

despacho y cuando entramos en él soy yo la primera sorprendida. El olor ha desaparecido por completo. No hay rastro del hedor ni siquiera a detalles ínfimos. El suelo luce limpio y pulido y se respira un aroma químico y delicioso a ambientador de manzana verde. Ella espera y observa por todas partes intentando comprender dónde está el problema que ha desatado semejante reacción en mí. Corro hasta la silla y, al retirar esta hacia atrás, compruebo que el tapizado está perfecto. No hay una sola mancha y el azul de la tela está impoluto.

«Demasiado limpio —sospecho—. Esta gente está confabulada».

Sin duda debe tener un compinche y quieren hacerme creer que estoy loca. Ella o la otra, o puede que una tercera, es la que ha dejado el excremento sobre el asiento y cuando lo he encontrado y he salido pitando de aquí, han cambiado la silla por otra nueva y han fumigado con toneladas de ambientador. No quiero que piensen que me afectan sus estúpidos juegos a las alturas de siglo en el que estamos, por lo que intento olvidar el tema y le doy una excusa cualquiera.

—La próxima vez no echen tanto ambientador. Tengo síndrome de sensibilidad química múltiple —miento como una bellaca.

La señora me observa con cara de no entender una sola palabra de lo que he dicho y tan solo asiente y añade un discreto «Sí, señorita».

A continuación se despide con educación y cierra la puerta de la consulta con suavidad. Vuelvo a observar cada recodo de la silla. Tengo cierta seguridad de que no se trata de la mía, aunque la verdad es que me gustaría no equivocarme. Si esta gente empieza a jugar conmigo para volverme loca tengo que ser más inteligente que ellos y no dejarme llevar por sus estúpidas trampas.

«Aunque no estaría de más actuar con astucia e ir un paso por delante de ellos», pienso.

Cojo la silla y la pongo bocabajo sobre la mesa. Por un momento me siento una demente dejándome llevar por impulsos psicóticos. «Me están espiando. Todos van contra mí. Quieren volverme loca».

«Pero no, Leticia. No estás loca y no vas a permitir que ellos te hagan creer que sí», me digo una y otra vez mientras destapo un rotulador azul de punta gorda cuya tapa sujeto entre los dientes y marco una gran equis en la parte baja de la silla. Observo la marca y como no me parece suficiente hago un garabato con un trazo muy personal; del tipo que solo he podido hacer yo. Por si fuera poco también marco unas aspas en los extremos de las patas. En sitios ocultos que ellas no puedan ver. Cualquier precaución me parece poca para que no vuelvan a jugármela. A continuación devuelvo la silla a su sitio y me relajo. Ahora soy yo la que tengo los cabos bien atados por lo que decido pasar página y centrarme en lo importante.

Faltan menos de cinco minutos para que dé comienzo la visita de la madre de Karen o, quizá, de la propia chica. Aunque algo me dice que hoy no va a ser el día y

que todavía tendré que esperar para conocerla. Lo primero que hago es comprobar si el archivo del informe *Karen* que hay en el ordenador tiene el mismo problema que el que ayer me llevé a casa. Clico en él para abrirlo y parece que ya nada puede sorprenderme. Efectivamente el archivo también está corrupto o encriptado o como quiera que se diga. Tomo un apunte en la agenda para hablar con los informáticos, pero al tratarse de un documento ajeno al centro de salud que el señor Cuéllar elaboró por su cuenta, no sé si van a poder ayudarme. En vista de que no puedo hacer nada en este aspecto, vuelvo a echar un vistazo a la carpeta que me proporcionó el director con algunos de los recortes de prensa del caso Karen. Como son solo artículos sueltos no puedo identificar el periódico concreto al que pertenecen, pero imagino que serán del Diario Vasco, El Gara o El Deia, aunque me extraña por lo sensacionalista y morboso de algunos de los titulares.

Vecina de Beelzegoyan sufre brutal agresión sexual en la noche de San Juan.

Menor de edad drogada es violada y torturada en el contexto de un culto satánico.

La menor de edad de Beelzegoyan ha sido marcada a fuego.

Testimonio confuso hace que los agresores extranjeros escapen con éxito.

«¿Fuego? ¿Con éxito? ¿Cómo coño puede escapar un agresor con éxito?», me pregunto indignada. Un agresor escapa. Punto. No hay ningún éxito en lo que ha hecho. Y lo de extranjero... Creo que está de más en el titular a no ser que tuvieran pruebas fehacientes de que realmente se trataba de personas nacidas en otro país. Aunque, por otro lado, dudo mucho de que eso tenga ningún interés periodístico salvo echar balones fuera por lo que sin duda es un terrible suceso que debió conmocionar a esta pequeña comunidad. Puede que se sientan tan avergonzados del acto que se nieguen a creer que ha podido ser alguien de su propia localidad.

Devuelvo los recortes a la carpeta y la guardo en el cajón de la mesa. Más tarde se la devolveré al director porque el batiburrillo de papeles no me ayuda en nada, salvo para pillarme un buen cabreo. Tendré que empezar de cero con esta chica y volcarme en ella con todo lo que tengo.

Observo el reloj de pared. Son las 8:33 minutos. Un ligero alivio comienza a sustituir la tensión de mi estómago al pensar que quizá hoy me libre de ver a esa horrible mujer. Es estúpido, lo sé. Si hoy no me cito con ella tendré que hacerlo mañana o pasado, o quizá nos crucemos a partir de las dos cuando salga del trabajo. Pero no puedo evitarlo; las sensaciones de ayer fueron tan desagradables, que tengo

que dar rienda suelta a mi imaginación para hacer crecer ese alivio. Aunque la percepción es pasajera porque enseguida llaman a la puerta. Han dado tres toques suaves, casi tímidos y, eso me lleva a tener la seguridad de que se trata de la madre de Karen y que llama así porque se encuentra avergonzada por lo que hizo ayer. Me levanto de la mesa muy digna. Compruebo mis ropas y paso varias veces la mano por la tela de los pantalones para que no estén arrugados. No quiero que sepa que lo que hizo me ha afectado en lo más mínimo. Soy una profesional de la salud y debería estar acostumbrada a manejar situaciones así.

Abro la puerta conteniendo el aire y lo expulso de golpe al comprobar que no hay nadie allí. De hecho no hay un alma en toda la sala de espera. Asomo varias veces la cabeza a ambos lados y busco a la persona que ha llamado a mi consulta. No he tardado tanto en abrir como para que se haya ido pensando que no estaba dentro. Pero, quizá, si se trataba de esa mujer desequilibrada, ha podido pensar que sí. El paso del tiempo en una mente que hace años que ha cortado el hilo con la realidad puede resultar poco realista y, lo que para ellos transcurre como una eternidad, para nosotros es solo un minuto. Doy unos pasos hacia fuera y caigo en la cuenta de que es primera hora de la mañana. Aquí debería haber más gente que en la Gran Vía y sin embargo el espacio está igual de desolado que ayer.

«Claro —me digo—, debe ser por el error informático que me comentó Ainhoa».

Ella dijo que iba por temporadas y que solía durar unos días. Sin embargo no puedo evitar sentir un matiz siniestro en todo esto. Vuelvo a mi despacho y cierro la puerta porque no me gusta nada cómo están sucediendo las cosas desde que llegué aquí. Faltan cincuenta minutos para la siguiente cita y si esta mujer no viene o se dedica a llamar a la puerta y salir corriendo, pienso pasarlos viendo vídeos gracioso en *YouTube*.

«A mí no me van a joder la vida», me aseguro.

De repente me viene a la mente la imagen de Ainhoa. Quizá haya llegado ya y pueda tomar un café con ella para olvidarme un poco de todo en vez de perder el tiempo en algo que, por otro lado, puede dejar un historial en el ordenador que me ponga la cara colorada.

«Sí. Va a ser lo mejor. Voy a invitarla a un café y a preguntarle acerca de cómo le fue su noche de fiesta en El Infierno».

Descuelgo el teléfono de mi escritorio y marco la extensión de administración. El teléfono no hace absolutamente nada. Cuelgo y vuelvo a descolgar pensando en que también pueda tratarse de una avería, y en el momento de volver a marcar, escucho una respiración forzada al otro lado del auricular. Me quedo en silencio escuchando, pero nadie habla. Es como si hubiera entrado una llamada al mismo tiempo que he descolgado.

—¿Hola? —pregunto.

Otra vez ese ruido gutural. Esa respiración profunda y arrítmica que me recuerda tanto al guarrido de un cerdo. Sé que es ella. La certeza me golpea como un mazo plano en la cabeza y por un momento siento un mareo que hace que la habitación gire como una noria.

—Sé que está ahí —insisto al ver que no contesta.

—Discúlpeme, pero no he podido acudir a la cita.

Ahora soy yo la que respira con violencia, pero gracias a Dios no hago ese ruido tan áspero.

—Tranquila, ¿está todo bien? —pregunto para que se dé cuenta de que no le guardo ningún rencor por lo que sucedió ayer.

—Sí. Todo bien, gracias.

«Al menos hoy se muestra más amable».

—¿Está usted con Karen?

—Sí.

Bien. Esta es mi oportunidad. Si consigo que me la pase quizá pueda simpatizar con la chica y evitarme más visitas de esta señora en mi consulta. Al fin y al cabo la paciente es ella y siendo mayor de edad no tengo por qué soportar un trato y unas formas que no me merezco.

—¿Podría pasármela? —tanteo y rezo para que la petición no termine en otra explosión como la de ayer.

—¿Para qué?

—Quisiera hablar personalmente con ella.

—No puede ser.

Mi silencio debe hacerle comprender que no entiendo una mierda de lo que quiere decir con eso porque a continuación añade:

—Está, pero no conmigo.

—¿Quiere decir que está en otra parte de la casa?

Lo piensa un rato. Respira unas cuantas veces de forma asquerosa contra el teléfono y después me dice que sí.

—Bien. ¿Podría saber entonces cuándo va a acudir ella a mi consulta?

—Lo hará pasado mañana. Ya tengo la cita: 8:30, otra vez —me hace saber.

«El jueves», tomo nota mental.

—Pero deberá cumplir dos condiciones muy importantes para que Karen pueda acudir a su consulta.

Eso no me gusta nada. No tengo ninguna duda de que la mujer está pirada y no sé por dónde me va a salir. Puede que ahora le dé por pedirme que acuda en bragas, con los labios rojos y peluca rubia a lo Marilyn Monroe. La mujer está mal y cualquier cosa me parece posible en esta situación tan absurda. Por lo que aunque le

informo de que puede decirme sus condiciones, le advierto primero de que quizá no pueda llegar a aceptarlas.

—Tiene que prometerme que en ningún momento va a comentar con Karen que yo he estado allí. Ella no puede saber que usted y yo nos conocemos de antes.

A la primera condición le digo que sí porque realmente esto no me apetece comentarlo con nadie. Creo que será una de esas cosas de las que o bien termine por llevarme a la tumba o recopilando en unas memorias con un claro perfil cómico.

—En cuanto a la segunda ya le hice mención ayer, pero luego usted me salió con ese asunto de que Karen está loca y eso me hizo enfadar mucho.

«Verás... Ahora me va a pedir que me disculpe».

—Es cierto —digo. Aunque no sé qué es lo que interpreta porque yo me refiero a que de verdad ella se enfadó mucho, pero parece no darle ninguna importancia a ese asunto.

—Jure por Dios todopoderoso que va a hacer lo imposible por ayudar a mi hija.

«¡Joder! Dios todopoderoso... Pues precisamente no la veo a usted yendo cada día a misa».

—Entiendo que usted quiere ayudar a su hija. Lo entiendo, de verdad —insisto para que trate de comprender que voy a hacer cuanto esté en mi mano—, pero debe desentenderse de intentar controlar el tratamiento de Karen.

—¡JÚRELOOOO! —grita. Y lo hace tan alto que tengo que despegar casi treinta centímetros el auricular de mi oreja.

No quiero saber una palabra más de esto por lo que termino jurando por Snoopy, Arturo, y por todos los caballeros de la mesa redonda con tal de que esa mujer se calle y me deje en paz cuanto antes. A continuación la escucho llorar. Está llorando a moco tendido y los sollozos son tan fuertes y lastimeros que me hacen sentir pena. Esta señora está muy mal. Diría que necesita tratamiento con mayor urgencia que su propia hija. Claro que si alguna vez se cita en mi consulta juro que pido el traslado.

—Oiga, ¿se encuentra bien?

—Sí. De verdad. Estoy muy contenta por lo que va a hacer por Karen. Nadie hasta ahora había jurado involucrarse tanto.

«Ah, que son lágrimas de felicidad», me digo.

Y a continuación cuelga. No sé qué se ha pensado que voy a hacer por ella que no hiciera antes el señor Cuéllar. Me consta que era un gran profesional y si en el tiempo que la trató no consiguió ningún avance, no me va a quedar otra que recomendar que le aumenten la medicación. Lo único que me queda claro de todo esto es que agradezco profundamente que haya colgado el teléfono.

Me llevo las manos a ambos lados de la cabeza y me las paso hacia atrás en

un acto compulsivo. Estoy tan nerviosa que incluso me propino pequeños tirones en los mechones de pelo de la nuca. A continuación lo dejo porque pienso que además de que actuar así no me lleva a ninguna parte, va a estropearme el peinado y hoy quiero estar guapa de verdad. No es que necesite sentirme así. Es que quiero estarlo. Tener esta certeza me lleva a visualizar de nuevo a Ainhoa y la boca de fresa que no dejaba de morderse.

«Maldita zorra», me digo. No sé cómo se me ha podido meter de esa forma en la cabeza.

Pienso en llamarla por teléfono porque todavía tengo un rato libre hasta que dé comienzo la próxima cita, pero la sola visión del aparato me produce animadversión y me siento incapaz de descolgarlo. Menos aún de tocar las teclas que me recuerdan a una sonrisa siniestra de alguien que se está riendo de mí.

«Vale. Cálmate, Leticia. Sal a dar un paseo y acércate hasta su puesto de trabajo y charláis un rato para matar el tiempo».

Me levanto de la silla que cada vez considero menos como la que era mía antes de la broma de mal gusto de esta mañana, y abro la puerta para salir de mi despacho. Sigue sin haber gente y además no hay luz en la sala de espera. No es que se haya ido como sucedió ayer con la tormenta, es que alguien ha debido apagarla a propósito. Ahora no me cabe ninguna duda de que una o varias personas están jugando conmigo para que lo pase muy mal y me largue de aquí cuanto antes, porque si no, no entiendo el motivo que puede haber para hacerme pasar por una situación tan desagradable.

Me interno en la oscuridad y cuando no he avanzado ni cuatro metros me detengo de golpe. Hay algo ahí, oculto entre las sombras junto a la fila de asientos del fondo. Parece una figura humana pero es demasiado oscura para tratarse de alguien que vista con ropas normales.

Puedo escuchar mi corazón bombeando con violencia contra los límites de su cavidad, como si quisiera partirme las costillas. Tengo miedo y retrocedo de espaldas de nuevo hacia mi despacho. Pero en cuanto doy el primer paso, la sombra humanoide avanza hacia mí. Parece como si se deslizara por el suelo levitando a escasos centímetros del mismo y su caminar no produce ningún ruido. El temor me atenaza en la garganta y entro en ese tipo de pánico que deja paralizados a los conejos cuando están frente a la boca desencajada de una serpiente. La sombra avanza cada vez más deprisa y entonces distingo que su vestidura es de una sola pieza. Es como si llevara puesto un hábito o una túnica ceremonial. Entonces una voz me grita con violencia en el interior de mi cabeza.

«¡CULTO SATÁNICO! ¡ZORRA! ¡CHIIIIILLA! ¡VOY A FOLLAAAAARTE!»

Y me pongo a chillar como si estuvieran a punto de matarme. No lo hago

porque me lo haya dictado la voz, sino porque de verdad siento que corro verdadero peligro. Sé que la voz no tiene importancia. No es más que una interrelación que mi cerebro ha hecho a raíz de lo que me está sucediendo en estos días y los recortes de periódico que he visto hace un momento. La sombra llega hasta mí y me sujeta con firmeza por los brazos. Intenta que separe mis manos de mis oídos y que abra los ojos. Pero me niego a hacerlo. Estoy totalmente congestionada y en este momento mis músculos tienen el poderío de los de un búfalo.

—Pero, ¡hija! ¡Por Dios santísimo! ¡TRANQUILÍCESE!

Entonces abro los ojos y me atrevo a mirarle. Y según reconozco su vestimenta y mi razón va hilando con ansiedad los hechos, siento una súbita y descomunal vergüenza.

—¡Padre! —le digo, porque es un cura. No le conozco absolutamente de nada, pero tiene tal pinta de buena persona que me sale llamarle así, sin más.

—¿Pero qué le ha pasado? —pregunta con cara asombrada, aunque por su expresión diría que parece estar incluso más asustado que yo.

—Lo siento —. Intento disculparme y parecer una persona coherente y no un ser desquiciado y a punto de perder el uso de sus facultades—. Le he visto en la oscuridad y me he asustado mucho. No sé lo que he pensado.

—¡Ay! Lo siento —se disculpa. Y me parece que lo hace con total sinceridad. Tiene la misma cara de consternado que si me hubiera clavado un cuchillo por error—. Ya decía yo que no era buena idea quedarme aquí a oscuras. Estaba buscando el pulsador de la luz cuando has abierto la puerta.

«Claro, joder. Por eso estaba de pie junto a los asientos y la pared».

—No se preocupe. Es que le he visto con esa ropa tan negra que le llega hasta el suelo y, además, caminaba y sus pasos no hacían un solo ruido —. Trato de dar justificación a la extraña situación que también ha soportado el hombre—. No sé qué he pensado, la verdad —. Sonrío, aunque no sé si hubiera sido mejor no hacerlo. A este paso van a conocerme en todo Beelzegoyan como la loca del pueblo antes de que acabe el día.

—¡Ah! Los pasos, claro. —Y entonces me muestra las zapatillas que calza. Son unas Mizuno Wave Rider. Concretamente un modelo con una de las mejores amortiguaciones del mercado del *running* que no puedo permitirme ni yo. Asiento con cara de espectador porque no se me ocurre decirle nada ante semejante descubrimiento. Él simplemente se encoge de hombros y señala que le gusta salir a caminar al alba.

—¿Quiere que le traiga algo? —Me ofrece un vaso de agua, un Colacao o incluso una tila que puede ir a buscar al bar de la esquina.

Desecho su ofrecimiento con amabilidad y me disculpo porque en menos de media hora tengo la siguiente cita y necesito templar los nervios. La idea de tomarme

un café con Ainhoa ha hecho aguas como el Titanic. Primero porque estaría verdaderamente mal si me consiento a mí misma tomarme un café en el estado en el que me encuentro y, segundo, porque me siento demasiado avergonzada de que ella pueda haber escuchado mis gritos. Me despido y corro a encerrarme en mi consulta. Echo la llave por dentro y me cuido de abrir bien la persiana por si en algún momento vuelvo a quedarme a oscuras porque se vaya la luz. Lo último que quiero es sentirme otra vez rodeada de tinieblas. Después me recuesto en el diván. En este momento me parece el lugar más placentero del mundo a pesar de que siempre he considerado ese tipo de asiento como un instrumento decimonónico fuera de lugar en las terapias de hoy en día. Cierro los ojos y respiro con el abdomen sujetándomelo a la altura del plexo solar. Aunque siento algo de frío en las piernas, me quedo dormida.

No sé qué hora es, pero llaman a mi puerta con insistencia. Me incorporo y me coloco el pelo y la ropa. Necesitaría un espejo para comprobar que todo esté en su sitio, pero no puedo permitirme semejante lujo ahora mismo. Me he quedado dormida y el reloj de pared me dice que voy quince minutos tarde para mi siguiente consulta. Abro la puerta para recibir al paciente con una grata sonrisa y, no es que no me salga, pero me quedo tan sorprendida de la persona que estoy viendo, que el rictus sonriente se extingue a mitad de camino. El hombre me tiende una mano y con gran amabilidad me pregunta:

—¿Ya se encuentra mejor?

Tartamudeo algo que ni yo misma entiendo permitiéndole el paso a mi consulta. Es el mismo cura que minutos antes me ha dado el mayor susto de mi vida. Debe rondar los sesenta años y visto aquí dentro, en condiciones más normales de como lo he conocido la primera vez, despide una energía desbordante.

—Sí, sí, perdóneme. Es que yo...

El hombre me corta y me dice que está olvidado. Que él también es muy asustadizo y que no le gusta estar solo en la iglesia.

—Una vez también me pasó algo parecido con la figura de un santo a tamaño real. Resulta que la mandé a San Sebastián para que la restauraran y cuando la trajeron de vuelta la recibió uno de los monaguillos y la dejaron en mitad de la sacristía. No se imagina los gritos que di esa noche cuando me levanté a por un vaso de agua. Creo que repiqueteé más alto que las campanas de misa.

El hombre ríe y yo le acompaño. Aunque nunca he compartido el humor religioso de los curas, este me resulta bien simpático.

—Soy el padre Antxieta.

«El maestro de Ainhoa. Qué interesante...», pienso. El mundo es un verdadero pañuelo; claro que en un pueblo de estas características, la observación es una auténtica tontería.

—Leticia Jiménez —digo, y le tiendo la mano para que me la estreche. Su contacto es cálido, fuerte y, tiene algo que roza lo pacífico. Es como si el hombre desprendiera un hálito contagioso de comunión espiritual que te hace sentir en paz. O a lo mejor es que me he sentido tan acojonada por su figura cuando he creído que él era otra cosa, que ahora sufro una especie de síndrome de Estocolmo por la persona que creí mi agresor. El caso es que me siento a gusto a su lado y tengo ganas de charlar con él. Parece bastante sano y siento curiosidad por conocer qué tipo de secretos puede esconder la mente de este hombre para acudir a una consulta psicológica ya que, si bien la terapia es compatible con la fe religiosa, no siempre comulga con todos los creyentes.

—Bien, ¿y en qué puedo ayudarle padre Antxieta? —Aunque siempre he procurado resistirme a llamar a las personas por su cargo o condición dentro del contexto terapéutico, paso por alto incidir en ello con el padre Antxieta, porque entre la sonrisa bondadosa que luce este hombre, y el mal comienzo que hemos tenido, me parece más correcto seguir un flujo normal de conversación. Al menos por el momento.

—Verás, hija. No quería darle más importancia al asunto, pero es que sufro de fuerte insomnio. Don José, no sé si le conoce, es el médico de cabecera —. Asiento y visualizo la figura barbada y oronda de uno de los médicos del pueblo—. Me receta unas pastillas. No sé su nombre ahora mismo... Solo puedo decirle que son rojas y blancas.

—Será algún tipo de benzodiacepina —comento más por aportar algo a su conversación que porque tenga verdadera importancia.

—Lo que sea —agita una mano para coincidir conmigo—. El caso es que quiero quitármelas. Llevo muchos años tomándolas y cada vez me hacen menos efecto; sin embargo noto que me siguen haciendo falta. No puedo dejarlas así como así —confiesa con cara de vergüenza.

—Benzodiacepinas, seguro —afirmo con rotundidad—. Son muy adictivas. ¿Y por qué comenzó a tomarlas?

El hombre se queda pensando al tiempo que sus ojillos inteligentes se clavan en los míos. No hace falta que me diga que he acertado de lleno con la pregunta y que, curiosamente, no debía tener mucha intención de revelar nada más allá de su problema de insomnio. Estas situaciones suelen darse en el desconocimiento de lo que es una terapia psicológica. La gente piensa que venir al psicólogo se reduce a soltarle los problemas a un extraño con menos visceralidad que a un amigo, gastar media caja de pañuelitos de celulosa blancos y hasta dentro de un par de años. Pero no, las cosas no funcionan así. Toda terapia tiene sus etapas y su tiempo para que lo aprendido se pueda poner en práctica con éxito.

Le explico la situación y le hago saber que podría ayudarle siempre y cuando

se comprometa a mantener un régimen periódico de visitas. Él no objeta ningún problema salvo que no puede venir más allá de las once porque a partir de esa hora empieza con una cadena de misas que no cesa hasta las dos y media. También me dice que las feligresas se ponen muy pesadas si se salta alguno de estos horarios y que las hay incluso que van de la iglesia a la capilla del centro del día, y de allí a la de la única residencia de ancianos de todo Beelzegoyan, para no perderse ninguna de sus misas.

«¡Jesús!» Casi me dan ganas de santiguarme a mí también al imaginar la vitalidad de estas señoras y el fenómeno *fanboy* del que hacen gala hacia el párroco del pueblo. La verdad que el padre Antxieta tiene la mirada bonita y el rostro afable, y no me extraña que muchas viudas aburridas corraen tras él para que el hombre absuelva sus pecados y les ofrezca tomar la santa comunión día tras día.

—La primera sesión me gusta que sea más una toma de contacto. Presentarnos, conocernos un poco y explicarle por encima en qué consisten mis métodos —le hago saber—. Podemos usar cualquier tipo de terapia con la que usted se encuentre más familiarizado o con la que se sienta más cómodo para sacar a la luz lo que quiera que lleve años perturbando su sueño.

El cura asiente y me observa con creciente interés.

—La verdad que vengo aquí de vacío. Es la primera vez que acudo a un profesional de la salud porque, como imaginará, entre nuestro gremio, durante actos de espiritualidad y confesión, ya he expuesto el tema a mis compañeros.

—¿Quiere decir que les ha hablado de su insomnio a otros sacerdotes?

—No, hija —me sonrío como a una niña pequeña que no entiende del mundo, aunque no me lo tomo a mal. Para mí tratar a un religioso es igual de inaudito de lo que va a resultarle a él ser tratado—, me refiero a que ya he contado mis problemas muchas veces.

—Pero no le ha funcionado, ¿no?

Ahora es él el que me observa con respeto ante la simple observación que le he hecho.

—La verdad es que no. Nosotros estamos muy acostumbrados a las charlas y no puedo decir que con ello haya encontrado alivio para lo que mis ojos han visto.

«Lo que mis ojos han visto. No sé por qué pero no me ha gustado nada esa expresión».

—¿Puede hablarme por encima del tema? Solo quiero unas pinceladas del asunto. Ya lo trataremos en profundidad en la próxima cita.

—¿Ha oído hablar usted de Yobe? —No me gusta que los pacientes me pillen sin ningún dato acerca de lo que me están hablando, pero la verdad es que el nombre no me suena de nada—. Es uno de los treinta y seis estados que conforman la República Federal de Nigeria. Un lugar de gentes maravillosas, pero de terrible

pobreza y mucha necesidad —me explica.

—¿Ha estado allí de misiones? —adivino.

—Media vida —asiente y hace un gesto extraño con los labios. Parece que ni él mismo se cree el tiempo que ha empleado en las personas de aquellas tierras—. Y lo mejor de ella sin ninguna duda —reconoce—. Pero los últimos años... —su voz se troncha y retiene un par de lágrimas que por un momento han estado a punto de escapar de sus ojos—. Primero fue por los señores de la guerra. Acabaron con muchas de las personas que conocí, buenas todas ellas; ganaderos, nómadas en su mayoría que no hacían daño a nadie, gente pacífica que viajaba de un lado a otro con la única intención de encontrar agua para su ganado.

—Entiendo —asiento y algo en mi interior se retuerce de puro asombro. Es increíble lo absurdos que terminan siendo los clichés que tenemos preestablecidos hacia un determinado tipo de persona cuando estos terminan por romperse. El padre Antxieta parece un pacífico párroco sin más preocupación que cumplir sus estrictos horarios y, sin embargo, debe haber vivido más aventuras que Harrison Ford tras la saga completa de Indiana Jones. No hace falta decir que mi interés aumenta por momentos y que sus palabras se cuelan en mi cabeza con la suavidad de la seda deslizándose desde una mesa.

—Los señores de la guerra cayeron —continúa con su relato—, pero luego vino algo peor. Mucho peor.

Se ha detenido. Parece que no pueda seguir hablando o que le cueste un esfuerzo descomunal tener que hacerlo.

—¿Quiere un vaso de agua?

Vuelve a hacer ese gesto de desecho con su mano izquierda. Es grande y fuerte, arrugada y llena de esas manchas que imprime el paso de los años sobre la piel. No lleva anillos ni sellos, ni reloj, ni ninguna otra joya salvo las zapatillas que puedan revelar cierta inclinación de espíritu hacia la ostentación.

—No, tranquila. Es la tensión del recuerdo—. Traga saliva y abre la boca para tomar aire. Sus ojos se clavan en el horizonte nubarrado y su voz baja tres tonos. Es como si el aire no llegara con normalidad a sus pulmones—. Boko Haram dio inicio a una era de matanzas y violaciones sistemáticas contra niñas y religiosas de nuestra escuela —empieza normal, pero a medida que habla las palabras van cayendo en el susurro.

Me imaginaba algo así, aunque nunca pensé que llegaría a escucharlo en boca de nadie. Solo con oír el nombre se me eriza el vello de la nuca y mi piel torna al color de una gallina en bandeja de supermercado. Las imágenes asaltan mi mente con claridad; el grupo radical islamista Boko Haram, liderado por Abubakan Shekau, se introdujo en nuestros hogares a partir de dos hechos de los que se hicieron eco la prensa. Uno de ellos fue el asesinato de cuarenta estudiantes durante un ataque a un

centro de educación de la capital. El otro fue mucho peor, porque aunque el horror de la muerte se apoderó de las familias de los estudiantes para siempre, al menos pudieron darles sepultura. Recuerdo la noticia como si fuera ayer. En aquel entonces tenía veintitrés años. Había ido a la universidad para ver a una amiga con la que llevaba tiempo sin coincidir. Tras unos minutos de charla decidió saltarse las clases y nos tumbamos en la explanada del campus a tomar el sol mientras esperábamos la hora de coger el bus. Se me ocurrió consultar el correo electrónico a través del navegador del móvil y, al cerrarlo, él mismo me redirigió a una sección de noticias. Cuando leí que habían secuestrado a doscientas niñas en el norte de Nigeria para ser utilizadas como esclavas sexuales de los integrantes de Boko Haram, no sentí absolutamente nada. Era como si el mundo de aquel entonces me hubiera anestesiado contra cualquier suceso que no estuviera dentro de mis redes sociales, o en un espacio de más allá de cuatro metros. Sin embargo, el padre Antxieta tiene un testimonio que contar al respecto. Él lo ha vivido de primera mano y estoy segura de que no va a ser precisamente un placer ayudarlo a sacarlo.

—Es terrible lo que me cuenta, padre —expreso con tristeza.

—Ya habrá tiempo de valorar cuán terrible es. ¿Cómo cree que deberíamos afrontarlo?

Me gusta que hable en esos términos que nos incluyen a él y a mí en el proceso de tratamiento. El hecho de que confíe en mí de esa manera, lo hará más susceptible al método en el que estoy pensando.

—Creo que nos iría muy bien con terapia hipnótica.

Al principio me observa como si hablara del mismo tipo de hechicería que perseguía la Santa Inquisición, pero tras exponerle los pros y los contras, y el aval científico del que dispone este método, se muestra conforme en seguir mi recomendación. La verdad que para tratarse de un cura resulta bastante abierto.

—¿Cuándo empezaríamos?

—Espere —le digo, mientras entro en el ordenador para adjudicarle yo misma la cita.

Mañana miércoles lo tengo todo completo y lo más cercano es justo después de la cita con Karen del jueves de la que su madre me ha informado.

«Dios mío —me digo—. Primero esa extraña chica y después lo que promete ser un testimonio desgarrador. Ya puedo estar centrada ese día para lo que me espera».

IV

Estoy indecisa. No sé si arriesgar con una falda muy corta o ponerme ese pantalón vaquero que me sienta tan bien. Decido llamar por teléfono a mi hermano Óscar para que me saque de dudas. No pienso decirle que tengo una especie de cita con una chica del trabajo porque, aunque me consta que es un tío de mundo, no me apetece contestar ahora a sus preguntas. Solo quiero que me diga si pantalón o falda y si él no es capaz de sacarme de dudas lo echaré a cara o cruz.

Su teléfono no contesta. Lo intento dos veces y a la tercera desisto antes de que se corte la llamada. Supongo que tendrá mejores cosas que hacer, como todo el mundo. Sin embargo no puedo evitar sentirme desplazada por mis seres queridos. Parece que toda la seguridad que tenía en él se desvanece conforme pasan los días, aunque sepa de antemano que quizá esté estudiando, con sus amigos, jugando al fútbol o arreglando otra vez el ordenador de la nueva mejor amiga de nuestra madre.

Me llevo ambas prendas frente al espejo del baño y me las pongo por encima. Al final me decanto por la falda sin tener que lanzar ninguna moneda. Si no puedo lucir piernas, no vale la pena correr cada día y más con las cuestras que hay aquí.

Me cepillo el pelo. Está mal que lo diga, pero me siento orgullosa de mi cabello dorado y del juego que hace con mis ojos ambarinos. Aquí está todo el día nublado y todavía no he podido lucirlos bajo el brillo de un sol radiante.

Escojo bolso y echo a andar hacia la puerta de la calle, pero antes de salir no me resisto a la tentación de mirarme una última vez en el espejo. Todo está en su sitio. El pelo cae perfectamente alisado a ambos lados de mi cara, el sujetador que he escogido me hace un pecho dos tallas más grande, el zapato es perfecto y llevo la dosis justa de perfume. No me gusta oler como una pilingui, pero tampoco quiero pasar desapercibida. En la piel llevo esa fragancia de crema corporal con aroma a vainilla que solo se capta en distancias cortas. No creo que llegue a ocurrir algo así, pero tengo tantas ganas de desconectar y me siento tan atraída por Ainhoa, que no puedo prometer que no suceda nada.

En el cielo nocturno asoma la luna entre jirones de nubes. Creo que es la primera vez que veo una porción de firmamento despejado desde que estoy aquí. Aunque tampoco canto victoria; hace viento y los nubarrones se mueven a una sorprendente velocidad. Puede que ni siquiera aguante la tormenta antes de que alcance a llegar a El Infierno. Y eso que está a poco más de un kilómetro del caserón en el que vivo. Ainhoa me ha dado las indicaciones exactas para llegar al sitio y ha añadido para mi mayor seguridad, que si me pierdo, tan solo siga el sonido de la música. Al parecer son muy estrictos con el repertorio de canciones y solo suena *Heavy Metal* a volúmenes bestiales y no de cualquier grupo. Ha añadido enfatizando

esto último.

«Y yo que tenía ganas de bailar algo de Chayanne o de Enrique de Iglesias... Me da a mí que va a ser imposible lucir cualquier tipo de movimiento de cadera con esta falda».

Conforme avanzo por las calles de Beelzegoyan, mi mirada se empeña en no perder de vista mi reflejo en los escaparates de las tiendas. Me estoy dando cuenta de que quizá no haya sido tan buena idea escoger una falda para llegar de primeras a un ambiente así.

«Seguro que está todo lleno de *hevorros* de pelo sucio y horribles *piercing* de calaveras».

No sé cómo a Ainhoa le puede gustar un lugar como ese con lo femenina que es. Vale que es alocada y espontánea y su forma de vestir no es precisamente de mi gusto, pero tiene ese algo de la que se pone una camiseta y un pantalón y con él podría destacar por encima de cualquier modelo de pasarela.

El camino a El Infierno me lleva a toparme de frente con la iglesia del padre Antxieta y con el campanario desde el que se lanzó el señor Cuéllar. Es tarde y casi no hay luz, pero si la hora no fuera tan intempestiva, creo que no podría evitar dejarme llevar por el morbo de imaginar la caída. Incluso puede que buscara restos de sangre sobre el pavimento a pesar de que sé de antemano que no iba a encontrar nada. El campanario tiene una altura de más de quince metros y me imagino que el resultado de la caída condenó a los servicios de limpieza a días de trabajos forzados. Tuvo que ser un espectáculo dantesco ver al pobre viejo reventado contra el duro pavimento.

Bajo la vista porque no quiero seguir contemplando ese espacio en el que la campana, grande y oxidada, me parece la figura rechoncha de una persona. Sobre ella está el espinoso nido de cigüeña que luce en total estado de abandono. Aprieto el paso y cuando llego al final del muro lateral, veo luz a través de una ventana. No entiendo de arquitectura y menos de la de las iglesias, pero por la posición intuyo que el espacio del otro lado es la sacristía. Aunque los cristales son opacos porque se trata de una vidriera sencilla que permite el paso de luz pero no vislumbrar con detalle lo que hay tras ella, contemplo una figura negra silueteada entre los vidrios amarillos. Por la perspectiva calculo que está a unos cinco metros de mí. Diría que es una persona que yace en un mutismo estático, como si se hubiera quedado congelada en el tiempo para siempre. Me detengo y observo esa forma a través del cristal. Me acerco con curiosidad al recordar la graciosa anécdota que el padre Antxieta me contó ayer martes sobre la estatua restaurada que dejó el monaguillo en mitad de la sacristía y que le dio un susto de muerte.

«¿Será esa?», me pregunto al acercar mi rostro al cristal e intentar vislumbrar algo que no sea solo esa forma negra, aunque no lo creo. El párroco habló en términos de pasado, y además remoto, por lo que la extraña forma cobra mayor misterio. Sé

que la curiosidad mató al gato y en este caso yo soy especialmente curiosa, pero es que no puedo evitar saber qué hay detrás de las cosas cuando algo llama mi atención.

De repente la forma se mueve. Lo hace a una velocidad de vértigo hacia un lado y se pierde fuera del marco de visibilidad que ofrece la ventana. Concluyo que es el padre Antxieta rezando o meditando, o en cualquier otro estado que le haya hecho sumergirse en un profundo trance. La verdad que este hombre está muy ágil porque la velocidad con la que ha arrancado el movimiento me ha parecido sencillamente espectacular. Cuando desisto de averiguar qué se esconde tras la vidriera vuelvo a vislumbrar la oscura forma tras ella. Solo que esta vez la veo muy lejos y en consecuencia tiene el tamaño de un pitufo. La sombra se detiene y creo intuir que se gira hasta colocarse de frente a mi posición. Avanza hacia mí con lentitud hasta que da un acelerón digno de un bólido de carreras y la forma ocupa todo el marco de la ventana. Se adhiere al cristal con asquerosa viscosidad y este se oscurece haciendo que dé un salto hacia atrás.

Lo que veo resulta indescriptible. La vidriera se cubre de una capa líquida que brilla como una piel de foca. Una voz me dice que va a atravesar el cristal y que se va a desparramar junto a mis pies para materializarse en otra cosa. El corazón me late a mil por hora y comienzo a respirar con una frecuencia que, si no controlo, va a hacer que me desmaye. Me doy la vuelta para salir corriendo, pero antes de que pueda girarme del todo unos brazos me sujetan por los hombros.

«¡Joder!»

Ahogo un grito cuando contemplo a Ainhoa; por lo menos esta vez no he gritado.

«¿Qué coño le pasa a tu pueblo?!», tengo ganas de chillarle. Pero en vez de eso me callo porque no quiero ser siempre yo la de los numeritos. Ella sonrío con total tranquilidad a pesar de que sus ojos están clavados en la vidriera. Me doy la vuelta y observo el cristal que luce como si nunca hubiera sucedido nada. No hay ni rastro de la sombra que hace un segundo estaba ahí mismo. La luz interior de lo que creo que es la sacristía se apaga y entonces Ainhoa me agarra de la mano.

—He salido a buscarte al ver que tardabas mucho.

—Lo siento —baluceo, porque aún no he conseguido normalizar los latidos de mi corazón. Mi cuerpo tiembla sin control y me disculpo alegando que tengo frío. Ainhoa observa mi diminuta falda y me asalta la certeza de que no le importa nada que me congele con tal de que en algún momento de la noche pueda verme las bragas. De repente mi mayor miedo es que me suden las manos por el temor que he pasado y que ella pueda sentirlo. Pero parece que no es así porque me sujeta con firmeza y entrelazándose los dedos echamos a andar.

—¿Qué hacías ahí parada? —pregunta.

—Tenía curiosidad —obvio aludir a cualquier cosa que tenga que ver con la

sombra—. Ayer conocí al padre Antxieta.

—¡Menudo personaje! —añade ella.

—¿En el buen sentido? —pregunta mi curiosidad profesional.

—Claro. Es una buena persona. En realidad tampoco es que me diera clase durante mucho tiempo, al menos no de seguido —recuerda—. Siempre liado en misiones en distintas partes del mundo. ¿Sabes? Yo creo que los curas dicen que se van a la misión cuando en realidad a lo que van es a un mes de vacaciones pagadas.

—Habrá de todo —observo acelerando el paso. Ainhoa es un poco más alta que yo, sin embargo parece que tiene las piernas considerablemente más largas.

Tras la segunda calle que cruzamos giramos a la derecha y, entonces sí, el sonido de unos descomunales graves y una excéntrica voz se me cuela en el pecho. No hay cartel luminoso ni rastro de luz tras ninguna puerta que me dé alguna pista de que El Infierno esté tras una de ellas. Ainhoa se detiene, suelta mi mano y me coloca un mechón de pelo rubio que ha quedado suelto tras el *trastabillazo* que he dado.

—Oye, Leticia, ¿de verdad que te encuentras bien? —Por primera vez su voz suena muy lejos de cualquier tipo de broma y parece preocupada por lo que realmente pueda pasarme.

—Sí, en serio. Estoy bien —intento sonreír a pesar de que cada vez que cierro los ojos sigo viendo a la madre de Karen, la defecación de perro sobre mi asiento, la sombra en el techo de su casa y la forma líquida adherida a la vidriera de la iglesia. Sin duda el estrés de la mudanza me está haciendo polvo. Tendré que salir a correr más e iniciar un programa diario de meditación a fin de controlar la ansiedad si no quiero acabar en el otro lado de la mesa de mi consulta.

—¿Y qué hacías junto a la ventana de la iglesia?

—Ya te lo he dicho... El padre...

—Ya. Sí, pero, ¿sabes? Soy mayor y además hace años que dejé de chuparme el dedo. Te aseguro que puedes confiar en mí. Venga. Tú me importas —me anima para que lo suelte al tiempo que sus manos se posan en mi cintura.

«¡Dios! Me maneja como si fuera mi pareja desde hace diez años».

En mi interior mantengo una batalla encarnizada entre una versión diminuta de mí que ve en la confesión la solución a todos los problemas que he vivido, contra otra, también diminuta y con bata blanca de profesional sanitario que cree que si le relato uno solo de los detalles de lo que he vivido estos días, todo se irá a la mierda. Pero me guste o no, Ainhoa es el único clavo ardiendo al que, hasta ahora, puedo agarrarme en Beelzegoyan.

—La otra noche, cuando hicimos la *videollamada*...

—Siiiiiii —Su voz suena igual de insinuante que la de una actriz porno a punto de desnudarse frente a la cámara.

—Creí ver una sombra fluctuando en el techo de tu casa.

«Que sea lo que Dios quiera —pienso después de esa primera confesión—. Ya estoy harta de todo esto».

Mi versión diminuta de profesional sanitario se quita la bata blanca, la tira al suelo para pisotearla y salta repetidas veces sobre ella.

—¿Fluctuando?

—Ya sabes ...—la verdad es que no sé ni cómo continuar—... moviéndose de un lado a otro.

—¿Como una mancha?

—¡Sí! Eso es —sonríó al creer que ella tiene una explicación razonable.

—¡Bienvenida al internet de Beelzegoyan! ¡¿Fibra óptica?! ¿Qué es eso? —ríe y sus ojos me dicen que puedo hacerlo junto a ella. También me dicen que no hay persona que me aporte más seguridad y que no hay nadie que le importe más que yo.

«Creo que te están diciendo demasiadas cosas», me suelta la mini versión de mí misma.

—Eso son problemas de la conexión de mierda que hay aquí. No es demasiado habitual, pero de vez en cuando sucede durante las *videollamadas*. La imagen se pixela, el sonido se corta o parece de ultratumba; un espectáculo, vamos —concluye y me siento mejor. Tiene sentido. Quizá cuando sucedió yo ya estaba demasiado sugestionada por lo que me pasó con la madre de Karen.

—También he visto algo parecido en la vidriera de la iglesia. Por eso estaba ahí parada cuando me has pillado de espaldas —le digo.

«Estoy en racha. Siento que puedo contarle cualquier cosa».

La versión diminuta de mí que va en mallas de correr saca una pistola y le vuela la cabeza a la micro psicóloga. Después le hace un sinfín de torturas parecidas a las de un sangriento episodio de Rasca y Pica.

—¿Qué es exactamente lo que has visto? —Esta vez su boca se tuerce y parece preocupada por lo que tenga que decirle.

—No sé... al principio era algo muy pequeño que ha ido creciendo hasta ocupar toda la ventana. Se movía a mucha velocidad. —Es lo único con cierto sentido que se me ocurre decir.

Ainhoa retira sus manos de mis caderas y vuelve a entrelazar sus dedos con los míos. Después me lleva a un sitio apartado lejos de la luz de las farolas. Baja mucho la voz y comienza a relatarme con urgencia.

—Tienes que tener cuidado con según qué gente del pueblo. El padre Antxieta es buena gente, pero es pro-separatista y además, aunque no creo ni por asomo que sea peligroso, pienso que no ha vuelto demasiado bien de las misiones. —Se toca la sien con la punta de un dedo y lo hace girar a tornillo.

—¿Qué quieres decir?

—Ha tenido algún escándalo, ya sabes... sexual. Puede que se haya quedado

así de toda la escoria que ha visto.

Abro mucho los ojos sin poder creérmelo aunque lo cierto es que se trata de una persona como otra cualquiera, con sus fuerzas y debilidades.

—¿Con niños? —digo eso porque parece que siempre que se chismorrea de un cura, o bien tiene que ver con la pedofilia, con el abuso del vino de misa o con ambas cosas.

—¡No, mujer! ¡Qué horror! Si ese hombre hiciera algo así no le permitiríamos vivir aquí. Le quemaríamos en la hoguera, como se hacía antiguamente.

—Entiendo. ¿Entonces?

—Una mujer que limpiaba la sacristía le pilló masturbándose con una película porno sobre monjas.

—¿Pero qué dices?! —No me lo puedo creer y de repente me entra la risa floja.

—Ríete, pero por lo que me has dicho a lo mejor eres la segunda persona que le ha pillado haciendo lo mismo.

—¿Yo?

Asiente convencida.

—Piénsalo... Se estaba cascando una paja antes de irse a dormir y le has sorprendido en mitad de faena. Después ha tirado una sotana negra contra el cristal para que te llevaras un buen susto.

—¡Madre mía! Y mañana tengo consulta con él... No sé cómo voy a poder mirar a los ojos a este hombre.

—Pues igual que lo has hecho antes. Yo he estado muchas veces en la iglesia y desde el interior de las vidrieras no se ve una mierda. Él ha debido ver la misma clase de figura que tú. No debes preocuparte por eso.

Asiento, pero a pesar de ello no puedo evitar pensar que mañana ya no va a ser lo mismo. Aunque por otro lado, al menos aportará una nota de humor al complicado día que me espera.

—Venga, El Infierno nos espera —me anima.

Me agarro al brazo que me ofrece y me conduce los últimos metros hasta la puerta del pub. Es negra, grande, pero sin ningún tipo de marca que indique que hay un local detrás. La música, curiosamente, ahora parece sonar a menor volumen.

—Haz los honores —me pide Ainhoa.

Abro la puerta y una voz metal nos recibe como un golpe de mar. Frente a mí hay unas escaleras que desembocan en un pasillo iluminado en naranjas y rojos. Bajamos juntas. Esperaba encontrar un lugar plagado de gente pero de momento no se ve a nadie por ningún lado. También es entre semana y supongo que aunque la mayor parte de los habitantes del pueblo se dediquen a una labor tan poco estresante como la ganadería, igualmente tendrán que trabajar.

El pasillo cae en pendiente unos sorprendentes veinte metros sin ninguna puerta ni decoración que rompa la monotonía de las luces de neón multicolor que recorren las paredes y el techo. Forman vivas llamaradas que imitan con bastante fidelidad a un fuego real. Al final del mismo, oculta en una caída de luz, aguarda la verdadera entrada del local.

Es soberbia. Se trata de dos grandes puertas acabadas en arco y labradas en forja con detalles que rozan la más exquisita orfebrería. El metal está pintado en blanco y negro y contiene escenas de lo que se supone la historia de un mismo protagonista. El ángel caído aparece en cada una de las representaciones. Primero como un angelito de alas emplumadas e incipiente barriga de bebé, después como un ser radiante que porta una espada llameante a la cabeza de un ejército de miles de seres similares a él. Contemplar el último recuadro me produce un escalofrío que me atraviesa la espalda y me punza con violencia en las extrañas. Ainhoa observa cómo, de un modo inconsciente, me llevo una mano al vientre. Me rodea con uno de sus brazos y me susurra algo al oído. Pero de toda la palabrería que me suelta solo he entendido lo último. La mirada del hombre carnero desde su trono me tiene embrujada. Sus ojos son dos gemas violáceas que brillan con la misma intensidad que las luces eléctricas. Entre las piernas le cuelga un falo desproporcionado entre dos testículos del tamaño de la cabeza de un Neanderthal.

—Es increíble, ¿verdad? —escucho el eco de la voz de Ainhoa en mi cabeza —. Si existiera un hombre con una polla así, ¿te lo follarías?

La verdad, no sé qué decir y por eso omito contestarla. Su pregunta me ha pillado con la mente atrapada en la magnética mirada del carnero. Cuando consigo reaccionar y quiero hacer un comentario jocoso, Ainhoa me lo impide posando dos de sus dedos en mis labios.

—Shhh —susurra como una serpiente. Después me guiña un ojo y abre al mismo tiempo las dos puertas con un ímpetu que no se corresponde con el grosor de sus brazos. Sonríe y me invita a pasar a lo que sin duda considera las entrañas de su palacio.

El interior está atestado de gente. De hecho no sé de dónde salen tantas personas porque ni siquiera creo que Belzeegoyan tenga semejante población adolescente. El ambiente es mejor de lo que esperaba y lo único que me descuadra es la edad media de los presentes, que no debe ir más allá de los diecisiete o dieciocho años. Ainhoa me arrastra entre la gente mientras noto sus inquisitivas miradas clavándose en mí.

«¿Quién es esta? ¿De dónde sale? ¿Es extranjera?»

Las preguntas se agolpan en mi cabeza a pesar de que no salen por ninguna de sus bocas. La micro psicóloga resucita de entre los muertos y se sienta sobre mi hombro derecho.

«Eres una paranoica, Leti», me dice la pequeña versión de mí misma. Se ajusta unas gafas de pasta y explota dejando un imaginario humo blancuzco a mi alrededor.

«¿Soy yo o la gente se aparta al paso de Ainhoa como si le guardaran un profundo respeto?»

—¿Te gusta este sitio? —me señala un rincón oscuro en el que un sofá en forma de ele se interna hacia un reservado.

—Es un poco..., oscuro —le digo, porque más allá del cubículo del reservado no se ve absolutamente nada.

—¿Te asusta la oscuridad? —Me mira con esos ojos a los que por desgracia sé que tras dos copas y unas risas después, no podré negarles nada.

«Vamos Leticia. Has venido a divertirte. Ya sabías de antemano que el norte era distinto. Si hasta en Ávila el barrio sur no tiene nada que ver con el del norte. ¿Qué esperabas?»

Siento esa necesidad imperiosa de encajar y de empatizar con ella hasta el punto de sentirme una más entre el resto de las personas que hay en el local, por mucho que esté a años luz de ese tipo de gente.

Nos sentamos en el sofá y sin que siquiera me haya dado tiempo a quitarme el bolso y dejarlo sobre el asiento aparece uno de los camareros.

—¡Asier! —exclama Ainhoa al tiempo que se levanta y le da un cariñoso abrazo.

Al tal Asier se le cae la bandeja redonda al suelo produciendo un estallido metálico que ruge por encima de la música. Ver sus cuerpos fundidos me hace sentir de nuevo desplazada del sitio y el momento. Mi sexto sentido brama una señal de emergencia diciéndome que el abrazo tiene demasiado peso. No puedo creerme que esté sintiendo celos por esta mujer cuando nuestra relación no está perfilada más allá de que somos compañeras de trabajo.

—Asier es mi mejor amigo —me informa Ainhoa—. Es casi como un hermano.

Entonces pienso que yo sí que tengo un hermano de verdad y que, aunque le quiero con locura, jamás dejaría que su mano permaneciese tan cerca de mi culo más de cinco segundos.

—Un placer. —Sonrío, aunque algo en mí debe indicar a Ainhoa que me siento molesta porque de inmediato se suelta de Asier y vuelve a sentarse a mi lado.

Él me parece un maleducado porque ni siquiera se agacha a darme dos besos ni hace ningún gesto de asentimiento. Hubiese bastado un: «¡Eh tú! ¡Existes y estás en mi local! ¿Qué te apetece tomar?» Pero por lo que se ve no debe considerarme importante ni para eso. Sin duda debe tratarse de otro de esos integrantes de la facción separatista del pueblo de la que ya me ha advertido Ainhoa. Es una pena, porque el tío

es bastante guapo, tiene un físico musculado sin llegar a ser una bestia de gimnasio. Lleva una camiseta negra de manga corta con la cara del carnero de la puerta en el pecho; pantalón vaquero y zapatillas deportivas negras de la que no logro distinguir la marca. Su *look*, sin ser llamativo, combina a la perfección con su rostro anguloso.

—¿Te fías de mí? —me pregunta Ainhoa.

—Claro.

—Dos Semen de diablo —le muestra el mismo número de dedos al camarero. El chico asiente y desaparece entre la gente.

—¡¿Qué has pedido?! —Trato de aparentar normalidad, pero la verdad es que estoy lejos de estarlo.

Ella le resta importancia y me explica que me va a gustar. Que no es más que una bebida que estaré harta de probar, pero que aquí la llaman de otra forma para conjugar con la fórmula del local.

—¿Te gusta? —señala alrededor.

—Bueno... —No quiero decirle que cualquier cosa puede precipitar que termine siendo el mejor o el peor plan de mi vida, pero la verdad, así es como me siento ahora mismo.

—Te acostumbrarás. La primera vez que vine también lo encontré muy extraño. Pero cuanto más tiempo estás en El Infierno, menos quieres irte de él.

—Entiendo. Y dime —quiero hacer la pregunta para romper el hielo y distraerme un poco de la situación, aunque en realidad me importa un carajo la historia del pub—, ¿qué pinta aquí este lugar?

—Es por Asier —explica—. Tenía una banda de *black metal*. Te aseguro que eran muy buenos. Llegaron a grabar un disco en una época en la que este género estaba muy mal visto.

—No sé lo que es el *black metal* —reconozco.

—Es una facción más oscura que el *heavy* convencional. Hoy en día casi no quedan bandas que rindan homenaje al género, pero allá por los ochenta vivieron su momento de gloria.

—¿Es como esos grupos que pones los discos al revés y se escuchan mensajes satánicos?

—Más o menos —reconoce—. Solo que aquí no hace falta reproducirlos en sentido contrario. Las letras son anticristianas, misántropas, satánicas... Lo más violento que se te ocurra.

—¿Y en serio se puede triunfar en la música con ese mensaje? —pregunto.

—Todo tiene su público, Leticia. No te olvides nunca de eso. —Me mira y sus ojos, grandes y oscuros, me resultan demasiado intrigantes como para dejar de hacerles preguntas.

—¿Y por qué lo dejaron? Porque, lo dejaron, ¿no?

—Chica lista —sonríe—. Sí. Desde luego que si Asier hubiera podido seguir cantando, dedicaría su vida a la música y no a estar encerrado en este agujero. Aunque sea un agujero maravilloso.

Por un momento pienso que esta chica tiene muy mal gusto, pero lo retiro enseguida porque eso me deja en mal lugar a mí.

—¿Por qué no puede cantar? —Sé que no dejo de hacer preguntas, pero es que cada contestación que me da me invita a hacer una nueva.

—¿No te lo he dicho? —se extraña y parpadea repetidas veces—. ¡Qué descuidada soy! Te habrás pensado que es un gilipollas por no saludarte.

—Un poco, sí. —Y vuelvo a sonreír, porque como siempre Ainhoa está a punto de dejar a la altura de lo absurdo las cosas tan trascendentes que me pasan.

—Tuvo un accidente y ya sabes...

—¿Qué? —pregunto sin comprender.

Se acerca a mí y me enseña los dientes. Su boca se queda a menos de un centímetro de la mía mientras puedo escuchar como castaña los dientes con fuerza.

—Se amputó la lengua tras dar tres vueltas de campana.

—¡Dios mío! —se escapa de mis labios al tiempo que me muerdo con cuidado la lengua. Es el morbo de querer ensayar el dolor, pero sin llegar a experimentarlo, lo que me empuja a hacerlo.

En ese momento Asier vuelve con dos copas de balón llenas de un líquido espeso y blanco. Entre los hielos sobresalen varias pajitas negras de plástico. Las deja sobre la mesa y se despide con una mano. Mi percepción de él ha cambiado por completo. Primero porque yo he dejado de ser la víctima y la he personificado en él, y segundo porque he captado un detalle que antes no había visto y que me ha dejado alucinada. En su pantalón vaquero se dibujaba un paquete de proporciones ciclópeas. Era tan grande que creo que habría podido alunizar en su superficie un pequeño módulo lunar. Ainhoa me observa y comienza a reírse. Después me da un golpecito en el brazo y me guiña un ojo para indicarme que ya sabe por qué me he quedado así después de su visita. A continuación levanta la copa y me ofrece la mía. Observo el líquido con desazón; entrechoco el cristal y me lo llevo a los labios. Siento el impulso de pinzarme la nariz con dos dedos para dejar cao a mis papilas gustativas. Pero resulta que el líquido está buenísimo. Lo he probado antes con la única diferencia de que la textura de este es más espesa.

—Es Mangaroca con pulpa natural de piña y mucha avena en polvo.

—Me encanta —reconozco—, y encima sano.

Ainhoa cruza las piernas, se recuesta contra el respaldo y asiente complacida.

—¿Qué tal te ha ido hoy en el centro de salud? —pregunta.

—Un día tranquilo —comento mientras me encojo de hombros—. Una mujer despechada buscando apoyo social y una madre con depresión porque su único hijo se

ha marchado a trabajar a Cádiz.

—La señora Irureta e Izaskun Urtizberea, indistintamente.

De primeras me asombro, pero enseguida relaciono que es un pueblo muy pequeño y que, además, Ainhoa está en la entrada del centro de salud. Por lo que hilar las historias con sus respectivos pacientes no debe resultar difícil.

—El día complicado lo voy a tener mañana —confieso.

Su copa pierde contenido al tiempo que éste es absorbido a través de una de las pajitas. Después se relame el líquido blanco de los labios y me coge otra vez de la mano. No es que no me guste que lo haga, pero me da vértigo que esto vaya tan lanzado.

—¿Qué pacientes tienes mañana?

—Tengo a esa tal Karen a primera hora.

Ella misma me suelta y se frota las palmas contra sus pantalones. Por sus gestos noto que se ha puesto muy nerviosa.

—¿Qué? —pregunto. Aunque no sé si tengo ganas de escucharlo. A este paso voy a odiar a esa pobre chica sin siquiera conocerla.

—¿Sabes algo sobre ella?

Sé más de lo que debería saber y mucho menos de lo que me gustaría para ser una paciente con la que todavía no he mantenido consulta. Quisiera decirle que la señora tan loca con la que tuve el encontronazo antes de ayer era la madre de esta chica, y que vino en representación de ella con el único fin de obligarme a jurar que iba a hacer cuanto fuera necesario por ayudar a su hija. Pero le hice una promesa a la mujer de que guardaría silencio con respecto a nuestras conversaciones y no quiero faltar a mi palabra, aunque no tenga por qué tener consecuencias. En cualquier caso, siendo lo lista que es, ella sola puede atar cabos y llegar a averiguarlo. No creo que haya muchas señoras dementes de ciento cincuenta kilos en este pueblo.

—No demasiado —le contesto—. Pero confío en que en cuanto mantenga un par de entrevistas con ella y solucione el tema del informe del señor Cuéllar que te comenté esta mañana, pronto me pondré al día.

—¿El informe del señor Cuéllar? —pregunta, interesada. Y sé que lo está porque veo cómo sus pupilas se dilatan. Son unos milímetros imperceptibles para alguien que no está acostumbrado a estudiar el lenguaje corporal de la persona con la que está hablando.

—Sí. Mañana tenía pensado llamar a los informáticos para ver si ellos pueden desbloquearlo.

—¡Ja! Eso sí que es bueno. Ya te he dicho que Beelzegoyan no existe para ese gremio. Tendrás que buscar la solución por ti misma si tan importante consideras que es.

—Pues ahora que lo dices... Mi hermano está haciendo la carrera. Y además

es un friki de cuidado.

—¿Tienes un hermano? —se sorprende— ¿Es guapo?

—No puedo creer que me lo preguntes en serio.

—Lo hago por cambiar de tema. Todo lo que tenga que ver con Karen me causa muy mal rollo.

—¿Por qué? Si ella es la víctima...

—No quiero adelantarte nada. Si lo hago, contaminaría tu juicio y prefiero que saques tus propias conclusiones.

—Ya... —Supongo que me está bien empleado. Yo le oculto un par de cosas y ella me oculta otras pocas. Pero, ¿qué quiere que le haga? Tengo un compromiso de confidencialidad con cada uno de los pacientes que cruza por la puerta de mi consulta. A mi anterior pareja también le fastidiaba.

«Espera —me digo—. ¿He dicho anterior pareja dando a entender que ella es la de ahora? Joder, Leti. Deja el semen este del diablo porque se te está subiendo a la cabeza que no veas».

—¿Te apetece bailar? —me ofrece.

—¿De verdad se puede bailar este tipo de música? —pregunto contemplando los estertores violentos de algunos de los presentes.

—¡Pues claro! —Me tiende la mano y me levanta del asiento. Al hacerlo creo vislumbrar algo por el rabillo del ojo. Sí. Estoy segura de que he visto un movimiento en el largo del sofá que se interna en el reservado. Vuelvo a mirar y observo lo que parece un pequeño hueco en la pared; se ve luz al otro lado. He podido distinguir la silueta a la perfección, pero ahora que la luz se ha apagado, queda totalmente disimulada.

—Espera —le pido soltándome.

Me acerco con sigilo hasta esa parte. La oscuridad en el cubículo es tal que me ayudo para guiarme de la estructura del sofá junto a la que mantengo pegada la pierna derecha. La ilumino con la pantalla del móvil y compruebo que la pared está pintada en negro. Es un contrachapado de madera del que distingo sin ninguna duda los ángulos de un pequeño rectángulo. Mis dedos recorren las aristas, pero no llego a entender por qué hay una puerta así en este sitio. Ni siquiera yo, que no soy especialmente alta, entraría allí de rodillas. Si quisiera internarme en lo que quiera que se esconda al otro lado, tendría que hacerlo a cuatro patas o, incluso, arrastrándome.

Ainhoa se acerca hasta mí y me sujeta por las caderas.

—¿Pasa algo? —pregunta al tiempo que me giro para contestarle. No puedo verle la cara porque todo está demasiado oscuro. Tan solo intuyo ese brillo vivaz que nunca se desprende de sus ojos.

—Hay una puerta muy pequeña ahí. —Y señalo con la mano, aunque sé que no sirve de nada haberlo hecho.

—¿Y?

—Había luz al otro lado. Ha sido solo un momento pero sé que la he visto.

—A lo mejor da al almacén del pub y la usan para ahorrarse trabajo metiendo por ahí las cajas.

Giro mi cabeza hacia el hombro e intento distinguir las líneas de la puerta. Pero ya no soy capaz de ver nada. Entonces la micro versión de la psicóloga se sienta de piernas cruzadas sobre mi hombro y me dice:

«¿No te parece extraño que de un pub satánico lo que más haya llamado tu atención sea una pequeña puerta que parece que no conduce a ninguna parte?»

—Sí —contesto en voz alta.

—Sí, ¿qué?

Aún no puedo distinguir la expresión de su rostro. No sé si ya se ha convencido de que estoy loca tras dar la impresión de que, además de todas las cosas que me han pasado, encima hablo sola.

—Que sí. Vayamos a bailar —toreo esa última respuesta.

Entonces noto como su aliento cada vez está más cerca de mí hasta que su lengua penetra en mi boca y se mueve en el interior de ella con avidez.

«Tiene hambre de mí».

—Así me gusta. Esto que suena es Gorgoroth —dice como si se hubieran alineado los planetas—. Tú solo agita el pelo; agárrate a mí, y déjate llevar. Después de esta noche nada volverá a ser igual.

«Claro que nada será igual, Leti. Mañana por fin vas a conocer a Karen», me dice la psicóloga antes de hincharse hasta explotar en una nube vaporosa.

V

Después de sopesarlo decido devolver las llaves del coche al interior del bolso y caminar hasta el centro de salud. Cambio el zapato de tacón por uno plano y me echo a andar hacia mi lugar de trabajo. En realidad está aquí al lado y, aunque este día ha amanecido igual de nublado que cualquier otro, tengo fe en que la lluvia espere todavía media hora más. Esta vez no va a resultar un problema para mi peinado que me pille un chaparrón a mitad de camino, porque ya tengo el pelo mojado. Esta mañana se me han pegado las sábanas y, después de ducharme, he tenido que pasar por alto el uso del secador. Me he pasado una toalla por el cabello como en los viejos tiempos y he hecho unos kilómetros de cepillo.

Me siento un poco mareada, aunque para nada mal en el sentido de estar enferma. Anoche las copas cayeron como vasos de agua y, si bien esperaba tener algo de resaca, pensaba que me recuperaría mejor.

«Si es que ya no tienes quince años, Leti».

Y es verdad. Aunque todavía soy muy joven, los veintiséis no son lo mismo que los veinte, y mucho menos que los quince, que fue cuando empecé a hacer botellones y a desfasar con las amigas como si no fuésemos a ver la luz de un nuevo día. La noche de ayer despertó muchas de las sensaciones de esos alocados años. No recuerdo haberlo pasado tan bien en muchísimo tiempo, ni ser poseedora de la certeza de hacer y vivir cualquier experiencia sin que me importara una mierda quién estuviera mirando. Agradezco que al menos Ainhoa me diera algo de aire en el último momento, y respetara mi decisión de no terminar la noche entre las sábanas de su cama.

Entro en el centro de salud y lo primero que me encuentro es con su rostro sonriente. Lleva el pelo recogido y misteriosamente parece estar más morena cada día que pasa a pesar de que llevo sin ver el sol desde que he puesto un pie en estas tierras.

«Yo también quiero ese tono de piel para mí», me digo.

—¿Cómo estás? —pregunta con un aliento de anuncio de dentífrico. No tiene una sola señal en la cara que indique que ha dormido menos de tres horas. Sin ojeras ni bolsas bajo los ojos, ni feas rojeces venosas en los mismos. Lástima que yo no pueda hablar igual de mi aspecto y que me haya tenido que embadurnar con tres clases distintas de potingues para no parecer un muerto.

—Bien ¿y tú? —le devuelvo la pregunta muy animada porque su sonrisa me indica que no está defraudada porque no hayamos pasado la noche juntas.

«Ya habrá otras ocasiones. ¡Seguro!», me gustaría gritarle en este momento.

De repente adquiere ese aire de gata en celo y su voz se asemeja en el inicio a un suave ronroneo.

—Ya sabes... Estoy muy bien. Aunque seguro que podría haber despertado mucho mejor. —Me guiña un ojo y observo de refilón cómo su compañera de al lado, una mujer cincuentona con cara de pocos amigos, niega con la cabeza.

—¡Oye! —me sorprende al cambiar por completo de intenciones—. Tienes una llamada —dice ofreciéndome el auricular y dejando el dedo a punto de pisar el botón para recuperarla.

—¿Para mí?

—Ajá. Lleva cinco minutos a la espera. —«Exactamente el retraso que llevo»—. A pesar de que le he dicho que quizá podrías demorarte más. Pero no ha querido colgar. Se le tiene que estar a punto de caer la oreja del tiempo que lleva escuchando esa horrible música de centralita —me informa.

—¿Quién es?

—Una mujer... No sé por qué no me sorprende. —Y aunque el comentario puede parecer ofensivo su rostro me dice que para nada pretende serlo. Solo está interpretando el rol que le corresponde y que tanto morbo me produce.

Cojo el teléfono extrañada por tener una llamada personal que no entre a través de mi teléfono móvil y me asalta la duda de si habrá pasado algo. Quizá con la juerga de anoche desconecté el móvil y mi familia ha estado intentado localizarme desde entonces.

«Puede que mi hermano haya tenido un accidente, o mi madre se haya caído por las escaleras que suben a la buhardilla, o mi abuela... ¡Que está súper mayor!»

La mini psicóloga, que no me visita desde anoche, me abofetea la cara y me grita para que deje de pensar como una paranoica.

—¿Diga? —contesto al tiempo que el dedo de Ainhoa pisa el botón con la lucecita roja.

No escucho ninguna voz, tan solo esa respiración gutural que cada vez tolero menos.

—¿Está usted ahí? —vuelvo a preguntar a la madre de Karen.

—Llega tarde —dice su voz acusadora. Y lo cierto es que me gustaría poder defenderme y decirle que han sido solo cinco putos minutos lo que me he retrasado, pero la mujer tiene razón y lo único que pienso es en quitármela de encima.

—He tenido problemas con el agua caliente de la ducha —miento.

—No debería salir hasta tan tarde ni ir a esa clase de sitios. No está bien. No saldrá nada bueno de lo que está haciendo.

—¿Cómo dice?

«Esto ya es lo último —me digo indignada—. Esta señora está cruzando una línea que a mi edad no se la consiento ni a mi propia madre».

Ainhoa me observa al levantar la voz y con tan solo cruzar la mirada entiende que algo malo pasa. Levanta un dedo y me ofrece la posibilidad de colgar la llamada

pero le indico que espere y que no lo haga.

—Recuerde las dos promesas que me ha hecho —evita contestar a mi anterior pregunta.

«Que sí, señora. Que la voy a ayudar y no le voy a decir ni una sola palabra de usted. ¡PERO NO SE PUEDE SER TAN PESAAAAADA!»

Suspiro y cuando reúno la paciencia para darle una contestación educada, su respiración animal se ha esfumado y solo escucho el inconfundible ruido del corte de llamada. Le entrego el teléfono a Ainhoa y esta me mira con intención de querer decirme algo. Pero me despido con la mano y corro hacia mi despacho dejándola con cara de circunstancia. «Voy muy tarde», le grito mientras me alejo para que no se piense que sufro de remordimientos o que se me está pegando la mala educación de la gente de su pueblo. Y aunque en parte es verdad que voy retrasada, en lo único que pienso ahora mismo es en encerrarme en la consulta y no tener que dar explicaciones a nadie. La situación con esta señora está acabando con mi paciencia y no sé de qué manera ponerle freno sin poner en riesgo la confianza de la que va a ser mi verdadera paciente.

El problema informático que espacia las citas y las agolpa en puntuales horarios ha debido corregirse porque la sala de espera está atestada de pacientes. Muchas de las caras me observan con desprecio. Puedo verlo en la fina rendija en la que se convierten sus ojos y en sus bocas, parcialmente desdentadas, que se abren feroces para proferirme insultos. No llegan a hacerlo a voz en grito, pero sus miradas bastan para que me sienta herida. Sin duda hoy han debido congregarse buena parte de los separatistas del pueblo y, o bien vienen en tropel para una verdadera consulta con el médico, o se han reunido para conseguir que cada día me sienta más incómoda. Me juro a mí misma que por los ovarios de la santa de mi tierra no lo van a conseguir, y giro el picaporte para abrir la puerta de mi consulta. Para mi sorpresa, me la encuentro cerrada. A estas horas ya debería estar abierta y más cuando soy yo la que he llegado tarde.

El temor de encontrarme otro regalito que haya dispuesto para mí el personal de limpieza me asalta y comienzo a maldecir por lo bajo a cuanta escurra fregonas trabaja en el centro. Espero que no sea otra defecación de perro porque con lo movidito que aún llevo el estómago por la juerga de anoche no sé si sería capaz de contener las náuseas.

Vuelvo a toda prisa a administración y le pido las llaves a la compañera de Ainhoa porque ella está ocupada al teléfono. Cuando entro de nuevo en la sala de espera me siento observada por los cientos de ojos que hay allí.

«Ellos lo saben, Leti. Saben que ahí dentro hay algo que han dejado para ti. Aguardan expectantes a que abras y encuentres tu nuevo regalo. Ellos lo saben, por eso te miran. Y ahora tú también lo vas a saber».

Me deshago de ese pensamiento y observo un instante sus caras. Solo un señor muy mayor sonrío, pero tengo la certeza de que lo hace al vacío. Karen no está en mitad de esa gente que abrasa mi nuca con su mirada en el momento en el que introduzco la llave en la cerradura.

«Ya le vale a esa mujer. Increpame por teléfono de que llego tarde cuando en realidad ella no se ha dignado a traer a su hija a la consulta».

Juro por lo más sagrado que todos los presentes contienen la respiración en el momento en el que hago girar la llave en el bombín. El interior de la consulta está oscuro como una caverna. No es solo que la luz esté apagada, es que alguien ha bajado la persiana de la ventana de tal forma que la luz del día no entra por ningún resquicio. Ni siquiera se han activado las luces de emergencia.

Penetro en ella para librarme cuanto antes de las silenciosas acusaciones y cierro la puerta. Espero el tufo de alguna pestilencia, pero esta no llega. Me quedo con la espalda pegada a la pared e inicio una serie de inspiraciones profundas que buscan interrumpir la aparición de un súbito ataque de nervios. Mi mano busca el pulsador de luz pero no lo encuentro. Doy varios manotazos alocados a la pared donde se supone que debería estar. Es como si alguien lo hubiera quitado de allí.

«Vale. Así que para la broma de hoy habéis utilizado las habilidades de uno de vuestros maridos electricistas».

De repente tengo la certeza de que en mitad de la pesada oscuridad hay una presencia viva. No es por la respiración, ni porque escuche sus latidos por encima de los míos, ni siquiera percibo un movimiento. Solo sé que está ahí. Es ese tipo de certeza que nace en los eones de la evolución de una especie que en un pasado remoto fue depredada por otra. Me quedo paralizada creyendo que la quietud me librará de tener que enfrentarme a esa presencia. La palma de mi mano vuelve a chocar con la pared con una violencia y un ansia que hace que cada contacto sea más doloroso que el anterior.

—Tranquilízate —me pide una voz.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunto, asustada.

—El interruptor está donde siempre. Eres tú la que no está en el lugar que crees estar.

—¿Cómo dices? —Confieso que flipar es poco para lo que estoy sintiendo ahora mismo.

—Muévete hacia un lado.

Lo hago, solo unos pasos, pero lo hago. La voz es calma y transmite tanta seguridad que no puedo evitar actuar con la docilidad de una oveja.

—No. Hacia el otro. Solo un poco —me pide que rectifique—. Está justo ahí.

Y tiene razón. Mis dedos encuentran el pulsador de la luz y lo accionan entre temblores por lo que acaba de suceder. Juro que no se veía nada y que sin embargo

esa persona sabía a la perfección dónde me encontraba. Lo que veo al romper las tinieblas hace que lo anterior resulte todavía más alucinante. No solo sabía dónde estaba, sino que además lo sabía estando de espaldas.

La figura de una chica permanece sentada en la silla de los pacientes. Lleva una cazadora vaquera castigada por años de uso. El pelo no le llega más abajo de los hombros, ondulándose en las puntas hacia el interior del cuello. Es de un caoba muy vivo y está tan cardado que le confiere el volumen de una melena de león. Parece una de esas actrices que salían en series de televisión norteamericanas durante los años setenta.

Conforme la rodeo me asalta el temor de que no tenga cara y que toda ella no sea más que un bucle de pelo caoba alrededor del cual podría girar eternamente sin encontrar su rostro. Es un terror súbito. Una idea descabellada que me sobreviene por la dirección que están tomando los acontecimientos. Pero el temor se desvanece cuando alcanzo la silla de mi consulta y me siento frente a ella. Karen es muy distinta a como la había visto en las fotografías de los periódicos: con el pelo rubio largo y un par de piercings en la nariz. Un primer vistazo a su rostro me revela los terribles sufrimientos que la hicieron padecer y de los que de un modo u otro aún no ha conseguido liberarse. No pesará más de cuarenta kilos. La piel se adhiere a sus mejillas como el pellejo de una persona a punto de sucumbir a años de enfermedad. Lleva las mismas gafas de sol que en algunas de las fotos de esos recortes; son de espejo, de lente grande y ocultan la mitad de su rostro. No sé ve nada tras ellas. Ni un atisbo de esos ojos que según su propia madre aún creen que tienen la capacidad de ver. No se me escapa el detalle de que a su lado descansa una vara larga de invidente.

«Todo en esta gente parece lleno de contradicciones», me digo.

La peor de sus cicatrices está expuesta en su frente. Un ridículo flequillo intenta disimularla, pero por más que la persona que le peina a diario se empeñe, es imposible hacerlo. Lleva un pentáculo satánico en la frente que su degenerado atacante debió marcarle con un hierro candente. Saco mi libreta del bolso y tomo unas rápidas notas.

«¿Posible bulimia nerviosa? ¿Anorexia a consecuencia de las torturas?»

No es normal que esté tan delgada y que su médico de familia no se haya dado cuenta.

—Tú debes de ser Karen, ¿verdad? —La pregunta es estúpida ya que no creo que haya una sola persona más en toda Europa que se pueda confundir con ella.

—Me gusta que aún quede espacio para las formalidades —contesta.

Sonrío. Estoy nerviosa y ella debe notarlo porque permanece impasible aguardando a que recupere la compostura.

—Lo siento, pero tengo que preguntártelo. ¿Qué hacías aquí dentro?

—Llegué temprano y tú lo has hecho un poco tarde —no es una acusación, o

al menos por su tono de voz no lo interpreto como tal—. Un trabajador del centro me abrió la puerta y me invitó a pasar al ver que la sala de espera comenzaba a llenarse. Como imaginarás, la gente murmura cuando me ve. Mi aspecto no les gusta —añade.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque me lo han dicho a la cara; han llegado hasta a insultarme por la calle. Es un pueblo pequeño para todo aquel que sea diferente. —Alzo la vista y me veo reflejada en sus gafas de espejo. Habla por las dos con independencia de conocer mi situación.

—Quiero preguntarte una cosa más.

Su cabeza asiente y su melena se inclina en bloque hacia delante. Me llega un aroma lejano. Un matiz desconocido que me recuerda al olor de una estufa de carbón.

«Deja de imaginar estupideces, Leti. Te estás dejando llevar por el contexto mitológico que significa que lleve un signo demoniaco en la frente. Seguro que cada día la sientan al lado de una estufa para que no se hiele de lo delgada que está. Lo que hueles es el olor del humo de esa lumbre».

—¿Cómo sabías que la luz estaba apagada? —pregunto.

—Porque cuando esa persona me ha dejado aquí dentro, he oído cómo apagaba la luz. Solo que él salía con prisas y no se ha dado cuenta de que me dejaba a oscuras. Al parecer nadie quiere compartir tiempo conmigo después de lo que pasó.

—¿Crees que piensan que eres una amenaza? —No hago más que preguntar, pero sus respuestas son lo único que pueden darme pistas sobre la percepción que ha desarrollado del mundo como consecuencia del bestial ataque.

—Creo que directamente nadie quiere pensar en mí.

—Eso es muy triste, Karen, y no creo que sea real. Tendemos a asustarnos por aquello que nos resulta distinto. Pero una vez superado el periodo de adaptación, víctima y espectador deben seguir adelante.

Observo el reloj de pared. Lo hago con un movimiento minúsculo. Imperceptible para cualquier persona que no tenga contacto visual directo conmigo.

—Aún tenemos tiempo, Leticia. ¿Puedo dirigirme a ti por tu nombre? —pregunta Karen. Y creo distinguir cierta sorna en su tono de voz.

Me quedo paralizada por segunda vez en diez minutos. No puedo creer que haya sido capaz de adivinar que he comprobado la hora. ¿Cómo diablos lo ha hecho? Su madre expresó con claridad que se trata de una persona invidente, el bastón blanco lo atestigua y, aun así, parece que se está riendo de mí, oculta tras sus enormes gafas. Decido hacer algo que, si ella o su madre averiguasen, acabaría para siempre con mi supuesta profesionalidad. Estiro una mano hasta dejarla a escasa distancia de sus gafas y la agito frente a lo que se supone la altura de los ojos.

Karen no hace nada. No hay reacción ni me pilla infraganti esta vez. Tan solo veo mi gesto estúpido repitiéndose una y otra vez en el reflejo de sus gafas. Me

gustaría ver qué esconde tras ellas. Averiguar qué es lo que le hicieron para que perdiera la vista.

«ÁCIDO —chilla una voz en mi interior—. ¡A ESTA PUTA LA ROCIARON CON ÁCIDO!»

«Leticia, por favor. Cálmate», trato de serenarme y apartar la vista del pentáculo. Aunque lo más probable es que eso fuera realmente lo que sucedió. He visto casos en el tiempo que llevo ejerciendo mi profesión, de mujeres que han perdido la vista por esa horrible causa. Las mucosas se abrasan y la piel queda deforme por donde el líquido resbala.

—Claro que puedes llamarme Leticia —contesto a su pregunta que ya casi tenía olvidada.

Reacciono a esta extraña puesta en escena y pulso el botón del PC para que se encienda. Quiero comprobar si hoy tengo más suerte que ayer y puedo abrir el archivo que lleva el nombre de mi paciente. Si no lo consigo, hablaré con mi hermano para ver si él puede hacer algo. El ventilador bufa con ímpetu y Karen se echa hacia atrás en la silla. Es la primera vez en estos escasos minutos que la veo mostrar algún tipo de reacción fuera de su imperturbable pose.

—¿Eso es un ordenador? —Y no comprendo por qué su pregunta está llena de temor.

—Sí. Es parte del instrumental de trabajo —le aclaro.

—¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡APÁGALO! ¡APÁGALO! —grita una y otra vez y temo que sus chillidos se oigan fuera de la consulta. Sin pensar si es conveniente o no, accedo a lo que me pide y apago por la fuerza dejando pulsado el botón de inicio.

—¡Ya está, Karen! ¡Ya está! Tranquila. Ya lo he apagado.

—No vuelva a hacerlo —me pide con sus manos cubriendo sus oídos como si todavía intentara defenderse del berrido de unas voces que nadie más ha podido escuchar—; no vuelva a encender una de esas máquinas sin mi permiso.

—¿Qué ocurre, Karen? ¿Qué ocurre con los ordenadores? —pregunto al tiempo que la mina de mi lapicero susurra los trazos que no paro de tomar en mi libreta.

«¿Paranoia? ¿Esquizofrenia? ¿Fobia incapacitante hacia los ordenadores?»

—Tendremos que hacerlo en otro momento —dice lo que me parece una incoherencia que deja en el aire mi pregunta.

—¿Hacer qué, Karen?

—Contar mi historia.

Oigo un clic en mi cabeza que me dice que su consulta, la extraña visita de su madre, y sus llamadas recordándome el juramento que le he hecho, cobren sentido. Karen y su madre están convencidas de que no existe un tratamiento psicológico adecuado que pueda revertir el daño que han sufrido. Sin embargo, creen que desvelar

la historia les acarreará cierta paz de espíritu. Puede que ellas mismas hayan terminado por creerse el contexto satánico en el que ocurrieron los hechos y en verdad piensen que poseen un mensaje que se reveló tras el culto y que no pueden esconder durante más tiempo al mundo.

«Vale. Las cosas van casando, Leticia».

Parece algún tipo de delirio paranoide causado por el fuerte estrés que vivió la familia durante y tras la vivencia. La curiosa forma de ser de las gentes del pueblo tampoco ha ayudado a que se reintegren con normalidad en él, y ello hace que se vean incapaces de romper el ciclo de pensamientos. Si la situación sigue tomando esta dirección no podré hacer gran cosa por ella, ya que el único tratamiento adecuado para este tipo de enfermedades es el farmacológico.

—¿Cómo quieres contar tu historia? —pregunto. Y aunque sé que no está bien seguirle la corriente, en este caso me interesa porque me es necesario conocer en profundidad los hechos para avanzar en su diagnóstico.

—Yo te la contaré y tú la escribirás en papel.

—¿En papel?

—Sin ordenadores —aclara.

—Entiendo. ¿Lo has hecho antes?

—No. Esta va a ser la primera vez.

—Vaya —reconozco—. Me siento muy afortunada por ello. ¿Cuándo quieres empezar?

—Lo haremos el próximo día.

Me parece bien aunque ya obvio hacer ningún comentario al respecto. Tan solo me dejo perder en el pequeño reflejo de mí misma que observo en sus grandes lentes de espejo. Su cabeza se balancea de atrás adelante y su rostro se mantiene sin ninguna expresividad. Intento no mirar el pentáculo, pero es imposible pasar el símbolo por alto.

«Ha dicho que nunca ha contado su historia, luego... ¿de dónde demonios sacó el señor Cuéllar las conclusiones que deben aparecer en el informe *Karen*? Tengo que hablar con mi hermano hoy mismo».

La siguiente media hora la pasamos matizando los detalles sobre la cantidad de sesiones que nos llevará transcribir su historia y el tiempo que debemos dedicar a cada una de ellas. Por sus respuestas intuyo que no será una tarea ciclópea y en el fondo agradezco que así sea. Tampoco puedo dedicar cada una de las sesiones del próximo mes a escribir lo que sospecho que va a tomar la forma de un testimonio aterrador. Una vez que posea el escrito y lo analice, estaré en condiciones de poder ayudarla.

«Pronto terminará todo esto, Leti», me aseguro a mí misma.

Me despido de Karen e intento prestarle mi ayuda para que pueda salir sin

dificultad. Pero ella desecha mi mano y con pocos movimientos de su vara parece dibujar un plano mental extraordinario de mi propia consulta. Es ella misma la que abre la puerta y la que me dice adiós sin siquiera mirar atrás. Mi mirada le acompaña un momento hasta que llega a la altura del padre Antxieta, que es el siguiente para mi consulta. Él está sentado en uno de los asientos de la sala de espera. Karen no llega a detenerse del todo a su lado, sin embargo reduce el paso hasta estirar casi hasta el infinito el momento de dar el otro. El padre Antxieta eleva la vista y Karen gira su cabeza unos centímetros hacia él. Después recupera el paso y desaparece agitando de lado a lado su bastón. Me pregunto qué es lo que ha pasado. Y por qué el padre Antxieta camina hacia mí con la expresión más sombría del mundo.

VI

—Cierre los ojos y concéntrese—le pido al padre Antxieta.

—¿Está segura de que es el procedimiento adecuado? He visto multitud de veces cómo el mago agita un péndulo por delante de la cara de la persona que va a ser hipnotizada.

A pesar de que todavía tengo esa sensación opresiva en el pecho, los comentarios del padre Antxieta consiguen relajarme un poco. Sé que lo dice en broma y que lo hace porque de algún modo nota que lo he pasado mal durante la sesión con Karen. Él no ha hecho ningún comentario al respecto, pero, por la cara que ha puesto, tampoco ha necesitado hacerlo.

Supongo que como párroco del pueblo se habrá preocupado en multitud de ocasiones del bienestar de esa chica, y más teniendo en cuenta la parte que le toca en el contexto de las agresiones. Y al igual que me está sucediendo a mí, habrá tenido problemas con la desequilibrada de su madre o con más miembros de su familia. Eso explica el gesto tan huraño que puso al verla. Quizá ya no quiere saber nada de ella porque de tanto usarla se le ha desgastado la paciencia. Al final estamos en el mismo barco, supongo. Por eso no me creo lo que me dijo ayer Ainhoa sobre él. La gente es chismosa y, en especial en los pueblos, se habla demasiado rápido. Tan solo con imaginármelo masturbándose en el interior de su iglesia, es suficiente para que la risa quiera abrirse paso a través de mi boca.

—Que sí, padre. Usted tumbese en el diván y déjese guiar por mi voz —le invito a que se recueste del todo y relaje la tensión del cuerpo. Cualquiera que le viese diría que van a extirparle el apéndice sin anestesia.

—¿Está bien así? —pregunta con los piecillos nerviosos colgando en el aire, y los dedos entrecruzados sobre el pecho.

—Los brazos a ambos lados del cuerpo; con las palmas como le resulte más cómodo, hacia arriba o hacia abajo. Levante unos centímetros la barbilla, que su punto de mira quede un poco más alto de lo normal —comienzo a enumerar instrucciones—. Cierre los ojos y concéntrese en mi voz. Respire profundamente.

Le dejo unos minutos para que su cuerpo y su mente se familiaricen con las sensaciones. Parece una contrariedad, pero hay gente que al no estar acostumbrada reacciona de manera distinta a como pretende un ejercicio de relajación. El padre Antxieta no parece ser uno de ellos, y en menos tiempo del que esperaba se deja llevar por mi tono de voz, cada vez más suave y por mis instrucciones, más espaciadas y concisas que al principio.

—Su brazo derecho pesa muchísimo. Traslade ese peso a sus piernas, a sus párpados. Son tan pesados, que ni siquiera se le ocurre intentar abrirlos —le repito las

órdenes a fin de que mi voz pase a ser un instrumento monótono.

El reloj avanza diez minutos hasta que considero que el párroco ha alcanzado un estado idóneo para empezar con la sesión de hipnosis. Al igual que con el resto de pacientes, hago una pequeña prueba para determinar hasta qué punto la mente del hombre es susceptible a la sugestión. El ejercicio es siempre igual para todos. Y lo más increíble de ello no es que funcione, sino que el paciente, aun siendo consciente, no es capaz de explicar por qué lo ha hecho una vez ha despertado.

—Padre Antxieta, ¿me oye con claridad? —pregunto en un volumen de voz que, valga la redundancia para el pobre hombre, es el que se emplea en las iglesias.

—Sí —susurra sin apenas despegar los labios.

—¿Se encuentra bien? —la pregunta sobra, pero considero que es necesario hacerla. Su pecho se eleva y desciende a un ritmo sosegado y sus miembros han perdido la rigidez característica al inicio del ejercicio. Su cuerpo en general yace laxo, como una medusa arrastrada hasta la orilla.

—Sí —vuelve a decir con esa voz que parece el habla de algunas personas que se les escapa en sueños.

—Padre, quiero que empiece a imaginar que su brazo derecho no pesa nada. No existe fuerza de gravedad que incida sobre esa parte de su cuerpo y, en consecuencia, es como si su miembro flotara en el espacio. Puede imaginar que va dentro de una nave que orbita alrededor de la Tierra, pero es solo su brazo lo que escapa a la atracción de la gravedad.

Argumento un par de veces más hasta que veo cómo los dedos de su mano, comienzan a ser presa de movimientos espásticos, temblores que indican que algo está a punto de suceder en esa parte del cuerpo. Y, efectivamente, el brazo se eleva muy despacio. Primero unos milímetros hasta que la propia mente del párroco gana en confianza y se arriesga a elevarlo por encima de la línea de su cuerpo.

—Muy bien, padre. Ahora la gravedad ha vuelto a instalarse en él. Ya no viaja en esa nave —digo para que devuelva el brazo a la camilla y no despierte con dolor muscular por mantenerlo en alto.

Si quisiera podría hacer que se tirase una hora en esa pose y que él lo percibiera como si hubiese sido cuestión de unos pocos minutos.

—Hábleme de algo, padre. Lo primero que se le ocurra. No tiene por qué ser sobre el motivo que le ha traído aquí. Puede hablar de cuando usted era pequeño, de sus hermanos, si es que los tenía; o de sus amigos y los juegos que llevaban a cabo en las calles de su pueblo.

Se lo pido así porque sería una temeridad llevarle por primera vez al tema de conversación que ha venido a abordar. Primero he de conocerle, sopesar sus reacciones; la profundidad a la que es capaz de dejarse llevar en este estado, si puede recuperarse de los recuerdos sin que éstos le causen una fuerte inquietud durante el

resto del día.

Las sesiones, a veces, son tan intensas que el paciente queda confundido y alterado por lo que la hipnosis saca a la luz. Recuerdos que la persona en trance no sabe que posee, que permanecen sumergidos en una inmensidad oscura que sin la ayuda de un profesional, podrían no volver a emerger a la superficie de la conciencia durante el resto de su vida.

«El próximo día quizá sí que lo intentemos, padre, pero hoy es demasiado pronto para iniciar nuestro viaje a África», pienso.

—Ahora voy a guardar silencio —le digo—. Y cuando usted lo considere, empiece a hablar.

Me reclino sobre el respaldo de la silla y respiro en profundidad para no desentonar en el ambiente de apacible calma. Me permito cerrar los ojos al creer que el padre Antxieta puede demorarse aún unos minutos en comenzar su relato, pero su voz me sorprende cuando solo hace un instante que me he dejado caer en mi pozo de oscuridad.

Dice algo pero no le entiendo.

—¿Cómo dice, padre?

—Ixone... —susurra de nuevo y esta vez sí que distingo a la perfección el nombre. Para mí, que no he nacido en estas tierras, me resulta extraño y desconocido. Creo que es la primera vez que lo escucho y, aunque es un juego de ruleta rusa, apuesto a que es el de una mujer.

—¿Quién es? —pregunto.

—Es una monja.

Observo su cuerpo tendido en el diván mientras mi rostro dibuja una sonrisa por haber cantado bingo. La sotana cae ligeramente ancha a ambos lados del cuerpo. Nada en su silueta negra parece indicar que vaya a narrar una historia descalabrada. No hay tensión, ni aumento de la respiración y, si pudiera medirle el pulso en la muñeca sin molestarlo, apuesto a que tampoco notaría una alteración del mismo. Solo es un nombre lanzado al espacio calmo, pero aun así, esta extraña imaginación que tengo desde que ejerzo de psicóloga en Beelzogoyan, quiere volver a jugarme una mala pasada.

«SE LA FOLLABA. IXONE ES LA ZORRA EN LA QUE PENSABA CUANDO SE MASTURBABA EN LA IGLESIA».

«¡Basta!», profiero un grito en mi interior. He de poner orden a estos pensamientos intrusivos. Son absurdos y sé que soy yo la que está permitiendo que conquisten mi mente por el fuerte estrés.

—¿Cuántos años tiene? —Es una buena pregunta que me gusta hacer antes de que el paciente se abandone del todo a su relato. Dependiendo de la edad a la que retroceda, lo narrado puede interpretarse de un modo u otro.

—Tengo quince años.

—¿Dónde está? —sigo preguntando para tirar de la punta de ese hilo que de momento aún no ha asomado por el otro extremo de la aguja. Pero sé que en cuanto lo haga, ya no tendré que hacer más preguntas.

—Estoy en Sangüesa. Mi padre me ha traído para conocer a mi tío el cura.

—¿Por qué? —pregunto a pesar de que puedo imaginar la historia.

—Quiere que ingrese en su orden.

—¿Y tú quieres hacerlo? —le tuteo porque necesito que el chico de quince años que es ahora mismo, confíe en mí.

—No —suelta rotundo.

Y se queda tan callado que me provoca miedo. No escucho su respiración, ni veo elevarse su pecho. Su cara ha adquirido lividez y sus labios me parecen ligeramente morados. Me inclino hacia él con la certeza de que un Dios en el que no creo lo ha fulminado por revelar que su deseo no era vestir los hábitos. Podría jurar que está muerto, pero a continuación da una profunda bocanada de aire, exhala, y recupera el habla.

—No me gustan los benedictinos —dice.

«Vale, Leticia. Pues a lo mejor sí que quería ser cura el hombre y es solo una cuestión del tipo de ser de un equipo de fútbol u otro», pienso. Aunque la verdad es que no tengo ni idea de cómo funcionan las cuestiones prácticas de la fe religiosa.

—¿Por qué no te gustan?

—El monasterio benedictino está lejos y no podré ver a Ixone en mucho tiempo.

«¡Pero padre Antxieta! ¡Si es una historia de amor!»

—Ixone se ha quedado en casa, en el pueblo. Le he jurado que volveré mañana y que nos acercaremos al río. Es nuestro lugar favorito.

«Esto se pone interesante», me sorprende por la morbosidad que soy capaz de ver en la historia de un cura.

—¿Qué hay en el río?

—La finca de manzanos del señor Urrutia. Y una poza —añade. Y el hecho de que lo haya dicho en segundo lugar, me dice que ese es el verdadero motivo de que se escaparan juntos al río siempre que se les presentara ocasión. Podría indagar más, intentar averiguar si se bañaban juntos, a escondidas de sus padres, e incluso, amigos. Pero no es el fin de la sesión a pesar del extraño morbo que me produce. Estoy aquí para comprobar hechos empíricos y actuar en consecuencia.

—¿Cómo ha ido la visita a tu tío? —le pregunto como si acabara de suceder, ya que quiero que rescate el mismo compendio de emociones que sintió tras estar allí.

—Mal. Muy mal. Tendré que decirle a Ixone que no nos vamos a ver más. Quería pedir su mano el verano que viene. Mi madre está de acuerdo, pero mi padre

solo piensa en sí mismo. No quiere perder los favores de los benedictinos ahora que mi tío está enfermo, por eso va a hacer que ingrese en la orden la semana que viene.

—Entiendo. —Parece que la historia de cualquier persona corre siempre por el mismo derrotero—. ¿Qué ha dicho Ixone?

—No está.

—¿Cómo que no está?

—Se ha enterado por una amiga, que a su vez le ha escuchado comentarlo a su madre en el mercado, y se ha escapado de casa. —Su voz se altera un poco. Su respiración se agita por primera vez en la sesión.

—¿Sabes dónde está?

—Supongo que se habrá escapado a la poza del río. Siempre vamos allí; a nuestro lugar especial —dice, y contemplo cómo sus manos se cierran en puños y los nudillos se tornan blancuzcos por la fuerza con la que los aprieta.

—¿Vas a buscarla?

—Sí. —Mueve de arriba abajo repetidas veces la cabeza. Son movimientos muy rápidos, nerviosos, casi parece el tic involuntario de la enfermedad de Parkinson.

—Tranquilo. Sé que vas a encontrarla. Sé que estará allí esperándote —le digo a fin de que no se deje llevar por ese estado inconsciente de nervios. Además, antes ha dicho que Ixone es monja, luego nada malo debió sucederle para que se ponga a temblar de esa manera. Creo que la reacción se corresponde con la tormenta de sentimientos acaecida por lo que tenga que contar a continuación.

—He encontrado a Ixone. Está sentada en una piedra en la que solemos tumbarnos a tomar el sol. Solo que es de noche y es la luz de la luna la que baña sus formas. El río baja con caudal y por eso no escucho su llanto hasta que la tengo más cerca. Son los rayos lunares los que iluminan las lágrimas que bajan por su cara. Parecen perlas —dice y, la comisura de su boca se ensancha.

«¡Vaya con el padre Antxieta! Tiene alma de poeta».

—Le pregunto si lo que he oído en el pueblo es cierto, y ella responde que sí. Ya lo sabe y solo queda abrazarnos para llevarnos algo del otro para cuando no estemos juntos.

Hay un parón momentáneo. Intuyo que la conciencia del cura quiere saltarse el recuerdo que viene a continuación o que siente demasiado reparo para contarle sin más. Le digo que puede estar tranquilo. Puede obviar esa parte y pasar a la siguiente sin tener que revelar nada que él considere comprometido, sin embargo asegura que no hay más. Esa fue la última noche que pasaron juntos como novios antes de que les separaran y a ella la hicieran ingresar en un convento, y a él en la orden de los benedictinos.

Sigue inquieto, sin normalizar la respiración del todo y con pequeños espasmos en las extremidades. Le digo que podemos acabar. Si quiere puede despertar

poco a poco e ir regresando cuando lo considere oportuno. Es entonces cuando vuelve a hablar, pero ya no lo hace desde la misma perspectiva.

—Fue Ixone la que quiso entregarse allí, bajo la luz de la luna y el curso ininterrumpido del río. Yo tenía miedo por ambos, porque ella era muy decidida. Nunca sentía temor por nada. Ni para subirnos a un árbol o lanzar piedras a las vacas y salir corriendo antes de que nos cogiese el vaquero. Para hacer el amor, tampoco —añade.

Y la boca se le llena de ese sentimiento cuando lo hace. No hay resquicio, ni tristeza en su recuerdo. Solo el tipo de amor al prójimo que él debe predicar cada día, y que la iglesia lleva años equivocando.

—Cuando su padre y el mío nos encontraron desnudos, acabábamos de consumir el acto. Su cuerpo temblaba y yo la sostenía en mi pecho para que no derramara más lágrimas sin sentido. Después de aquello nos perteneceríamos el uno al otro para siempre, o al menos era lo que yo pensaba con aquella ingenuidad. No podrían separarnos por más que quisieran porque nos habíamos amado en plena naturaleza. Bajo el cielo de Dios —eleva un poco la voz, después cae en algo parecido al desasosiego y su voz vuelve a narrar a un volumen al que me cuesta seguir el hilo—. Mi padre me levantó en vilo y me lanzó al río de un golpe en el mentón. Estuve dos días en eso que ahora llaman coma y que por aquel entonces se creía como estar echando un largo sueño. No había solución en los pueblos para ese problema y nada podía hacer una madre salvo enjugarte la frente con paños templados. Cuando desperté, Ixone ya no estaba en el pueblo. Su padre se la había llevado a un convento en el Pirineo francés. Al poco me fui yo. Algo más tarde de lo que en principio se estipuló porque tardé unos días en volver a sentir las manos y las piernas con normalidad, y algo más de una semana en caminar.

Cuando quiero darme cuenta el padre Antxieta lleva un rato con los ojos abiertos. Ha debido despertarse del todo en algún momento y la última parte del relato la ha narrado de manera consciente y porque ha querido. No han sido los ojos del chiquillo de quince años los que han vuelto a ver el cuerpo de su amada desnuda y la luz de la luna adornando cada centímetro de su piel. Ha sido el cura. El mismo que parece tan recto y que ahora me mira con la mirada más complacida que he visto en mucho tiempo. Eso dice mucho de él y de la confianza que va a depositar en mí para solucionar su problema. Confieso que me ha enternecido y que ha conseguido que me olvidara por un momento de cuanto hecho extraño me ha sucedido.

—¿Puedo preguntarle algo, padre? —le digo al tiempo que se empieza a incorporar del diván—. ¡Hágalo despacio o se mareará! —añado antes de que pueda responderme.

—Adelante.

—¿Volvieron a verse? ¿Ixone y usted?

—Claro que sí, pero fue muchos años después; curiosamente, siendo los dos del norte y conviviendo aquí con nuestras respectivas órdenes, volvimos a vernos en África. Pero esa es otra historia, no tan bonita como ésta, ni tan tierna. ¿Sabes hija?, todo lo que no se cuida acaba por derrumbarse.

El agua de la ducha resbala sobre mis hombros al evocar de nuevo las palabras del padre Antxieta.

«¡Cuánta razón tiene!», pienso. Encontrarme tan decaída y asustadiza no es problema de los demás, con independencia de lo que a una le pase. Nunca hasta ahora he estado tan cerca de la paranoia y sospecho que tiene que ver con lo que me he descuidado en esta última etapa de mi vida. Hui de Ávila, porque no se puede llamar de otro modo, tras tres años de relación tóxica. Jaime era de Arévalo, un pueblo de la provincia. Le conocí tras hartarme de coincidir con él en el tren de cercanías. Iba a mi universidad y estudiaba lo mismo que yo, solo que él lo hacía tres cursos por encima. Jamás me habría fijado en él en la *uni* o el campus de no ser porque perdí el abono transporte y se empeñó en pagar mi billete de tren una tarde de viernes. Era feo, pero tenía labia el *jodío*.

Cuando la media de chicos con los que has salido a lo largo de tu vida resulta que está por encima de todos los guapos o de los muy guapos, no ves venir que te la vaya a pegar un feo. Ni crees que vaya a resultar mala persona porque, «¡Joe! ¡Es que el pobre es muy feo! Lo ha debido pasar muy mal a lo largo de su vida para que ahora que pillas a una chica más que potable, la vaya a desaprovechar sin más». Así de estúpidas eran las chanzas que pasaban por mi cabeza a diario cuando comencé la relación con Jaime.

El primer año fue rodado porque solo era él el que estaba enamorado. A mí me venía bien porque, cuando se sacó el carnet, empezó a llevarme y traerme de Ávila en coche durante los fines de semana. Él vivía en Madrid en un piso de universitarios. Conocía gente mayor, me pasaba apuntes y me introdujo de lleno en el ambiente nocturno de la ciudad. Lo malo vino a partir del segundo año; cuando fui yo la que me enamoré de Jaime pero él ya había empezado a alejarse y a escuchar los consejos, y algo más, de una amiga en común. Llegué tarde, supongo, a intentar enmendar mi egoísmo y a conocer de verdad a la persona con la que empecé a dormir más noches de las que merecía. Yo actué mal, pero él tampoco se quedó atrás. Los tres años se zanjaron con una larga ristra de mentiras y de mutuos cuernos que yo le ponía por despecho y Jaime coleccionaba junto a los propios. Cuando terminé la relación me tiré dos meses sin salir de casa. Me duchaba dos o tres veces y me lavaba las manos alrededor de quince veces cada día. Nunca me he sentido tan sucia como cuando un día cualquiera eché la vista atrás y me di cuenta de todo el daño que le había causado y del que acepté a cambio de purgar mi karma.

Desde pequeña mostraba tendencia a la obsesión y a las compulsiones que a priori no parecen más que un juego de niños: «No pises la raya. Has de terminar los escalones con el pie derecho. ¡Toca ese coche! ¡Y tiene que ser ese! ¡Y ahora! Porque si no lo haces te vas a morir dentro de cinco años». Todas esas manías que paseaban por la cuerda floja de mi cordura en un más que estudiado equilibrio, se descontrolaron de repente. A punto estuve de ser internada y de lanzar por la borda los mejores años de mi vida. Si me libré de ello fue gracias al apoyo incondicional de mi familia y a tener la ventaja de afrontar mi enfermedad como profesional de la salud mental. Un colega de profesión me evaluó y me enfrentó a un diagnóstico diferencial. Todo salió bien. Sigo tomando mi medicación, pero aún no me he perdonado del todo a mí misma. Y supongo que es a través de ese resquicio por el que se cuelan las interpretaciones que hace mi mente de todo cuanto acontece en Beelzegoyan.

Cierro el grifo del agua caliente con la casi he lacerado mi carne y me envuelvo en una toalla. El vaho ha cubierto el cristal del espejo y no puedo verme reflejada en él. Paso la mano para abrir un hueco en el que pueda observar mi reflejo. Cuando mis ojos se ven a sí mismos descubro lo que me apetece y tengo la certeza de querer hacerlo por encima de todo. Voy a llamar a Ainhoa y a dejarme llevar por la locura que hasta hace unos días significaba tener una cita con una chica. Mientras pienso en esto suena el inconfundible sonido de una *videollamada* en el ordenador. No me puedo creer que sea ella y que estemos así de conectadas en tan solo unos días.

Salgo como un rayo del cuarto de baño y me voy hasta mi habitación que es donde tengo el ordenador descargando canciones. A medida que avanzo lo voy dejando todo encharcado de agua. Me siento frente a la pantalla y me retoco unos centímetros el escote de la toalla para que algo de lo que se oculta tras él quede a la vista. También me paso una mano por el pelo húmedo y me lo pongo a un lado del cuello. Sé que en esa pose estoy súper sexy porque me he pasado media vida haciéndome fotos así y en otras cincuenta mil posturas distintas. Muevo el ratón para que se encienda la pantalla y mi decepción es máxima cuando compruebo que la que llama no es Ainhoa, sino mi hermano Óscar. Clico para contestar la llamada al tiempo que mi mano izquierda tira hacia arriba de la toalla.

«No es plan que mi hermano me vea las tetas».

—¡Ey! —me dice muy sonriente—. ¡Por fin te localizo!

Lleva puesta una camiseta negra con el logotipo de una de esas series de anime que solo deben ver él y sus amigos. No se ve a mis padres por detrás y el muy *jodío* se ha mudado a mi habitación, porque entre mis bártulos veo muchos de los suyos entremezclados. Su *stick* de hockey, una pila de videojuegos, y extraños mandos para el ordenador sobre la estantería que hay al fondo. También ha colgado en un hueco de la pared un poster gigante de Expediente X que reza el texto de *The true is out There*. Hago caso omiso porque al final el pobre se ha tirado toda la vida con la

peor habitación de la casa por nacer después que yo. Aunque no se me escapa el detalle de que él sonríe complacido.

«Demasiado —pienso—. Está esperando a que comente algo al respecto pero no lo pienso hacer».

—¿Localizarme? —me extraño, porque que yo sepa, después de mis intentos del otro día y su posterior *mail*, no he vuelto a tener noticias tuyas.

—Llevo días llamándote pero siempre se corta la llamada antes de que ésta llegue a lanzarse. ¿Qué pasa? ¿El internet también es de pueblo allí o qué?

—¡Ah, eso! Pues sí, hace cosas muy raras. Las llamadas se pixelan, o como se diga..., salen manchas; hay interferencias y nunca se puede hablar a gusto.

—¿Y con quién hablas tanto? Porque a casa no te has dignado a llamar ni una vez.

«¡Vaya con el mico! Si es que ha salido demasiado listo...»

—¡Na! Gente del trabajo, ya sabes... Ahora hay que encauzar muchas cosas hasta que mi plaza de psicóloga ruede como debe ser.

—Ya... —me mira con escepticismo—. Oye y, ¿cómo estás? ¡¿Y qué haces en toalla?!

—Es que me estaba duchando —me excuso—. Tenía pensado salir a dar una vuelta y me has pillado arreglándome.

—¿Con ese chico al que no puedes llamar porque internet se pixela?

—Sí. Digo no—. Me está liando.

«No es un chico. Pero eso no te lo pienso decir por el momento. Y tampoco creo que sea de tu interés si tengo o no una cita».

—¡Tranquila, hermanita! Si es mejor así. No me gustaría que acabaras de monja... ¡Que en los conventos no tienen internet!

—Hoy estás gracioso, ¿eh?

—Ya me conoces. Bueno, anda, cuéntame un poco cómo es tu nueva vida.

Los siguientes veinte minutos los dedico a relatarle las rutinas que sigo desde que estoy aquí. Le hablo del camino tan empinado que cojo a las afueras del pueblo para salir a correr, y que si te descuidas te puedes salir del límite comarcal antes de acabar el calentamiento. Le hablo del padre Antxieta y de lo enriquecedor que va a resultar tratar su insomnio, de Ainhoa —como amiga— y de Karen. Menciono por encima mi experiencia en El Infierno a lo que él ríe estrepitosamente porque de todos los locales de ocio del mundo, no cree que pueda existir otro donde pueda estar más fuera de lugar. También le hablo del archivo de texto *Karen* y de la necesidad que tengo de leerlo para afrontar de aquí en adelante las sesiones con mi paciente. Le cuento algo acerca del primer episodio que tuve con la madre, pero obvio relatar cualquier tipo de suceso que le haga pensar que se me pueda estar yendo la pinza. Procuero pasar por alto hacer cualquier mención al problema separatista y al

hostigamiento al que creo que me someten algunas de las trabajadoras del centro. Por supuesto que omito el asunto del servicio y que he tenido que marcar la silla de mi despacho para cerciorarme de que son las limpiadoras las que intentan jugar conmigo. Él es mi hermano y está al corriente de mi pasado y, supongo que detrás de su llamada, además de sus buenas intenciones, estarán las ansias de mis padres por saber. No quiero preocupar a nadie. Creo que lo mejor es poner en práctica cuanto he aprendido y enfrentarme a las gentes de Beelzegoyan como la adulta que soy.

—Y ese archivo de texto del que hablas... ¿Qué es exactamente lo que le ocurre? —En cuanto me hace la pregunta me doy cuenta de que lleva un rato queriendo sacar el tema. Mi hermano es súper friki de la informática y al final es como si le dices a un cazador de elefantes que han descubierto mamuts en Siberia, pero que no se preocupe, que es lo mismo que lo que pulula en África pero con el pelo largo. De hecho, no sé qué diablos está haciendo al mismo tiempo que *videoconversa* conmigo, pero no ha parado de teclear en el ordenador y de asomar la punta de la lengua entre los labios, señal inequívoca de que está concentrado en algo.

—Y yo que sé... le pincho dos veces y no va —contesto. Y aunque pueda parecer poco técnico o carente de rigor, es que es justo lo que le pasa.

—¿Pero cómo no va a ir? —pregunta incrédulo.

—Yo ya lo he dejado por imposible.

—¿Y los informáticos del centro qué dicen? —insiste.

—He mandado un *mail* pero no me han contestado. Al parecer, la comunicación es muy difícil con todos los problemas técnicos que tenemos.

—¿Problemas técnicos? —se sorprende.

—El programa informático que agenda las citas se satura de vez en cuando o algo así. Total, que hay veces que el centro de salud está hasta arriba de gente y otras en las que da miedo caminar por los pasillos. Amén de los numerosos cortes de luz que tenemos por las tormentas eléctricas. ¡Mira! ¿Lo has oído? —digo al tiempo que un trueno hace retumbar los cristales de la casa.

Óscar niega con la cabeza y me dice que, aunque el vídeo está bien, a él no le llega el sonido con claridad. Teclea con avidez y me informa de que el audio está en baja calidad. Sigo unas instrucciones que me da para que compruebe algunos de los parámetros de mi ordenador y, tras enumerarlos y no entender bien de dónde proviene el problema, se encoge de hombros como dándolo por perdido.

—Pues creo que es siempre así para todo Beelzegoyan. Si no falla una cosa lo hace la otra. No hay ningún sector que se libere de los problemas informáticos —le informo.

—¿Estás segura de lo que dices? Es que me parece todo muy extraño...

—A mí es lo que me contó Ainhoa durante la noche que pasamos en El Infierno.

—¿Ainhoa?

De repente siento mi cara enrojecerse por momentos y rezo para que la conexión de vídeo falle y no se dé cuenta de ello. Me siento tan agitada como una eritrofóbica en el momento de hacerse una foto de carnet.

—Sí, mi amiga, de la que te he hablado antes.

—¡Ah sí! —dice y me alivio porque sé que no me está haciendo caso. Solo veo sus ojos moverse por distintos puntos de la pantalla y sus manos volando por el teclado—. Escucha —me pide aunque ni siquiera mira con atención hacia la cámara—. Quiero que escribas una cosa en el recuadro de búsqueda que tienes abajo a la izquierda.

Y yo, tonta de mí, miro a la esquina del ordenador. Justo a la altura en dónde se meten los pinchos USB.

—Ahí no, Leticia. —Siempre me llama por la forma completa de mi nombre cuando quiere cachondearse de mí—. Me refiero en la pantalla.

—Vale —confirmo cuando lo tengo ubicado.

«Espero que se dé prisa porque como no me seque pronto el pelo voy a coger un resfriado».

—Escribe este comando: CMD

Lo hago y aparece una ventana en negro con un cursor parpadeante que no he visto en mi vida.

—Ahora escribe esto otro: IPCONFIG/ALL

Y al hacerlo la ventana negra se llena de dígitos blancos y de nombres que me suenan poco menos que a marciano.

—Vale. Estate tranquila que casi he acabado. Cántame la IP, la puerta de enlace y las DNS.

Le doy las distintas combinaciones numéricas y se pone a teclear como un loco. Al minuto me echa una bronca monumental diciéndome que tengo el ordenador con una configuración demasiado abierta. «No tienes ni un vulgar cortafuegos gratuito. Ni un antivirus. Aquí podría entrar hasta el más tonto y adueñarse de tus cosas. ¡¿Pero por qué tienes desactivadas las actualizaciones automáticas?! Para algo que podría darte un poco de seguridad, vas y lo quitas».

—Oye, niñato. —Y siento llamarle de esa forma, pero es que ya me está calentado—. Que el ordenador venía así. Yo no he tocado nada. Lo único que hice fue sacarlo de la caja y encenderlo.

—Ya, ya... —comenta pero sé que está en ese éxtasis frenético en el que no me hace ni caso—. Vale, lo tengo.

—¿Que tienes, qué?

—El control de tu ordenador.

Mi cara debe convertirse en un poema porque enseguida me asegura que

puedo estar tranquila. «Que no pasa nada, hermana. No estoy infringiendo ninguna ley porque lo estoy haciendo con tu consentimiento. Porque tengo tu consentimiento, ¿verdad? ¿Verdad hermana? —Vuelve a insistir al ver que no le contesto—. A efectos prácticos, es lo que hacen los servicios técnicos informáticos cuando les llamas desde tu casa y se conectan a tu ordenador para controlarlo en remoto».

—¿Qué vas a hacer, friki?

—Solo quiero probar una cosa.

La misma pantalla negra de antes que lancé con el comando de tres letras se abre y como por arte de magia empiezan a aparecer letras en ella.

—Tranquila, soy yo. Tu ordenador no está poseído por ningún espíritu —ríe el mamonazo.

—¿Puedo ir al menos a secarme el pelo? —Porque visto lo visto, ya no tengo nada que hacer aquí.

—Sí, tú vete y ahora te cuento lo que he descubierto.

Cuando regreso a los quince minutos; vestida, arreglada, y lista para salir, observo algo muy extraño en la pantalla. *Facebook* está abierto y en él hay un cuadro activo de diálogo con Ainhoa. La conversación debe haberse iniciado hace varios minutos y mi hermano y ella llevan escribiéndose desde entonces.

—¡¿Pero qué coño haces?! —me pongo histérica.

—Nada —me informa a través de la pantalla—. Ha escrito justo cuando te has ido y estoy charlando con ella. Es muy maja esta muchacha.

Todo el cuerpo me tiembla y si no doy una explicación rápida va a empezar a sospechar que tengo motivos que ocultar referentes a esta chica.

—¿Pero se piensa que está hablando conmigo? —le increpo.

—*Joe* hermana, me ofendes... Eso es usurpación de la identidad y está penado con cárcel.

—¡Óscar! —grito. Y a continuación me regaño porque no sé si Ainhoa puede o no estar escuchando mi voz. No quiero que piense que me he puesto así por ella, y mucho menos que además de los numeritos que ya he montado, me sigo comportando como una histérica.

—Que sí... que sabe que soy yo y que te espera en diez minutos en El Infierno ese.

Miro en todas direcciones para localizar mi bolso y salir pitando de allí porque por nada del mundo me gustaría llegar tarde.

—¿Pero adónde vas? —me increpa.

—Nene, que te quiero mucho, pero me tengo que ir. Es que ese sitio está muy lejos —miento porque en realidad lo que me ocurre es que me llevan las prisas por verla.

Cuando ya casi he salido de la habitación grita mi nombre desde el ordenador para que me dé la vuelta.

—¡Leti! ¡Leti! —repite varias veces.

—Dime —suspiro porque yo solo pienso en salir de allí.

—Tenías razón...

—¿En qué?

—Hay algo raro en la conexión a internet de Beelzegoyan.

—Ya te lo he dicho.

—No apagues el ordenador —me pide—. Voy a quedarme echando un vistazo y a visitar otras IPs de la zona que he conseguido por internet. También voy a hacer una copia del archivo *Karen* que tienes en el escritorio para ver si puedo desbloquearlo.

—Eres un cielo —le digo a la par que le lanzo un beso.

—Cuando sepa algo te digo —oigo a través de los altavoces. Luego dice algo más, pero yo ya salgo a toda prisa por la puerta de mi casa y no le entiendo.

En la calle me cubro la cabeza con el bolso para no despeinarme con las primeras gotas de lluvia que han comenzado a caer. Al contrario de lo que podría pensarse, relajo el paso. A mi hermano no le he dicho la verdad; El Infierno no queda tan lejos de mi casa.

VII

«¿Dónde estoy? Creo que no debería haber tomado esa última copa que me ofreció Ainhoa. ¡No hay quien le siga el ritmo a esta mujer!»

No reconozco nada de lo que veo. Observo hacia un lado y otro de la calle y me sorprendo de lo solitarias que se muestran las avenidas de Beelzegoyan a estas horas de la noche. No hay gatos ni perros callejeros que se pierdan a toda prisa tras una esquina. Ni coches aparcados a lo largo de las vías. Parece como si nunca hubiera vivido nadie en este pueblo y sin embargo puedo intuir las miradas rencorosas de los vecinos tras los cristales oscuros de sus viviendas. Unos yacen dormidos, pero otros sé que no.

«Juraría que es la primera vez que me interno por este callejón».

Beelzegoyan no tiene tantas calles por lo que, si éste no me lleva de vuelta a El Infierno, quizá al final del mismo encuentre otro que sí lo haga. Solo he salido un momento a que me diera el aire para deshacerme de la intensidad de las miradas que me dedican algunos de los usuarios del pub cuando ella no está a mi lado. He creído marearme al sentir cierto desequilibrio que cada vez me situaba más cerca del suelo. Creo que si hubiese aguantado ahí dentro un minuto más, ahora estaría inconsciente. Sé que tan solo se trata de un ataque de ansiedad y que tomando un poco el aire, a la par que camino por las avenidas del pueblo, me encontraré mejor. Pero me he distraído tanto que ahora me encuentro perdida.

«Si tuviera un punto de referencia...», me digo.

«¡Claro! ¡El campanario de la iglesia!»

Alzo la vista al cielo y no lo encuentro entre los edificios. Camino hacia delante hasta un claro de luz que baña una plazoleta cuyo centro está presidido por un caño y una fuente. Tampoco reconozco la construcción y eso me extraña porque he pateado bastante el pueblo y no me olvidaría con facilidad de un lugar así. La fuente es sencilla; tallada en un muro con la figura de dos ángeles de forja a cada lado. Las esculturas se elevan una cabeza sobre mí. Portan espadas en sus manos y la expresión de su rostro resulta tan vívida que desconcierta. Sus miradas están clavadas en la tierra, así como la punta de sus armas que penetra varios centímetros bajo ella.

«Custodian que nada escape del infierno», pienso.

Presiono el botón del caño y un generoso chorro de agua explota contra el suelo salpicándome por todos lados, pero me da igual. El agua es fresca y tiene un sabor delicioso que logra quitarme esa sensación pesada que me ha causado la cantidad de copas que he bebido. Cuando sacio mi sed me retiro de la fuente y la vuelvo a contemplar con renovada curiosidad. Es un monumento precioso que justifica que a pesar de la escasa luz, me haga un *selfie* junto a él. Saco el teléfono

móvil del bolso, activo el modo nocturno de la cámara y me sitúo de tal manera que quedo entre los dos ángeles. Dejo pulsado el botón para que haga una de esas ráfagas en las que de un plumazo toma alrededor de veinte fotografías con la esperanza de que alguna de ellas salga bien. Tras el paréntesis, reanudo la búsqueda siguiendo la dirección contraria por la que he venido.

De camino, observo las fotos que he hecho. El exceso de alcohol ha conseguido que no calculase bien cuánto tiempo debía pasar pulsando el botón, y han salido un total de cincuenta y dos imágenes. Si pudiera pasarlas muy rápido, sería como ver una pequeña película. Las diez primeras las desecho de inmediato porque la cara que tengo no vale ni para hacer un anuncio de pienso de perro. A partir de la doce mejoro un poco y, más allá de la veintiuno, es cuando comienza a temblarme la mano. Es un temblor súbito que me asalta ante la incomprensión de lo que estoy viendo. Conforme paso las imágenes siento la garra del terror atenazando mi garganta e impidiéndome respirar.

«No puede ser. ¡Es imposible! ¡Me ahogo! ¡ME AHOGO!»

Caigo de rodillas. Mi mano se abre sin responder a mi voluntad, y el teléfono se estrella contra el suelo. De inmediato la sensación de falta de aire remite al haber quedado la pantalla bocabajo y desaparecer de mi vista los horrores inmortalizados en ella.

«Quizá te lo has imaginado, Leti. Sí, sin duda has debido imaginártelo», vuelvo a repetirme con la esperanza de que, de tanto enunciar ese mantra, llegue a hacerse real.

Rescato el móvil del suelo. Me da igual que se haya roto la pantalla; casi lo prefería. Le doy la vuelta y contemplo la imagen que sigue allí impertérrita: uno de los dos ángeles ha abierto los ojos y me observa con una mirada indiscutiblemente humana. Son unos ojos enfermos, sufrientes, presos de siglos de dolencia u odio; infectos de venas y coágulos sanguinolentos que parecen querer atravesarme. Su boca también se ha abierto y muestra una cavidad desproporcionada y oscura, suficiente como para tragarse a una persona de mi tamaño. Su figura se ha inclinado hacia mí para devorarme. Conforme paso la tira de imágenes la mandíbula del ángel se desencaja y comienza a devorarme por la cabeza. Su cuerpo se hincha conforme mi persona pasa a través de su esófago confiriéndole el aspecto de una maligna serpiente al alimentarse. El otro ángel tan solo sonrío a la escena. Sus dientes son pútridos y negros y muestra una expresión de excitación sexual hacia lo que está viendo. Intento avanzar en la tira de imágenes, pero el horror de las escenas hace que no pueda continuar.

Quiero borrar las fotografías, pero no puedo. La opción de borrado ha desaparecido del teléfono, por lo que lo lanzo lo más lejos que puedo, y salgo huyendo de esa plaza al oír el sonido de dos tenebrosas risas que sé que no voy a

poder olvidar jamás.

Me interno por una calle en la que al final de la misma observo la figura del campanario. Corro hacia él sabiendo que no hacerlo rápido puede costarme la vida y me detengo a unos cincuenta metros. Observo las opciones posibles y la adrenalina que se agolpa en mi sangre es la que escoge dirección por mí. Avanzo por una calle lo más deprisa que me lo permiten los tacones y entonces sí, tras un giro a la izquierda, distingo la puerta del pub El Infierno.

—¡AINHOA! ¡AINHOAAAAAAA! —grito lo más alto que permite mi garganta al tiempo que entro en el local como una exhalación. De haber habido gente detrás, estoy segura de que la habría espachurrado del ímpetu con el que he abierto la puerta. Bajo las escaleras dando saltos y me interno en ese pasillo cuyas luces de neón asemejan el fuego del castigo eterno. Al final del mismo diviso la puerta ciclópea que contiene la historia del ángel caído desde que fue creado por Dios, hasta que él mismo tomó la decisión que le transformaría en una horrible bestia. Las gemas violáceas que forman los ojos del hombre carnero, brillan con intensidad al custodiar la verdadera entrada de El Infierno. Debería sentir pavor por lo vívida que resulta la figura. Pero en este momento lo único que quiero es huir hacia delante de la horripilante escena que he contemplado en mi teléfono móvil.

Sin embargo, cuando intento abrir esa gran puerta, ésta no lo hace. Es como si el local estuviera cerrado a pesar de que puedo oír la violenta música del otro lado. Las guitarras, la batería, el bajo eléctrico y el mensaje infernal de la canción ahogan mis chillidos. Mis manos golpean la puerta hasta sangrar y de mi garganta solo salen gritos con un nombre: Ainhoa.

De repente siento algo entre mis piernas. Es como un gusano que se retuerce a medida que avanza hacia mi sexo. Cuando me aparto de la puerta para comprobar lo que es, el mundo comienza a dar vueltas y tengo la certeza de que voy a desmayarme en cualquier momento. Pero no, Leticia, tienes que huir de ahí. Me giro sobre mí misma y corro por el pasillo hacia la calle. Al final del mismo aparece una figura que hace que me frene en seco. Al principio no le distingo porque la adrenalina me impide enfocar con claridad, pero tras no detener él su avance, logro identificarlo. Es Asier. El chico al que taché como un borde por no dirigirme la palabra hasta que Ainhoa me informó de que se había quedado mudo tras un accidente. Corro a sus brazos empapada en lágrimas porque a pesar de no conocerlo mucho, es amigo de Ainhoa y confío en él para que me ayude.

—¡Asier! ¡ASIER! —le grito—. Tenemos que irnos.

Él me observa como si estuviera loca. Entonces le cojo de la mano y le arrastro hasta la puerta de forja para que pueda comprobar lo que me ha hecho huir de allí. El hombre carnero está empalmado. Su falo es tan grande y desproporcionado que sobresale un metro de la puerta. De su boca escurren babas y sus ojos brillan con

un fulgor que cuesta mirarlos. Observo a Asier para buscar algún signo de sorpresa en su rostro, pero permanece impassible como una estatua.

—¿Pero es que no lo ves? ¡ASIER! ¡DIOS MÍO! —señalo al inmenso falo metálico.

Entonces él abre la boca y tras vomitar una infecta viscosidad, asoma una lengua negra y larga como la de una serpiente. Me agarra de los brazos y me da la vuelta hasta quedar de frente a la mirada violácea de la bestia. La lengua de Asier se enrosca alrededor de mi cuello estrangulándome y, a medida que pierdo la conciencia, mis músculos quedan laxos por la asfixia. Capto como Asier abre mis piernas y me arrastra hacia la bestia para que le monte. Cuando sus demoniacas manos asen mis caderas y el falo queda a la entrada de mi sexo, todo se vuelve negro.

Suena el despertador. Son las siete y media de la mañana y estoy tan empapada en sudor que lo primero que hago es quitar las sábanas de la cama y meterme en la ducha. Me siento sucia, como si la experiencia hubiese sido real. Jamás en mi vida una pesadilla se había extendido durante tanto tiempo. ¿Qué habría pasado si no hubiera sonado la alarma en el momento en el que Satanás iba a violarme? Todo era tan real... Las sensaciones, los olores, incluso el corazón partiéndome en dos el pecho. Y la viscosa e imposible lengua de Asier enrosándose alrededor de mi cuello. Estoy segura de que de no haber despertado, habría sentido a la perfección su monstruosa polla destrozando las entrañas de mi cuerpo.

«¿TE LO FOLLARÍAS?», grita la voz de Ainhoa en mi cabeza.

Cierro el grifo y sin cubrirme con una toalla me dirijo al armario de la cocina. Ya no puedo soportarlo más. Necesito acallar esas voces aunque ello me suma en un estado de colicón químico. Las ventanas del caserón no tienen cortinas y por ellas, por una vez, entran los rayos del sol. Me da igual que los vecinos me vean corretear desnuda por la casa porque lo único que quiero es tomarme mis pastillas. Agarro el bote y me llevo dos píldoras a la boca y me las trago sin siquiera un vaso de agua. Después sí, abro el grifo de la cocina y bebo un trago largo. No entiendo por qué he soñado una cosa así. Anoche estuve hasta tarde con Ainhoa. Al igual que la noche del viernes y la del sábado. Bebimos, charlamos, y me arriesgué a pasear por el interior del local con ella agarrada de mi cintura.

Lo he pasado de miedo a pesar de que mi hermano tiene razón: no puede existir un lugar en el que me sienta más desubicada. Ainhoa hace lo imposible para que me encuentre bien entre los suyos. Incluso Asier va estando más atento de mí cada día. Hay algo raro en ese chico más allá de que sea una persona atormentada por la imposibilidad de hablar. Es algo en su mirada. En la cantidad de veces que le he pillado observándome a escondidas y cómo su cabeza me sigue a todas partes. Sin embargo nunca se aproxima a mí. No al menos mientras Ainhoa está cerca. Diría que

le gusto, pero intentar dilucidar algo en rotundidad en el estado en el que está mi mente, resulta un completo absurdo. Podría considerar cualquier cosa real o justamente lo contrario.

Me visto a toda prisa y salgo andando hacia la consulta. Ni siquiera he desayunado hoy. Parece que todas esas promesas de cuidar de mí misma que me hacía tan solo hace tres días, se han evaporado sin más.

Es lunes. Hoy se cumplen cuatro semanas desde que estoy aquí y quiero llegar antes al trabajo de lo que lo hice el viernes. Primero tengo a una niña de trece años con problemas de anorexia y a continuación a una señora mayor que no es capaz de superar el luto. La tercera consulta del día es con Karen. No es que me encuentre con ganas de ello, pero no me queda más remedio. En cualquier otra circunstancia habría pedido la baja, no obstante siento la necesidad interior de ayudarla. Es como si los sueños y las experiencias que estoy teniendo, nos conectaran de alguna forma. Es estúpido e, incluso, maniaco, pero es un puzle que mi cabeza va trazando conforme se suceden los días en Beelzegoyan. Ayudarla a ella será lo mismo que ayudarme a mí.

La versión de mí vestida con la bata blanca del centro sanitario aparece sobre mi hombro. Hace días que no viene a verme. Creo que desde la semana pasada. Lleva el pelo suelto y pulcramente peinado y mordisquea la patilla de una gafa. Es un gesto sexy. Casi de conejita *Playboy* posando para una revista. La patilla se interna a través de sus labios y le obliga a dejar la boca entreabierta. A continuación se inclina en esa pose de la que sabe que quiere lucir las caderas y me da una serie de consejos al oído. Hace ese gesto de cubrirse la cara con una mano para que nadie más pueda oírla y me susurra muy despacio, pero no soy capaz de entender nada. Después se distancia un poco de mí y niega efusivamente con la cabeza antes de desaparecer con su característico estallido.

De camino al centro me suena el teléfono. Lo saco del bolso y compruebo que entre muchos mensajes tengo uno de mi hermano. Además de todas las tonterías típicas de «¿Cómo estás hermanita?» y «mis recuerdos a Ainhoa», añade un extraño «tenemos que hablar». Lanzo la llamada para charlar con él pero no me contesta. Después me doy cuenta de que solo son las ocho y cuarto de la mañana y que a esa hora Óscar no se ha levantado nunca ni para pedir el biberón. Camino por las aceras distraída, y a medida que avanzo compruebo las aplicaciones típicas del móvil que ya solo miras por hábito: *Facebook*, *Twitter*, *Instagram*, los mensajes del *WhastApp*... y las fotos del fin de semana. En casi todas salimos Ainhoa y yo. Una en un banco de madera a las afueras del pueblo en el que estuvimos sentadas en la tarde del sábado, y en el que me contó un montón de historias de cuando era pequeña. Otra en el interior de la barra del Infierno sirviendo nuestras copas en un momento de la noche en el que Asier y el resto de camareros no daban abasto. Una de las fotografías está hecha por el mismo Asier. En ella Ainhoa me besa con fuerza en la mejilla mientras se agarra

como una lapa a mi cuerpo.

«¡Qué loca está!», pienso. Y al mismo tiempo vuelve a asaltarme la idea de que mientras nos hacía la foto, él me miraba de un modo extraño. De esa forma que miran los hombres que son demasiado tímidos a las mujeres que no se atreven ni a tocar.

«Deshazte de esos pensamientos, Leti. Porque estás como una cabra. ¡Te lo estás imaginando todo!»

Mi diálogo interno que entablaba de un modo simpático y reconciliador, se detiene de golpe en el momento en que llego a la última fotografía.

«¡Es imposible!», me digo. No tengo ningún recuerdo de haber estado allí y sin embargo la imagen no deja lugar a dudas. Es tal el temor que empieza a crecer en mí, que aunque esté segura de que voy a ver a Ainhoa en el transcurso de la siguiente media hora, no puedo soportar la espera y decido llamarla por teléfono.

—¿Diga? —contesta con voz dormida.

—Hola —digo. Me hubiese gustado decirle un montón de cosas. Haberle gastado una broma sobre que es una dormilona y que no tardando mucho me encantaría estar en esa cama junto a ella. Despertar, hacer el amor y volver a dormir en un ciclo que no tenga fin. Pero entre el tropel de palabras que encuentro, lo último que me sale es algo con sentido del humor o que se decante hacia lo positivo.

—¿Leti? —pregunta. Y de repente tengo la certeza de que está metida en su cama y, sin saber por qué, también sé que está desnuda.

—¿A qué hora entras?

—¿Qué hora es? —me lanza otra pregunta.

—Por lo que veo tarde. Creo que te has quedado dormida. Yo ya voy para el centro de salud.

—¡HOSTIA! —oigo un golpe como si se hubiera caído de la cama por levantarse a toda prisa—. Te veo en un rato —dice apresurada.

—¡Espera! No cuelgues. Tengo que preguntarte algo.

—Dime, pero date prisa que no voy a llegar a tiempo. Tengo que ducharme, dejar puesta la lavadora, la comida... ¡Peinarme! ¡Joder, qué pelos tengo!

—Vale, vale, tranquila. Solo será un momento. Verás, he estado ojeando las fotos del móvil...

—¿Sí?

Su tono de voz ha cambiado. Sin duda espera a que le haga un comentario sobre alguna de las imágenes en las que las dos salimos algo más que melosas.

«La verdad es que esta mujer se calienta con soplarla. ¡Y eso que aún no nos hemos acostado!»

—Es una foto en la que salimos las dos en una fuente. En plena calle y en mitad de la noche. —Quiero darle más detalles para que se sitúe, pero de inmediato

me interrumpe.

—El Caño de los Arcángeles —dice.

—¿De quién?

—Ya sabes... Miguel y Gabriel, o Rafael y Uriel... Creo que en total son siete. No sé muy bien a quién representa esa pareja. ¿Por qué? Si te interesa la fuente puedes preguntarle al padre Antxieta. Seguro que él sabe decirte más que yo.

—No, no —le digo que no tengo el menor interés—. Es solo que no me acordaba de haber estado allí.

—Pues no debe hacer ni cuatro horas.

—¿En serio?

—Fue antes de dejarte en casa. Llevabas un pedo peor que el de ayer y que el de antes de ayer... La verdad que te estás soltando bien la melena aquí en el norte.

—Sí —intento reír aunque no me sale la risa—. Bueno, te veo ahora.

—Un beso, niña —se despide.

Cuelgo y la imagen del Caño de los Arcángeles vuelve a mostrarse en mi teléfono. Se nos ve felices, a ambas. Ainhoa está a mi derecha situada por encima de mí. Subida sobre la rodilla semiflexionada de la estatua y apoyándose en mi hombro para mantener el equilibrio. De repente observo que su cabeza está por encima de mí. Siempre ha estado así, pero me doy cuenta de ello porque la certeza de lo que significa es demasiado siniestra para pasarla por alto. Su pose se parece a la del maligno ángel de la pesadilla de anoche.

«¡Qué diablos! Es igual de aberrante que la de ese ser».

Borro la fotografía porque no quiero volver a ver nada sobre esa fuente en un tiempo. En cuanto me entere de la calle en la que está, me lo grabaré bien para no pasar por allí ni por accidente.

Cuando diviso el centro de salud y vuelve a mi cabeza el rostro moreno y precioso de Ainhoa, me doy cuenta de una cosa: «Si Ainhoa y yo estábamos juntas a los pies de la fuente y se supone que Asier estaba trabajando, ¿quién diablos hizo la fotografía?»

Una gota me cae en la mano a pesar de que el sol lucía hasta ahora mismo en el cielo.

«No me lo puedo creer».

VIII

—¿Sentía usted dependencia hacia su marido?

«Pues claro que sentía dependencia, Leticia... Está aquí para tratarse sobre eso mismo. Esta señora ha estado tan en segundo plano en su matrimonio, que ahora que ha enviudado, no es capaz de salir de casa sin compañía. Por eso tienes a dos personas sentadas frente a ti en vez de a una sola. Haz el favor de centrarte en tu paciente».

Y, aunque intento estar atenta, mostrar interés por los años de padecimientos resultantes de una relación típicamente machista, asentir de cuando en cuando a las intervenciones de la mujer que dice ser su cuñada y que, curiosamente, ejerce el mismo control en la viuda del que era capaz su difunto hermano, no lo consigo. Tengo ganas de terminar cuanto antes con esta consulta y sumergirme en lo que Karen tenga que contarme en la siguiente cita.

Pido con amabilidad a la cuñada que espere fuera un momento para poder charlar de tú a tú con mi paciente. La mujer parece no entender el problema e, incluso, llega a sentirse molesta por la petición. Se levanta con esfuerzo de la silla y renquea hacia la puerta de la consulta. Camina con ayuda de un bastón y lleva un pañuelo negro de luto alrededor de la cabeza. Mi paciente también lo lleva, pero está anudado con tal fuerza que espachurra su cabello haciendo que algunos pelos salgan hacia fuera. Antes de salir por la puerta, la cuñada se gira hacia mi paciente y se mantiene estática hasta que ésta le asegura que estará bien. La mujer asiente complacida y sale de la consulta murmurando frases en Euskera. No me apetece preguntarle a su cuñada acerca de lo que ha dicho, porque no me hace falta. Supongo que entre «demonio extranjero», «lárgate de aquí» y unos cuantos ánimos de corte racista, habrá expresado que le espera fuera. La viuda me observa con cara de susto y le pido que se tranquilice, que solo vamos a estar a solas unos minutos y que no debe interpretarlo como una amenaza, sino como parte del tratamiento a abordar. «Cada día intentaremos estar a solas un poquito más. Si se siente nerviosa, o la inseguridad le impide expresarse con normalidad, podemos volver a invitar a su acompañante a la consulta».

—¿Qué le parece? —pregunto con la mejor sonrisa de la que soy capaz.

«Dios mío... Esto me supera», pienso a continuación.

No puedo entender el odio tan profundo que me profesa esta mujer sin siquiera conocerme. ¿A qué ha venido si no va a aceptar mi ayuda?

«Al menos podría hablar y dignarse a mirarme a la cara».

De repente capto un movimiento a mi espalda. No, no es un movimiento. Es esa clase de sensación súbita que está más cerca de la premonición que de la experiencia consciente. Incluso me provoca un escalofrío que recorre mi espina dorsal. La mirada

de la mujer sigue fija en un punto que se encuentra a centímetros de mi cabeza. La silueta de la ventana se refleja en sus gafas de cristal y en mitad de ella se dibuja la figura de una persona. Ahora entiendo por qué no me mira a mí y por qué no es capaz de apartar la vista de la ventana. Su mandíbula intenta despegarse para pronunciar palabra, pero ni siquiera es capaz de balbucearla. Me giro en la silla para increpar a la persona que se ha colado en la intimidad de mi consulta, pero cuando reconozco a mi próxima paciente, también me quedo muda. Karen está del otro lado de la ventana. Yace en mitad del cristal completamente estática. Sus gafas de espejo reflejan a la perfección mi consulta, salvo que lo que veo en ellas, me resulta irreal. Hay algo que falla en la versión de mí que hay en sus gafas. El rostro que veo parece cansado y el de mi paciente demasiado pálido. El escenario es oscuro, sucio en los rincones, y juraría que por un segundo puedo ver los excrementos de perro chorreando desde mi silla. Me levanto y abro la ventana para poder hablar con ella.

—Karen —llamo—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy esperando a que llegue mi turno.

«Vale, Leti. Es invidente... Puede haberse despistado al igual que me ocurrió a mí cuando me quedé a oscuras».

—Sabes que estás en la calle, ¿verdad?

«Pues claro que tiene que saberlo».

Está chispeando y de vez en cuando los truenos parten en dos el cielo. Me parece hasta peligroso que se quede a la intemperie.

—No quiero esperar dentro. Todos me miran. —Levanta unos centímetros la barbilla para señalar al otro lado del muro de mi consulta.

—¡Qué tontería, Karen! ¿Quieres que te salga a buscar? Puedo acompañarte a otra parte del centro donde se concentre menos gente —le ofrezco, pero no me contesta. Estoy segura de que me ha oído y de que le he brindado una opción coherente, por lo que supongo que solo necesito reforzar mis argumentos para convencerla—. Después iré a buscarte personalmente, cuando llegue el momento de tu consulta.

Tampoco hay contestación esta vez. Solo ese rostro huesudo oculto bajo las grandes gafas de espejo tras las que, en otra de mis ideas delirantes, juraría que me puede ver. Frente a ella siento la sensación que asalta a cualquier persona que intuye estar siendo observada. Salvo que aquí el contacto visual es directo. No tengo que mirar en todas direcciones en busca del fisgón, porque la certeza de que está frente a mí, resulta insoportable.

«¿Qué escondes bajo las gafas, Karen? ¿Qué te hicieron y qué hiciste para conseguir que no conste en tu historial médico?»

«¡ÁCIDO! ¡PUTA! ¡BAÑARON SUS OJOS EN ÁCIDO!», grita de nuevo esa voz dentro de mí.

Por un momento parece que va a abrir la boca para contestarme, pero aborta el intento sin siquiera iniciarlo y echa a andar hacia la entrada del centro de salud moviendo su vara de invidente. La duda de si debo o no salir a buscarla me asalta, porque realmente no me ha dicho nada. No sé si ha aceptado que vaya a por ella, o directamente ha pasado de cuanto le he dicho. Creo que esta chica está demasiado desconectada de la realidad para que aborde con ella el tratamiento que tenía pensado. Necesita medicación urgente y una revisión del diagnóstico del señor Cuéllar.

Me giro hacia mi paciente para pedirle que aguarde un minuto en lo que salgo a buscarla, pero ésta ya no está frente a mí. En algún momento ha decidido salir de la consulta y dejarme sentada frente a una silla vacía. Me asomo a la puerta del despacho y no encuentro rastro de ellas por ningún lado. La sala de espera sufre otro de esos bajones informáticos en los que se espacian las citas. Tampoco veo que Karen llegue a través del pasillo por lo que decido volver a mi silla hasta que se digne a llamar a mi puerta. Preparo unas hojas de papel cuadriculado y un bolígrafo no tan aparatoso con el que me resulta más fácil escribir. No tengo ni idea de cuánto va a contar Karen para que transcriba en esta primera vez, pero por si acaso, es mejor que no me pille desprevenida.

«El ordenador», me regaño.

Me viene a la mente sin más. El último día entró en pánico en el momento en que sintió el ventilador del mismo zumbando en el arranque del sistema. Lo apago y, tras hacerlo, un silencio antinatural se adueña del interior de mi consulta. No se escuchan truenos, ni el murmullo de gente en cualquier parte del centro de salud. Ni siquiera escucho a mis compañeros en las consultas paralelas a la mía. El silbido de la luz eléctrica también se ha acallado, y cuando me siento en mitad de una paz irresistible, suena el teléfono de mi mesa. El timbrado es tan fuerte que doy un salto sobre la silla. Yo nunca tengo el volumen tan alto por lo que o bien alguien lo ha cambiado a propósito, o han sido las señoras de la limpieza al pasar sin ningún cuidado el trapo. En cualquier caso, es otra de las gracias de esas tipejas. Cojo el auricular y me lo llevo al oído.

—¿Diga? —contesto.

«Podría ser Ainhoa...», cruza por mi cabeza un instante.

—¿Hola? —insisto al no escuchar nada del otro lado. El vacío de la línea se llena de agudas interferencias durante unos segundos y a continuación vuelve a hacerse el silencio.

Me acerco el auricular aún más al oído. No se trata de que así vaya a escuchar más, es simplemente un gesto automático, como si tenerlo más cerca me acercara a los susurros ininteligibles que creo empezar a percibir al otro lado. De repente algo profiere un grito a un volumen tan ensordecedor que me hace soltar el teléfono. Éste cae sobre la mesa y a pesar de la distancia puedo seguir escuchando el horrible

sonido. Es agudo y antinatural y tiene algo que me encoge el alma. Es como un condenado a la silla eléctrica en el que la corriente no termina de llevárselo. No creo que nada de este mundo pueda sonar como lo que escucho ahora mismo. La piel se me pone de gallina, se me eriza el vello de la nuca, y ya solo pienso en colgar el teléfono. No me importa si lo que grita está o no sufriendo. Lo único que quiero es hacer que desaparezca. Agarro el teléfono con el respeto del que mete la mano en la jaula de una bestia y en el momento de colgar, el grito se detiene. Mi mano tiembla incontrolable. «No puede ser, —me repito una y otra vez—. No me puedo estar volviendo loca».

—¿Oiga? ¿Oiga? —repite una voz que conozco.

Me llevo el auricular al oído. No sé por qué, pero de repente tengo la certeza de que, si alguien iba a contestar después de eso, sin duda sería ella.

—Señora... Aguirre —digo al recordar el segundo apellido de Karen que por lógica pertenece a su madre—. ¿Es usted?

—¿Qué es lo que ha pasado? —Por su voz percibo que está casi tan asustada como yo. Quizá me he pasado de la raya al creer que ha sido ella la que me ha gastado una broma así, y lo que ha sucedido es otra cosa que no tiene que ver con ninguna de nosotras.

—No lo sé —le digo con seguridad. Porque en realidad, no tengo ninguna explicación que darle—. ¿Usted lo ha oído? —pregunto.

—Algo sí, pero no sé si será lo mismo que ha escuchado usted. Desde donde estoy las cosas pueden malinterpretarse.

—¿Suele haber interferencias? —contesto a su galimatías.

—Sí, interferencias... —y a continuación escucho varias risas entre las que no está la suya. Ella tan solo respira. Lo hace con la misma dificultad de otras veces. Produciendo un gruñido brusco que recuerda al de un animal.

—¿Ha venido con Karen? Porque acabo de verla en la calle bajo la tormenta... Me parece muy peligroso, señora Aguirre, que una persona en el estado de salud que tiene su hija camine sola por la calle. Está extremadamente delgada y cualquier golpe de viento puede...

—He llamado para avisarla —corta mis argumentos.

—¿Cómo dice? —Y siento lo impertinente que he podido parecer, pero la mala educación de la que siempre hace gala esta señora, me resulta intolerable.

—No debe averiguar lo que hay tras sus gafas. Haga el favor de no volver a intentarlo otra vez.

Por un momento me asalta la idea de que esa mujer tiene la capacidad de leer mis pensamientos y el temor que parecía haberse esfumado, regresa con fuerza a mi cuerpo.

—¿Cómo sabe eso?

—¿Usted está loca? Es curiosidad natural. Todo el mundo quiere saberlo.

Me resulta tan coherente lo que ha dicho que ni siquiera me molesta que me haya tachado de loca.

«Los locos creen que los dementes son siempre los otros».

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Guarda un silencio que considero como una invitación a ello—: ¿Por qué tiene fobia a los ordenadores?

—Ella le dirá —dice, y a continuación corta la llamada.

Alguien llama a la puerta de mi despacho. Es Karen. Aunque no la he visto estoy segura de que se trata de ella y de que su madre está escondida en alguno de los pasillos. Quizá no está tan mal de la cabeza como creía y esté utilizando a su pobre hija para reírse de mí, porque se trata de otra de esas separatistas que no dejan de maquinarse en mi contra.

Todo esto es muy extraño. Cualquier hecho adquiere sentido y lo pierde con una facilidad pasmosa. Podría ser que yo me esté volviendo loca o espantosamente cuerda.

Abro la puerta del despacho e invito a Karen a que entre en él. Antes de cerrar busco algún rastro de la madre en el exterior, pero, como suponía, debe estar bien escondida. La tentación de comentarle algo de lo que me ha sucedido me asalta y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no dejarme llevar por ello. Hasta que no esté segura de nada, no puedo faltar a la promesa que le hice a la madre de no mencionarla en presencia de la hija.

—¿Cómo estás, Karen? —pregunto al tiempo que no se me escapa el detalle de que se mueve a la perfección por el interior de la consulta; sin zarandear el bastón para ubicar la mesa o la silla. Tan solo se sitúa al lado de ella, la desplaza y se sienta.

«Habrás estado tantas veces aquí con el señor Cuéllar, que conoce cada rincón de memoria», me asombro.

—Ahora mejor, gracias —y en sus palabras rezuma cierto alivio. La situación para ella tiene que ser incómoda. Caminar a la luz del día con ese aspecto y con un pentáculo en la frente no tiene que ser plato de buen gusto.

—Perfecto. Quiero que te sientas bien conmigo. Has de tomar estas sesiones como un paréntesis en el que actúes con libertad y puedas relacionarte en calma. Después procuraremos extender las sensaciones que nazcan de aquí al mundo que queda tras esa puerta —señalo y, en cuanto lo hago, me doy cuenta de lo absurdo de mi gesto.

—Me gustaría empezar ya.

—Claro. Bueno —corrijo—. En realidad ya hemos empezado. Incluso un poco antes de tiempo —desvío la mirada hacia el reloj de pared y ella parece mover a su vez unos milímetros la barbilla. Es su voluminoso pelo el que me da la pista y, el reflejo de sus gafas que, al desplazarse, emite un brillo que instantes antes no estaba.

«No puede ser, Leti. Ella no ve. No imagines cosas que no son».

Y sin embargo, la percepción de que seguía la dirección de mi mirada, me parece inequívoca.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Karen? —Y es exactamente el tipo de pregunta que no debería hacer, pero seguir manteniendo la duda solo nos perjudica a ambas. A ella porque no la tomaré en serio hasta que no lo oiga de su propia boca, y a mí, porque me volverá loca no conocer la respuesta.

—Adelante —dice al tiempo que las comisuras de sus labios se elevan hacia ambos lados. Si su rostro no estuviera tan demacrado, si ese horrible símbolo no presidiera su frente, diría que ha intentado sonreír. Pero visto así, creo que solo ha sido un gesto de suficiencia.

«Sabe lo que le voy a preguntar, porque deben de haberle hecho la misma pregunta cientos de veces».

—¿Qué grado de discapacidad visual tienes? —digo y, solo el hecho de hacerlo, hace que comience a sentir alivio.

—Del cien por cien —contesta tajante.

—¿Quieres decir que no ves nada?

—¿Podemos empezar ya? Entiendo tu curiosidad, pero no me gusta hablar de este tema —vuelve a cortarme.

Cojo las hojas cuadriculadas y las golpeo en la base contra la mesa, a fin de que el taco quede ordenado. A continuación destapo el bolígrafo y exhalo un suspiro junto al que vuela algo de mi paciencia. La miro de frente, a las gafas, y me veo reflejada en ellas.

—Estoy lista. Aunque quiero que tengas claro que si lo que voy a transcribir es tu verdadera historia, en algún momento tendrás que hablar de las cosas que no te gustan. Es el único modo de hacerlo, Karen. Porque —añado—, no vas a mentir en tu historia, ¿verdad?

—A ti no te mentiré, Leticia.

—¿Por qué a mí no?

«¿Acaso le mentiste al señor Cuéllar?» «Mi hermano, ¡joder! Tengo que hablar con mi hermano de ese condenado informe».

—Porque tú estás aquí para ayudarme. —Inclina su cabeza hasta dejarla en un ángulo extraño. El mundo de sus gafas se tuerce y yo quedo en una pose en él, del que creo que voy a caer.

«Vaya. Al menos algo empieza a cuadrar», pienso al reconocer de su boca la promesa que tanto me insistió su madre para que hiciera.

—Eso es verdad. Cualquier profesional del centro está aquí para velar por tu salud.

—Escribe —me ordena. Y con ello me chafa lo siguiente que iba a decir. Quería haberle recomendado que visitara a su médico de cabecera para que le echara un

vistazo a su peso, pero parece que tendré que dejar el consejo para más adelante.

Asiento. Otro de esos gestos que hacemos de manera automática y que no tienen cabida en una conversación con una invidente y, sin embargo ella, procede como si lo hubiera visto.

—Me llamo Karen y voy a contarles mi historia.

—Espera —intervengo—. ¿Crees que es la fórmula adecuada para dar comienzo?

—¿Qué tiene de malo? —pregunta ella.

Y tras hacerme la pregunta sé que me he equivocado al hacerle la mía. No debería haberla interrumpido, pero ahora ya no tiene remedio. Suelto el boli con el que solo he escrito esa primera frase y me pinzo con los dedos a ambos lados del puente de la nariz. Respiro o, al menos, intento hacerlo. Estoy cansada y, temo un testimonio tan desgarrador, sumado a la situación que atravieso, que no sé si podré soportarlo.

—Solo quiero que te asegures de iniciar con la fórmula adecuada. ¿Has pensado en la forma que quieres dar a tu testimonio?

—¿Forma? —pregunta con cierta incredulidad.

—Sí. Puedo escribir sin más cada palabra que digas y cuando acabemos tendremos algo parecido al informe que ya elaboró el señor Cuéllar —le digo a fin de que muerda el anzuelo y sea ella la que me desvele parte del contenido. Ha dicho que va a ser la primera vez que cuenta su historia, pero la verdad es que no me creo nada. Karen llevaba tiempo en tratamiento antes de que mi colega de profesión se suicidara como para que no le hubiera sacado una sola palabra.

—¿Qué otra forma podemos darle? —pregunta con interés.

—Podríamos construirlo como un relato en primera persona, con un narrador omnisciente o, incluso, novelar la historia.

—Novelar la historia... —repite con un tono de voz que parece evocar un viejo sueño.

—¿Te gustaría eso, Karen? ¿Quieres que novelemos tu historia?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que te hace dudar?

—El miedo —contesta sin alterar la voz.

—¿Miedo a qué, Karen?

—A que no le guste que lo cuente.

—¿A quién no le va a gustar?

—A ÉL —y esta vez sí que ha alzado considerablemente la voz.

Abro mi libreta y tomo un apunte. Es un trazo tan simple que apenas me lleva un segundo hacerlo. Cuando acabo la dejo abierta y Karen mueve la cabeza hacia ella. Parece observar lo que he escrito en la pequeña página de la libreta. La palabra «Él»

aparece rodeada de un círculo junto a un signo de interrogación. Quisiera añadir unos cuantos apuntes más: «presencia, paranoia, delirio...», pero no me gusta nada el modo en que sus gafas parecen no apartarse de mis notas.

—Escucha, Karen. Aquí dentro no tienes nada que temer.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta con un pequeño temblor en la voz.

La verdad es que no tengo ninguna contestación que ofrecerle y lo poco que sé de ella tampoco me ayuda a darle una razón convincente. Sin embargo, la idea me viene a la cabeza sin más. Y cuando lo hace, me parece tan delirante, que a la fuerza tiene que encajar en su lógica.

—El ordenador, ¿recuerdas? Me he acordado y lo he apagado antes de que entraras en la consulta. Solo estamos tú, yo y el papel. Nosotros estamos listos para que empieces; ahora solo nos faltas tú, Karen —insisto para que sepa que ella es lo más importante de este trío y que sin su colaboración nada tendría sentido.

Permanece un rato en silencio, con la línea ciega de su mirada clavada en algún punto entre mi corazón y mi frente. No puedo evitarlo, me saca de quicio verme doblemente reflejada en las gafas.

«Más adelante arriesgaré a pedirle que se las quite. Pero todavía es pronto, sí. Aún no tenemos la confianza suficiente».

Puede que la aguja del segundero haya dado dos vueltas completas al reloj antes de que comience a hablar.

—Todo empezó por un ordenador, ¿sabes?

Sostengo de nuevo el bolígrafo y transcribo las palabras. No pienso volver a interrumpirla ahora que he creído vencer sus barreras mentales.

—Era mi penúltimo año de medicina. Desde pequeña tuve muy claro que quería especializarme en salud mental. Sé que no es una profesión que valore con normalidad una niña de siete años, pero créeme cuando te digo que yo lo tenía muy claro. La familia de mi madre, ya sabe... —se interrumpe y supongo que teme pronunciar esa palabra que a todos los que nos roza un poco de su significado nos parece tan maldita—. Es un pueblo pequeño perdido en mitad de un valle montañoso que ya de por sí está apartado del resto del mundo; demasiada consanguinidad, supongo. El caso es que siempre recuerdo a mi madre y a mi abuela sumidas en largos periodos de depresión. A veces eran semanas o meses en los que la comida no se hacía con la misma periodicidad que en las otras casas, o mi ropa no estaba tan limpia como la de los otros niños de la escuela, porque mi madre permanecía casi todo el día junto a mi abuela para que ésta no se cortara las venas. Cuando mejoraba una, empeoraba la otra y lo único que hacían era intercambiarse el papel de salvadora. Crecí sola. Junto a un padre que bebía en los bares para olvidarse de algo de la verdad que le esperaba en casa. Él tampoco estaba muy bien, por lo que no le puedo culpar.

«¿Padre fallecido? Antecedentes depresivos en la familia. Trastorno bipolar».

Tomo nota de esas tres posibilidades.

—Los periodos de euforia eran incluso peores que los de depresión. De verdad, resultaban insoportables para una persona que no sufriese la misma enfermedad que ellas dos. Recuerdo la fiesta de mi octavo cumpleaños. Salió adelante por una vecina que se dedicaba a echarnos una mano en casa cuando ambas se encontraban tan mal que no podían levantarse de la cama. La comida, los globos, los juegos... todo cuanto puedas imaginarte para una fiesta perfecta salió de la mano de esta mujer. Mi madre y mi abuela llevaban días sin salir del cuarto en el que las encerrábamos y supusimos que ese día tampoco lo iban a hacer, pero se nos olvidó cerrar con llave. Una de mis amigas se internó en la casa buscando el baño, se equivocó de habitación y abrió la que no era. Una de las dos debió preguntarle que qué hacía allí, y la niña contestó con total sinceridad: «Celebrar un cumpleaños». Entonces mi madre se levantó de la cama con un camisón lleno de orines, restos de comida y otras manchas de las que es mejor que no cuente nada. Apareció en mitad de la fiesta. La depresión que llevaba tiempo postrándola desapareció de repente y entró en el mayor periodo maniaco que recuerdo. Su alegría era desbordante. Saltaba entre los niños. Los aupaba y se los subía a los hombros. Quería comer tantos emparedados que no le cabían en las manos. Se guardaba los vasos de refresco en el bolsillo del camisón y estos derramaban su líquido sobre sus piernas como si se estuviera meando. Algunas de las vecinas insistieron para que regresara a la habitación. Le decían: «No te encuentras bien, mujer. Es mejor que vuelvas a acostarte». Pero ella repetía que era mi cumpleaños. ¿Cómo iba a dejar sola a su única hija en el día de su cumpleaños?! «No sería una buena madre. ¡Y yo, por encima de todo, soy una gran madre. Me preocupo por mi hija!» Eso era todo lo que le angustiaba en la vida cuando conseguía estar en un estado mental más o menos decente y, cuando no, como en ese día, lo llevaba hasta el extremo de su comportamiento.

»En un momento dado, cuando creía que las cosas no podían ir peor, simplemente se hicieron insoportables. Mi madre empezó a imitar el sonido de un búho porque una de mis amigas decía haber visto uno posado en la rama de un árbol. Puso la boca en pico y las manos a ambos lados de la cara y comenzó a hacer ese horrible ruido. Después le tocó el turno al caballo y a sus relinchos; el perro, el gato... Todos los niños reían mientras algunos de los padres se congregaban alrededor del jardín de la casa temiendo que sucediera una tragedia. Cuando le llegó el turno al cerdo, debió pensar que no era suficiente y se dejó montar a la espalda por un grupo de niños. Antes de que los sanitarios del pueblo pudieran detenerla para trasladarla a un hospital, todos mis amigos la llamaban cerda.

»Como imaginarás, crecer así no fue nada fácil. De ahí que cuando empecé medicina lo hiciera convencida de que estudiaba el tipo de profesión con el que solucionaría muchos de los problemas de la gente. Problemas que yo misma había

vivido en mis propias carnes desde que era pequeña.

—¿Consideraste tu carrera como una especie de salvación?

—Supongo que vi en ella esa isla a la que cualquier barco que se hunde hace lo imposible por llegar.

—¿Tenías la esperanza de que especializándote en psiquiatría podrías ayudar a tu madre?

—Supongo que sí, pero era una esperanza inconsciente. En realidad siempre había creído que la enfermedad de mi madre estaba demasiado arraigada en su ser como para que nada pudiera funcionarle. Pero me equivoqué o, al menos al principio, pensé que lo estaba.

—¿Qué tiene que ver esto con ese ordenador que has mencionado al principio?

—Tú sigue escribiendo, Leticia. Te pido que no dejes de hacerlo y tarde o temprano lo entenderás.

Lo cierto es que me duele la mano. Durante todo el relato no se ha detenido un momento. Había cierta pasividad en el modo en que ha descrito las escenas, haciendo que éstas pasaran tan vacías de emoción como el rebobinado de una película. Me masajeo la muñeca con la otra mano y cuando me siento lista para continuar, se lo indico.

—Adelante —digo.

—Un profesor de la universidad me ofreció incluir a mi madre en el estudio de un fármaco experimental. Yo le dije que uno de los problemas de mi madre era que nunca había querido tratarse y que me sería difícil disimular el contenido de doce o quince pastillas en la comida. Él alegó que este fármaco era revolucionario y que se administraba en una única dosis antes del desayuno. Solo debía convencerla de que tomase un vaso de agua en el que yo disolviese la pastilla y pronto notaría una gran mejoría. Y lo cierto es que sucedió tal y como él dijo. De hecho solo tuve que mentirle durante el primer mes diciéndole que el gusto raro del agua se debía a unas vitaminas para que no se resfriase. A partir de ese primer mes aceptó tomar la pastilla y al segundo me acompañaba con docilidad a Navarra para que los médicos le hicieran los estudios correspondientes al tratamiento. A los seis meses pudo trabajar por primera vez en su vida.

—¿En serio? —eso es fantástico—. ¿Y qué pasó con tu abuela? ¿No pudiste incluirla con el fármaco experimental?

—Mi abuela murió años antes de que esto sucediera.

—Lo siento —le aseguro.

Karen se encoge de hombros y por primera vez se ajusta el puente de las gafas. Éstas han ido resbalando unos milímetros por su nariz, pero a pesar de que he estado atenta para distinguir esas supuestas cicatrices del ácido, no he tenido la

oportunidad de ver nada.

—Es igual. Era muy mayor y era lo que le tocaba. Además, la gente así, que no es feliz porque padecen una enfermedad que les impide serlo...

—Ya —le digo porque sé qué es lo que está insinuando y, como no puedo estar más en desacuerdo con ella, prefiero que no lo diga.

—No apunte esto último, por favor —me pide con amabilidad.

—No lo he hecho, Karen. Sé que en el fondo no piensas así. Todo el mundo tiene derecho a vivir. Continúa contándome —le pido—. ¿Cómo era el trabajo que consiguió tu madre?

—No fue gran cosa. Tan solo limpiaba la casa de unos señores que pasaban la mayor parte del año en San Sebastián y venían en verano o cuando el calor se les hacía demasiado insoportable para dormir. Pero como comprenderás, aquí en el norte, no es que el calor nos castigue mucho.

—Entiendo.

—Pero ella estaba orgullosa. Ganaba poco dinero y como no tenía gastos, lo ahorró en un bote de cristal escondido tras muchos otros en una de las estanterías de la cocina. ¿Qué americano, verdad? —sonríe y, por un momento, sus dientes me parecen llenos de caries negras y manchas de nicotina como los de un fumador de cuarenta años de hábito.

—¿Cómo dices? —parpadeo y la visión delirante de sus dientes desaparece quedando expuesta una dentadura corriente. No es demasiado blanca ni perfecta, es simplemente como tiene que ser en una persona de su edad.

—Lo del bote, digo. Supongo que como se pasó la vida viendo películas en el sofá pues ella hacía lo mismo que veía en ellas.

—Puede ser. Al final actuamos en consecuencia a lo que estemos acostumbrados a ver.

—Un día quiso compensarme el daño que me había hecho. —Cambia de tema tras haber sopesado durante unos segundos mis últimas palabras.

—Sabes que ella no te hizo daño, ¿no? Al menos no a propósito.

—Sí, claro que lo sé, pero ella estaba convencida de que sí y por eso actuó por voluntad propia. Una tarde en la que la tormenta eléctrica no había dejado de rasgar el cielo, se fue la luz y se estropeó el ordenador con el que yo estudiaba. Todos mis apuntes de la universidad, fotos de mi vida, música, conversaciones del *Messenger* que tenía guardadas con mis amigas... Lo perdí todo. Incluso algunos de los informes que yo misma rellenaba sobre los resultados del fármaco experimental con el que trataba a mi madre. Me disgusté muchísimo y a pesar de que hablé una y otra vez con ella para hacerle entender que no se podía hacer nada, ella insistió en que sí. Ahí fue cuando me di cuenta de que su ánimo se encontraba mejor, más estable y en apariencia sano, pero su razón, sus funciones lógicas, estaban muy lejos de ser los de

una persona normal. Salió de casa y no apareció hasta el día siguiente. Venía sucia y con las piernas arañadas por espinas de zarzas. No sé dónde estuvo ni lo he llegado a saber nunca, pero de su pequeña aventura, volvió con un ordenador nuevo.

—¿Un ordenador nuevo? —me extraño porque es lo último que esperaba oír de una historia así.

—Bueno, ya me entiendes... Nuevo para mí, pero evidentemente era un portátil usado.

—¿Lo robó?

—No lo sé... Quiero creer que lo compró porque, al tiempo, descubrí que faltaba el dinero del bote de la cocina.

—¿Y a quién se lo compró?

—Ya te he dicho que no lo sé... Como también desconozco por qué no cogió un autobús a la ciudad, se bajó cerca de una tienda, y compró uno nuevo. Supongo que su cabeza vio un problema, quiso solucionarlo y su locura dibujó la solución más rápida sin pensar en las consecuencias. Ordenador roto, ordenador nuevo. ¿Parece fácil verdad? Quizá se lo compró a un ladronzuelo de poca monta.

—Las lógicas de las personas a veces son todo lo contrario a lo que dicta el nombre. ¿Puedo hacerte una pregunta, Karen?

—Adelante.

Dejo el bolígrafo y vuelvo a masajearme la muñeca. Me arde como después de uno de esos castigos en los que el profesor te obligaba a copiar cien veces una frase por haber hablado en clase. También observo el reloj. El tiempo está a punto de agotarse, pero me siento francamente contenta porque tengo la sensación de que hemos avanzado mucho. La transcripción de la historia es lo de menos. Lo importante es que ahora estamos más cerca la una de la otra como terapeuta y paciente. Incluso siento cierta conexión entre ambas. Como si algo de la tragedia de su infancia rozara con mi presente.

—¿Qué tenía de especial ese ordenador? —pregunto—. Porque... Algo tenía, ¿no?

Karen sonrío. Ésta vez lo hace de verdad. El rictus es tan exagerado que incluso hace que se muevan sus gafas. Las mejillas se arrugan como un acordeón hasta adquirir una expresión que da a entender lo contrario. Solo puedo sentir lástima por un rostro así.

—Bien, bien... —repite como un sádico y, por un momento, tengo la certeza de que es una enferma mental. Lo sé al comprobar lo complacida que se siente. No ha llegado a ese estado como consecuencia de su brutal agresión, sino que estaba en él desde mucho antes. Quizá la genética de su familia no ha saltado el problema en su generación.

«Está feliz porque no solo he escrito su historia, sino que además estoy

siguiendo el hilo de la misma».

Es como el caso de un demente que leí, el cual afirmaba que el cadáver de Dios era un pajarillo muerto que había caído en su patio. Los vecinos sintieron tanta lástima por lo afligido que se encontraba, que organizaron un funeral para el pájaro. Lo enterraron, le ofrecieron un pequeño responso y consolaron al hombre asegurándole que no pasaría nada. El mundo no cambiaría porque se trataba de Dios nuestro señor. Le siguieron hasta tal punto la corriente, que al tercer día afirmaron que había resucitado mostrándole otro pajarillo posado en una rama. El desdichado sintió tanta felicidad, que murió en el acto. La cara que se le quedó debió ser parecida a la que estoy viendo.

Karen vuelve a su relato. Yo escribo en un punto y aparte, porque sospecho que esta es otra historia. La verdadera, quizá, tras ese prelude introductorio. Puede que todavía nos cueste llegar al horror de la agresión, pero sin duda estamos más encauzadas.

—Era un modelo de ordenador caro, demasiado para haber sido propiedad de cualquier otro joven del pueblo. Aquí no hay mucho dinero, ¿sabes? Casi todas las familias se dedican a la agricultura y a oficios menores. Pero se compensan porque es un pueblo en el que tampoco se pueden hacer demasiados gastos. Si quieres romperte la mano de tanto tirar dinero, hay que irse a la capital o a pueblos más grandes que este. Por eso me extrañó tantísimo que de un día para otro consiguiera un ordenador de esas características. ¿Quieres saber la marca?

—No creo que tenga mucha relevancia para la historia —contesto—. Además, tampoco ibas a sorprenderme, ya que no entiendo prácticamente nada de informática.

—Yo sí lo hacía. Informática era mi espinita clavada. Me hubiese gustado dedicarme a ello porque siempre me ha llamado la atención todo lo relacionado con lo virtual.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque es increíble, ¿no te parece? Piénsalo... existe un mundo ahí dentro. Es tan grande e inmenso como el tiempo que dediques a explorarlo. Puedes navegar sin descanso en busca de nuevos contenidos y cada hora que pasa se añaden millares que no podrás conocer porque una sola vida no basta para ello. ¡Ni siquiera en una vida! Estamos hablando de miles de millones de personas sumando bytes de información a cada momento. Eso me hizo plantearme muchas preguntas.

—¿Qué clase de preguntas, Karen?

—Cosas trascendentales... De temática religiosa pero adaptadas al siglo en el que vivimos. Aunque, lo cierto es que fue poco después de tener el ordenador cuando empecé a intentar buscar respuestas a estas preguntas.

—¿Por qué después?

«Ahora va más lenta. Supongo que nos estamos acercando a algo y teme

desvelarlo sin más. Es como esos ególatras poseedores de la verdad absoluta; de un secreto que les hace grandes solo porque ellos lo conocen... Si averiguas su secreto y se lo haces saber, pierden los cimientos de su seguridad».

—El ordenador era especial. Intenté formatearlo y en cierto modo lo conseguí. Borre todo el contenido del disco salvo un fondo de pantalla y un programa que venía preinstalado en él. —«Vale. Sin duda esto es lo interesante o, al menos ella cree que es la cumbre de su historia»—. Si no sabes nada de ordenadores más allá del nivel básico de usuario, te diré que esto es completamente atípico. Si formateas un disco con todas sus particiones, no puede quedar nada en él. Es simplemente imposible. Salvo a niveles avanzados de recuperación de datos.

—¿Estás segura?

—Lo repetí varias veces. Si hubiese sido cualquier otro fondo de pantalla me habría dado igual, pero el caso es que no se podía cambiar. ¿Entiendes? Encendía y estaba ahí, toqueteaba en la configuración y al minuto volvía a estar. Es como si estuviese intrínseco en la configuración más básica de la placa base.

Levanto las cejas porque no tengo ni idea de lo que habla y, otra vez, ella parece ver o intuir mi gesto.

—La placa es como el alma del ordenador. El resto son periféricos, tarjetas que conectan a esa placa para formar un todo en el que pulsas el botón de encendido y, ¡voilà!, enciende.

Supongo que hacer la siguiente pregunta es inevitable. Hubiese preferido que fuese ella la que lo hubiese dicho sin más, pero sin duda no hace otra cosa que dar rodeos para que sea yo quien lo haga. Así que, allá voy... No quiero que llegue el final de la sesión e irme con la duda a casa.

—¿Qué mostraba ese fondo de pantalla?

—Un pentágulo —su voz trueno aunque en apariencia no la ha elevado. Aun así he creído percibirla más alta. La palabra me ha asustado. No solo por su significado sino por el modo en que ella la ha dicho. Ha sido algo así como «contempla mi poder».

—¿Quieres decir...?

—Sí —afirma y su cabeza se mueve de arriba abajo. Las gafas se balancean y me devuelven la imagen de mí misma agitándose a través de ese mundo imposible en el que soy un reflejo de colores muertos—. Idéntico al de mi frente —añade.

El escalofrío vuelve a mi espalda. Se cuela entre mis axilas y me produce una sensación muy extraña. Literalmente me mojo en gotas de sudor frío que aparecen de la nada por todo mi cuerpo. Tengo miedo y algo más allá de sus gafas me dice que ella lo sabe. Quisiera no preguntar más, dejar aquí la sesión y marcharme a casa; hacer la maleta y volver a Ávila, porque cuanto más sé de Beelzogoyan y sus gentes, menos me gusta este lugar. Primero era por los asuntos separatistas, pero ahora... ya

no sé qué pensar. Soy una científica. La psicología es una disciplina empírica y, los resultados que yo misma he experimentado, o bien contradicen mi cordura, o van contra mis más firmes creencias.

«¡LETICIA!»

Esta vez ha sido la versión de mí que no viste como psicóloga la que me ha gritado. Sé que quiere que no me sugestione, pero...

«ENTONCES NO LO HAGAS —vuelve a gritarme—. CÉNTRATE. TE ESTAS DEJANDO LLEVAR».

Respiro en profundidad. Me da igual que Karen me escuche o no. Tengo que hacerle la última pregunta antes de despedirla hasta la siguiente cita.

—Háblame de ese programa que venía preinstalado, Karen. ¿Qué importancia tiene en todo esto?

—Era un chat. ¿Sabes cómo funcionan?

—Sí. Ya no lo hago tanto, pero cuando era más joven... Ya sabes. Supongo que todas hemos entrado alguna vez en una sala para chatear con gente.

—Cierto, salvo que aquí no había gente. El programa se conectaba a una única sala denominada como #ELOTROLADO.

—Es un nombre... sugerente.

—Solo había un *nick* en la sala. Daba igual la hora a la que me conectara. Siempre estaba el mismo *nick* y, aunque fuera de madrugada, contestaba —añade.

Estoy temiéndolo. Tengo la seguridad de que lo último que va a decir va a ligar a la perfección con el instante antes de empezar su historia. Si todo esto forma parte de una paranoia, se trata de un delirio muy elaborado. Y si no, su atacante supo a la perfección cómo debía proceder para acercarse a ella.

—¿Cómo era ese *nick*, Karen?

Ya lo he dicho. Sé que me ha traído hasta aquí para que fuera yo quien hiciera la pregunta. Ahora sonrío, contenta. Incluso se mueve inquieta sobre la silla.

—ÉL —contesta—. El *nick* era: ÉL.

IX

Creo que puedo afirmar con rotundidad que ha sido el martes más aburrido de los últimos cinco años. El día de consulta se ha escurrido entre depresiones, inapetencias, un problema conyugal y un caso de eyaculación precoz en un chico que después ha confesado abusar con periodicidad del éxtasis, alcohol, porros y cocaína. Me han entrado ganas de decirle que lo que tiene es el pito atontado de tanto psicotrópico y estupefaciente. «Así no se entera; o te colocas de lo uno o de lo otro, pero de las cuatro cosas se te atrofia el primer cerebro». Obviamente no puedo hacerle estos comentarios en el contexto de un tratamiento, pero con ganas me he quedado. Después ha dicho conocerme de El Infierno y a mí se me ha puesto la cara de mil colores. No sé por qué siento esta repentina vergüenza porque alguien pueda haber sido testigo de mi aventura con Ainhoa. Por suerte es de los que se maquillan la cara para ir al local, se sueltan el pelo y se disfrazan con ropas negras. Espero que todo eso sea suficiente para no reconocerle allí.

Ainhoa no ha venido a trabajar. Me ha mandado un mensaje en el que decía que se ha levantado con fiebre y la garganta roja como un *Bloody Mary*. He insistido en ir a verla cuando saliera del centro de salud, pero ha dicho que mejor me fuera directa a casa. Al parecer hay una nueva cepa de virus de la gripe rondando por el pueblo y el personal sanitario debe prestar especial cuidado. Por lo visto han pasado la circular dos veces en un solo día, pero por mi consulta no ha venido nadie a informarme de la noticia. Supongo que es otro tanto que apuntar al marcador de los nacionalistas. Leticia cero, separatistas tres, cuatro, o cinco... Ya he perdido la cuenta de las veces que esa gente se ha confabulado en mi contra y me han hecho creer en lo que no puede ser. Han llegado a tambalear los cimientos de mis creencias, de lo que siempre he considerado como una verdad irrefutable o como una tontería del tamaño de un piano. En cualquier caso, el día sin sobresaltos me ha venido bien para ordenar las ideas, reorganizarme y desarrollar estrategias para paliar mi estrés y ver las cosas con perspectiva.

De momento voy a salir a correr. La lluvia lleva todo el día amenazando, pero no ha llegado a caer en ningún momento. Un vistazo a través del ventanal del salón muestra un horizonte plateado. Más arriba los nubarrones oscuros se empeñan en avisarme de que es mejor que me quede en casa. Pero no puedo hacerlo. Si me encierro aquí, perderé el nuevo enfoque que estoy empeñada en mantener. Me pongo mis mallas pirata y una chaqueta amarilla con reflectantes en las mangas. No es tarde para que oscurezca, pero quiero hacer un rodaje largo además de unas series antes de volver a casa. Después abriré una botella de txacolí, picotearé queso, y me sentaré en el sofá a sumergirme en una buena novela. Antes de salir a la calle estiro los distintos

grupos musculares ayudándome de una silla y de las escaleras que suben al piso de arriba. Cuando estoy en el peor momento posible, en una pose difícil en la que los isquiotibiales me arden como el fuego de una barbacoa, suena mi teléfono móvil.

«Ojalá sea Ainhoa y me diga que le da igual pegarme la gripe. Que me necesita allí consigo para que le ayude a bajar la fiebre sumergiéndola en una bañera de aguas templadas. *Mmm...* Mandaría a la mierda estas mallas y me plantaría en menos de dos minutos en su casa».

Será mejor que pare de pensar en estas cosas porque sé de sobra que no puede tratarse de ella. Me ha dicho que se tomaría una pastilla para la fiebre, un jarabe para la garganta, un par de Dormidinas, y que acto seguido se metería en la cama. Conociéndola lo habrá bajado todo con una cerveza bien fría y ahora estará tronchada con una manta hasta la cabeza. Aun así, la esperanza es lo último que se pierde y mi cara debe reflejarlo muy bien cuando desenchufo el móvil del cargador y compruebo quién es la persona que llama.

«Bueno. Tampoco voy a quejarme».

No es ella, pero al menos es alguien con quien llevo días queriendo hablar. En la pantalla del móvil puedo leer «Osc Herma Peque». El contacto se quedó así después de cambiar la tarjeta a un móvil nuevo y que los nombres de la agenda resultaran parcialmente incompatibles con mi nuevo *smartphone*. Me hizo gracia y dejé muchos de ellos tal cual quedaron.

—¡Hermanito! —contesto al descolgar el teléfono.

—¡Vaya, Leti! ¡Qué alegría me da oírte así!

—Hoy estoy más animadilla —confieso.

—¿Vas a salir esta noche?

—Tío, ¿un martes? ¿Por quién me tomas?

—Y yo qué sé... Ya no sé en qué día vivo.

—Seguro. Mis primeros años de carrera también fueron una locura. Pero que eso no te sirva de excusa, vas a tener que centrarte, ¿de acuerdo? —Ejerzo de hermana mayor responsable y corta rollos.

—Sí, mami —me toma un poco el pelo—. Bueno, ¿qué tal lo llevas?

—Bufff, ¿seguro que quieres que empiece? Iba a salir a correr... Pero si te digo la de cosas raras que me están pasando, nos quedamos aquí hasta mañana.

—Pues resúmelo un poco.

—A ver... —Decido contárselo porque la perspectiva de otra persona con la que además tengo la confianza suficiente para no tener que ocultar mis ideas, me viene muy bien. En diez minutos le pongo al corriente acerca de Karen, su madre, y de algunos de los sustos que me he llevado desde que estoy aquí. Le digo que las sesiones con Karen resultan muy intensas. El aspecto de la chica no ayuda a que mi mente, todavía blandengue por la ruptura y los posteriores meses que pasé, no se

sugestione.

—Tu problema es que te involucras demasiado. Te esfuerzas mucho y te comprometes aun en contra de ti misma. ¿Cómo se te ocurre hacerle un juramento a esa mujer? ¡Si por lo que me dices está como una chota!

—Pues por eso mismo, Óscar. Porque si no lo hacía no iba a dejarme en paz. Además, la madre no es el mayor de los problemas. Como bien dices ella está simplemente desequilibrada, pero no busca hacer daño a pesar de las formas. Al contrario, quiere que Karen esté bien. Que vuelva a ser la persona que era antes de la terrible agresión que sufrió.

—¡Joder! Es que es muy fuerte ir por el mundo con un símbolo satánico en la frente...

—Y no veas la historia que me contó ayer... Casi me muero de miedo en la consulta.

—Cuéntamela —me pide emocionado.

—No puedo. Ya sabes... confidencialidad terapeuta paciente, al menos de momento, hasta que ella decida qué hacer con el libro que estamos escribiendo.

—¿Un libro? —se sorprende.

—Sí. Supuestamente me está narrando lo que sucedió... Y te aseguro que no escatima en detalles. Pero todavía tengo que descubrir si lo que cuenta es real o es fruto de su imaginación.

—¿Cómo va a inventarse una agresión?

—No digo que se la haya inventado... Las cicatrices hablan por sí solas. Pero su mente ha podido tergiversar los hechos antes, durante, y después de que ocurrieran. De momento solo puedo escuchar su historia e ir analizándola por mí misma. Al menos hasta que tu ingenio desbloquee el archivo que te pedí. Por cierto, dime que me llamas para eso —no puedo disimular el ruego que desprende mi voz.

—En parte sí, pero todavía no des saltos de alegría. No es lo que te piensas.

—¿Malas noticias? —creo adivinar.

—Tampoco es eso. Yo lo he intentado, pero al parecer no tengo los conocimientos necesarios para abrirlo. Bueno, rectifico. De lo que no dispongo es de las herramientas adecuadas, pero pronto voy a solucionarlo.

—¿Qué vas hacer?

—Voy a llevarme el archivo a la universidad y lo voy a comentar con uno de mis profesores.

—¿Él podrá?

—Es un friki de cuidado. Se dice que colabora con la policía cuando ésta se lo solicita. Si él no puede... Nadie podrá hacerlo. Tu archivo habrá quedado completamente inservible después del apagón que me comentaste.

—A ver si me voy a meter en un lío, Óscar. Que en principio yo no tenía que

haber sacado ese archivo ni de la consulta.

—Pues, tía, ya es tarde. Aunque aún estás a tiempo de que no lo lleve a clase.

—Bufff yo que sé. Estoy echa un lío.

—Todavía no le he dicho nada —me ofrece.

—No —decido—. Tú hazlo. Llegado el caso no creo que me pasara nada. El informe no pertenece al centro de salud. Es más un compendio de anotaciones que elaboró el señor Cuéllar por su cuenta. Pero tampoco le digas a ese profesor de qué trata y, por supuesto, no quiero que lo lea. ¿Tú vas a estar presente cuando lo abra?

—Supongo que sí, pero tampoco te lo puedo asegurar... Los profesores hacen lo que les sale de los cojones.

—Óscar, tío, no hables tan mal.

—Ya, sí... Oye —me cambia de tema porque sabe que me pongo muy pesada con lo de los tacos—. ¿Sigue igual internet?

—¿Igual? —pregunto y me siento en el sofá. Se me están quitando las ganas de salir a correr. Miro por la ventana, el sol todavía aguantará un poco más.

«No, Leti. No vas a ser vaga... En cuanto cuelgues el teléfono sales por esa puerta trotando», me doy ánimos porque si no me los doy yo, nadie más me los va a dar.

—Con cortes, *pixelaciones* en las *videollamadas*, manchas... Ya sabes, todas esas cosas que me comentaste.

—Pues sí, todo igual.

—Y no me extraña —dice y, de inmediato capta por completo mi atención.

—¿Por qué lo dices?

—De hecho llevo días queriéndolo hablar contigo... Pero entre unas cosas y otras, ya sabes.

—Venga, Óscar, al grano —le pido con la vista puesta en la ventana y la cabeza expectante a cuanto me tenga que decir.

—He hecho un *ping* a tu conexión de red.

—En cristiano, friki —le exijo porque le conozco y como empieza a hablar de cuestiones técnicas... no voy a enterarme de nada.

—Vale. Te lo voy a explicar para niños pequeños.

—De jardín de infancia —le enfatizo.

—Imagina que nos separa un camino, ¿vale?

—Vale.

—No sabemos cómo es ese camino y para tener una pista de él te mando a una persona con una carta que contiene cinco palabras.

—*Ajam*... —le digo sin saber bien a dónde quiere llegar todavía.

—La persona no habla ni podemos preguntarle nada acerca de cómo es el camino porque no nos va a contestar.

—Vale. No podemos preguntarle, así que para conocer el camino debemos guiarnos por el tiempo que ha tardado, ¿no es así?

—Eso es. Pero además nos fijamos en si trae barro en los pies, si viene mojado, en fin... cosas que nos digan que el camino corre en condiciones ideales.

—Entiendo —asiento y por un momento mataría por tener uno de esos teléfonos antiguos de cable para poder enrollarlo alrededor de un dedo.

—Ahora voy a explicarte cuál es el problema que he encontrado con tu conexión a internet...

—Sorpréndeme —le digo con cierta chulería, porque la verdad es que no sé qué es lo que va a contarme.

—Nuestro hombre vuelve intacto. Lo hace bien y dentro del tiempo que se supone que debe hacerlo.

—¿Entonces? —insisto, porque no entiendo nada.

—Su papel llevaba cinco palabras escritas, ¿recuerdas?

—Sí. —Y el escalofrío que no aparecía desde ayer, comienza a dibujarse hacia la mitad de mi espalda.

—Pues regresa con más.

—¿Cuántas más?

—Eso no tiene importancia. La cuestión es que yo lanzo un paquete de datos y, lo habitual es que regrese intacto o con menos datos de los enviados al tratarse de una conexión defectuosa. ¡Pero nunca con más! ¿Entiendes? No se pueden recibir más datos de los que se envían a no ser que alguien los ponga ahí a propósito...

Guardo silencio durante unos segundos sopesando las implicaciones de lo que ha dicho. Si tuviera más conocimientos informáticos estoy segura de que podría hacer las preguntas idóneas, pero así, solo se me ocurren estupideces. De todos modos, no tengo más opciones que decirle lo primero que viene a la mente.

—¿Cómo son los tipos de datos que se mandan?

—Pues reduciéndolo al mínimo... Ceros y unos.

—¿Lenguaje binario?

—Esa es de trivial, hermanita —bromea por mi acierto. Y agradezco que lo haga. Necesito que la tensión de la que me había desecho no me posea de repente.

—¿Habría alguna manera de ver cuáles son esas nuevas palabras que devuelve la conexión?

—Pues mira, en eso no había pensado.

—Pero bueno, ¡Óscar! ¿En serio? Voy a tener que hablar con papá y mamá para que no salgas tanto.

—Déjate de rollos, Leti.

—¿Podrías hacerlo? ¿Podrías saber qué está devolviendo de más mi conexión a internet?

—Bueno, no es solo tu conexión la que tiene este defecto. He probado con algunas otras IPs hermanas de Beelzegoyan y a todas les sucede lo mismo.

—Y, ¿de dónde has sacado esas IPs? —Por una vez puedo saltarme la pregunta de qué es una IP, porque me cansé de cambiar la contraseña del router del piso de mi novio cada vez que sus compañeros de edificio le robaban el wifi.

—No me preguntes, hermanita.

—Joder, tío. Cualquiera día acabas en la cárcel. Y oye, Óscar —añado tras barajar la posibilidad—, si todas las conexiones IPs de este pueblo que has probado se comportan igual, ¿podría explicar eso el problema que tenemos en el centro de salud con el espaciado de las citas?

—Pues no lo sé. Supongo que sí... Si algo está interviniendo en la red, tendría acceso a manipular cualquier programa cuyo ordenador tenga conexión a internet. Y esto no es la prehistoria de los noventa en la que naciste. Hoy en día todo equipo informático tiene acceso a internet.

—Espera —le pido—. Has dicho, ¿algo? —apunto con temor a que ese algo, no tenga una identidad física.

—Pues claro. Un virus de sobre escritura, un troyano, un gusano informático... Todavía no sé lo que es, pero sin duda puedo afirmar rotundamente que hay algo actuando en la red de Beelzegoyan. Voy a echarle un ojo y te mantengo informada. También miraré lo del archivo de esa chica...

—Karen —digo. Y la imagen de dientes pútridos que creí ver en el despacho vuelve a asaltar mi mente.

—Como se llame. La verdad que me da un poco de mal rollo lo que me has contado, así que prefiero saber lo menos posible.

—Eres un cagón —bromeo. Aunque después de cómo se está desarrollando todo, soy yo la que está muerta de miedo.

A los treinta minutos salgo por la puerta de casa. He tenido que volver a estirar porque después del tiempo que he estado hablando notaba los músculos fríos. Nada más salir giro a la izquierda y cojo una calle que desemboca en un camino de tierra.

Cuando salgo a correr por esta ruta me pregunto por qué motivo asfaltarían una calle que muere sin más en un abrupto corte. El camino es estrecho y discurre entre piedras y raíces. En menos de cinco minutos me interno en una tupida arboleda en la que la techumbre vegetal, junto a la tardía hora, hace que vea con dificultad.

Compruebo las pulsaciones en el pulsómetro y activo una lista de reproducción en mi teléfono móvil. La música llega limpia a través de los cascos y decido abandonarme a ese estado en el que la violencia de las zancadas pisoteando el terreno se me antoja como pura delicia. Empiezo a sudar. Mi cuerpo rompe a ello y sé

que si me detuviese de golpe tendría que pasarme una y otra vez las manos por la frente para que el sudor no se me metiera en los ojos. Es en ese estado cuando el deporte te empieza a entregar el milagro de la endorfina y la felicidad corre por mi torrente sanguíneo, canalizada en venas, vasos y arterias. El mundo exterior se desvanece y me centro en cuanto acontece en mi tormentoso interior. Solo que corriendo por las entrañas del bosque, siento la metáfora de poder huir de ello. Es como si nada pudiera alcanzarme en este estado.

De repente el cielo se oscurece. Lo hace tanto que parece que alguien haya apagado la luz en el interior de una habitación sin ventanas. Alzo la vista con cuidado de no tropezarme y descubro un grueso cúmulo de nubes negras como una noche bajo mantas y sábanas. No sé qué es lo que pueden cargar esas nubes, pero la verdad que no me gusta nada el aspecto que tienen. No me importa que me llueva entrenando porque de hecho lo considero bastante liberador. Me siento un poco indígena incluso, corriendo bajo una fina capa de lluvia. Sin embargo, lo que amenaza en esas nubes nada tiene que ver con un manto de agua. Temo que empiecen a caer rayos. Llevo el reloj, el móvil, la cinta del pecho, los cascos... Demasiados objetos metálicos que disparan mi aprensión y hace que comience a imaginarme fulminada en el suelo con la piel y el cabello chamuscados, por lo que aprieto el paso aunque el corazón se me salga por la boca y atajo hasta un camino que lleva directo a Beelzegoyan, solo que este lo hace por la parte contraria a mi casa. Dar la vuelta sería una estupidez porque ya he recorrido tres cuartos de ruta, por lo que la mejor opción es seguir adelante.

El primer rayo ilumina el cielo hasta el punto de que parece que he sido fotografiada por un millar de cámaras. La noche torna de un blanco antinatural y al instante vuelve a apagarse en impenetrable negro. No es tan tarde, pero la tormenta ha cerrado tanto el cielo que parece que el reloj haya avanzado dos horas. El trueno llega de inmediato y la embestida del sonido arremete con tanta furia, que inconscientemente agacho la cabeza. Una vez, dos veces, el mundo estalla a mi alrededor. Apago el móvil, detengo el pulsómetro y me guardo todo en el bolsillo del cortavientos. Si la tormenta sigue situándose tan encima de mí, tiraré la chaqueta con mis cosas dentro y volveré mañana a buscarla. Otro trueno vuelve a irrumpir solo que esta vez no ha habido rayo que le precediera, o al menos yo no he visto volver a iluminarse el cielo con semejante violencia.

«Quizá haya tormenta por detrás, o es tan grande que me ha rodeado en pocos segundos», pienso.

Me detengo un instante a fin de ubicar la tormenta con el firme pensamiento de que si descubro un claro en el cielo, correré en esa dirección aunque ello me saque del País Vasco. Pero tal y como temía, estoy rodeada por todas partes. Una gota de agua muy fría cae por primera vez en mi mano. A continuación lo hace otra, y otra. Y lo que en principio imagino como un chaparrón apresurado se convierte en un manto

de agua como no he visto nunca.

Decido arrancar el paso y volver a correr con toda la premura de la que soy capaz, pero, antes de hacerlo, diviso algo entre los árboles. Viene a lo lejos. A unos cien metros de distancia. Parece una figura humanoide de contornos difuminados. Solo que es muy alta. No podría decir lo que es porque la lluvia hace que apenas pueda abrir los ojos sin que me entre agua. Pero diría que se desplaza a mayor velocidad que yo a pesar de estar bien entrenada. Su silueta es más negra que la propia oscuridad que la rodea y, lo que menos me gusta de ella, es que no emite ningún sonido. No oigo crujidos, ni gritos por encima de la lluvia, ni nada que le indique a mi sentido de la vista que no se está equivocando.

La sensación de amenaza nace sin más poco antes de la brutal llamada a la huida de mi instinto. Me giro sobre mis talones y empiezo a correr con todo lo que tengo sin importarme dónde piso o si puedo caer a través del suelo inclinado de la montaña. Solo quiero huir, llegar a Beelzegoyan y perder a esa sombra que cada vez está más cerca de mí. El corazón se me sale por la boca y al poco la respiración se entremezcla con los espumarajos propios de la falta de aire. El flato se instala en mi costado y es tan doloroso que no puedo seguir avanzando sin apretarme fuerte con una mano en ese lado. Los últimos metros antes del pueblo los hago a todo lo que da mi cuerpo, pero para mi desgracia es demasiado lento; la sombra está ahí mismo.

«¡¡Está aquí, Leticia!! ¡¡La tienes encima, joder!! ¡¡¡¡CORREEEE!!!!», me grita una voz interior que no conozco de nada.

La sensación de que caerá sobre mí en cualquier momento es tan absorbente, que no percibo las primeras bolas de granizo. Penetro en Beelzegoyan por la otra punta del pueblo con la esperanza de encontrarme con cualquier persona. Me da igual quién sea con tal de echarme en sus brazos y que me haga despertar de esta pesadilla.

Si creía que podía bajar el ritmo estaba equivocada porque un rápido vistazo sobre mi hombro sitúa la sombra cada vez más cerca. La granizada se intensifica y pronto no soy capaz de ver ni a dos metros. Las bolas de hielo estallan contra el suelo con una fuerza que resulta insoportable para mis tímpanos. Me refugiaría en un portal o en cualquier otro sitio que me resguardara de esta tormenta apocalíptica en la que los gránulos de hielo tienen el tamaño de pelotas de golf, pero no puedo parar. Esa cosa sigue detrás de mí y su silencio, su avance imparable y tamaño, me aterran como la visión de mi propia muerte. Algo empieza a fraguarse en lo profundo de mi estómago al tiempo que el hielo rompe en cada centímetro de mi cuerpo, sin que sea capaz de hacer nada por evitarlo.

«No puedo más, me rindo», pienso antes de caer al suelo sin aliento. El adoquín de Beelzegoyan destroza la fina piel de mis rodillas. El mundo comienza a dar vueltas, me mareo y me retuerzo en una arcada que hace que vomite un líquido acuoso y amarillo. El granizo helado se clava en mi piel. El dolor en las manos resulta

insoportable. Por un momento las observo y las veo amoratadas, contraídas por un frío que no he sentido en ningún otro rincón del mundo. También veo heridas en las palmas que he debido hacerme al caer sobre ellas. Hilillos de sangre se entremezclan con el agua al tiempo que otra arcada me hace vomitar el contenido de una víscera. Mi campo de visión se estrecha. Los flancos desaparecen y muy a lo lejos observo el tejado de mi casa con nostalgia porque sé que no llegaré a él jamás.

«Ainhoa, Óscar, papá y mamá», pienso antes de darme la vuelta para recibir a la sombra que va a acabar con mi vida. Pero no está. Aun así no me recupero del esfuerzo. El corazón no vuelve a su ritmo normal de trabajo y el pozo en el que me hundo lo tiñe todo de oscuridad. Me tumbo de lado, pero la laxitud de mis músculos, la falta total de control sobre ellos, hace que rueda hasta quedar bocarriba. El granizo no da tregua y golpea mi rostro. Se ceba en mis pómulos, labios y mejillas. Sin embargo, parece respetar mis ojos.

«Algo quiere que sigas viendo a pesar de todo, Leticia», río al lúgubre destino que me aguarda en Beelzegoyan.

«Si no muero de un infarto, lo haré de un golpe de hielo... Como en el Titanic», pienso. Y mientras se dibuja ese pensamiento en mi mente; mientras veo el barco chocando contra el inmenso iceberg, me siento igual de arrastrada por la marea. Soy un cuerpo a la deriva. Elevado del suelo por las bravas olas. Transportado por... ¡Dios mío! Por esa sombra.

Cuarenta minutos después despierto desnuda en El Infierno. Bueno, no estoy exactamente desnuda, pero la sensación de que me encuentro como Dios me trajo al mundo me asalta nada más abrir los ojos. A pesar de ello no tengo frío y, en cuanto hecho un vistazo a mi cuerpo, comprendo el motivo: estoy envuelta en toallas. Incluso tengo una alrededor del pelo. A mi lado hay un calefactor soltando un chorro de aire continuo. También hay una silla sobre la que alguien ha dejado una taza con un líquido humeante. La tomo en mis manos y el tacto caliente me reconforta. Huelo el aroma del contenido. Es sopa instantánea, de la que hace muy poco juré que no tomaría más. A pesar de ello doy un sorbo que amansa la bravura que hay en mi estómago. Después observo el local. Es la primera vez que lo veo estando yo sola. Las luces están encendidas y la música apagada y, de esa forma, no resulta tan intimidante como los días en los que he estado de fiesta.

Me incorporo del todo y me doy cuenta de que estoy en la zona del reservado, sobre ese sofá en forma de ele que se inserta hacia el espacio que en otras noches solo he podido distinguir como oscuro. A la derecha del sofá está la pequeña puerta que tanto llamó mi atención el primer día, cuando Ainhoa me besó por primera vez. Me acerco hasta ella con cuidado de que la toalla no se caiga de alrededor de mi cuerpo. Ahora sí puedo distinguir los contornos gracias a la luz de la sala. Supongo que esta

debe ser la iluminación que utilizan para limpiar el local. Me agacho un poco y me inclino más hacia la pequeña puerta. No sé qué tiene ese objeto para llamar tanto mi atención porque, a pesar de que todavía noto cierta debilidad en las piernas, me siento atraída como un imán. Estiro la mano derecha afianzando la toalla con la izquierda a la altura del escote. Cuando mis yemas tocan su superficie siento un calambriño eléctrico. Es una corriente pequeña, como de pila de petaca o algo así. No llega a ser dolorosa, tampoco placentera, y, sin embargo, tiene algo que hace que quiera tocar más, pegar la palma o incluso el cuerpo. Valoro hacerlo en el momento en que noto un ligero roce en mi hombro. Me asusto tanto que me pongo de pie de repente y me pego con la cabeza contra el techo del habitáculo.

Las manos de Asier me sujetan por los hombros y, con un dedo en sus labios, me pide que guarde silencio. No me está amenazando, tan solo quiere que me tranquilice. Me lleva hasta la parte en la que he estado inconsciente y me sienta allí de nuevo. Él lo hace a mi lado y, en cuanto toma asiento, me suelta la mano. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que me llevaba así. A continuación saca su móvil y me da el mío junto al resto de mis cosas. Ha debido secarlas de la tormenta porque todo está impoluto. Le veo toquetear en la pantalla de su teléfono y después me la pasa. En ella pone su número junto a una petición de que le grabe en la agenda. No entiendo el motivo, pero hago lo que me pide. Todavía no sé muy bien por qué estoy allí medio desnuda y mucho menos cómo he llegado. Después me manda un *WhatsApp*. Supongo que debe tener mi número por Ainhoa o lo habrá cogido de mi propio móvil mientras he estado inconsciente. Mi hermano siempre me dice que debo poner un PIN, un patrón de seguridad... algo, «¡joder, Leti!». Aunque la verdad es que me da igual que haya estado toqueteando en mis cosas. Tengo la certeza de que he estado muy cerca de morir y solo le puedo estar agradecida.

«¿Te encuentras bien?», leo en la pantalla de mi teléfono.

Asiento y después me doy cuenta de que aunque él es mudo, yo sí que puedo hablar.

—Gracias, Asier. Si no fuera por ti... No sé qué habría pasado. ¿Viste la tormenta?

«Te vi desde el bosque. Yo también había salido a entrenar», vuelvo a leer en la pantalla de mi teléfono. Le miro sin comprender y él me sonrío. Tiene los ojos más bonitos que he visto en mi vida y en la cara, aunque ha pasado el tiempo, aún conserva el sonrojo del que ha estado practicando un intenso ejercicio. Sin embargo no lleva ropa de deporte. Solo unas zapatillas con sus característicos pantalones vaqueros y su camiseta negra. Quizá se ha cambiado mientras yo he estado inconsciente.

«Joder, Leti... No me jodas que has organizado todo esto solo por...»

—¿Eras tú? —le pregunto.

Él asiente y, de pronto, siento unas ganas terribles de golpearle. De gritarle por qué no me dijo nada cuando le confundí por primera vez con una silueta enorme descendiendo a toda velocidad por la montaña.

«Pero claro, Leticia. Es mudo, ¡joder! ¡El tío es mudo! No habría podido decirte nada aunque quisiera y tú encima no dejabas de correr como una puta descerebrada».

He vuelto a malinterpretar todo lo que me pasa y esta vez he puesto en peligro mi propia vida e, incluso si lo pienso bien, puede que también la de él.

«¿Qué te pasa?», pregunta.

Niego con la cabeza y me entran ganas de llorar. Intento contener las lágrimas pero es tal el agobio que siento que, finalmente una se derrama por mi mejilla. Me la seco con el dorso de la mano, pero después cae otra, y otra. Y es ésta última la que él enjuga con uno de sus dedos. Yo no sé si entiendo su gesto porque realmente no sé si se puede malinterpretar que un hombre esté sentado junto a una mujer semidesnuda, que esta lllore y, que él enjague sus lágrimas. Creo que mis sospechas sobre sus miradas de este fin de semana, esa posibilidad de que a este chico le guste de verdad, no iban desencaminadas. Pero también creo que me respeta, y que no intentaría sobrepasarse conmigo.

A continuación señala el teléfono. Creo que insiste en preguntarme lo mismo.

—Nada —le digo—. No me pasa nada. Es solo que estoy agobiada.

«¿Por qué huías?»

—He creído que eras otra cosa. —Y esta vez soy yo la que intento sonreír. Si él también me toma por una loca, solo faltará yo por reconsiderarlo.

«¿Qué cosa?»

—No lo sé —confieso.

«Puedes confiar en mí. Sé que casi no me conoces de nada, pero yo soy tu amigo».

Sus ojos se encuentran con los míos. Me atrae, joder, me atrae mucho y, el hecho de estar desnuda, y de que me haya visto así al quitarme la ropa, me resulta jodidamente sexy.

«Ainhoa, Leti. Ainhoa», vuelvo a repetirme para que ese nombre por el que he cruzado un par de fronteras, no se esfume sin más por lo exótica que resulta la situación. Ya no me importa la pesadilla que tuve en la que él desplegaba una lengua kilométrica y me empalaba contra la bestia de la puerta. Es extraño pero, siento calor. Un calor que nace en mi entrepierna.

«Tú no eres así», tengo que recordarme varias veces.

—Gracias —le digo.

No me salen más palabras. No es por el hecho de que deba contestarme a través de un móvil, eso lo tengo claro porque cuando yo me pongo a hablar, puedo tirarme sin parar todo el día. Creo que es por su forma de mirarme. Por esos ojos que me

miran con deseo y a la vez me dicen algo más: «Estas lejos. No eres mía. No puedo tocarte...», me invento todas estas cosas para encontrar una solución a lo que me pasa. Quiero interpretarle como un chico tímido. Un amigo que ha estado enamorado de mí desde el primer día, pero que no es capaz de reunir el valor suficiente para confesarlo. Por primera vez le veo con ojos de psicóloga. No ha debido ser fácil despertar de un coma y que te den la noticia de que no vas a volver a hablar.

«Podría ser otro de mis pacientes —pienso—. Un paciente al que me encantaría tratar».

«¿Qué has visto?», insiste en su pregunta.

—Una sombra —le digo—. Pero es igual. Casi me descalabro, me da un infarto y me vuela la cabeza una bala de hielo —rio—. Y al final resulta que eras tú, ¿no? —pregunto y su expresión neutra me dice que algo anda mal.

«Beelzegoyan tiene muchas sombras», leo en la pantalla del móvil.

De todas las contestaciones posibles, no creo que haya otra más enigmática. Pero un valor que no me corresponde, un valor que hace que no me importe estar desnuda bajo la mirada del chico más sexy que he conocido nunca, me hace preguntar.

—¿Por qué, Asier? ¿Por qué hay sombras en Beelzegoyan?

«Karen», leo en mi teléfono antes de que se venga abajo la batería.

X

Hoy he llegado al trabajo justo cuando la aguja ha clavado las ocho en punto. He estado un rato con Ainhoa. Tenía buen aspecto; el cutis moreno, sonrojado en las mejillas, los ojos vivos sin signos de cansancio y la sonrisa bien ancha, como es habitual en ella. Nada en general hacía sospechar que había pasado una de esas extrañas cepas de gripe que salen nuevas cada año. ¡Y se ha recuperado en un día! ¡Caray! Estas naturalezas del norte son impresionantes. En Ávila también estamos acostumbrados al frío, pero este es seco y en consecuencia más llevadero. Y allá las gripes, como mínimo, te dejan tres días en cama, más cuatro en los que te duele hasta el último hueso.

Cuando he entrado por la puerta del centro y la he visto, he sentido dos cosas de inmediato. Una ha sido un inmenso placer al comprobar que se encontraba bien, la segunda ha sido un poco más sombría. He temido que Asier hubiera podido decirle algo de lo de anoche. Ya sé que no sucedió nada anormal, pero muy habitual tampoco fue. He dudado si decirle algo acerca de lo que me pasó, del modo en que él me salvó y del terror al que sucumbí en mitad de la tormenta.

Al final no se lo he dicho; bueno, no del todo. He tenido que confesarle que salí a correr y que el granizo me pilló en mitad del entrenamiento. Ella me ha dicho que, ¿qué granizo? Y la verdad, me he quedado asombrada. Debió dormir como un tronco durante todo el día para no enterarse del estruendo que armó la tormenta. Literalmente, resultó como si se estuviera desmoronando el cielo. Podría haberme callado esto también, pero los arañazos en mis manos, algunos moratones en los brazos, y las heridas de mis rodillas... Bueno, si en algún momento de los próximos días ella y yo llegamos a... a algo más que sonreírnos en el trabajo o morrearnos en El Infierno, al final lo va a ver.

De lo de Asier no le he comentado nada porque sé que él me guardará el secreto. No pasó nada y no quiero tener que darle a Ainhoa más explicaciones de lo normal acerca de por qué aparecí desnuda en mitad de nuestro sofá, o por qué no me largué inmediatamente de allí en cuanto recuperé la conciencia. Además, quizá pueda meterle en un lío con ella y el pobre muchacho solo hizo lo correcto para ayudarme. Si no hubiera sido por él, no sé dónde estaría ahora. Puede que muerta de hipotermia en mitad del manto de granizo que como una gran nevada cubrió las calles de Beelzegoyan.

Hoy hemos quedado para tomar algo cuando salgamos. Sé que se va a empeñar en ir a El Infierno porque de hecho no hay otro sitio para tomar unas cañas en todo el maldito pueblo. Pero en fin, ya veré qué tal me las apaño de actriz cuando vuelva a ver a Asier y revivir algunos de los momentos de ayer.

La conversación con él, bueno, no sé si puede llamarse así a eso que hicimos de escribir mensajes y contestar en voz alta a ellos, supongo que sí. Tampoco voy a ser tiquismiquis ahora con el pobre chico. El caso es que esperaba una historia tan horripilante cuando mencionó a Karen, que una vez finalizada me resultó como un thriller de bajo presupuesto. Mi hambrienta imaginación aguardaba leer en algún momento palabras como «culto, demonios, posesión» e incluso «anticristo». Sí, así de pirada ando últimamente. Cuando Asier mencionó que Karen era la responsable de que en Beelzegoyan hubiera muchas sombras, yo esperaba un relato de H. P. Lovecraft y él se refería al ánimo de las personas, al pesar colectivo que quedó entre las gentes del pueblo a raíz de un suceso tan violento y, sobre todo, tan fuera de contexto con este lugar.

Y tiene razón. Lo que le sucedió a Karen resultó tan dramático y perturbador para una pequeña comunidad como esta; acostumbrada a años enteros de rutina en los que no debe suceder nada más allá que la floración primaveral y las tormentas, que lo ocurrido les ha calado a todos. No es que los vecinos teman a Karen cuando la ven, es que temen no saber qué decir al estar junto a ella. Si al menos aceptara someterse a una operación de cirugía estética para reconstruir la piel de su frente y hacer desaparecer ese inquietante pentáculo, el ánimo sombrío de estas gentes mejoraría considerablemente. Cuando se lo expuse así a Asier, él mismo se alegró.

Creo que en verdad es un gran chico y que solo quiere lo mejor para su pueblo. También me explicó que los vecinos no están contra mí, ni contra mi trabajo. Lo que están es expectantes de que lo haga bien. Al parecer, el señor Cuéllar había logrado grandes avances con respecto a Karen y la noticia de su suicidio cayó casi con el mismo peso que su cuerpo desde el campanario. La gente se tomó su fallecimiento como un parón en seco para el tratamiento de Karen y un retroceso o incluso una marcha atrás. Creo que lo que quiere todo el mundo es pasar página y olvidarse de esto cuanto antes. Ver a Karen sonreír por las calles del pueblo y no con ese paso extraño que anda a medio camino entre lo místico e inexplicable.

Mientras repaso estos pensamientos enciendo el ordenador de la consulta. Doy un sorbo a un café que he cogido de la máquina y leo los apuntes que tomé en la última sesión que tuve con el padre Antxieta. La primera cita del día es con él y no puedo negar que me quedé con muchas ganas de saber qué es lo que pasó finalmente entre él e Ixone; ese viejo amor de juventud con el que se reencontró muchos años después bajo el sol de África.

«África», repito en mi interior el nombre.

Cada vez que paladeo las letras de ese continente me vienen a la mente una sucesión de imágenes sobre naturaleza acompañadas de colores cálidos, ardientes como la vida que rezuma en la que se dice que es la cuna de la humanidad. No puedo negar que el padre Antxieta ha causado una gran impresión en mí al relatarme, y solo

por encima, algunos de los datos de su biografía. Sin duda ese hombre y Ainhoa, son lo mejor que me ha pasado en Beelzegoyan.

«No todo iba a ser malo», pienso, y a continuación me premio porque esa es la actitud que debo mantener para salir indemne de esta.

Llaman a la puerta. Todavía no he acabado el café y el reloj de pared me dice que aún faltan quince minutos para que dé comienzo mi consulta.

—Adelante —pronuncio con suavidad. De hecho, creo que lo he dicho demasiado bajo porque tengo que volver a repetirlo a un volumen más alto.

La puerta se abre y me muestra al padre Antxieta. El aspecto que trae hoy me resulta muy gracioso. Lleva el modelo de sotana negra y larga de siempre, solo que ésta es unos centímetros más corta y permiten ver las zapatillas plateadas de correr que tanto le gustan a este hombre. Sobre la cabeza lleva una txapela; una de esas boinas vascas de gran diámetro que, de lo grande que es, casi puede arrojar sombra sobre sus hombros. Entra en mi consulta y me da los buenos días. Se sienta en la silla y se quita la txapela. Hace un gurrño con ella y la intenta guardar en uno de sus bolsillos, pero es tan grande que debe resultarle incómodo y finalmente me pide permiso para poder dejarla sobre la mesa.

—Por supuesto, padre —le señalo un pequeño hueco a su lado tras el monitor—. Es la primera vez que le veo con ella puesta —le digo.

—Pues lleva muchos años conmigo. Era de mi tío el cura. No es que la tenga cariño por eso, ya sabe —me dice con complicidad—. Pero ha venido conmigo a África. Me acompañó a cada misión y ha visto muchas cosas. Algunas bonitas y otras no tanto.

—Ya —observo y tomo un par de apuntes en la libreta.

«Siempre hay dualidad en sus expresiones. Blancos o negros, nunca grises».

—¿Qué tal ha dormido estos días? —le pregunto.

—Sin cambios. Me cuesta coger el sueño, me despierto muchas veces, y por la mañana antes de tiempo.

—Vaya, padre. Le ha tocado a usted de todo —sonrío a fin de restarle importancia al asunto. Es cierto que hay distintos patrones de insomnio y que se distinguen justo en lo que él ha expresado. A algunas personas les cuesta coger el sueño, otras se despiertan multitud de veces durante la noche o antes de haber completado un ciclo reparador. Luego están los casos raros, como el del padre Antxieta, en los que al parecer, no duerme absolutamente nada.

—Ya son muchos años así. Uno termina por acostumbrarse.

Asiento y tomo otra nota. Y al contrario que como me ocurre con otros pacientes, no parece importarles lo más mínimo lo que escribo en mi libreta.

—¿Ha probado a repetir el ejercicio de relajación e hipnosis que le enseñé el otro día? —tanteo para comprobar cuán en serio se toma mis consejos.

—No voy a engañarla. Lo he intentado, pero me resulta imposible —reconoce con pesar.

—¿Y eso por qué?

—Ay, no sé, mujer... Si es que me da vergüenza decírselo.

—¿Vergüenza? Pero padre, que ya somos mayores los dos para andarnos con rodeos.

La situación me resulta divertida. No puedo negarlo. Un hombre que con toda probabilidad habrá enfrentado a asesinos y señores de la guerra africanos y que ahora aquí, en la intimidad de una consulta, sienta reparo a expresarse en libertad...

—Bueno, hija, allá va. —Junta las palmas de las manos como si estuviera rezando—. Es que me siento un poco ridículo al hacer esos ejercicios.

—¿Ridículo? —me sorprende.

—Sí. Pero no en el contexto de que su tratamiento sea ridículo, al contrario, es que sin usted, que lo ejecuta con mucha profesionalidad, siento que hago el ridículo.

—Ya, le entiendo. Bueno, esa sensación desaparecerá conforme se familiarice con la relajación y la hipnosis y, ¿sabe qué?

El párroco sonríe y se encoge de hombros.

—Nada mejor que practicar. —Le señalo el diván y él se levanta apresurado para tumbarse en él. Su contacto inicial con el mueble no ha mejorado en absoluto. Los primeros segundos parece preso del sillón de un dentista psicótico, pero cuando acerco hasta él mi silla y le pido que cierre los ojos, se deja llevar con mayor facilidad que la vez anterior. Le pido que se centre en mi voz, en su respiración y de nuevo en mi voz. Le pido que imagine un péndulo que va desde mis dictados hasta el movimiento de su pecho. Después le hago sentir esas sensaciones de pesadez a lo largo del cuerpo y, en pocos minutos, le tengo sumido en un profundo trance.

—Hábleme de África, padre. Cuénteme lo que quiera de ella.

—Es bonita; de amarillo intenso al cuajar el día y de rojos violáceos al atardecer. —Se detiene. Su voz ha sido algo más que un susurro, pero menos que un habla consciente. Posa sus manos sobre el vientre y éste sube y baja con lentitud—. He visto animales correteando en las inmediaciones de la ciudad; bestias que no ven Europa desde hace milenios o que incluso, como especie, nunca han llegado a pisar. Hay hombres que caminan con hienas amaestradas como si fueran perros, y muchos niños de sonrisas más amplias de lo que son capaces de dar de sí sus rostros. Mujeres de tez oscura cuya piel brilla con el mismo fulgor que el sol. Hay color y música; timbales y bailes.

«¡Dios mío! Escuchar a este hombre es una delicia».

—¿Dónde está, padre Antxieta? Diríjase allá con su mente. Hacia donde quiera que desee ir.

—Síiiiiii —contesta con una larga afirmación que dura tanto como la cantidad

de aire que exhalan sus pulmones—. Ya la veo. Ya puedo verla.

—¿A quién ve? —pregunto imaginándome que está hablando de Ixone.

—Johari. —Sonríe con entusiasmo al pronunciar el nombre.

—¿Quién es? ¿Qué hace?

—Tiene doce años y es la niña más guapa que he visto en mi vida. Lleva el pelo enredado en trenzas que su madre le hace cada día. Por las mañanas acude a mi escuela y por las tardes echa una mano en el negocio de su padre. Él parece una buena persona. Regenta una chatarrería de la que se nutren los blancos y es uno de los pocos hombres que tiene camioneta propia en la región. Lástima que aún conserva esa forma de pensar que es tan típica de estas tierras.

—¿Qué forma de pensar, padre?

Intuyo que lo que va a contarme es algún tipo de choque cultural o religioso que llegó a surgir entre ambos.

—Johari está casi tan alta como yo y sus padres están preocupados por arreglarle un buen matrimonio. Yo les he aconsejado que esperen. Tan solo se trata de una niña y es mejor para su futuro que traten de darle el tiempo necesario para que pueda completar sus estudios.

—¿Ellos no quieren?

—No. —Mueve rápidamente la cabeza y, por un momento, su respiración se agita.

—Cálmese —le pido—. Escuche mi voz y concéntrese en ella. Cuando se encuentre relajado sígame contando.

—No. No quieren esperar a que termine los estudios. El tiempo en África corre demasiado rápido y no aprovechar la belleza y virginidad de su hija ahora que ya ha florecido como mujer, se considera una pérdida de oportunidad para la familia.

—¿Van a pedir una dote a cambio de la niña? —adivino.

El padre Antxieta asiente con los ojos cerrados, pero esta vez no pronuncia palabra.

—¿Desde cuándo conoce a Johari?

—Desde los nueve años. Llegó a mi escuela sin saber leer ni escribir.

—¿Usted le enseñó todo eso?

Vuelve a sumirse unos segundos en un hermético silencio. Su expresión se contradice y a continuación habla:

—Por eso le he aconsejado a su padre que no hay mayor dote para la familia que el asegurarse la salvaguarda que la educación dará a uno de sus miembros. La niña es muy lista, más que cualquier otra que haya tenido a mi cargo. Con un poco de esfuerzo, llegará lejos.

—¿Y él, qué ha dicho?

—Me ha echado de su casa y va a sacar a Johari de la escuela. Respeta a

nuestro mismo Dios, pero no cree que un hombre como yo pueda ser su mensajero.

—¿Un hombre como usted?

—Blanco —sentencia sin más.

—¿Sus padres son racistas? —pregunto, extrañada.

—África es en sí misma racista. Los negros con los blancos y éstos especialmente con los negros. Por ser blanco todo el mundo te va a decir que haces las cosas bien, pero si eres listo, sabrás que te están engañando. La gente me mira fijamente cuando salgo a la calle. Noto sus pupilas oscuras seguirme de un lado a otro. Todo el mundo quiere timarme. No puedo comprar un zapato a buen precio porque cualquier artículo tiene un valor distinto para blancos y negros. Los niños me persiguen por la calle en grupos de a diez y, si voy con mi sotana larga y el alzacuellos puesto, lo hacen en grupos de a veinte y, si además le sumo la txapela, he llegado a contar cincuenta. Por eso sus padres no me escuchan —repito con amargura.

—Pero usted ayuda, padre. Ha ido allí para ayudar —me quejo ante lo que me parece una tremenda injusticia.

—Solo los muy pobres se dejan ayudar porque si no, no les queda más que aguardar a la muerte. Pero las familias acomodadas como la de Johari, consideran mi ayuda una deshonra.

—¿Con quién van a casar a Johari? —pregunto para que avance algo más en la trama.

—Es un hombre mayor que ella. Tiene veintinueve años y forma parte de la policía militar del país. Su fama de bélico y sanguinario le precede en toda la ciudad. La niña tiene miedo porque me lo ha dicho, pero el militar va a pagar tanto dinero, que a sus padres no les importa.

—¿Por qué? —pregunto sin entender esa concepción del mundo.

—La vida de un solo hijo no tiene valor aquí; en familias de diez o doce hermanos. Si además hablamos de la vida de una mujer, es casi tan ridículo como mirar por el bien de un objeto.

—¿Llega a casarse Johari con el militar?

—No. No... No lo hace. —Tiembla de pies a cabeza.

—Tranquilícese —le pido. Pero él sigue temblando y se pone a hablar atropelladamente.

—He quedado con ella. En una sala apartada de la escuela. Voy a ofrecerle el traslado a una comunidad de monjas. Allí pueden darle refugio y valorar si quiere vestir los hábitos. Solo así podrán traerla a España.

—¿Va a escaparse de casa?

—Es el único remedio. Otros de mi orden ya lo han hecho antes con niñas de la escuela que iban a ser vendidas como esclavas sexuales a los señores de la guerra, o con niños sanos, de corazón bondadoso, que iban a trasladar a campamentos para

formarlos como asesinos. Allí perderían el miedo a las armas, su infancia y el significado de la palabra vida.

—Pero, eso es muy peligroso, padre Antxieta. Puede meterse en problemas — le digo como si estuviera aconsejándole en el momento justo en el que me está narrando los hechos.

—Toda África es un problema enorme que creamos nosotros y que ahora nadie quiere responsabilizarse de él.

Asiento, aunque él no pueda verlo. Sus palabras hacen que me planteé varias cuestiones.

—¿Qué ha dicho Johari?

—No llega a saberlo —dice, y yo me quedo sorprendida por el abrupto corte de la historia. Esperaba que ella acatará las órdenes de su padre y que de algún modo el destino se torciera para el padre Antxieta. De repente una fuerte convulsión asalta su cuerpo haciendo que se contraiga en espasmos. Todo él tiembla sobre el diván con una violencia que no he visto nunca. Los estertores son tan fuertes que incluso desplazan el mueble unos centímetros.

—¡Padre Antxieta! ¡Padre Antxieta! —Poso una mano sobre su brazo y le grito varias veces a fin de que despierte del trance.

Su cuerpo está caliente. Me atrevo a tocar su frente y al hacerlo descubro el tacto febril y sudoroso de una persona enferma. Vuelvo a insistir con su nombre, pero él parece estar totalmente encadenado a la intensidad de la vivencia que está recordando. Las convulsiones cesan y su cuerpo queda en calma. Abre los ojos, sin embargo la mirada permanece fija en el techo de la habitación. Paso mi mano sobre ellos a fin de que perciban el movimiento, pero el párroco no responde a ningún estímulo. A continuación hace algo que desata en mí un temor y repulsión como nunca antes he sentido. Su boca se abre. Despacio, pero sin detenerse en ningún momento y, cuando llega al límite de lo que da de sí su mandíbula, un horrible crujido de huesos anuncia que se ha desencajado. No puedo creer lo que veo.

Me echo hacia atrás en la silla y con los pies empujo esta para apartarme de él, pero, por más que lo intento, la silla permanece anclada al suelo. Hago amago de levantarme, pero ningún músculo del cuerpo me responde salvo aquellos que se encargan de hacerme respirar a un ritmo que pronto me llevará a la hiperventilación, y de ahí al pozo de la inconsciencia en el que tanto caigo últimamente. De todos los temores que podrían asaltarme en este momento, este es el peor de todos. No quiero desmayarme porque no podría vivir con la idea de que he estado compartiendo espacio con la cosa en la que se está convirtiendo mi paciente. Su cabeza gira hacia mí con su mandíbula desencajada, dándole a su boca cavernosa el tamaño suficiente para introducir en ella un puño sin dificultad. De repente se detiene. Sus ojos vuelven a su posición natural mostrando la pupila y la boca se cierra tomándose el mismo

tiempo que ha tardado en abrirse. Después llora desconsolado, las lágrimas desbordan sus ojos y caen con intensidad hacia ambos lados de su cara.

—Padre —me atrevo a llamarlo. Pero él no contesta y eso hace que sienta todavía más miedo. No sé qué es lo que ha pasado porque además de que no me ha sucedido nunca, en la universidad jamás me hablaron de la posibilidad de enfrentarme a un estado de trance así—. Padre, concéntrese en mi voz —vuelvo a llamarlo. Quiero que despierte. Quiero acabar la consulta y terminar con esta pesadilla. Pero parece que mis deseos circulan en el sentido opuesto a su voluntad, porque es él el que retoma la historia en el momento exacto en el que la dejó antes de que sucediera lo que quiera que haya sido esto.

«¡ESTÁ MALDITO, PUTA! ¡SE LAS FOLLA!», vuelve a machacarme esa voz interior y ahora soy yo la que me empapo en sudor. Si no fuera porque tengo una mente científica, diría que este hombre está poseído. Es más, diría que todo el maldito pueblo está bajo el influjo de entidades demoniacas.

—Han entrado los hombres de Boko Haram —llora al tiempo que su cuerpo se encoge de medio lado como el de un niño asustado.

No tengo ninguna gana de hablar. No me apetece hacer más preguntas que puedan servir de disparador para un episodio de características similares al que acabo de vivir.

«Pero es mi trabajo, maldita sea, es mi puto trabajo... ¡Joder! Alguien debería llevar a este hombre a que le echara un vistazo el cirujano maxilofacial».

La frustración se adueña de mí mientras el cura sigue encogiéndose y no deja de llorar. Si no hago algo, esta situación no se detendrá nunca. Saco el último hilo de valor que queda por hoy en mí y pienso en una serie de preguntas que hacerle, a fin de que la historia fluya lo más rápido posible.

—¿Dónde han entrado, padre?

—Al colegio.

—¿Hay muchos niños? —pregunto.

—Unos quinientos.

—¿Dónde está usted?

—En una sala apartada, junto a Johari. Acaba de llegar y no he tenido tiempo de hacerle mi propuesta. Suena un timbre de alarma. En el interior de nuestra sala retumba muy fuerte. No sabemos lo que es y temo porque pueda tratarse de un incendio. Ambos nos ponemos en pie dispuestos a salir corriendo. Abro la puerta que da a uno de los pasillos y huelo a humo, pero no es el humo de una hoguera ni de muebles ardiendo. Ni siquiera es el olor de plásticos y papeles quemados. No. Huele a pólvora y a sangre. La alarma del timbre cesa y entonces lo comprendo. Las ametralladoras aún están lejos y el estruendo que se ha formado en nuestra sala nos ha impedido escucharlo.

»Sin embargo, ahora sí se escuchan los disparos con normalidad. Son ráfagas cortas. Tan solo están masacrando a unos pocos para llevarse a muchos otros, supongo. Siembran el miedo para que actúen con docilidad. Aun así no deben de conseguirlo porque se escuchan gritos. Demasiados. Algunos son espeluznantes. Se te meten en los oídos y se reproducen una y otra vez en la cabeza. «Machetes», pienso entonces. Los que gritan así es porque están siendo masacrados con grandes y oxidados machetes que fueron diseñados para abrirse paso a través de la tupida jungla. Son cuchillos muy afilados. Cuyo golpe es certero y con el mínimo esfuerzo es capaz de partir en dos un tronco grueso como un brazo. No quiero imaginar lo que hará la hoja de acero en el cuerpecito indefenso de un niño. Cierro la puerta y urjo a Johari para que se esconda debajo de la mesa del profesor. Debe esconderse. No hay otra cosa que podamos hacer porque no sabemos exactamente dónde están. Huir por el pasillo podría ser dirigirnos hacia ellos.

—¿Johari le hace caso? —intervengo porque necesito cortar el hilo tan continuo de la historia. Por un momento he visto las imágenes de todos esos niños masacrados sin más y me resulta demasiado agresivo para la nula fortaleza mental que tengo en este momento.

—Sí. Se ha escondido, pero no deja de llorar. También grita a pesar de que le pido que se mantenga en silencio. Todo lo que está haciendo, todo el terror por el que se está dejando llevar, nos sitúa más cerca de ellos.

—¿Y usted qué hace, padre?

—Me sitúo de rodillas frente a un pequeño crucifijo que hay en mitad de la sala. Es negro y con la figura de nuestro señor Jesucristo en plata. Saco mi rosario y lo enrolló alrededor de mi mano derecha. Después cierro los ojos y ya no veo más.

—¿No ve más? —pregunto extrañada.

—No hasta que los terroristas descubren nuestra sala y entran en ella.

El miedo atenaza mi cuerpo ante la perspectiva de lo que va a contar a continuación. Es tal la sensación de pánico, que lo que he sentido hace tan solo unos minutos se queda en nada.

—¿Qué hacen en la sala?

—Estoy rezando. No quiero abrir los ojos a pesar de que ya han entrado en la habitación. Ríen y, por sus comentarios, creo que hay cinco hombres —dice, y a continuación deja un espacio de varios segundos hasta que retoma la palabra—. Siento algo metálico apoyándose en mi nuca. Está caliente y es redondo y, por ambas cosas, sé que se trata de una de las ametralladoras con las que han sesgado vidas inocentes. Después siento el machete en la garganta y me piden que abra los ojos, pero no quiero hacerlo. Solo quiero seguir pasando cuentas de mi rosario y pensar que Dios intervendrá en cualquier momento.

El párroco vuelve a llorar. Llevaba un minuto sin hacerlo, pero ahora vuelve a

ello desconsoladamente. Hipa y las palabras se le atragantan antes de poder salir.

—Padre —llamo con la voz más suave que he pronunciado nunca—. ¿Qué pasa?

—Han visto a Johari. Ahora ríen incluso más que cuando me descubrieron a mí.

«Dios mío», pienso al imaginar la siguiente escena.

—La han sacado de debajo de la mesa. La han obligado a desnudarse y a mí a mirar cómo lo hace. Me han dicho que si no lo hago la matarán sin más. Puede que la muerte sea la única esperanza que le queda a esta pobre muchacha. Pero sus ojos me observan con tal expresión de pánico, que sé que me está pidiendo que haga cuanto sea posible por no cerrar los míos. Solo es una niña, maldita sea. Solo una niña que quiere vivir, les recrimino. Entonces uno de ellos me golpea con la culata de la ametralladora en el estómago y caigo encogido al suelo. El dolor es insoportable. Me falta el aire —comienza a respirar con brusquedad.

«Por eso se encogía de ese modo en el diván. Estaba reviviendo justo este momento».

—Han empezado de uno en uno. Pero a continuación se unen los unos a los otros y pronto actúan todos a la vez.

—¿A la vez para qué, padre? ¿Qué han empezado a hacer?

—La están violando. Jamás en mi vida he visto nada igual. Tanto desprecio por una persona. Por un acto que se supone que es de amor puro. ¡Dios mío! ¡Es horrible! —solloza—. ¡No quiero ver! ¡NO QUIERO VER! —grita a la par que se retuerce.

«Ya basta. Tengo que pararlo por hoy», me digo.

—Padre Antxieta. Concéntrese en mi voz. ¡CONCÉNTRESE!

—Johari llora. Está cubierta de sangre por la cantidad de golpes que le han dado y por sus piernas resbala...eso.

—No hace falta. No tiene por qué concentrarse tanto en los detalles —le digo a fin de que intente salir de esa escena cuanto antes.

—Era la niña más guapa que he visto —vuelve a sollozar.

—¿Qué le ocurre? —pregunto al tiempo que él salta sin orden aparente a través de las distintas escenas.

—Es su padre. Ha venido al colegio y me culpa de que ella estuviera aquí cuando él ya había dado la orden de que no volviera a pisar este lugar. Los médicos están atendiendo a Johari en un hospital de campaña que varias ONG han montado a la entrada del recinto. Ha sido una matanza además de que han llevado a cabo un secuestro masivo. Niñas —repite—. Se han llevado muchas niñas.

—¿Qué pasa con su padre?

—No puede hacerme nada. Hay muchos soldados de la ONU desplegados

para proteger los materiales del hospital de campaña, pero aun así intenta hacerlo.

—¿Cómo que intenta hacerlo? ¿Quiere matarle? ¿Está amenazando su vida?

—lanzo el tropel de preguntas sorprendida por la injusticia.

El hombre asiente. Sus ojos vuelven a cerrarse otra vez después de largos minutos. Parece más en calma. Como si su cuerpo se alejara poco a poco de la desbordante tensión que ha sentido.

—Ha venido junto al hombre con el que va a casar a su hija. Él porta un arma y pide a gritos que salga a la calle. Quiere que pague por lo que le han hecho a su prometida.

«No puedo creérmelo».

—¿Y qué le ocurre a usted, padre?

—Los soldados me sacan de allí y me trasladan al aeropuerto entre fuertes medidas de seguridad. El prometido de Johari es un hombre poderoso, con muchos contactos y no estaré a salvo hasta que no salga del país.

—¿Vuelve aquí? ¿A España? —creo adivinar.

—Eso es lo que me pide que haga mi congregación. Pero no, no quiero irme de África antes de hacer algo más por ella. La situación del continente es nefasta. No hay alimentos; no hay valores ni amor hacia el prójimo. Quiero estar aquí —sentencia con rotundidad.

—¿Y a dónde va?

—Voy junto a Ixone, pero ni ella ni yo lo sabemos todavía.

«Al fin le va a suceder algo bueno a este hombre».

—Está en el lugar más horrible del mundo. Un sitio en el que cientos de profundos y peligrosos túneles penetran la tierra en busca del nuevo oro de nuestra sociedad actual. No quedan árboles, ni animales correteando en las inmediaciones y son los hombres los que trabajan como bestias de tiro en mitad de lodazales. Nunca se sabe si cuando un padre mete a un hijo a través de uno de esos túneles, volverá a verlo salir.

—¿Qué es ese sitio? —pregunto con el temor del que cree que le van a revelar la ubicación de una puerta al mismo infierno.

—Es una mina. Una mina de coltán.

«Coltán. En algún lugar he escuchado ese nombre y, sin embargo, ahora no soy capaz de recordarlo».

Mientras el padre Antxieta comienza a relatarme los detalles de la huida con escolta del colegio y el escabroso vuelo en un modelo de avioneta desfasado, yo busco el significado de esa palabra en el móvil. A medida que avanzo en las propiedades y características del mineral coltán, me doy cuenta de que la respuesta la sostengo en mi propia mano. El coltán está compuesto por colombita y tantalita, es de color negro y se utiliza en microelectrónica, telecomunicaciones e industria

aeroespacial. Se estima que el ochenta por ciento de las reservas mundiales de este mineral están en suelo congoleño y como es un recurso no renovable, existe una guerra en la República Democrática del Congo desde el año 1998 a fin de controlar los distintos yacimientos dispersos a lo largo y ancho del país. Países como Ruanda, Uganda y Burundi, también participan de esta matanza traspasando sus fronteras e invadiendo otros territorios en donde los depósitos de este mineral son más abundantes que los suyos. La guerra del coltán se salda con 5.6 millones de víctimas y aumentando.

Cuando termino de leer los espeluznantes datos, me doy cuenta de que el padre Antxieta está despierto y sentado sobre el diván. Se acaricia la mandíbula, ladeando la cabeza como un púgil que se recupera de un *knock out*. No parece tener ningún recuerdo de lo que ha sucedido porque me dedica ese tipo de sonrisa que se ve con mayor frecuencia en niños, y que solo busca tu conformidad; que les digas que han hecho bien la tarea.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta con entusiasmo.

—Ha sido... duro, padre. Muy duro.

Su gesto torna preocupado y por un momento parece afligirse por lo que pueda haber sucedido.

—Espero no haberte asustado.

—No se preocupe. Estoy acostumbrada a todo tipo de testimonios —miento, y de alguna forma, la mentira me libera de cuanto he escuchado.

—¿Cuándo he de volver?

Regreso al ordenador y consulto los huecos que pueda tener en los próximos días.

—El viernes a las nueve y media de la mañana, ¿le viene bien?

—Voy a ir un poco justo para la misa de las once, pero sí, está bien —confirma y recoge su txapela de la mesa.

—Padre —le digo. No debería preguntárselo pero sé que si no le hago la pregunta, no me voy a quedar a gusto.

—Dígame.

—En la sesión de hoy ha pronunciado varias veces el nombre de Johari.

Su boca exhala un aliento largo y pesado, como si hubiera estado temiendo que esa parte de sus recuerdos hubieran salido a la luz.

—¿Qué quiere saber? —me ofrece al tiempo que se ajusta la txapela en la cabeza.

—¿Sabe qué pasó con ella?

Él asiente. La inmensa boina se mueve de arriba abajo.

—Me enteré tiempo después de abandonar Nigeria a toda prisa. Su padre la repudió al considerar una deshonra que hubiera sido violada por cinco hombres.

—¿Y el hombre con el que se iba a casar?

—Eso es lo único bueno de esta historia. El hombre salvaje y sanguinario que iba a ser su marido, ya nunca lo fue.

—¿También la repudió? —me sorprende.

—Claro, hija. Nadie quiere lo que otro tira. Este mundo nuestro es así —dice antes de abandonar la consulta con paso lento y triste.

XI

Suena Leprosy o Cryfemal. Su ritmo es violento, acelerado. Hierde los oídos y en la profundidad del alma. Lo increíble no es que sea capaz de distinguir a unos de otros cuando hace tan solo diez días que cualquiera de sus guturales vocalizaciones me resultaban ininteligibles. Tampoco lo es el hecho de que, con que solo arranque en alaridos una de sus guitarras, sepa con certeza si se trata de una banda noruega, española, de mensaje satánico o socialmente reivindicativo. Incluso puedo entender gran parte del contenido de sus letras cuando antes solo era capaz de oír gritos aterradores.

El terror no ha cesado ahora que las entiendo. Es más, se ha intensificado. Se clava como un puñal afilado en mi estómago al distinguir qué es lo que cantan estos hombres. Pero lo que más me llama la atención, es sorprenderme a mí misma moviendo de arriba abajo un pie, presa del satánico ritmo, de la violenta batería y el bestial poder de su percusión. Me he visto haciendo esos mismos gestos que cuando fui por primera vez a un concierto de Alejandro Sanz, apretando los labios, poniendo morros y diciendo una y otra vez que sí con la cabeza a las letras de sus canciones. Solo que aquí no se habla de estar enamorado, o de que se le escapara la vida a la protagonista tras un terrible accidente de tráfico. No. Aquí las letras hablan de devolver el trono a un dios olvidado, de rasgar la piel del mundo e iniciar guerras que se lleven por delante a la pestilente humanidad. Ainhoa baila frenéticamente estos mensajes, y yo también, aunque no encuentre una razón lógica para ello. Incluso durante los estribillos me sorprende gritando consignas que jamás me habría atrevido a pronunciar en alto al unísono de los presentes.

Algo pasa en este lugar, algo cuyo poder me transforma y hace que me comporte como nunca me hubiera imaginado. Los efluvios de su supremacía traspasan la gran puerta donde yace la bestia que una y otra vez me posee en sueños. Las imágenes se repiten, pocas cosas cambian, y siempre es Asier a quien encuentro al huir del arcángel que intenta devorarme. Mi instinto me dice que el ser alado del sueño es Ainhoa. Por algún motivo la estoy personificando con esa entidad de soberbia belleza que aguarda a que me dé la vuelta para tragarme. Huyo por las oscuras calles de Beelzegoyan. El sueño me lleva hasta aquí, hasta El Infierno; Y siempre me encuentro con él, con Asier, y, lo que en vigilia me parece un joven tímido, extrañamente atractivo, y por el que siento una atracción sexual a la que cada vez me cuesta más resistirme, en sueños transmuta en otra cosa. Un ser demoniaco, poseedor de una lengua antinatural que se enrosca alrededor de mí para que su señor me pueda montar a su antojo.

La belleza de Ainhoa y el arcángel; Asier el mudo y su lengua monstruosa.

No me cabe ninguna duda de que mi subconsciente está jugando con algunos de los ingredientes con los que se va cruzando. Está montando una historia terrible de la que al menos aún tengo conciencia y, en consecuencia, capacidad para detener antes de que mi imaginación me lleve a la condena de vestir una camisa de fuerza. Sin embargo no comprendo el potente componente sexual que vislumbro en ambos. La atracción por Ainhoa está llegando a rozar lo enfermizo y, Asier, bueno, a pesar de haber sido el último en llegar, resulta casi igual de irresistible que ella. Puede que en verdad me esté volviendo loca, o puede que sin más, me haya cansado de estar sola.

He tomado una decisión. No quiero pasar otra noche más en esa casa atestada de sombras sin la entereza que me dará el recuerdo de haberla hecho mía. Sin que el olor de ella quede en mis sábanas, en mi piel y cabello, y sin su intenso sabor en mi boca. Ahora Asier me mira desde la barra. Y se me antoja que hay tristeza en su mirada. Es como si pudiera ver las imágenes que cruzan por mi cabeza, en las que mi mente lleva tiempo desnudándola sin un lugar para él en ellas.

«Aunque si tú supieras, Asier. Si lo supieras todo...»

Ainhoa habla con un grupo de chicos. Son más jóvenes que ella. Maquillados al estilo *Black Metal*, la pintura blanca cubre sus rostros haciéndoles parecer siniestros mimos. Me llama para que me una al grupo y baile junto a ellos. Parecen estar pasándolo en grande, pero la verdad es que no me apetece. Solo quiero irme de aquí junto a ella, lucirla mientras la arranco de la pista y la paseo por cada rincón en donde haya un ojo curioso. Ella parece darse cuenta de que algo me pasa, algo que hace que mi mente esté muy lejos del lugar que me muestran mis sentidos. Se acerca despacio, contoneando las caderas al ritmo de la introducción mortuoria de la nueva canción. No conozco a esta banda. Su música tiene algo diferente a los otros grupos que hasta ahora he escuchado en El Infierno. Puede que sea un matiz en el bajo, o en la voz melódica del vocalista. Ainhoa me mira entendiendo que lo he captado. Sonríe como si portase el secreto de la creación del universo. Al llegar a mí me planta un beso. Me agarra de la nuca y tira con suavidad hacia atrás de la coleta que hoy me he hecho dejando mi cuello expuesto. Veo dos afilados colmillos asomando sobre el resto de sus dientes. Son blancos, puntiagudos, y sus ojos me dicen que está dispuesta a clavármelos. Su mirada se endurece, incluso oigo un ligero gruñido por encima del estruendo de la música.

«Podría ser una reina vampira. Solo eso explicaría la atracción que siento», pienso. Pero de repente le entra la risa y el postizo se le cae de la boca. Observo el trozo de plástico en el suelo y yo también río. No es más que uno de esos complementos que venden en los chinos cuando llega *Halloween*. Luego me quita la copa de la mano y bebe de ella hasta acabarla. Después de todo sí que estaba sedienta.

La música sigue sonando. Es la misma banda que no he sido capaz de reconocer y cuyos acordes hacen que me sienta débil, desvalida, como un alma en

pena que no encuentra la entrada hacia el otro lado.

—¡Tienes que bailar! —grita para que su voz se alce por encima de la música.

—¿Cómo dices?! —chillo yo también.

—¡Es Asier! —señala al aire indicando que esta es su música.

Mis ojos se abren de par en par, mi boca se expande e inhalo una bocanada caliente.

—¿Es su banda?! —pregunto al recordar lo que me contó el primer día que me trajo al local.

—¡Y su voz! —sonríe. Y entonces comprendo el porqué de esa sonrisa que traía consigo desde la pista.

«Lo sabías, *zorróna*. Sabías que me ibas a sorprender».

Me agarra de la mano y me levanta del sofá en el que llevo treinta minutos sentada sin hacer otra cosa que verla bailar.

—Es brutal. Su voz —le aclaro al comprobar su gesto de extrañeza.

—Tiene algo, ¿verdad? Es como si pudiera hechizarte. Como un encantador de serpientes haciendo uso de su flauta. Solo que nosotras no somos serpientes.

«No. No somos serpientes», tengo que repetirme. Aunque la voz del Asier de antes del accidente tenga el mismo poder hipnótico, que los ojos amarillos de uno de estos reptiles.

—Tienes que bailar, conmigo —me insta tirando un poco más de mí.

—¿Por qué? —pregunto al tiempo que la canción arranca y el estruendo brota hasta de detrás de las paredes.

—Porque el estribillo es especial. Te va a encantar. Deja aquí tus cosas —me pide—, ¡ah! Y quítate esa coleta. Vas a desear mover ese pelo como si hoy fuera la última vez que pudieras hacerlo —prometen sus palabras.

Hago cuanto me dice. Pero en el último momento me preocupa que alguien pueda meter mano en mi bolso y lo llevo hasta el final del sofá. Justo en la zona que se interna en el reservado. La misteriosa puerta está ahí mismo. Observo un instante a Ainhoa para comprobar que no está mirando y estiro las yemas de los dedos para sentir de nuevo el tacto eléctrico que percibí el otro día. Pero mi decepción es máxima al comprobar que hoy no está. Tan solo parece una puerta vulgar y corriente. Sin embargo en la anterior noche, en la que Asier me rescató en mitad de la tormenta de granizo, vibraba y emitía un halo de electricidad. Era como si hubiera un gran electrodoméstico funcionando tras ella. Un poder mecánico manando de un gran motor.

Me deshago de la idea y vuelvo junto a ella. Junto al arcángel, la vampiresa, lo que quiera que sea esa mujer que, pensándolo bien, es lo único que me retiene en Beelzegoyan. Si no hubiera sido por ella, ya habría huido de aquí hace varios días. Me

agarra de la mano y me lleva hasta mitad de la pista. Asier nos observa desde la barra. Puedo sentir sus ojos abrasando cada centímetro de mi piel que no está cubierto por ropa. Abre la boca y pronuncia las mismas letras que él compuso muchos años antes. Me transmite sensación de lástima pensar en que tenía una voz tan portentosa como la que escucho y que nunca más podrá utilizarla. La gente se abre en círculo a nuestro paso y nos rodean cuando somos las dos las que nos arrancamos a bailar. Entonces la música estalla con una violencia que hasta ahora no he escuchado en ningún otro grupo.

—¡El estribillo está cerca! —me grita Ainhoa—. ¡SALTA! ¡SALTA!

Giro en círculos abriendo los brazos. No puedo reír más alto porque si lo hiciera me desencajaría la mandíbula. Me siento feliz, anormalmente feliz. Rompo a sudar del calor que hace. Pronto mis tetas se marcan bajo la camiseta blanca. Sé que no es normal, pero tampoco lo es este calor. Ainhoa sacude su melena y puntea acordes sobre el mástil de una guitarra imaginaria. Los chicos jóvenes me miran maravillados desde sus ojos perfilados en lápiz negro. Sacan sus lenguas atravesadas por piercing y me las muestran de un modo lascivo. Me parecen demasiado rojas en mitad de aquella luz mortecina en la que prácticamente no debería distinguir nada. Alguno de ellos se acerca. Intenta tocarme, pero Ainhoa lo detiene con el simple gesto de una mano. El muchacho retrocede y nos observa a ambas como un perro al que acaban de quitarle un succulento hueso.

—¡Baila! —me ordena. Después se gira en redondo hacia todo el mundo y les dicta el mismo mandato que a mí. La gente obedece. Cumplen sus órdenes como si se tratara de su propio ejército. Salvo Asier, que permanece de brazos cruzados tras la barra—. Es ahora —me dice—. ¡Falta poco! —insiste en anunciarme que está a punto de pasar algo importante.

Cada una de las personas que hay en El Infierno, explota en un éxtasis musical. Y, cómo no, Ainhoa es la primera que se deja llevar por el enigmático frenesí. Levanta un dedo hacia el cielo —algo me dice que preferiría levantar una espada a un simple índice—, y clama al mismo tiempo que el estribillo de la canción: «¡Salve, señor de las bestias! Salve al azote de Dios».

La batería retumba con tal violencia que hace temblar el suelo. La voz de Asier se me mete en los oídos. Ella tenía razón. Tiene algo tan antinatural, que pienso que es mejor que se haya quedado mudo. La música se corta de repente, pero nadie deja de gritar esas dos consignas. Asier me sonrío y despega sus labios. Puedo leer en ellos lo que quiere decir aunque fisiológicamente ya no pueda pronunciarlo. Casi creo escuchar su voz entre las cientos que no paran de gritar: «¡Salve, señor de las bestias! ¡Salve, señor de las bestias!»

A los cuarenta minutos Ainhoa y yo salimos por la puerta de El Infierno. Estoy

sudada, cansada, pero juro que aún voy a sacar fuerzas para lo que me espera esta noche. Ella se agarra a mi cintura como una lapa. El flequillo liso se le pega a la frente y mejillas. Quiero decir algo acerca de lo que va a suceder, pero no sé el qué. La situación es completamente nueva para mí y, aunque en algunas ocasiones parece que todo vaya como la seda, en otras, me siento como una pobre colegiala de la mano del chico cinco años mayor que ella. Desecho hacer cualquier tipo de mención y me propongo que las cosas sucedan con la mayor naturalidad posible. Sin embargo, hay una pregunta que me muero por hacer.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —le digo sin dejar de apretar el paso.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, ¿bromeas? —sonrío porque a pesar de que la situación ha sido extraña, no me ha disgustado. He llegado a sentir por primera vez que formaba parte de las gentes de Beelzegoyan—. ¿Vas a decirme que eso ha sido normal? —Aprieto su mano entre la mía para que sepa que puede confiar en mí.

—No sé a qué te refieres. —También sonrío, solo que su gesto es enigmático. El mío, solo va de la extrañeza a la incomprensión, y de nuevo a la extrañeza.

—Venga, Ainhoa —insisto como una niña pequeña. De repente ella detiene el paso. Se gira hacia mí y me mira directa a los ojos. La luz de una farola se refleja en el pozo oscuro de sus iris. Una brisa se levanta y me recorre la espalda. Mi piel se eriza al contacto del repentino aire. Ella lo nota y me acaricia con suavidad, allá donde la carne y el vello se han levantado.

—Vamos a hacer algo —propone—. Dime tú, ¿qué crees que ha pasado?

—¿Es un juego de pistas? —Mis ojos pretenden desprender el mismo poder que emana de los suyos, pero la verdad, no sé si lo consigo o resulto simplemente patética.

—Frío o caliente —susurra despacio y desplaza su mano desde mi espalda a la parte alta de mi vientre. La interna bajo la camiseta y la deja allí, posada en mi piel, percibiendo el ritmo de mi respiración.

—Sois miembros de una secta satánica —comienzo a decirle en mitad de la calle—. Adoráis al diablo y buscáis víctimas para el siguiente sacrificio. Será dentro de tres lunas. No, cuatro lunas. ¡Ah! Y tienen que ser vírgenes. —El alcohol hace que me descojone de cuanto he dicho.

—¿Eres virgen? —Arquea las cejas y baja unos milímetros la mano hacia mi sexo.

—¿Tú que crees?

—Frío, frío. —Inclina la cabeza y se muerde el labio. La punta de su lengua queda a la vista. Me la está ofreciendo, lo sé.

—Entonces no sois una secta. Actuáis por libre porque hace siglos que Beelzegoyan está ocupado por familias de poderosos brujos. Hoy todo el mundo lo ha

olvidado, pero eso no significa que no sigáis percibiendo la atracción de las artes oscuras.

—Más frío. ¿Me ves como una bruja? —Y su mano se aleja de mi sexo. La detengo. Quiero que se quede ahí, que avance un poco más hacia ese lugar que no deja de quemarme. Por una de las calles aledañas cruza un coche, un motor viejo que tose porque aún debe estar frío.

—¿Entonces qué? ¿Qué sois? —le pido al tirar de su brazo en la dirección que deseo. Pero ella no lo mueve. Está decidida a seguir las reglas de ese juego infantil que nosotras hemos convertido en uno de adultos.

—¿Estás segura? Porque si te lo digo perderás del todo. No más calor... Solo frío —me amenaza.

—Creo que aún no te has dado cuenta de lo que estoy dispuesta a hacer por ti —le digo. Me acerco a su boca y mi lengua corre a encontrarse con la suya. Después me separo y muerdo su cuello, el lóbulo de su oreja, y dejo escapar mi aliento cálido en su oído. Todo su vello se eriza. Los poros de su cuello se cierran y noto cómo se llena de minúsculas protuberancias. Un escalofrío hace que se sacuda y sus pezones se ponen tan duros que me los clava unos centímetros por encima de donde se sitúan los míos. Es la primera vez que la veo así de expuesta. La mano que aún tenía en mi espalda baja hasta mi culo y lo agarra con lascivia. Me he dejado llevar por el intenso beso y he cerrado los ojos, pero decido abrirlos en el momento de hacerle mi siguiente pregunta.

«Esto no va a quedar así —me digo—. Hoy voy a averiguar qué es lo que ocurre en Beelzegoyan».

Y en el momento en el que actúo con mayor entereza. Cuando creo que mis armas de mujer también funcionan con ella y están a punto de arrancar la verdad de sus labios, percibo un movimiento en el horizonte. Puede que sea una nube oscura cruzando demasiado rápido el firmamento.

«Pero no, no ha sido eso», me repito.

Ha sido más cerca, hacia el cielo, pero no en el mismo.

«El campanario», se enciende una bombilla en el interior de mi cabeza.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta al ver que me he distraído y que mis manos han dejado de magrearla.

Procuro concentrarme de nuevo en ella, pero soy incapaz de hacerlo. Estoy segura de que he visto algo moviéndose en el interior del campanario. La separo de mí y le pido que me siga por las calles oscuras del pueblo. Ella no comprende lo que me pasa, aunque al menos no hace preguntas. Solo quiero que me acompañe hasta la base de la iglesia. Nos pilla de camino a casa y allí podré observar mejor e intentar averiguar qué es lo que he visto.

«Cuatro ojos ven mejor que dos, Ainhoa», me dice la pequeña psicóloga sobre

mi hombro. Es curioso. Hacía días que no aparecía y de repente lo hace con una vestimenta que estoy segura de no haber tenido nunca. También lleva la bata blanca del centro de salud, desabrochada y abierta para lucir una lencería bestialmente sexy. Mis piernas asoman con medias al muslo sujetas por un indecoroso ligero. No. No es la prenda la que resulta indecorosa. Es la forma en la que ella, o yo, mueve la pierna de arriba abajo y abre y cierra la bata para deshacerse del calor. También mordisquea la patilla de unas gafas negras de pasta. Creo que es la segunda vez que la he visto hacer eso y estoy segura de no haber tenido nunca ese modelo de gafas.

La calle de la iglesia se muestra desierta, normal para lo intempestiva de la hora. Ainhoa se sujeta un costado e intuyo que de la carrera le ha entrado flato. Me gustaría decirle que debería salir a correr. Que podríamos entrenar juntas y yo la pondría en forma en pocas semanas. Pero voy con tanta prisa que no tengo tiempo ni para eso. Solo quiero acercarme más al campanario y, cuando por fin lo tengo a tiro de piedra, no veo absolutamente nada en él. Aun así me quedo parada observando ese espacio, como si hubiera un gran depredador oculto tras la campana.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa? —pregunta Ainhoa.

Muevo la cabeza de lado a lado al tiempo que me llevo un dedo a los labios. «Guarda silencio», pide mi gesto. Después levanto la barbilla hacia lo alto de la iglesia.

«Yo he empezado a ver algo. Ella también debería hacerlo».

—¿Qué? —sonríe sin comprender.

—Allí —susurro muy bajo. Mi mirada no se despega de la silueta del campanario. Debo parecer una loca petrificada en mitad del frío de la calle, o un cazador apuntando con su escopeta a un pato, rezando para que este no levante el vuelo.

—No veo nada —dice ella a un volumen tan bajo que casi no se la entiende.

—Que sí, concéntrate. Está ahí mismo —señalo con la mano.

Ainhoa entorna los ojos. Por un momento los contrae tanto que parece china o de algún otro país asiático en donde tienen esos rasgos.

—Soy miope —dice—. Lo siento. Solo veo la campana que siempre ha estado ahí.

Miope o no yo veo algo.

«Las campanas no tienen brazos», se ríe de mí la minúscula psicóloga.

—Leticia —dice muy cerca de mi oído—. Vámonos a casa, por favor —pide como si le fuera la vida en ello.

Mantengo una lucha en mi interior. Si pudiera despertaría al padre Antxieta y le pediría que me dejara subir a la planta de arriba de la iglesia. Tengo la certeza de que ella está allí. Resulta tan intensa que casi no me deja ni respirar. No conozco a todas las señoras orondas que viven en Beelzegoyan, pero conozco a una que no es

como ninguna otra. Solo el cuerpo de la madre de Karen dibuja esas amorfas curvas y, aunque no hay contacto visual porque aguarda camuflada entre sombras y la silueta de la campana, sé con seguridad que está allí. Observándonos a ambas. De repente siento que además de a mí, puedo estar poniendo en peligro a Ainhoa y soy yo la que tira de su mano en dirección a casa. No miro atrás aunque me gustaría hacerlo. Sobre todo cuando de nuevo la odiosa psicóloga repite las palabras que momentos antes había dicho:

«Cuatro ojos ven mejor que dos, Ainhoa —repite aún dos veces antes de añadir—, si todos ellos quieren ver».

La fachada del caserón está oscura. Estaba segura de haber dejado un farolillo encendido que me alumbrara desde una esquina para tener luz cuando llegara. Si no lo hago así a veces no soy capaz ni de meter la llave y tengo que ayudarme con la pantalla del móvil y hacer mil malabares para abrir una simple puerta. Permito que Ainhoa entre primero, pero sin soltarle la mano. El contacto de la misma se ha vuelto especialmente frío. Ha debido pegarle el aire con fuerza cuando hemos estado a los pies de la iglesia y se habrá enfriado. Y yo ni siquiera me he dado cuenta. Me siento mal por ella, pobrecilla. Le ofrezco una infusión caliente que acepta y nos sentamos ambas a la mesa de la cocina a tomarla con calma. Sostengo mi taza entre las manos. La cerámica está tan caliente que me quema las palmas, pero aun así la sensación me resulta más reconfortante que dolorosa. Al retirar la bolsita del agua me doy cuenta de que me he puesto un té verde.

«Genial, Leticia. Como te estabas tomando la noche con calma la teína te ayudará a que mantengas tus nervios a raya», me regaño.

Ainhoa también está demasiado callada, cosa que me sorprende porque ella no suele estar así ni debajo del agua. Su mirada lleva tiempo perdida en el movimiento circular que imprime a su cuchara. No se ha echado azúcar. No tiene ninguna importancia pero es algo que no me esperaba. Hasta ahora tenía la idea de que esta mujer no se cortaba con nada.

«Puede que esté cansada o quizá le ocurra algo más», comienzo a temer de repente. ¿Y si he dejado de gustarle ahora que ha comprobado la facilidad con la que se crispan mis nervios? «Joder, Leticia... Si le has dicho que crees que pertenece a una secta satánica que va a ofrecerte en sacrificio y que sus antepasados eran unos putos brujos. Eso sin contar el numerito de la campana. ¿Y te extrañas de que ahora esté así?» Puede que en estos momentos tema por su propia vida al creer que voy a abalanzarme sobre ella con un cuchillo que tengo escondido en la espalda.

—Ainhoa —llamo con la mayor suavidad de la que soy capaz. Avanzo mi mano por la superficie de la mesa y la poso sobre la de ella. Al menos no la quita. Pero tampoco hace amago de recibir mis dedos entre los suyos—. ¿Qué te pasa? —

pregunto e intento que pueda percibir en mi voz cada ápice de preocupación que revolotea en mí.

—No es nada —dice. Pero a mí no me convence. Sus ojos no dejan de estar fijos y no para de hacer ese sonido con la cucharilla al entrechocarla con el interior de la taza.

—¿Segura? —pestañeo muy rápido y hago un puchero con los labios que no me ha fallado nunca.

Ella deja escapar una gran cantidad de aire por la nariz y a continuación inspira profundamente. Su pecho se hincha y su mano se deshace de mi contacto.

—Leticia, ¿eres feliz?

De todas las preguntas que podría haber hecho, esa es la última que esperaba. Como siempre desde que estoy aquí he malinterpretado sus gestos, sus palabras, y todo cuanto nos rodea a ambas.

—¿A qué te refieres?

—Pues que te noto muy rara, Leticia. Es como si te costara adaptarte. Me imagino que el norte es muy diferente de Ávila pero no sé si será lo suficiente como para justificar las preguntas que me has hecho. Quizá deberías plantearte si este es el lugar en el que quieres estar.

—¿Estás enfadada? —me sorprendo todavía más.

—Sí, Leticia. Dime, ¿cómo has podido pensar eso de mí? ¿De nosotros? —pregunta con indignación.

No sé qué decir. Hace unos minutos todo me parecía tan claro que habría puesto la mano en el fuego porque en El Infierno sucedía algo. Intento abrir la boca, replicar con una excusa que me justifique y ponga cada una de las cosas que han pasado en su sitio, pero me da que nada de lo que diga va a conseguir que la que iba a ser nuestra noche perfecta termine por suceder así.

—Ainhoa... —abro la boca. Pero, antes de que pueda decir nada, se empieza a reír sin más. Su risa me resulta tan fresca y natural que enseguida me la contagia y hace que se esfume de un plumazo toda la angustia que sentía—. No puedo creérmelo —le digo con la mano intentando contener el dolor de mis abdominales—. ¡Me has timado! —Mi gesto no puede aparentar más indignación.

—¿Qué tienes para beber? —dice despreocupada.

—¿Cómo? ¿No has bebido suficientes copas?

—Nunca debes decir que has tenido suficiente de nada. Sobre todo si es de algo que te gusta. —Me guiña un ojo y se levanta de la silla a rebuscar por los cajones. De entre muchas botellas escoge una de crema de orujo que lleva allí desde los anteriores inquilinos de la casa. Prepara un par de vasos anchos, cubitos de hielo y sirve dos generosos tragos. Empuja el vaso hacia mí y se apoya en la mesa a mi lado. Mi cabeza queda cerca de su muslo, tanto que si quisiera podría utilizar su pierna de

almohada.

—Voy a contarte algo —dice al tiempo que se lleva el vaso a los labios—. Hace mucho tiempo, en un pueblecito del norte, vivía una joven que nunca había roto un plato.

—Ajá... —Apoyo mi cabeza sobre su pierna y ella comienza a dibujar círculos con sus dedos alrededor de mi oreja. Enreda algunos de mis cabellos y tira con suavidad de ellos.

—La chica iba a la iglesia cada domingo, ayudaba al cura a officiar la misa desde que era pequeña, sacaba buenas notas a pesar de la difícil situación familiar que tenía en casa; cuidaba de su madre gravemente enferma, se preocupaba por su abuela... No se le conocían amistades de ningún tipo ni mucho menos peligrosas.

—Era una niña modelo, vaya —intervengo.

—Exacto.

—¡Pues qué chica más coñazo! —observo al tiempo que mato de un trago el vaso de crema de orujo. Ainhoa se arrodilla frente a mí y recoge con su boca el dulzor del licor que aún ha quedado en mis labios. Después me llena de nuevo el vaso y continúa hablando.

—No todas las chicas son tan divertidas como tú, Leti. El caso es que la muchacha de nuestra historia crecía muy aburrída, sin que en su vida pasara absolutamente nada. Hasta que un día...

Detiene la narración y se desabrocha a propósito el primer botón de su blusa. Después yo le desabrocho el siguiente. Un trozo de la tela de su sujetador hace aparición e intento rozarlo, pero ella detiene mi mano y la empuja con suavidad a su sitio.

«Juega conmigo... ¡Y me encanta!»

—Hasta que un día —repite—. Encontró algo.

—¿Qué? —pregunto al comprobar que eso es precisamente lo que quiere que haga.

—Una puerta.

—¿De verdad? —me sorprendo.

—Bueno, no exactamente como estás imaginando. Me refiero a un método con el que escapar de su horrible mundo, con el que podía interactuar con gente... especial —termina por definir con un término tan genérico—. Gente que no era de su mismo pueblo y que parecía que no andaban demasiado lejos. Tú eres psicóloga. Sabes cómo funcionan las cabezas de las personas cuando durante toda su vida se han sentido menospreciadas y de repente pasan a ser las protagonistas de la historia.

—Vale, creo que lo entiendo.

—La chica, en realidad, siempre había estado esperando esa oportunidad. Su vida era tan aburrída, su existencia tan desgraciada, que cuando encontró a esa gente

actuó sin pensar en las consecuencias que podía tener para ella ni para cuantos la rodeaban. Y ahora las pobres gentes de su pueblo pagan el fruto de su egoísmo.

—Entiendo. ¿Llegó a cruzar al otro lado?

—Nadie lo sabe con seguridad. Sin embargo, ella afirma que sí y nosotros debemos creerlo.

—¿Por qué?

—Porque un día dejó de ser la misma. Ya no era la niña pura de siempre. ¿Lo que hizo allí? No podemos saberlo. ¿Por qué volvió? Tampoco. Aunque yo intuía que algo salió mal, muy mal.

—Ainhoa —intento bromear a pesar de que la historia no me está haciendo gracia. Tengo la certeza de que está hablando en clave y que durante todo el tiempo ha estado haciéndolo de Karen—. ¿Qué es lo que quieres decir?

Coge mi vaso y me lo lleva a los labios. No me obliga a beber, pero tampoco deja que lo haga libremente. Cuando mato el trago, vuelve a llenarlo. Los vapores del alcohol me queman por dentro y todo aliento que sale de mi interior lo hace con un regusto caliente.

«ESTÁS BORRACHA, PUTA», me dice otra de las cientos de voces que me hablan desde hace días.

—Lo que digo es que puedes ver las cosas a mi modo. Has venido a un pueblo que a priori puede parecer siniestro, lleno de sucesos extraños y de hechos en apariencia demoniacos. Puedes creer que es un lugar cualquiera en el que unos muchachos que crearon una banda de rock transgresivo trajeron una cultura que, hasta la fecha, no se había visto por estas tierras. La gente al principio se lo tomó a mal, pero conforme pasó el tiempo y vieron que era otra forma de entender la vida, que no iba más allá de un tipo de vestimenta, canciones duras que tan solo esconden una crítica hacia la sociedad actual, y muchas ganas de divertirse, el pueblo comenzó a normalizarlo. Digamos que lo entendió y que ya no le parece extraño que en las entrañas de sus calles haya un pub llamado El Infierno que congrega a cientos de jóvenes de la zona cada noche.

—¿Cuál es la otra opción? —pregunto al valorar como posible lo que acaba de contarme a pesar de lo insólito que me resulta.

—La peor —sentencia.

—No parece muy divertida —observo.

A continuación es ella la que se desabrocha otro botón de la blusa y abre su escote. Sus formas femeninas brillan a la artificial luz de la cocina.

—No lo es. ¿Estás segura de que quieres que te la cuente? —Comienza a mirarme con la sensualidad de una curtida meretriz.

—Claro que quiero. —Observo hipnotizada el nacimiento de sus dos redondos pechos.

Se deshace de la blusa y deja al descubierto su torso. Su busto es grande, altivo, perfecto.

—Puedes dejarte llevar por esa cabeza que sé que no se cansa de darle cada día una vuelta de tuerca más a todo este asunto. Comprendo que estés asustada, pero debes confiar en mí. No tienes razón para estarlo. Lo que has creído vivir hasta ahora no es más que una sucesión de casualidades que, corrígeme si me equivoco, has empezado a hilar a raíz de conocer a Karen.

Por un momento sopeso sus palabras. Podría ser que todo cuanto ha dicho sea cierto. Aunque también existe la posibilidad contraria. De hecho, lo único que concluyo, es que no tengo modo de saberlo. Al menos no por mis propios medios. Si decido confiar en ella, afrontaré un riesgo. Si no, también lo haré, solo que uno completamente distinto.

«Eso es un poco la vida, no, ¿Leticia?», vuelve a hablarme la pequeña psicóloga.

—¿Qué puedes decirme tú de Karen?

—Que es la protagonista aburrída de la historia que te he contado.

—¿Y?

—Que tiene una imaginación muy grande. Tanto que, alguien que conoció, desconozco el modo, luego no me preguntes cómo, se aprovechó de ella.

«Creo que yo tengo la respuesta a esa pregunta. Pero aunque tus dos tetas me estén volviendo loca, no puedo decírtelo».

—¿Quieres decir que se buscó lo que le pasó? —pregunto asombrada y algo descolocada por la dureza de la insinuación.

—Mira, y esto es lo último que voy a contarte sobre este tema, después actúa como creas que debes hacerlo. Karen quería algo. Lo quiso durante tanto tiempo y lo deseó con tanta intensidad, que al final lo encontró. De igual modo, tus ideas, tus ataques de pánico, tus creencias acerca de todos nosotros, te están llevando a un punto del que pronto no podrás dar marcha atrás. Es como caer en un agujero negro. Puedes acercarte, sentir la atracción, revolotear alrededor, pero cruzada una raya, no hay vuelta atrás. La atracción es tan grande que no se puede escapar de ella. Así son las ideas paranoides, no, ¿Leticia?

«Así son», contesta por mí mi yo en miniatura.

—¿Insinúas que estoy loca?

Obvia contestarme y se desabrocha el sujetador. Se lo quita con un movimiento del que estoy segura que ha ensayado infinidad de veces. La tela se despega con cuidado de sus pezones, dejando éstos expuestos a mi mirada, a mis mordiscos, al tropel de impulsos que nacen en mi interior y que no llego a consumir en ese momento. Después cruza sus brazos y se cubre los pechos con las palmas de las manos.

—Lo que digo es que si estás destinada a enloquecer esta noche al menos que sea por algo que tenga sentido.

Sonrío. Acabo el contenido del vaso y me dejo caer sobre ella. Sus manos arrancan mi camiseta y mi sujetador. El tacto de su pecho junto al mío es lo más delicioso que he sentido nunca. A continuación me aparta y tira de mi brazo para llevarme a la cama. Nunca ha estado en mi casa, pero es como si conociera cada rincón de ella. Avanza decidida sorteando muebles y esquinas y en menos de diez segundos me tumba sobre las sábanas. El caserón es grande, hace frío, pero hace mucho que he dejado de sentir ese tipo de sensación. Me besa en los labios como nadie antes. Es como si su lengua actuara con la experiencia de cuanto ser ha sido amante en este mundo. Después tuerce su cara hacia mi cuello y devora con ansia la fina piel de éste. Sollozo excitada. De mi boca resbalan sonidos que podrían empequeñecer el papel de cualquier actriz porno.

Puedo afirmar que no he sentido nada igual con ningún hombre. Ni siquiera cuando he encontrado el valor suficiente para ser yo quien marcara el ritmo de la relación sexual. Sus manos amasan mis tetas y se enfocan en mis pezones. Se toma su tiempo en esos dos atributos que hasta la fecha no sabía que podían hacerme sentir tanto. Un río de humedad se desata entre mis piernas. Me parece increíble, pero creo que estoy a punto de correrme sin que siquiera haya llegado a tocarme ahí abajo. Su lengua baja hacia mi ombligo, pero desecha investigar en el interior de la pequeña cavidad. Sus manos me arrancan las bragas y las tira hacia algún punto que no puedo ver. Puede que hayan caído sobre la mesa de estudio, el ordenador, la montañita de libros en edición de bolsillo, la minicadena que venía con el resto de muebles de la casa, o qué sé yo. No me importa dónde puede estar la única prenda que con seguridad me sobra en este momento. Su cabello se arrastra por mi carne anunciando el preludio del que sé que va a ser el mejor sexo de mi vida. Su lengua me abrasa entre las piernas. Penetra en mí tan a fondo, que no puedo creer que pertenezca a una persona normal.

«Me gustaría ver cómo lo hace», deseo con lascivia.

Ver cómo devora mi sexo al tiempo que me dedica esa mirada que campa a sus anchas entre la niña buena y la zorra empedernida. Pero es igual, ya habrá tiempo, vuelvo a pensar. Después de lo que estoy viviendo no creo que quiera volver a pasar una sola noche sin ella. Quiero tenerla aquí, entre mis sábanas, y que me posea con sus dedos y boca.

El primer orgasmo estalla de un modo tan violento y súbito que me hace botar, literalmente, en la cama. Pero la boca de Ainhoa no permite que pactemos una tregua para que pueda recuperarme de la sacudida de placer que aún recorre mi cuerpo. Me siento empapada como no lo he estado nunca. Por mis piernas baja una humedad que me hace sentir vergüenza. Pero a ella le da igual, joder, lo único que

quiere es hacerme disfrutar como nunca.

Tras el tercer orgasmo se retira de entre mis piernas y se tumba a mi lado. Su respiración me dice que está casi tan exhausta como yo. Ha llegado mi turno. Quiero ver si soy capaz de hacerla enloquecer del mismo modo que ella ha conseguido conmigo. Me guio por mis manos a través de la oscuridad, por el olor de su pelo, sus gemidos y suspiros. Me aferro a una iniciativa que pocas veces he llevado y hago que se tumbe y abra sus piernas para mí. La acaricio a través del pantalón. Después se lo desabrocho. Lo hago con sumo cuidado, sin detenerme, como un buscador de oro con la certeza de que tras la siguiente capa hallará la beta deseada. Cuando al fin la tengo desnuda, me deshago en besos, caricias, en reproducir cada uno de los placeres que ella ha consumado conmigo. Mi mano baja por su cuerpo hacia su sexo desnudo y se detiene de pronto al percibir algo extraño que no puedo confirmar en la impenetrable oscuridad. No doy crédito a lo que transmiten mis dedos. Es como si su piel hubiera cambiado. Donde antes había un tacto delicado ahora hay una gruesa capa de vello: duro, rebelde, animal.

—No pares —me pide entre jadeos conduciendo mi mano hasta la entrada húmeda y caliente de su sexo.

Sacudo la cabeza al no poder encontrar de nuevo ese tacto. Por un momento creo que lo he imaginado, que ha sido otra de mis perturbaciones mentales la que ha puesto en su cuerpo la percepción de una bestia carnero. Pero entonces su voz cambia. Pasa de jadear con una feminidad que literalmente me enloquece a hacerlo como un animal que lleva a cabo una violenta cópula.

—¡VAMOS PUTA! ¿NO HAS VENIDO A FOLLARME? —su voz suena con un eco en el que se solapan muchas voces. Algunas de hombres, de niños, mujeres y de otra cosa que no puedo identificar, pero que sin duda no he oído jamás.

Tras la pregunta me paralizó. No sé qué es lo que tengo a mi lado. Trato de abrir aún más los ojos a fin de percibir algún matiz de la vecina presencia que me ayude a discernir que tan solo se trata de otra más de mis alocadas imaginaciones. Pero no soy capaz de ver nada como tampoco lo soy de deshacerme de esa horrible voz que no deja de retumbar en mis oídos.

—Nena, ¿qué pasa? —pregunta Ainhoa, cariñosa.

—Estoy nerviosa —me excuso porque en realidad no sé qué decir. Todo iba como la seda. Estaba disfrutando como nunca antes y de repente he conseguido cortar todo el buen rollo que había entre las dos.

—Shhhh —me pide que guarde silencio con dulzura—. No hables —su voz en la oscuridad es el único faro al que puedo dirigirme. No quiero estropearlo—. ¿Es tu primera vez con una chica?

—Sí —susurro.

Entonces coge mi mano que había retrocedido hasta la galaxia de su ombligo

y la empuja con lentitud hacia abajo. Hacia ese lugar del que hace solo un instante deseaba probar su sabor. Mis dedos pasan por encima del monte venus, a través del incipiente vello púbico y, cuando llegan a donde debería encontrar su deseado sexo, se topan con una monstruosa polla. Intento retirar mi mano, pero ella, o él, o lo que sea esa cosa, no me lo permite. Su fuerza es tan descomunal que ni siquiera soy capaz de apartar un milímetro mi brazo. Me obliga a que rodee el miembro, pero es tan grande y está tan empalmado, que no soy capaz de abarcarlo con una sola mano.

—¡VAMOS ZORRA! ¿NO ME DIGAS QUE NO SABES QUÉ HACER CON ELLA? —vuelve a gritar esa voz a la que tengo más miedo que a la propia presencia de la que es dueña.

Un aliento demasiado cálido, infecto y babeante me llega al oído a través de lo que supongo una boca cuajada de afilados colmillos. La cabeza de ese ser se pega a la mía y me susurra una ristra de barbaridades e insultos como nunca he escuchado. Hay odio en su voz. Animadversión hacia el movimiento que mi muñeca, guiada por su brazo, hace sobre su miembro. A los pocos segundos su respiración se agita, las sacudidas de aire que rezuma son tan potentes como las de un búfalo y noto su polla hincharse hasta que estalla en un descomunal orgasmo que pringa mi mano de semen. Antes de que cese el último de sus estertores me pongo a chillar como una loca. Entro en un pánico tan profundo que los alaridos deben oírse en todos y cada uno de los rincones del ahora silencioso Beelzegoyan. Mi respiración se vuelve un huracán y a pesar de ello siento que no soy capaz de tomar el aire suficiente. Creo que voy a morir ahogada y eso me hace gritar aún más.

Ainhoa se asusta y enciende la luz a toda prisa. Después me abraza mientras no para de pedirme una y otra vez que me tranquilice. «Ya pasó, ya pasó», repite ese mantra como a un niño que acaba de despertar de una horrible pesadilla.

—Dios mío, Leticia, lo estabas haciendo tan bien. ¿Qué te ha pasado?

Observo su rostro. Sus mejillas aún permanecen sonrojadas, su respiración agitada intenta recuperar a su propio cuerpo del intenso orgasmo; el pelo sudado se le pega en la frente y de entre sus piernas se resbala una copiosa humedad. Una imagen de la que no puedo distinguir con seguridad que sea un recuerdo real u otra imaginación más, se pasea por mi mente. En ella Ainhoa está tumbada a mi lado. Me susurra palabras preciosas al oído y me da instrucciones de cómo debo proceder. De las cosas que se muere porque le haga a lo largo de la vida entera que quiere pasar a mi lado. Después se corre y, cuando lo hace, me dice que me quiere.

—Leticia —vuelve a llamarme—. ¿Estás bien? —Su mano acaricia mi pelo y yo consigo volver a un estado parecido a la calma. Después, simplemente, me echo a llorar.

XII

Un rayo de luz me despierta. ¡Dios mío! Creo que es el segundo vestigio de sol que se cuele por mi ventana desde que estoy aquí. Anoche, con la urgencia, la excitación, y el posterior numerito que armé, se me olvidó bajar la persiana. Al contrario de lo que yo habría hecho en una situación similar, Ainhoa no se marchó de casa. Ha estado agarrada a mí durante las escasas horas que hemos podido dormir, abrazándome, susurrándome palabras que me contagiaban calma en algunos casos o, en otros, elevando hasta el cielo mi excitación. Una vez que templé los nervios volvimos a hacer el amor. Una vez, dos... tantas veces que he perdido la cuenta de los orgasmos que he disfrutado, aunque, sin ser exagerada, quizá los de esta noche sumen más de la mitad de los que cualquier hombre me ha dado a lo largo de mi vida. Puede que parte de la culpa del buen ánimo con el que he despertado lo tenga la persona que todavía duerme a mi lado. Su pelo rebelde se vuelca sobre la almohada con la belleza del delta de un gran río. Tiene los párpados hinchados. Normal, supongo, por haber dormido tan poco y pasarse la noche haciendo cosas malas como diría mi abuela.

«Me gusta, sí», pienso al observarla. Y no solo es eso. De verdad que si yo me hubiese tenido que enfrentar a la situación de anoche, y otras tantas como las que le he hecho pasar, habría arrancado mi coche y no habría dejado de pisar el acelerador hasta vislumbrar las murallas de mi ciudad. Debe de apreciarme mucho para que todavía siga a mi lado. Hoy voy a concentrarme en que no se me note demasiado el entusiasmo, ya que al final va a acabar pensando que soy una de esas maníacas de doble personalidad y ánimo sumamente alterado.

Me levanto de la cama y, desnuda como estoy, me acerco al marco de la ventana. El sol se presenta precioso en un cielo azul y despejado. Es curioso lo que cambia la estampa de Beelzegoyan bajo un cielo gris anubarrado u otro de aire veraniego. Incluso la silueta del campanario que siempre me resulta tan lúgubre y mortecina luce ahora con renovada alegría, quizá como hace muchos años que no hacía. Hago una parada en el cuarto de baño para lavarme la cara y los dientes porque por mucha confianza que haya entre dos personas, hay rutinas que se deben mantener.

Cuando el espejo me dice que estoy más o menos presentable me dirijo a la cocina y me sirvo un vaso de agua para tomar mis medicinas. Me llevo las cápsulas a la boca y las ingiero de un trago. Después bebo otro vaso de agua para mantener a raya la resaca. Preparo café, caliente leche en un cazo y corto cuatro rebanadas de pan del día anterior. El olor a tostada inunda mi nariz y me trae viejos recuerdos de la infancia. De cuando no existían más problemas en el mundo que con qué vestido y complementos conjuntar a mis muñecas. La certeza de que un hogar no lo es mientras no huela a pan y a café recién hecho cada mañana florece dentro de mí.

«Hogar», me repito a mí misma. Creo que eso es lo que ha fallado aquí. Nunca he estado tanto tiempo sola ni me he sentido tan separada de mis seres queridos. En cuanto tenga la oportunidad voy a llamar a mi hermano para preguntarle cómo está y a continuación también trataré de hablar con mis padres. No se mostraron demasiado contentos cuando se enteraron de que había tomado la decisión de mudarme al norte, pero ya va siendo hora de limar asperezas y reconducir mi vida.

Creo que voy a plantearle a Ainhoa la posibilidad de que se venga a pasar conmigo unos días. Entiendo que es pronto para hablar de mudanza, pero quizá quiera instalarse durante los fines de semana. Podemos ir probando y ver qué pasa.

Pelo y corto una manzana y un plátano y lo sirvo en un bol a modo de improvisada macedonia.

«Seguro que le gusta la fruta. A todas las chicas del mundo les gusta la fruta para desayunar», me aseguro.

Cuando tengo todo dispuesto llevo el desayuno a la habitación en donde se supone que aún sigue dormitando la marmota de Ainhoa. Seguro que está abrazada a la almohada y que se tapa con el edredón hasta la línea del pelo.

«Esta chica duerme como un tronco», me digo al recordar la multitud de ocasiones que ha llegado tarde al trabajo precisamente por ese motivo. Pero mi sorpresa es mayúscula cuando veo la cama vacía y no la encuentro. Dejo la bandeja sobre el colchón y la busco en el baño, pero tampoco se encuentra allí.

—¡Ainhoa! —grito por la casa a medida que me cuelo y salgo de las habitaciones. Regreso a la cocina para ver si se encuentra allí; por si en lo que he ido a buscarla a la cama, ha regresado al lugar en el que dio comienzo nuestra noche. Pero tampoco está.

«Normal», pienso. Sería ridículo que estuviera allí sentada y que no hubiera contestado a mis gritos. De repente me asalta un miedo profundo, terrible: ¿Y si también me lo he imaginado?

«No puede ser, ¡Dios mío!» Hace tan solo un minuto estaba aquí y de repente parece que no hay ningún vestigio de que haya pasado la noche conmigo. Vuelvo a buscar por cada rincón. Incluso echo un vistazo tras el sofá en un impulso loco y sin sentido que me ha llevado a creer que pueda estar jugando a algún tipo de juego del escondite. Pero nada. No hay nada.

Voy a la cocina y busco los vasos que utilizamos para beber la crema de orujo. Tampoco están. Y la visión de no ver siquiera la botella hace que mi corazón se desboque en violentos latidos y que las paredes del caserón comiencen a girar a toda prisa a mi alrededor. Apoyo una de mis manos en el marco de la puerta a fin de no caerme porque tengo la seguridad que, de no hacerlo, voy a estamparme contra el suelo.

Me dirijo a toda prisa a la calle. Puede que esté allí sentada sobre un tronco o

en una de las numerosas piedras que hay alrededor de la vivienda. Abro la puerta y lo primero que observo es el cielo de Beelzegoyan. Aún hay sol, pero pronto no lo habrá. Los nubarrones oscuros comienzan a colonizar el cielo como una enfermedad infecciosa. Una señora me observa a lo lejos. Caminaba despacio con dos grandes bolsas de plástico, pero de repente se ha parado y no me quita ojo de encima. Es del tipo de ancianas que salen cada día a orar a la iglesia con un pañuelo de viuda alrededor del pelo.

—¡Chiquilla! —me grita— ¡Tápate!

Es entonces cuando me miro y me descubro desnuda como Dios me trajo al mundo. La vergüenza me asalta y me retiro corriendo al interior de mi casa. Pero antes de hacerlo, un golpe de aire levanta un murmullo tras la puerta. Me giro a comprobar qué es lo que está sonando y descubro un papel pegado con celo. Es de Ainhoa.

Perdona que haya salido corriendo y sin despedirme. Te he buscado por la casa, pero no te he visto y he supuesto que andabas en el cuarto de baño haciendo las típicas cositas que hacemos todos cada día. No he querido molestarte. Me ha llamado el director del centro para que acuda con urgencia porque una de mis compañeras no va a poder ir. Tengo que adelantar trabajo. Nos vemos en un rato.

PD: Estoy deseando repetir.

PD2: No te vuelvas loca buscando restos de lo de anoche... Tenía sed, fui a la cocina y al observar el desastre me dije: no puedo dejarle esto así.

Te quiero.

«Me quiere», repito una y otra vez esas palabras al tiempo que niego con la cabeza.

«¿No podía despedirse sin más? Sabe de sobra que bastantes cosas raras me están sucediendo para que encima se vaya de esta forma».

Me doy una ducha rápida y salgo a toda prisa de casa. Vale que el odioso director del centro se haya interpuesto en lo que iba a ser nuestro primer desayuno juntas, pero si me doy prisa, puedo ofrecerle un café de la máquina y disfrutarlo en su compañía hasta que llegue la hora de mi primera consulta, así podremos hablar las cosas.

Según avanzo por las calles noto una vibración del teléfono en el bolsillo de mi pantalón. Es un mensaje de texto de mi compañía avisándome de que estoy a punto de agotar mi tarifa de datos. No sé en qué, la verdad. Porque como ya he dicho mil veces internet va fatal en todo el maldito pueblo, incluido el del teléfono. Iba a haber perdido el tiempo curioseando en las distintas redes sociales hasta llegar al trabajo,

pero el aviso sobre los datos, me hace recordar una de las promesas que me he hecho esta misma mañana. Esta vez el enano piojoso tarda mucho en contestar. Pero al menos lo hace.

—¿Diga? —contesta mi hermano.

—Óscar, ¿estás dormido?

—¿Quién eres? —pregunta con ese tono de voz del que acaba de recuperarse de un profundo trance.

—Pues quién voy a ser, enano. Soy Leticia, ¡tu hermana!

—¡Joder, Leti! Pero, ¿qué hora es?

—Las ocho menos diez.

—¿De la mañana?

«Madre mía. Diría que anoche se ha pegado una juerga mayor que la mía. ¡Y ya es decir!»

Estoy segura de que si estuviera allí con él en este momento me apestaría con su aliento a alcohol.

—¿Tú qué crees?

—¿Qué es lo que quieres? —obvia darme una contestación.

—Hablar contigo. ¿Es que no vas a ir a clase?

—Solo voy a faltar una hora o dos. Anoche estuve con unos amigos hasta bien tarde. Ya sabes cómo va esto de la universidad, Leticia.

—¡¿Una o dos horas?! —intento demostrar mi indignación.

—No creo que tú seas la más indicada para darme lecciones sobre hacer pellas.

«Cabroncete. Eso ha sido un golpe bajo».

—Está bien, Óscar. No le diré nada a papá y mamá, pero que no te vuelva a pillar así entre semana o tendré que hablar con ellos.

—Sí, mami —resopla contra el teléfono.

—Y no seas tan maleducado, tío. ¡Encima que te llama una chica! Deberías estar agradecido.

—¿Vas a decirme lo que quieres o no?

—Vale, vale —le pido calma porque lo que menos me interesa es que agote su paciencia y termine por mandarme a la mierda—. ¿Has echado un vistazo a mis cosas?

—¿A qué?

—¡Óscar! ¡Joé! Que a lo mejor a ti te da igual, pero te aseguro que lo estoy pasando muy mal con todo esto. Necesito respuestas y las necesito ya.

—¡Ah eso! ¿Has visto el *mail* que te he mandado?

—¿Cuándo?

—Pues anoche.

«La verdad que estuve bien ocupada», pienso en decir, pero enseguida me arrepiento.

—Ahora lo veo en el trabajo. ¿Puedes adelantarme algo?

—¡Joder Leticia! ¿Pero qué te he hecho yo? ¡Déjame dormir! —Oigo cómo su cuerpo se retuerce entre las sábanas y bota varias veces contra el colchón con rabia. Le imagino cubriéndose la cabeza con la almohada y con el dedo a punto de colgar la llamada.

—Por favor —le pido con el tono más meloso del que soy capaz.

—Vale —dice estirando mucho las vocales—. Pero espera un momento. Primero tengo que hacer una cosa.

—¿El qué?

—Voy a lavarme la cara porque el asunto tiene bastante miga.

Oigo cómo se levanta y se arrastra hasta el cuarto de baño. Allí abre el grifo, deja correr el agua supongo que hasta que salga caliente, y se moja varias veces el rostro.

«Bendito hermano. Si a mí a su edad me hubiera pedido hacer algo así después de un día de fiesta, le habría mandado a la mierda».

—Ya estoy. ¿Estás sentada?

—¿Debería? —pregunto sorprendida.

—Es igual. Lo que ocurre es que el asunto es bien raro. Me ha costado un huevo...

—¡Óscar! —le regaño por la expresión.

—Perdón. Me ha costado un montón descifrar qué es exactamente lo que devuelve la conexión de Beelzegoyan. Y lo digo en presente porque hasta fecha de ayer continúa haciéndolo. Por lo que me extrañaría mucho que fuera algún tipo de virus que la seguridad de la empresa que os da servicio de red, no haya detectado. El caso es que la cantidad de datos que devuelve no siempre es igual, pero sí que está por encima de lo que debería devolver en todos los casos. Al principio capturé uno de esos paquetes y lo descompuse hasta llevarlo al mínimo; a lenguaje binario. Como comprenderás allí tenía muy poco que hacer porque aquello, a priori, no eran más que ceros y unos. Intenté con programas de computación solapar ese lenguaje con las principales lenguas que se hablan en nuestro tiempo: inglés, alemán, francés, chino y, por supuesto, español. Pero nada. Ninguno de los datos que devuelve Beelzegoyan parece tener correlación con nuestras lenguas actuales. Sin embargo, por casualidad, el ordenador computó un término que me dio una pista sobre la lengua en la que la conexión de Beelzegoyan devuelve el mensaje.

—¿Cuál? —la pregunta se escapa de mi boca sin control. Hasta ahora he estado tan absorta en lo que me estaba contando, que ni siquiera puedo afirmar que haya respirado.

—*Videre.*

—¿Y eso qué es?

—Significa ver, en latín —añade tras un rato de pausa.

—¿Cómo? —Me detengo en mitad de la calle y elevo hasta el grito mi voz en el momento en que hago la pregunta.

—Lo que quiera que devuelva los paquetes de datos, lo hace en esa lengua muerta. Casi siempre son palabras distintas, pero hay algunas de ellas que se repiten con una increíble sincronía.

Un sudor frío se cuaja a mitad de mis omoplatos y resbala a través de mi espina dorsal. Simplemente no puedo dar crédito a lo que está diciendo.

—¿Qué palabras son las que se repiten?

—Pues aquí viene lo más curioso de todo. Yo no sé latín, como comprenderás, pero hay términos de los que ha ido capturando mi ordenador que no necesitan traducción. Te he hecho un listado con los más comunes y te lo he enviado por email. Pero si quieres te adelanto alguna que recuerdo.

—Por favor —susurro con voz temblorosa.

—*Reinus, glorius, luciferi, excelsi...* entre otros.

«Dios mío», pienso.

—¿Estás seguro de todo esto?

—Segurísimo. Menudo filón he encontrado —dice con entusiasmo—. Si dentro de unos meses sigue sin salir a la luz, haré de esta anomalía la base de mi proyecto.

—No quiero que toquetees más por aquí, Óscar.

—¡Pero qué dices, Leticia! Esto es único. Hay que descubrir quién está detrás de todo porque debe tratarse de una persona con un talento extraordinario para ser capaz de diseñar algo así. Además —añade con la seguridad del que sabe que guarda lo mejor para el final—, hay otra cosa.

«¡Joder, no sé si quiero oírlo».

—Hay otra lengua. Una que desconozco y con la que el ordenador no encuentra ninguna semejanza.

—¿Eso es posible?

—Bueno, estoy seguro de que se trata de una lengua porque cumple con los patrones de repetición que se le suponen a cualquier lenguaje. Pero no hay forma de traducirlo o al menos el ordenador no encuentra el modo de hacerlo. Quizá se trate de un friki.

—¿Un qué? —La verdad que no he escuchado lo último que ha dicho porque mi vista está clavada en la inconfundible figura de Karen que avanza por la calle en dirección al centro de salud.

«No puedo creer que vaya sola desde su casa. ¿De verdad? ¿Y esa madre tan

plasta ni siquiera se preocupa de acompañarla?»

—Lo que tú me llamas siempre —reconoce—. Hay gente, como Tolkien, que han sido capaces de inventarse varias lenguas. Tienes que tener muchos conocimientos, pero no me cabe duda de que puede hacerse. Creo que nuestro hombre además de un fuera de serie en informática, también lo es en distintas filologías. Voy a investigar qué perfiles encuentro en la red con estos datos y puede que así dé con él.

—No vas a investigar nada. Olvídate de esto. Voy a irme de aquí —sentencio.

—Pero, ¿cómo que vas a irte? ¿Y qué pasa con tu trabajo?

—Este sitio es una locura. Algo está mal en Beelzegoyan. Tú mismo lo has visto.

De repente empieza a reírse. Su risa es tan estrepitosa que me resulta molesta y, cuando consigue controlar el súbito ataque, dice algo que me hace verdadero daño.

—Leti, no te lo tomes a mal, pero, ¿te estás tomando tus pastillas?

—¡Eres un gilipollas! —le digo antes de colgar el teléfono. Después alzo la vista al frente. Karen desaparece por el interior de la fachada del centro de salud. No puedo creer que haya llegado antes que yo y que ni siquiera me vaya a permitir tomar un café con Ainhoa. Aunque, visto lo visto, no sé si quiero hacerlo. No sé qué es lo que está pasando conmigo, con Beelzegoyan, con sus gentes. Me siento presa de una gran confusión a la que no sé cómo dar salida. Se supone que soy una profesional de la salud y que he estudiado para esto, pero supongo que es más fácil encontrar la solución a los problemas de los demás que a los propios.

El centro de salud está desierto. Ainhoa no está en su puesto de trabajo y a mí se me cae un poco más el mundo. Los pasillos se mal iluminan con las luces de emergencia y pienso que para verlo así sería mejor que estuviera del todo a oscuras. La estampa resulta desoladora además de que extrañas sombras parecen esconderse tras las esquinas. Supongo que es el tipo de lugar que de noche haría las delicias de los amantes de ir colándose en construcciones abandonadas.

A lo lejos oigo un sonido espeluznante. En realidad el ruido no tiene nada de siniestro, pero mi cerebro lo convierte en ello al tener la certeza de saber a quién pertenece. El bastón para invidentes de Karen golpea el suelo rítmicamente. El ruido reverbera en el interior del centro en silencio. Es curioso porque la chica tendría que dirigirse hacia la sala de espera en la que aguardar la hora de su consulta. Sin embargo parece acercarse en mi dirección a pesar de que una mirada en círculo me muestre que no aparece por ningún sitio. Los toques contra el suelo se escuchan más cerca a medida que también distingo sus pasos. El conjunto de ruidos resulta aterrador y no puedo evitar imaginar un gran insecto de patas puntiagudas correteando en mi dirección. Cuando los toques de bastón están tan encima de mí que retrocedo unos pasos hacia la entrada del centro, estos se detienen de súbito. Entorno los ojos y ansío distinguir algo en el horizonte sombrío, pero no soy capaz de hacerlo. De repente el

bastón golpetea con fuerza el suelo varias veces seguidas a mi espalda. Me giro en redondo y tampoco veo nada. Un fuerte escalofrío comienza a recorrer mi piel mientras en mi mente dibujo una y otra vez la palabra calma. Es entonces cuando suena mi teléfono móvil. El sonido resulta tan invasor en el espacio en silencio, tan extranjero en un lugar en el que ya solo esperaba el alarido aterrador de un fantasma, que el timbre de llamada me sobresalta causándome igual desazón que si hubiera escuchado esto último. La pantalla del teléfono no muestra ningún número. Ni siquiera un texto que indique la entrada de una llamada con identidad oculta. Tan solo suena con hiriente insistencia.

—¿Diga? —contesto con temor.

—Tiene que disculpar a mi hija.

—¿Cómo dice?

—Karen se encuentra muy alterada. Apenas ha dormido nada en los dos últimos días desde que empezaron con el proyecto de escribir su historia. He intentado convencerla para que no acudiera tan temprano a la cita pero no ha habido manera de retenerla en casa. Se ha marchado sin más.

—Comprendo, señora Aguirre —contesto. Es curioso, pero parece que hoy está bastante centrada. Casi me dan ganas de preguntarle qué hacía anoche a las tantas de la madrugada en el campanario de la iglesia. Pero si lo hago y resulta que no era ella me tomará por loca o se excusará diciendo que estaba dando de comer a las cigüeñas. Ya conozco el funcionamiento de la mente de estas gentes —. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Sabe si mi hija ha llegado al centro de salud?

—Sí. La he visto entrar hace unos cinco minutos —contesto.

—Entiendo. Sigue en pie aquello que hablamos, ¿verdad? —insiste en la misma pregunta que me hace cada vez que mantenemos contacto.

—Ayudarla —enuncio en alto la innecesaria promesa.

—Bien —repite varias veces—. Que no olvide sus obligaciones me pone muy contenta.

«Quizá sí que deba tomar en consideración ciertas partes de la historia de Karen. Sobre todo las referentes a la enfermedad y tratamiento de su madre, porque no me cabe duda de que esta mujer es de todo menos estable».

—Me alegro de que así sea pero, oiga, ¿me permite que le haga una pregunta?

—Tengo prisa —contesta apresurada.

—Solo será un momento. Dígame, ¿de dónde ha sacado mi número?

A continuación escucho el sonido del corte de línea. Me gustaría poder llamarle para mandarle a la mismísima mierda y hacerle saber un par de cosas sobre educación básica, pero, como su llamada no ha quedado registrada de ningún modo en mi teléfono, no tengo posibilidad de hacerlo. Supongo que toda esa anomalía en latín

de la que habla mi hermano debe afectar a distintos usos de las telecomunicaciones. Pero, ¿quién diablos está haciendo eso y con qué intención?

Me acerco a la máquina del café y saco uno con leche. Ya me tomé otro con cafeína en casa, pero no quiero meterme en la consulta en la compañía de esa chica sin tener algo caliente a lo que agarrarme. La presencia de Karen me resulta tan fría que prefiero atiborrarme a café y padecer el riesgo de sufrir un ataque de nervios que soportarla de vacío en mitad de ese frío silencio.

La puerta de mi consulta está entreabierta. Supongo que Karen está dentro porque no se la ve por ningún lado. Empujo ligeramente con el antebrazo y me sorprende al no encontrarla sentada en la silla. Sin embargo la sorpresa no dura mucho porque me la encuentro tumbada en el diván. Está descalza y muestra unos pies llenos de cicatrices. No se me escapa el detalle de que le falta el dedo meñique en el pie derecho y que el gordo del izquierdo es poco más que un muñón.

«¡Dios mío, ¿también le cortaron los dedos de los pies?», pienso llena de repulsión.

—Karen —llamo con suavidad—. ¿Estás bien?

—Disculpa que me haya tomado la libertad de tumbarme aquí, pero he pensado que hoy podría dictarte la historia en esta postura.

—¿Por qué quieres hacerlo de ese modo?

—Para mí resulta más cómodo. Así no me paso la hora pensando en si habrás podido ser capaz de apartar una sola vez la vista del símbolo que me grabaron en la frente —dice y, aunque no quiera, aunque en el fondo crea que esta chica es la culpable de todo cuanto me acontece en Beelzegoyan, no puedo evitar sentir lástima. Verla tumbada con sus poco más de cuarenta kilos; los ropajes amplios a pesar de que son tallas en las que yo no podría meterme; el horrible pentáculo apuntando al cielo y las abominables gafas de espejo. El conjunto me acongoja como la visión de un enfermo terminal.

«Las gafas —me digo con entusiasmo—. Quizá así tumbada, si mueve la cabeza más de lo necesario, pueda ver qué oculta a través del lateral de las mismas».

—Sí así te resulta más fácil por mí no hay ningún problema —digo a la par que traslado la silla hasta dejarla junto al diván, recupero del cajón de mi mesa el taco de hojas en el que comencé a transcribir su historia y lo sitúo sobre una carpeta para que me sirva de apoyo. Me siento a su lado y carraspeo para darle a entender que puede empezar en cuanto se sienta preparada. Ella toma aire, respira profundamente pero su estado es tan débil que su pecho apenas oscila de arriba abajo. A continuación habla sin entusiasmo detallando algunos aspectos de su vida. A mi juicio tienen tan poco valor que ni siquiera los transcribo, pero su fino oído parece darse cuenta de que mi bolígrafo no resbala por el papel y gira la cabeza en mi dirección como para increparme. Sus gafas de espejo me muestran esa lúgubre realidad que parece que

solo existe en el reflejo de sus cristales.

«Cachorro de perro abandonado. Un pájaro con el ala rota. Enfermedad hepática de mi abuela». Son algunas de las frases sueltas que tomo más por ser condescendiente con el momento que porque vayan a aportar ingredientes a la historia. A los diez minutos al fin se acerca al verdadero asunto que nos retiene allí. Lo hace en círculos concéntricos, pero sin llegar a abordar el tema del todo. Supongo que siente miedo de lo que quiera que tenga que decir. Los trastornos del contenido del pensamiento son así. Una persona no puede ser presa de un delirio sin sentir la misma diversidad de emociones que le despertaría la experiencia real.

«Joder, Leti. ¿Y si esto mismo es lo que te está pasando a ti?»

La sola idea de que Karen y yo compartamos diagnóstico hace que se me haga un nudo en el estómago. La ansiedad reaparece y me hace sentir las manos frías. Agarro el vaso de café y lo sostengo en mis manos para templarlas.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Karen.

—Sí, perdona. Me he distraído un momento —me excuso—. Puedes continuar cuando quieras.

—¿Sabes qué es lo que más me llamó la atención de ÉL?

—¿Qué? —pregunto al recordar el *nick* de la presunta persona que perpetuó su agresión. Sé que hubo una investigación policial, pero si Karen no pasó por ninguna evaluación psiquiátrica antes de lo sucedido, podría ser que todas las pesquisas hayan sido malinterpretadas.

«¡Menuda responsabilidad! —pienso—. ¿Y si mi diagnóstico termina por ser lo que desatasque la investigación?»

—Creo que esto ya te lo comenté la otra vez. Pero déjame insistir. Es importante.

—Adelante —le doy el visto bueno.

—Siempre estaba conectado. Daba igual la hora, el momento, el día... Si yo encendía ese misterioso ordenador, ÉL siempre estaba allí. Llegué a pensar que se trataba de una de esas personas con fobia social que nunca salen de casa y viven encerradas en su cuarto junto a un ordenador y decenas de bolsas de patatas fritas. Pero pronto me di cuenta de que no podía ser así. Era demasiado culto; un hombre de mundo como se suele decir.

—¿Resolviste ese misterio?

—Conforme avanzamos en la relación, ese tipo de cosas fueron perdiendo valor. Lo que me importaba de él es que estuviese disponible. Empecé a comer a toda prisa para poder conectarme al chat. Descuidé el deporte a fin de ganar minutos de conexión. Fue un poco como una adicción, sobre todo en los primeros días. Mi madre me observaba extrañada. Nunca había visto en mí semejante comportamiento, sin embargo, vivía feliz pensando que me encerraba en la habitación para estudiar con el

ordenador que con tanto esfuerzo me había comprado.

—¿Te gustaba eso? ¿Te gustaba que siempre estuviera disponible para ti?

—Claro que me gustaba. Por primera vez en mi vida alguien pensaba que era una chica especial. ¿Sabes cómo me saludaba cuando nos conectábamos? —dice con el matiz con el que hablan los enamorados.

—No tengo ni idea, Karen —reconozco.

—Buenos días, chica de ojos lindos. O buenas tardes, o noches, pero siempre añadía la coletilla de mis ojos.

—¿Por qué crees que lo hacía? —pregunto a la par que tomo notas.

—Se lo dije yo. ÉL me gustaba. Se desenvolvía con el lenguaje de un modo que no he visto nunca. Era inteligente, locuaz, sensible y, sobre todo, espontáneo. Podía iniciar un juego entre los dos a partir de cualquier comentario que hiciera. Y le encantaba jugar. Más que ninguna otra cosa.

—Su personalidad, ¿te impresionó? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Mucho. Por eso puse empeño en describirme físicamente. En algunas cosas exageré como una colegiala más, pero en otras fui sincera. Demasiado, quizá. Le hablé de mi pelo. Mi altura, mi peso, el tono de mi piel y el tamaño de mis pechos. Pero cuando ÉL me pidió que de todos mis atributos físicos escogiera uno, le dije que lo mejor de mí sin ninguna duda, eran mis ojos.

—¿Cómo eran, Karen? —hago la pregunta aunque en realidad lo que quiero saber es cómo son ahora. Mi vista se desvía al hueco lateral de sus gafas. Solo veo oscuridad, aunque mi imaginación se empeñe en ver un amasijo de carne abrasada por el ácido con el que siempre he apostado que la dejaron ciega.

—Eran verdes —dice con la voz quebrada por la nostalgia—. Como la hierba fresca de primavera que crece en los prados que rodean el pueblo. Y, aunque estuviera triste, mis ojos nunca reflejaban ese estado de ánimo. Siempre brillaban, imponentes.

—Estoy segura de ello, Karen. Dime, ¿por qué crees que te pidió escoger uno de tus atributos?

—Porque los ojos fueron la clave de todo.

«Aquí hay algo importante, Leti. Tienes que tener cuidado con la siguiente pregunta».

—¿La clave de qué, Karen?

—No quiero hablar de ello —me recrimina—. Necesito que nos ciñamos a la historia.

Tengo que morderme la lengua para poder seguir escribiendo sin exaltarme por las salidas que tiene de vez en cuando. Aguardo a que ella se decida a retomar el diálogo y, mientras espero, repaso parte de las notas que he tomado. Hay algo que no me cuadra. De momento todo me parece insustancial. Podría ser la redacción de

cualquier chiquilla de doce años que aún no sabe cómo desarrollar una trama. No se trata de un problema mío al transcribirlo, sino del modo en cómo ella va destapando los detalles.

—Cada día ganábamos en confianza —continúa—. Por lo que hice algunas cosas que de otro modo nunca me habría atrevido a llevar a cabo.

—¿Qué clase de cosas?

—Sexo virtual, ya sabes.

—No hace falta que des detalles si no quieres.

—Sí, claro que hace falta. En los detalles es donde reside la verdadera historia.

—Está bien —suspiro. No me apetece nada escuchar los escarceos que pudo tener cuando era una persona sana, pero por lo que veo no me va a quedar más remedio.

—Primero fueron fotos. Me pedía que le mandara imágenes de mi ropa interior o de alguna parte de mi cuerpo. Después pidió cosas más explícitas. Le gustaba la obediencia y no toleraba que me negara a ninguna de ellas.

—¿Por qué lo hiciste?

—Por lo que siempre se llevan a cabo este tipo de juegos. Tú me das algo y a cambio yo te doy lo que me pidas.

—¿Qué te dio él?

—Nada —corta tajante—. Por eso consiguió hacer de mí lo que quiso. Yo solo quería ver algún rasgo suyo: los ojos, el pelo, su torso desnudo, me habría bastado una simple foto de sus labios. Pero el misterio de no saber nada acerca de él, consiguió volverme loca. Seguí enviándole durante meses un sinfín de material pornográfico. Cada vídeo o imagen era más aberrante que el anterior. Así hasta que decidió que ya nada era suficiente si no añadíamos un ingrediente más a sus perversiones. Bueno —rectifica—, en realidad fue cosa de dos, por lo que debo reconocer que fue fruto de nuestra perversión.

—¿Qué ingrediente era ese? —le pregunto a fin de que no se desvíe del hilo argumental sobre el que acaba de aterrizar.

—Quiso que me pintase símbolos a lo largo del cuerpo. Que me hiciera heridas o me tumbara entre extrañas runas mientras me introducía la colección de objetos que acostumbraba en esas sesiones. No soy tonta, ¿sabes? No tardé mucho en darme cuenta de que me estaba arrastrando a realizar algún tipo de culto.

—¿Y por qué no le pusiste freno?

—Porque me prometió una *videollamada* en la que al fin podría ponerle cara.

—Karen. —Hago que se detenga aunque no sé bien cómo abordarla. Por lo que procuro pronunciar mis palabras con el tono más calmo y comprensivo del que soy capaz—. Tienes que comprender que no me parece suficiente motivo para que te

dejases controlar así. Eres una chica con estudios y acostumbrada, por desgracia, a experiencias dramáticas. Tiene que haber algo más —le digo. Todavía dudo de la veracidad de su relato, pero si quiero sonsacar la verdad, he de actuar como si la creyera.

—Lo había, pero no vas creerme —dice al tiempo que gira la cabeza y encuadra mi reflejo en sus gafas.

—Haz la prueba —le pido.

Suspira y vuelve la dirección de su mirada al techo. Diría que por su mejilla comienza a resbalarse una lágrima pero, al fijarme bien, me doy cuenta de que es sangre. Lo que parece un hilillo rojizo y espeso cae con lentitud desde el interior de sus gafas. El temor me asalta.

«¿Cómo cojones puede llorar sangre?»

Mi mente me pide una explicación con la mayor urgencia posible o sé que de un momento a otro saldré corriendo de allí. Pero antes de que pueda seguir contemplando lo que cualquier cristiano dictaminaría como un milagro, recoge la lágrima con la manga de su chaqueta y continúa hablando. Quiero intervenir. Preguntarle si es verdad lo que he visto o ha sido otra de las locuras que parecen suceder espontáneamente y para las que no tengo explicación ninguna. Sin embargo, su tono es tan firme y autoritario, que no tengo el valor de hacerlo.

—ÉL podía hacer cosas.

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de que podía hacer el tipo de cosas que solo se ven en las películas. Movía objetos que estaban en mi habitación; tales como las cortinas o las puertas de los armarios. O si le retaba a adivinar un listín de palabras que anotaba en un folio no fallaba ninguna.

—¿Tienes idea de cómo suena lo que me estás diciendo?

—Te dije que no ibas a creerme.

—Solo te digo que pienses en mí como profesional. Dime, Karen, ¿debo creerte?

—Pregúntale a Asier.

—¿Cómo? —Ha llamado tanto mi atención con lo que ha dicho que me inclino varios centímetros hacia ella.

—Seguro que ya has conocido a ese guaperas.

Su tono de voz ha cambiado. Ya no habla desde la postura de la niña desvalida que fue víctima de una horrible agresión. Ahora lo hace con una personalidad altiva. Apostaría mi puesto a que cree que a través de uno de esos ritos que ha mencionado se convirtió en algún tipo de princesa satánica. Necesito hacer las paces con mi hermano e insistirle en que debe solucionar cuanto antes el asunto del archivo *Karen*. Creo que es de vital importancia cotejar la información que pueda contener con lo que

ella me cuenta ahora.

—Claro que le he conocido. Ya sabes lo que todo el mundo dice por aquí: es un pueblo pequeño y no hay muchos chicos como él.

—¿Te han contado cómo se quedó mudo?

El miedo comienza a atenazarme otra vez. ¿Cómo puede siquiera insinuar con normalidad lo que creo que está a punto de decirme?

—Me dijeron que fue en un accidente de tráfico.

—Pues te mintieron.

No debería seguirle la corriente, pero, lo siento, soy incapaz de no hacerlo. Necesito saber, necesito conocer hasta la última respuesta que pueda darme.

—¿Qué le pasó? —me rindo a mis deseos.

—Fue ÉL.

—¿ÉL se la cortó? —pregunto al no comprender.

—ÉL le obligó a que Asier lo hiciera.

Mi boca tiembla al abrirse. Creo que no voy a ser capaz de pronunciar la siguiente pregunta. Pero, ¡qué demonios! Tengo que saber.

—¿Quieres decir que Asier se amputó su propia lengua?

Karen comienza a reírse con la voz más siniestra que he escuchado nunca.

—¿Por qué? —pregunto al tomar su acto como un sí.

—Porque cuando le dije a ÉL que un chico del pueblo llevaba toda la vida riéndose de mí, me juró que ya no lo volvería a hacer y, ¿sabes qué?

—¿Qué? —pregunto presa de un extraño automatismo.

—Que desde entonces nadie ha vuelto a escuchar su risa.

XIII

Apago el televisor y dejo el mando de la tele sobre la mesita de salón. La estancia queda en silencio y Ainhoa se apretuja contra mi cuerpo.

—Apaga la luz —pide.

Mi mano busca a tientas el interruptor de la lámpara de lectura porque he cerrado los ojos para recibir su boca. Su tacto es cálido y excitante como nada que haya probado con anterioridad. Pierdo la noción del tiempo que pasamos acariciándonos, susurrando promesas al oído y besándonos como si nunca fuéramos a ver un nuevo día. Pero cuando vuelvo a abrir los ojos, el salón está bañado de un tinte fantasmagórico. Los rayos lunares entran a través del gran ventanal, cubriéndolo todo de una claridad lechosa. Incluso la mirada de Ainhoa, siempre tan oscura por el intenso café del que se colorean sus ojos, luce clara y diferente a otros días. Por un momento pierdo el hilo del beso y mi vista se posa en el firmamento de Beelzegoyan. Jamás, ni siquiera de pequeña cuando íbamos a pasar los veranos al pueblo, he visto una luna tan grande como la que estoy disfrutando en estos momentos.

—¿Qué pasa? —pregunta Ainhoa al ver que he perdido el interés en ella.

—No es nada. Bueno —señalo el ventanal a su espalda—, en realidad es la luna. Me tiene alucinada. ¿No te apetece que nos pongamos una chaqueta y salgamos a verla?

—Ufff —suspira—. Sí que me gustaría, pero estoy tan cansada. No te imaginas la de trabajo que se acumula cuando falta una persona.

—Ya. Por cierto, iba a dejarlo pasar, pero ya que has sacado el tema... Me ha sentado un poco mal lo de esta mañana.

—¿El qué? —pregunta con la cabeza apoyada contra mi brazo. A continuación se descalza los pies y vuelvo a observar la luna y la calle con renovado anhelo.

«Me da que hoy no la convenzo para salir».

—Que te fueras corriendo y sin despedirte.

—Pero, si antes me has dicho que leíste mi nota, ¿no?

—Ya, pero tú piensa en mi situación. Me apetecía desayunar contigo. Había preparado una bandeja con café, tostadas, y una macedonia para que te la tomaras en la cama.

—¿En serio? —gira su cabeza y me mira sorprendida.

—Sí, pero eso es lo de menos. Comprendo que si te llama el director y te pide el favor de que acudas antes, al final lo haces por ti misma. El trabajo vas a tener que sacarlo igual por lo que mejor empezar cuanto antes. —Hago una pausa. No quiero que malinterprete mis palabras ni que nada de lo que yo diga rompa la magia de la que podemos disfrutar esta noche. Tras elegir bien mis palabras y brindarle un par de

caricias a lo largo del cuello, continuó—: Lo que me ha molestado es que te fueras sin darme un toque a la puerta del baño. ¿Tienes idea de lo que he llegado a pensar cuando he visto que no estabas en la cama y no quedaba ningún rastro de lo de anoche en la cocina?

Podría reírse de mí como ha hecho mi hermano cuando le he dicho que algo en Beelzegoyan está mal y que pensaba largarme cuanto antes. Sin embargo ella no lo hace. Se escapa de mi abrazo y se incorpora sobre el sofá para hablarme a la misma distancia. Su precioso pelo castaño recogido en un moño alto tapa parte de la luna que se veía a través de la ventana. Casi no puedo distinguir sus facciones por el contraluz de la noche clara.

—¿Qué has pensado? —pregunta con preocupación.

—Me da vergüenza decírtelo —tengo que reconocer.

Estaba decidida a contárselo. Sin embargo ahora que contengo la frase a las puertas de mis labios, me parece demasiado ridículo. Soy de esas personas que no están obligadas a contar hasta diez antes de ponerse a hablar, sino hasta treinta o cuarenta si no quiero meter la pata.

—¿Vergüenza? ¿Conmigo? —enfatisa cada palabra a fin de que surtan efecto—. ¿Y después de lo que hemos hecho...? —deja en el aire.

Yo sonrío. Soy así de tonta y no puedo evitar hacerlo sobre todo cuando me coge la mano y aprieta para demostrar su cariño.

—Está bien. Espero que después de esto no te dé por salir corriendo a tu casa. Casi me vuelvo loca buscándote. Miré en cada habitación, en el piso de arriba al que casi nunca subo, incluso me dio por echar un vistazo tras el sofá por si te había dado por esconderte detrás. —Aguardo un instante a que estalle en carcajadas, sin embargo sus risas no llegan. Sigo sin ver sus facciones, pero algo me dice que, de todas las miradas que podría dedicarme en este momento, ha escogido la comprensiva. A continuación es ella la que se dirige a mí.

—¿Creíste que nada de lo de anoche había sucedido?

—Eso es —reconozco con los ojos cuajados de lágrimas.

—Ven aquí, anda —dice al tiempo que me atrae hacia sí y me rodea con sus brazos—. Tienes que tomarte todo con más calma. Ya has visto que hay una explicación para cada una de las cosas que te han sucedido en estos días.

«Para casi todo», pienso. Hasta que mi hermano no me dé buenas noticias acerca del informe *Karen* no voy a poder dormir tranquila. Cada día que pasa estoy más convencida de que el señor Cuéllar se lanzó desde el campanario de la iglesia al descubrir en él los primeros síntomas de la locura. De hecho, es imposible no volverse loca en presencia de esa chica. Su voz, su rostro demacrado y marcado por el fuego, esas gafas que no miran y a la vez lo hacen hacia todas partes, y la extraña historia a la que ella da tal veracidad y número de detalles, que resulta difícil no llegar a creer.

—Háblame de tu día —pide meciendo mi cuerpo con el vaivén del suyo.

—He tenido cita con ella otra vez.

—¿Con Karen? —pregunta.

—Sí —contesto al tiempo que la primera de muchas lágrimas rueda por mi mejilla.

—¿Cómo ha sido?

—Horrible. Su relato es... espeluznante —señalo tras tomarme el tiempo necesario para encontrar la palabra que lo defina.

—¿Qué tiene de espeluznante? —susurra a mi oído.

—No son sus palabras. Es la forma que tiene de contarlos. De creer en cada matiz que me explica. Me ha dicho cosas, ¿sabes? Cosas que contradicen algunas de las historias que tú misma has contado, y otras que en sí mismas niegan la versión oficial de lo que sucedió.

—Cuéntame algo —me pide con dulzura—. Lo que quieras. Sé que no puedes hacerlo, pero nada de lo que digas va a salir de este salón.

Dudo si confiar en ella, pero necesito sacarlo de mí, necesito compartir todo lo que me ha pasado con alguien o acabaré volviéndome completamente loca.

—Habla de una persona con poderes especiales que conoció a través de un chat de internet.

—Te ha mentado. Todo el mundo sabe que anduvo mucho por chats porque era la clase de chica sin vida social. Pero eso de que conociera a alguien con poderes especiales...

—Ella dice que sí.

—Claro que lo dice. Está loca, pero tú eres psicóloga. Piensa cómo suena lo que acabas de decir. El único poder especial que tenía la persona o personas que conoció es el que ella les concedió.

—¿Qué quieres decir?

—Me consta que andaba metida en salas de dominación, masoquismo, *bondage*... Todo ese rollo de te dejo que me domines porque así me siento importante actuando como la prostituta de alguien. Hasta ahí todo normal. Mucha gente lo hace y luego se visten de corbata al día siguiente para llevar a los niños al colegio. Pero ella dio un paso más. Bajó un peldaño hacia cotas de internet profundas.

—No te entiendo —reconozco.

—Las marianas, ¿sabes lo que es?

—No tengo ni idea.

—La fosa de las marianas es la más abisal del océano. Un lugar oscuro y desconocido al que la colonización del hombre no puede llegar. Y así es como se conoce a un tipo de internet especial en el que prolifera el mercado negro de todo tipo de artículos: drogas, sexo ilícito, asesinatos, armas, vídeos... Todo lo peor que se te

pueda ocurrir, lo encontrarás allí.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunto sorprendida.

—Leo mucho —dice encogiéndose de hombros—. Mi teoría es que Karen empezó poco a poco a chatear y llegado el momento cayó allí por casualidad. Conoció a un grupo de gente que le ofreció vivir una experiencia límite con ella como protagonista y lo aceptó. Pero salió tan demacrada que su cabeza no ha sido capaz de resistirlo y en consecuencia se ha inventado toda esa retahíla de estupideces.

—¿Por qué no le has contado nada de esto a la policía?

—Porque no es mi obligación. Además, insisto, solo es una teoría. ¿Tú qué piensas?

—No lo sé. Si fuera coherente con mi trabajo pediría una baja o incluso el traslado, porque la verdad es que me siento incapaz de tratar a esa persona. Cada día consigue asustarme de un modo diferente. Hoy mismo —digo al recordar—, con lo de Asier.

—¿Qué te ha dicho de Asier? —Se sorprende tanto que detiene las caricias que me brinda en la espalda.

—¡Nah! Otra de sus historias truculentas que, como bien dices, no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Entonces, por qué te asustas de ella?

—Porque hay que estar ahí en el momento en el que te la cuenta. Verte reflejada en los cristales de esas gafas... ¡Dios! Me produce la misma repulsión que contemplar un nido de víboras.

—¿Y lo de Asier? ¿De qué iba? —insiste en preguntarme.

—Ella tiene un delirio en el que sitúa a una persona con poderes especiales capaz de hacer cualquier cosa; mover objetos a pesar de no estar presente en la misma habitación, adivinación y control mental entre muchas otras cosas que supongo que no le he dado oportunidad de contarme.

—¿Control mental? —alucina.

—Según Karen, Asier llevaba años riéndose de ella.

—Pues creo que es la primera verdad que te ha dicho —sonríe y, a pesar de la oscuridad en la que está oculto su rostro, puedo distinguir parte de sus blancos dientes—. Asier creció siendo una buena pieza. Ya sabes, chico guapo, bien dotado, y encima líder de una banda de *metal*. Siempre fue el cabecilla de los chicos del pueblo. Lo que pasa es que a raíz del accidente cambió mucho. Ahora parece un tío desvalido y tímido, el pobrecillo. Y en el fondo nunca ha tenido mal corazón, es solo que le gustaba comportarse así, en plan chuleta.

—¿Tú y él? —creo adivinar.

—¡Qué dices! —ríe y desecha por completo la idea.

—Bueno, es igual —le digo apretando su mano—. El caso es que Karen cree

que usó el poder de su amigo especial para hacer que Asier perdiera la lengua.

—¿Se supone que ella provocó el accidente?

—No. Lo que dijo exactamente es que ÉL le obligo a arrancársela.

—¿Quién es ÉL?

—Es el nombre del *nick* que usaba esa persona.

—¡Madre mía! ¡Qué siniestro! Me está dando miedo que os quedéis a solas en la consulta.

—Joder, Ainhoa. No me estás ayudando. —Intento que suene gracioso cuando en realidad no me lo resulta en absoluto. «Yo tampoco quiero estar con ella».

—Yo sé lo que puede ayudarte ahora mismo —dice.

—¿Ah sí? —pregunto al percibir cómo avanza hacia mí en lo que me parece una espera eterna.

A continuación me besa. Sus labios recorren la longitud de mi cuello y me muerde con ternura el lóbulo de la oreja. Resopla en mi oído y lo explora con la punta de su lengua. El escalofrío que me recorre es tal, que tengo que apartarme de ella porque soy incapaz de soportar la descarga de placer que me produce.

—Quiero más —pide con ese aire de animal en celo y me empuja para que me deje caer en el sofá. Después me desnuda con el ansia de un niño que desenvuelve un regalo y, sin más preámbulos, devora cada centímetro de mí. El placer que me provoca, el éxtasis que me asalta, me hace abrir los ojos con violencia y jadear como un animal. En el ventanal sigue luciendo la gran luna. Su silueta tiene algo que me llama, algo antiguo, puede que un instinto que me atrae de tal modo que hace que por unos segundos me olvide de las sensaciones del sexo. Pero Ainhoa no debe siquiera intuir mi distracción, porque sigue concentrada en lamer cada recoveco de mí. Su boca es un pozo en un mundo inverso del que emanan sus más lujuriosos deseos. El primer orgasmo me sobreviene sin desearlo. Lo sufro, me recorre de arriba abajo y, a pesar de la intensidad, me deja indiferente. Solo soy capaz de centrar mi vista en la luna. No sé por qué, pero el influjo al que me somete es demasiado poderoso para que mi voluntad pueda desecharlo sin más.

—¿Qué te pasa? —pregunta Ainhoa al detener su actividad en el centro de mis piernas abiertas.

—No lo sé —respondo—. ¿Podríamos dar un paseo cuando acabemos? Quiero ver la luna.

«¡¿ES QUE NO TE HE DICHO QUE ESTOY CANSADA, PUTA?!», me grita la voz inhumana con la que mantuve sexo la pasada noche.

Ainhoa nota que me repliego, que algo me asusta y se aleja de mi sexo hasta quedar sentada a un metro de mí.

—Me voy a la cama —dice. Y a continuación se levanta para perderse por el oscuro pasillo.

Yo me quedo allí a oscuras. Sin atisbo de luz eléctrica y extendiendo mi brazo hasta rozar el cristal del ventanal. Decido abrir la puerta de la calle y arriesgarme a que los mágicos rayos de la luna bañen mi anatomía desnuda. Doy un paso hacia la avenida desierta. Un golpe de aire me recibe transformando en un segundo mi piel delicada en una superficie tosca y granulosa. Los pezones tornan tan duros que me causan dolor. Entre retazos de hipnotismo, un halo de conciencia me revela el motivo de que mi piel mute hasta adquirir el tacto de la de una gallina. No es el frío lo que lo provoca. Ni es la luna lo que acaba con mi juicio y me arranca a andar a través de las calles de Beelzegoyan. Es el sonido de tambores y cánticos lo que ha conseguido que esté así. Suena en la lejanía, desde todas partes como un eco en el interior de una profunda caverna. La música se parece en algo a la que adorna los pasos de Semana Santa, sin embargo, resulta radicalmente opuesta.

A otro volumen o frecuencia, que no comprendo cómo soy capaz de distinguir, oigo rezos en una lengua que, estoy convencida, no pertenece a esta época. Es el murmullo de muchas gentes. De cientos de voces dispares que comparten una fe desquiciada hacia un ser del que intuyo su presencia en algunas de las cosas que me han sucedido.

Cuando me he alejado de la casa unos treinta metros, y la superficie dura y fría del asfalto daña mis pies, unas manos cálidas me retienen por los hombros. Me giro en redondo para contemplar el rostro de mi salvador, de aquel que impide que no me precipite sin miramientos hacia el origen del culto, y contemplo el rostro sonriente de Ainhoa en mitad de la calle.

—¿Adónde vas? —pregunta.

Quiero contestarle, pero de inmediato me giro en la dirección del sonido.

—Leticia —insiste en llamarme—. Tienes que volver a casa. Estás sonámbula.

«¿Sonámbula? —me pregunta mi pequeña psicóloga—. Tú nunca has sido sonámbula, Leti».

Abro la boca. Pero la voz no sale. Es como si el aire no vibrara en mis cuerdas vocales.

«Puede que sí que estés dormida —me digo— y esto no sea más que una alucinación hipnagógica que estoy experimentando en el sofá de mi casa. A lo mejor su cabeza aún trabaja entre mis piernas y el placer ha sido tan insoportable que he perdido el conocimiento».

Entonces hace algo que me rescata en parte del profundo trance en el que me hallo. Sus manos tapan con suavidad mis oídos y me conduce hasta el interior de la casa. A continuación cierra la puerta. Las superficies pierden el tono de plata y algo en el ambiente me parece al fin más real. Volvemos a quedar a oscuras, me besa y, susurra:

—No vuelvas a mirar la luna.

Por la mañana despierto fresca. He dormido bien y he disfrutado de un profundo descanso. Me levanto de la cama y antes de dirigirme a la cocina le doy un beso a Ainhoa en el pelo.

«Hasta en sueños se preocupa por mí».

Enciendo una vieja radio y sintonizo un dial en el que la voz del *Believe* de Cher hace que me venga arriba. Me sirvo un café de la jarra que preparé ayer y lo caliente en el microondas. Mientras espero a que se agote la cuenta regresiva, bailo descalza sobre los fríos baldosines de la cocina. Cuando el pitido del pequeño electrodoméstico indica que mi desayuno está listo, me llevo la taza al baño. Me ducho y al salir es cuando me tomo el café. Después me visto rápido y salgo pitando hacia el centro de salud. Ella hoy entra más tarde y por eso la he dejado dormir con calma. Aunque tomo nota mental de llamarla media hora después para que no se quede dormida. Conociéndola seguro que el centro de salud, ella y los posibles pacientes que necesiten realizar gestiones, lo agradecerán.

«Por fin es viernes —pienso—. Voy a aprovechar el fin de semana para poner orden en mi vida e intentar reconducir cada uno de los miedos que no me dejan vivir».

Aunque enseguida me decepciono al calcular mentalmente el número de veces que he tomado esa misma determinación y luego me he sentido avasallada por el primer suceso extraño que ha acontecido.

Como no hay nada que me entretenga por el camino me encierro directamente en mi despacho. A primera hora tengo a esa señora que no es capaz de venir a la consulta sin la compañía de su cuñada, pero para mi sorpresa, lo hace sola. Cuando le pregunto acerca del motivo por el que hoy lo hace así, espero una respuesta del tipo: «Esta mañana me he levantado y he decidido tomar las riendas de mi vida. Me he mirado en el espejo y he dicho: hasta aquí, mujer. Ya no habrá un día más en el que vuelva a sentir miedo». Enseguida me deshago de esas ideas al reconocer en ellas mis verdaderos anhelos y sobre todo a raíz de escuchar sus motivos. Yo esperaba que esta mujer se estuviera transformando en una súper heroína, pero la realidad resulta desoladora. Al parecer su cuñada falleció de un infarto de miocardio pocas horas después de que mantuviéramos la consulta. Ahora no solo voy a tener que tratarla del luto de su marido, sino también del de su cuñada y de una fuerte ansiedad por separación que parece tenerla aterrada.

La hora de consulta resulta infructuosa porque la paciente es incapaz de colaborar, por lo que le escribo una recomendación para su médico de cabecera a fin de que valore recetarle tranquilizantes que al menos le permitan hablar conmigo. Si no, con semejante grado de ansiedad, lo único que haremos será perder el tiempo.

La mujer se despide de mí cuando llegan las nueve y veinticinco y sale por la puerta apresurada sin siquiera mirarme. Agarro el listado del turno de pacientes y

salgo afuera para recibir al padre Antxieta. No es que me provoque indignación lo que veo, pero me siento muy sorprendida de que la doble enviudada se encuentre a mitad de pasillo enfrascada en lo que parece una apasionante conversación con el sacerdote. La mujer ríe y su lenguaje corporal está muy lejos de denotar timidez ante las situaciones sociales. Diría incluso que se siente atraída por el porte del hombre.

«Eso es porque no le ha visto desencajar la mandíbula, señora», pienso.

El padre Antxieta se percata de mi presencia y se despide con premura de la mujer. Entra en mi consulta y toma asiento en la silla. Esta vez obvia quitarse la txapela. Supongo que porque el día se está poniendo frío.

—Buenos días, hija.

—Buenos días.

—¡Vaya! ¿Qué tenemos hoy? —pregunta con entusiasmo.

—¿Perdone? —le digo al no comprender.

—Le ha cambiado la cara. Hoy tiene un rostro resplandeciente.

«Madre mía. Si este hombre va así por la vida no me extraña que la viuda se deshiciera en sonrisas y arrumacos».

—He dormido bien —me excuso.

—No, no. Sé muy bien leer los rostros de la gente. Aquí hay algo más —sonríe con complicidad—. Dígame, ¿ha conocido a algún muchacho del pueblo?

Si me hubiera pillado a mitad de ingerir un vaso de agua le habría escupido a la cara, pero como no lo ha hecho, solo puedo tragar saliva.

«Esto es lo que te falta, Leti».

—Sí, bueno, algo así, pero nada serio. Ya sabe cómo son las relaciones de hoy en día.

—Por eso mismo pregunto, hija. Quizá sea meterme donde no me llaman, pero ya conoce la opinión del cristianismo en estos casos. Hay que reservarse hasta el matrimonio.

«Joder, ¿de verdad? ¿Aquí a todo el mundo se le ha olvidado que soy la psicóloga?»

—No se preocupe por mí, padre.

—No lo hago por usted, Leticia. Es por su alma. Como sabe, no le pertenece —dice y señala hacia el techo—. Su alma es una propiedad de Dios Todopoderoso de la que está obligada a guardar su virtud. Y esta solo se asegura llevando una vida acorde a los votos. Cada cual escoge los suyos. Yo me metí aquí —señala el interior de su sotana—. Pero hoy en día esto ya no es necesario. Basta con posponer el sexo hasta el matrimonio y vivir con fe y un fuerte amor al prójimo. Parece muy sencillo, ¿verdad?

«¡DESHAZTE DE ESTE PUTO MENTIROSO!», grita la voz.

—Sí, muy fácil. ¡Y es lo que estoy haciendo!, ¿eh? —le digo a fin de que se

despreocupe y me deje empezar con la consulta—. Y, dígame, ¿cómo lleva su problema de sueño?

—¡Ufff! —suspira—. Una maravilla. He practicado los ejercicios de relajación y autohipnosis y estoy consiguiendo dormir mejor estos últimos días.

—¿De verdad?

Me alegro de que por fin uno de mis tratamientos le esté sirviendo a alguien de algo.

—Bueno, ya he conseguido que la noche sea algo más que una cabezadita —bromea entrelazando los dedos.

—Pues sigamos trabajando, ¿le parece?

—Por supuesto —dice y, según termina de pronunciar las palabras, cae en trance sobre la silla. Su rostro pasa de denotar una expresión animada a adquirir cierto grado de lividez, de inexpresión, e incluso, de aparentar vida. Sus ojos se muestran entrecerrados con más parte blanca que iris. Su boca se entreabre y comienza a respirar en profundidad. A todas luces, o se ha hipnotizado de repente, o ha caído en un estado de catalepsia repentina.

«¡Joder! ¿Y ahora qué? —pienso—. Si esta gente no es capaz de actuar de un modo normal, no me extraña que el señor Cuéllar terminara por lanzarse del campanario».

—Padre Antxieta —le llamo a fin de saber si se encuentra bien—. ¿Me oye?

Un sí de ultratumba escapa de su boca. Aunque su voz ha sido tan profunda que he tenido que interpretarlo a raíz del minúsculo movimiento de su txapela. Supongo que se ha auto hipnotizado, pero el modo en que lo ha hecho no deja de parecerme sorprendente.

—¿Dónde está? —pregunto a fin de situarle.

—No sé —balbucea varias veces—. Parece el asiento trasero de un todoterreno con demasiados kilómetros. El camino es tan bacheado que el traqueteo hace que se me claven los muelles y me duela el culo.

—¿Está usted en África?

—Shhh, sí. En El Congo. He llegado hace seis días, pero hasta antes de ayer no he podido obtener los permisos para moverme por el país.

—¿A dónde va?

—A un poblado en el que una congregación de hermanas realizaba una gran labor.

—¿Realizaba? —pregunto por el repentino cambio temporal.

—Durante el vuelo me han avisado de que la situación que voy a encontrar puede ser peor que la que he dejado en Nigeria, aunque al menos aquí mi nombre aún es desconocido.

—¿Qué situación es esa?

—Soldados de Uganda han invadido esta parte del país y se han adueñado de las montañas. Son muy ricas en coltán —dice y, por un momento, pienso que se va estampar contra la mesa. Ha sido solo un instante, pero juro que le he visto perder el control de su cuerpo y he tenido que adelantar las manos para evitar una desgracia. Sin embargo ahora respira tranquilo después del repentino vaivén. Sus ojos se han cerrado del todo y parece concentrado en los detalles del recuerdo—. Antes de los soldados esto era un poblado tranquilo que vivía del cuidado de su ganado. También realizaban labores de recolección tras la estación de lluvias, antes de que llegara la sequía. Las hermanas enseñaron a los niños a leer y escribir. Les instruyeron en la fe de Dios y en los misterios de la iglesia.

—Eso está bien, padre, pero dígame, ¿qué ocurre para que todo cambie? ¿Por qué vienen los soldados?

—Han salido de su país en busca de los depósitos mineros del Congo. Son accesibles y considerablemente más ricos. Junto a ellos llega la tuberculosis bovina y el ganado empieza a morir. Los que sobreviven los matan y el poblado se ve en la obligación de trabajar.

—¿Quién le cuenta todo esto, padre?

—Ixone —suspira al tiempo que el rostro, a pesar del estado de hipnosis, expresa una gran alegría.

—¿Está ahí? ¿Con usted?

La txapela se mueve de arriba abajo, por lo que considero que está diciendo que sí.

—¿Qué ha dicho al verle después de tantos años?

—Soy yo el que la ve primero. A primeras no me reconoce, pero según avanza a su encuentro se queda petrificada y se le cae al suelo un pesado fardo de harina que trasladaba en brazos.

—¿Qué le dice?

—Nada. Solo hay lágrimas durante muchos minutos que dicen más que cualquier tropel de palabras. A partir de nuestro encuentro paso mucho tiempo con ella poniéndonos al día sobre nuestras respectivas vidas. Le hablo de cómo están las cosas en Guipúzcoa, del apacible Beelzegoyan en el que me gustaría acabar mis días, de los distintos países en los que he estado destinado en los últimos años, y de mi forzosa huida de Nigeria. También hablamos de la desgracia que hemos vivido. De la necesidad de ayuda que tiene la sociedad de hoy en día, de la enfermedad del dinero que la corroe, y es aquí donde hace un inciso y por primera vez desde nuestro encuentro, su rostro se ensombrece.

—¿Por qué?

—Porque dice que he venido al lugar más infecto del mundo y en el momento en el que la enfermedad está a punto de extenderse —dice al tiempo que le recorre un

súbito temblor. Temo que vuelva a sufrir un violento ataque como el del otro día y me echo hacia atrás en la silla para guardar distancia. Pero no ocurre nada. Su cuerpo recupera la armonía y se queda en un estado relajado e idóneo para la siguiente pregunta.

—¿Cómo es ese lugar?

—El entorno es bello —comienza—. Como siempre he imaginado el paraíso del que fueron expulsados Adán y Eva. Me gusta salir a tomar fotos por las grandes extensiones de selva milenaria que lo rodean. Siempre he sido aficionado a la fotografía y no me permito un viaje, misión o excursión, en la que no lleve encima mi cámara de fotos.

Noto que hay algo raro en su discurso. A veces habla en presente y otras con la conciencia de poder experimentar todos los recuerdos de su vida. No debería ser así, pero tampoco le doy mayor importancia.

—El verdor de la vegetación es intenso y cuenta con tal diversidad de fauna que difícilmente podría recogerse en un único volumen enciclopédico. Fotografío pájaros, rostros, escenas cotidianas y todo cuanto se pone a tiro. En el poblado hay gente sencilla. Han recibido durante años la palabra y ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, pero todavía muchos practican el chamanismo. Cada noche entablan extrañas danzas y cultos que agitan los nervios de algunos de los soldados. Aunque ellos no intervienen ni a favor ni en contra. Cada cual aquí reza a sus dioses y, por el día, rezamos todos al Dios de la cristiandad.

—La gente, ¿es feliz? —pregunto y tomo un par de notas, ya que a pesar del relato bien definido, no está demás hacerlo para detectar incongruencias que su cerebro haya transmutado a partir de vivencias traumáticas.

—Pues a pesar del trabajo físico, de la enfermedad que atenaza a las familias con sorprendente facilidad y de los pocos medios de los que disponen, sí que lo son. Hay un niño que llama mi atención por encima de todos, se llama Mbe. Es flaco, aunque tiene el estómago abultado. Pero diría que es por una hernia en el ombligo y no porque esté pasando hambre, ya que los soldados parecen preocuparse de mantenerlo alimentado.

—¿Por qué?

—Porque es el único en el poblado que cabe por cualquiera de los túneles. Recoge más mineral que nadie y es grácil como una gacela de la sabana. La primera vez que lo veo me asusto mucho de él.

—¿Cómo puede asustarle un niño? —pregunto, extrañada.

—No es Mbe lo que me atemoriza, si no su aspecto. Acaba de salir de la mina y el polvo rojizo de la arcilla se adhiere a su piel por todas partes. Tiene tierra pegada en cada centímetro de su cuerpo, incluso en el pelo, cejas y pestañas. Al parecer esta vez se ha quedado atascado y han tenido que tirar de él con una cuerda que se ata al

tobillo antes de explorar las profundidades. Me acerco a él con inusitado respeto, ya que yo he sufrido fuertes crisis claustrofóbicas a lo largo de mi vida, y le pregunto a qué profundidad ha llegado a bajar en los túneles. Su respuesta me atenaza la garganta y me duele en el estómago: «A la que haga falta». Parece que los soldados se dan cuenta del pavor que me produce el conjunto y pronto paso a ser el blanco de sus bromas.

—¿Cómo son los túneles?

—Son agujeros precarios excavados con escasa ayuda de una máquina y gran esfuerzo humano, en los que no hay vigas ni sujeciones que soporten los desprendimientos. Han muerto tantos en su interior, que a veces un túnel desemboca en otro, y entre restos de un olvidado derrumbamiento, se descubre un viejo cadáver. La montaña es un cementerio de hombres —hace una pausa tras el inciso y niega con la cabeza varias veces. Sus ojos se abren un poco. Lo suficiente para que contemple sus iris apagados por la intensidad del trance y, a continuación, retoma el relato—. Las negras cavidades de entrada están por todas partes. Los túneles son tan numerosos que si no pisas con cuidado, puedes caer en uno de ellos.

—¿Usted llega a entrar alguna vez?

—¡NUNCA! ¡NUNCA! ¡NUNCA! —grita de repente.

—Padre Antxieta, tranquilícese. Concéntrese en mi voz. Todo está bien. Escuche mi voz —insisto una y otra vez para que se aleje del recuerdo que ha desencadenado la violenta reacción.

—Los soldados intentan meterme al ver el temor que la sola idea de hacerlo me produce. Quieren reírse. No respetan nada. Ni a Dios, ni al hombre ni a las hermanas. Y eso que los problemas aún están por ocurrir.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué problemas son esos, padre?

—Ixone me advirtió de ello en cuanto llegué. Dijo que había tenido suerte de hacerlo en mitad de la estación seca, porque cuando llegaran las lluvias y los túneles se inundaran, empezarían los verdaderos problemas. Los señores de la guerra quieren su mineral y no les importa que llueva durante meses y que la mina se convierta en una trampa mortal. Todos tienen que entrar. Padres, hijos, hermanos y, el que no lo haga, es fusilado a la vista del resto. Se ajusticia a plena luz del día, a fin de sembrar miedo y obediencia. Mbe perdió así a su padre.

—¿Qué edad tiene Mbe?

—Nueve años, pero lleva solo desde los seis. Soy yo el que le enseña a leer y escribir cuando las hermanas lo habían dado por perdido. Es un niño que se ha criado por y para la mina y ni siquiera concibe la posibilidad de otra vida.

—¿Por qué Mbe confía en usted?

—Porque le sorprende que tenga tanto miedo de un túnel cuando él pasa los días en ellos. Eso nos une. Crea un lazo fuerte entre ambos que yo procuro asegurar y

alimentar cada noche. Él se ríe de mi miedo y yo aprovecho esos momentos para contarle cosas. A veces le hablo de España, de Nigeria, de la comida de mi tierra y de la inmensidad del Cantábrico. Aunque ni siquiera sabe lo que es el mar ni qué tipo de animal es un pulpo. De hecho, ríe mucho al imaginar erróneamente un pez de ocho patas. Pronto nos hacemos amigos y yo le hago la absurda promesa de que un día le llevaré conmigo. Parece que no he aprendido nada de lo que sucedió en Nigeria — revela con tristeza—. El destino de las gentes de África no está en manos de mi Dios, ni de los suyos, ni de la magia de sus chamanes. Las vidas de estas pobres gentes son propiedad de la maldad de los poderosos que regalan armas a otros hombres que no tienen otra opción que empuñarlas. Es un círculo tan viciado, que ninguna fe me hace creer que pueda haber esperanza.

Trago saliva, ya que por el cariz que está tomando su discurso, intuyo un final tan atroz como el de la historia de Johari, aunque el padre Antxieta parece más calmo esta vez.

—Por extraño que parezca —continúa—, la esperanza acude a nosotros en forma de objeto misterioso.

Tras escuchar esa última frase, paro en seco de tomar notas. No estoy segura de lo que ha querido decir, ni del matiz que va a cobrar la historia a partir de ahora. La quietud de su cuerpo e inexpresividad de sus gestos me resultan tan desconcertantes, que pierdo el sentido de lo que estoy haciendo. Respiro en profundidad y tengo que recordarme que soy Leticia Jiménez, psicóloga de Beelzegoyan, y que estoy aquí para tratar el insomnio de mi paciente. Me pregunto si no le he permitido desarrollar su historia más allá de lo necesario y si necesito escuchar lo que venga a continuación. No sé si es conveniente dado el estado de profundos nervios en el que me encuentro, pero la psicóloga que viste con bata blanca y ligeros negros, me dice una y otra vez que sí con la cabeza.

—¿Cómo ha dicho? —le repito a su estado de aletargada conciencia. Lejos de darme una respuesta clara y directa, comienza a relatar lo que sospecho que es el verdadero corazón de su historia.

—La estación de lluvias llegó sin más. De repente hacía sol y a la tarde nos devoraron las aguas monzónicas. Así estuvimos durante semanas hasta que el nivel freático del suelo no pudo absorber más tormentas y los túneles quedaron inundados. Los hombres se negaron a entrar dada la alta probabilidad de muerte, y la escasa convivencia que manteníamos con los soldados, se vino abajo. Las máquinas abrieron otra porción de selva a fin de buscar terrenos que no estuvieran tan viciados, pero dio igual. Las aguas subterráneas lo abarcaban todo y en cuanto se cavaba un túnel quedaba inundado a las pocas horas.

»La paciencia de los hombres que manejaban a los soldados se agotó pronto y exigieron que se aplicara el uso de la fuerza. El problema de la violencia es que no

hace distinciones y lo que comenzaron siendo burdas amenazas, pronto se convirtieron en matanzas de familias enteras. Las hermanas, yo y algunos hombres viejos intentamos impedirlo, pero muchos de nosotros perecieron en ese intento vano por detener la locura que acababa de desatarse. No tardaron en llegar las violaciones y vejaciones a cualquiera que no estuviera de su bando y, pronto, la población se redujo drásticamente. El que no moría tiroteado o a cuchillo, lo hacía ahogado o sepultado en el interior de los túneles.

»Mbe me contó que la experiencia resultaba horrorosa y que por primera vez en su vida había conocido el miedo en el interior de la mina. No era lo mismo arrastrarse sobre una superficie seca, que hacerlo por una en la que te vas hundiendo conforme avanzas. Varias veces se vio enterrado y todas ellas le salvé la vida tirando de la cuerda atada a su pierna con una fuerza que jamás he vuelto a ver en mí. Pronto el pavor que le produjeron los túneles le incapacitó para entrar en ellos, y los soldados le avisaron de que si no extraía coltán, sería ejecutado. Recé por él durante muchas noches. Pedí con fervor a Dios Nuestro Señor que hiciera algo por aquellas gentes. Que interviniera deteniendo la lluvia o llevándose de un plumazo a cuantas personas de corazón pútrido habitaban esas tierras. Y algo, todavía no sé el qué, me escuchó.

Trago saliva. Noto el gáznate tan seco que la acción me produce daño. A continuación observo el reloj de pared, quedan solo diez minutos de consulta y no sé si va a ser tiempo suficiente para que el padre Antxieta pueda revelar los detalles de la historia. Hace ya varios minutos que algo en mi interior me dice que lo que quiera que encontrara en África está fuertemente relacionado con todo lo que acontece en Beelzegoyan. No solo con los sucesos que yo misma he sufrido y que en primera instancia achaqué al independentismo. No. Creo que incluso la historia de Karen tendría algo que ver con esto. Es un palpito como no he tenido nunca y por nada del mundo pienso dejar salir a este hombre de mi consulta sin que me revele los detalles que tenga para mí.

—Explíquese —le digo en un tono tan autoritario que hace que su cuerpo se inquiete sobre la silla.

—Mbe se internó en el interior de un túnel una mañana temprano. Yo llevaba días custodiando su cuerda porque nada más podía hacer por esas gentes. Los soldados nos rodeaban con sus armas a fin de que ninguna de las personas que se internaban en las minas se dejaran llevar por la tentación de salir huyendo a la selva. Pasados veinte minutos comenzó a llover con tal violencia que los soldados y cuantas gentes estaban allí afianzando las cuerdas, corrieron a buscar refugio. Solo unos pocos nos quedamos en mitad de aquella tormenta apocalíptica a fin de salvaguardar la seguridad de las personas que estaban en el interior de la mina.

»El agua caía fría como no la había sentido nunca en aquella latitud. Los rayos se multiplicaron en el cielo cerrado y cayeron en la tierra provocando impactos

y caídas de árboles. Un viento huracanado se levantó y se llevó algunas de las tiendas de los soldados y de las rudimentarias construcciones de las gentes del poblado. Literalmente, llegué a pensar que no sobreviviría a la tormenta. Cuando el lodo me llegó a las rodillas, y mi cuerpo se deslizaba hacia el interior de la tierra en el que un túnel a muchos metros bajo ella se desmoronaba, noté un fuerte tirón en la cuerda de Mbe, indicándome que le sacara de allí a toda prisa. Tiré de ella hasta ensangrentarme las manos, hasta que me pelé la piel y sufrí quemaduras por la fricción y violencia con la que llevé a cabo la tarea. Pero por más prisa que me daba, las piernas de Mbe no aparecían nunca. Desconozco la profundidad a la que bajó, ni si fue una motivación especial lo que le llevó a explorar zonas hasta las que no había descendido nunca. Pero sospecho, por lo extraño de los acontecimientos, que mientras estuvo inserto en la profundidad de la mina, no siempre lo hizo amarrado a la seguridad de la cuerda. En algún momento debió ocurrir un derrumbamiento por la abundancia con las que las aguas subterráneas corrían. Él debió escucharlo y se dirigió en la dirección de ese sonido. O quizá simplemente se dio de bruces con esa nueva y aterradora cavidad. Al menos, así es como lo imagino.

Observo el reloj de nuevo. Faltan siete minutos y me da que tiene demasiadas cosas que contarme para que pueda hacerlo durante la sesión de hoy. Desconozco durante cuánto tiempo puede ser efectivo un trance, ni si verdaderamente está sumido en él, pero no me importa. Estoy dispuesta a todo por averiguar parte de la verdad. Me levanto de la silla con cuidado de no perturbar su estado, y me acerco hasta la puerta de la consulta. Giro la llave para cerrarla y vuelvo a tomar asiento frente a él.

—Continúe —le pido.

—Cuando Mbe volvió del interior de la mina, lo hizo con un objeto en las manos. Venía tan cubierto de lodo que ni siquiera podía reconocer sus formas. El niño me lo entregó y me reveló que hacía tiempo que lo había encontrado. Solo que hasta ahora no había sentido el impulso de entregárselo a nadie. Quise hacerle más preguntas acerca del desconcertante descubrimiento, pero antes de que pudiera abrir la boca, Mbe cayó desfallecido. Lo cargué a mi hombro junto a aquél objeto misterioso y me lo llevé a mis aposentos. La lluvia continuó durante cinco días más y los soldados, por una vez, permitieron el parón de trabajo. Fue tal la cantidad de agua que el cielo descargó en esos días, que la mayor parte de túneles se derrumbaron y quedaron inservibles. Al salir el sol del sexto día, las máquinas reanudaron su trabajo, los hombres volvieron a cavar la tierra y los soldados empuñaron de nuevo sus armas. Pero Mbe ya no pudo volver a penetrar en la mina, ya que falleció de lo que supuse como una pulmonía dos días después de volver a ver la luz del sol.

»La muerte del chiquillo, sumada a la barbarie que por mi culpa vivió Johari, fueron demasiado para mi corazón. Y durante muchos meses, perdí la fe. No salía de mi estancia salvo para hacer mis necesidades, y todo alimento que ingería fue gracias

a la mano y voluntad de Ixone. Si hoy estoy vivo, sin duda se lo debo al único amor que he tenido en mi vida. Al mes del fallecimiento de Mbe decidí investigar el objeto por el que él mismo sacrificó su bienestar en su último día en la mina. No había vuelto a tocarlo ni a saber nada más de él, desde que el muchacho cayó gravemente enfermo y yo lo dejé en un lugar apartado en dónde guardaba trastos y chatarra que iba encontrando por el poblado. Lo primero que tuve que hacer fue desmenuzar la piedra rojiza en la que se había convertido la arcilla al secarse. Me ayudé con un cincel que me prestaron las hermanas, y conforme iba tallando, más alucinado tornaba mi ánimo por lo que el trabajo y paciencia me iba mostrando.

»Después de muchas horas de actuar con el cuidado de un artesano, tuve en mis manos una antigua caja metálica. No tenía gravados, ni ornamentos de ningún tipo, y el metal en el que estaba forjado me resultaba totalmente desconocido. Emitía una refracción verdosa ante cualquier destello de luz, casi tan llamativa como el brillo de una esmeralda. La caja en sí misma representaba un misterio, ya que históricamente no hay testimonios que reflejen el auge de una gran civilización en la zona que conociera los entresijos de la metalurgia, por lo que supuse que quizá la caja correspondía al equipaje de un antiguo viajero llegado a estas tierras en un pasado muy remoto. Pero el verdadero misterio, aquello que contestaba a todas y cada una de las plegarias que le hice a Dios, lo encontré dentro de la caja.

«Solo cinco minutos, Leticia —me digo a mí misma sin poder apartar la mirada de ese condenado reloj—. Tienes que hacer que se dé prisa».

—¿Qué había en la caja?

—Un códice —contesta con gran solemnidad.

—¿Cómo era? —le animo al ver que iba a detenerse.

—Por mi profesión y amor a los libros, he visto todo tipo de manuscritos en viejas bibliotecas de monasterios donde los ratones corretean con libertad, pero sin duda, y a pesar de mi experiencia, puedo decir que nunca había visto nada igual. La encuadernación del libro estaba hecha en el mismo material que la caja. En ese extraño metal que emitía un brillo espejado y verdoso como de valiosa piedra preciosa. Pero las tapas, las tapas eran realmente monstruosas.

—¿A qué se refiere?

—Estaban forradas con piel humana.

—¿Cómo sabe que no era la de un animal?

—Porque la portada contenía la piel de un rostro con el espacio de unos ojos vacíos, las cejas y sus pestañas, y unos labios secos y cosidos por un grueso hilo de plata. La contraportada era igual. Solo que eran caras muy diferentes, de rasgos opuestos. El vello de una era considerablemente más claro que el de la otra. En su momento llegué a pensar que podían ser un hombre y una mujer. Aunque no tengo ninguna seguridad de ello, ya que las facciones eran poco menos que un trazo

insustancial de lo que alguna vez habían sido.

—La piel de dos rostros —susurro un pensamiento.

—Sí —contesta con total seguridad, a pesar de que su conciencia parece seguir sumergida en el trance.

—¿Por qué? —pregunto con ansiedad—. ¿Por qué cree que lo forraron con dos rostros?

—Porque el libro contenía dos lenguas. No me pregunte si eran los rostros de los autores porque desconozco la respuesta. Aquí deberá actuar como yo, sacando sus propias conclusiones.

Le observo con desconfianza. Su respuesta no me parece que pueda pertenecer a una mente hipnotizada, sin embargo, sigue sin abrir los ojos.

«DOS LENGUAS, LETICIA ¿LO HAS OÍDO?»

No sé cuál de las voces que habitualmente escucho es la que me grita eso o si he sido yo misma a fin de que me percate de la relación que pueda haber con lo que encontró mi hermano en la conexión de internet.

—¿Qué clase de lenguas contenía?

El párroco susurra palabras que no entiendo. No es por el sonido, sino por la vocalización extraña que sale de su garganta.

—Padre Antxieta —insisto comprobando el reloj.

«Cuatro minutos, Leti. Tienes cuatro putos minutos».

—Latín y otra que no había visto nunca. De caracteres extraños. Ambos textos estaban escritos a mano, con caligrafías medievales en las que se abusaba de las cursivas. La letra era bella como ninguna que haya visto.

—¿Podía leer esa nueva lengua?

De repente se echa a llorar. Se encoge sobre sí mismo y llora como un niño pequeño desconsolado.

—Lo intenté, lo intenté —repite entre sollozos. Incluso sus manos suben a su rostro a fin de enjugarse las lágrimas—. Las vocales... pensé que coincidían con las nuestras y leí algunos fragmentos en alto. Pero algo debí hacer mal, y pronto empezaron a suceder cosas.

—¿A qué se refiere?

«Tres minutos».

—Los objetos se movían solos. Voces susurrantes me asaltaban cada noche a la vez que empecé a ver sombras amenazadoras en las esquinas. Ixone descubrió el códice. Se enfadó. Me instó para que me deshiciera de él, pero yo no quise hacerlo. Había algo en su contenido, un poder, una presencia, que pensé que afanándome en su estudio podría llegar a controlar. Y conforme pasó el tiempo, así creí que sucedía. La estación de lluvias llegó otra vez y, con la población mermada como estaba, esta vez no hubo matanzas, sino que apostaron por la tortura. Las hermanas no pudieron

resistirse a contemplar semejante barbarie, y no tardaron en enfrentarse a los soldados. Cansadas de ver durante años la misma injusticia, se armaron de la palabra de Dios en comitiva y pidieron audiencia con el militar de mayor rango. Dos días después les recibió un hombre que nunca había visto, pero no necesitaba conocerlo con anterioridad para saber qué tipo de persona tenían delante. Algo en su conjunto rezumaba la misma peste que el hombre sanguinario con el que pactaron el matrimonio de Johari, y cuando estas estuvieron a su frente, él no dudó en asesinarlas.

»A partir de ahí se desató la locura en el poblado. Algunos de los habitantes huyeron despavoridos hacia la selva y los soldados abrieron fuego a discreción. Los que sobrevivieron fueron encerrados en sus propias viviendas y se marcó un toque de queda para que nadie pudiera salir de sus casas. Una a una fueron registradas a fin de acabar con los rebeldes y con todo vestigio cristiano que hubiera en ellas. Muchas de las hermanas fueron arrastradas al centro del poblado, allí eran violadas antes de ser brutalmente asesinadas y pasar a la otra vivienda a registrar.

«Dos minutos».

—Cuando le llegó el turno a mi estancia, en la que junto a mí se escondía Ixone, agarré el código. Los soldados entraron y nos sacaron a ambos a rastras. Entregaron el código al oficial de mayor rango y este lo despreció tirándolo junto a la pila humeante en la que se abrasaba la carne de los cadáveres. El código ardió levantando un humo negro y tóxico e Ixone fue llevada en volandas a los pies de varios hombres para que estos cometieran todo tipo de atrocidades. La contemplación de mi amor de juventud a punto de ser ultrajada, de sus ropajes al ser rasgados y descubrir el cuerpo que una vez había amado, fue lo que me llevó a tomar la decisión.

—¿La decisión de qué, Padre?

«Un minuto, Leti. Solo tienes un minuto».

—Durante meses había estudiado esa extraña escritura llegando a memorizar gran parte de sus textos a pesar de la dificultad que tenía para mí el alfabeto. No tenía idea del significado de las palabras, pero sabía que si pronunciaba ciertas frases en alto, sucedían cosas. Y cuando Ixone estuvo a punto de perecer ante esos hombres, cuando el resto de mi vida se dibujaba en gris oscuro por la visión de una imagen que siempre llevaría en mi conciencia, recité el código.

Llaman a la puerta con insistencia. En realidad llevan haciéndolo durante varios minutos, pero he estado tan absorta en el relato que no me he dado cuenta.

—¿Qué pasó, Padre Antxieta? ¿QUÉ PASÓ CUANDO PRONUNCIÓ EL CÓDICE? ¿DE VERDAD SE QUEMÓ? ¿NO ESTÁ AQUÍ? ¿EN BEELZEGOYAN?
—grito el tropel de preguntas al tiempo que el párroco abre los ojos confundido. El ruido en la puerta me dice que alguien está golpeando con el puño.

XIV

«No me queda vodka», leo un mensaje de Asier. Ainhoa habla a mi derecha con una chica que acaba de presentarme y, aunque no hay nada que se pueda malinterpretar en el texto, sí que lo es el hecho de que él tenga mi número de teléfono. Al final, por unas y por otras, no le conté nada del día de la granizada ni de que estuve sobre este mismo sofá tan solo envuelta por una toalla. La verdad que no sé si me importaría que lo supiera ahora, pero no me siento preparada para que también se tuerzan las cosas con Ainhoa.

La situación que viví ayer con el padre Antxieta ha hecho que pasara una noche especialmente agitada. La pesadilla de la violación no ha dejado de repetirse, pero además ahora se han sumado otras imágenes que no consigo discernir con claridad. Todo ello ha hecho que me sienta tan cansada y desganada, que salir de casa me ha costado una fuerte discusión con Ainhoa.

—Cielo —le digo interrumpiendo la conversación que se sucede entre ambas—, voy a ver qué quiere Asier. Me ha parecido que me llamaba.

—No tardes —dice sin más cuando me levanto del sofá en el que acostumbramos a pasar las noches en El Infierno y me acerco con paso firme hasta la barra. A pesar de que es sábado, no hay demasiada gente. Apenas seremos doce personas en el local y el ambiente, en consecuencia, está muy calmado. La música se reproduce a un volumen bajo por grupos no tan radicales como en otras noches, por lo que hoy es uno de los pocos días en el que se puede hablar con naturalidad.

—¿No hay vodka? —pregunto.

Asier se encoge de hombros y levanta ambos brazos en señal de que no puede hacer nada. A continuación me ofrece distintas clases de bebidas alcohólicas hasta que su mano toca una botella de ginebra rosa y le pido que se detenga en ella. Él asiente, toma la botella y la lanza al aire haciéndola girar al más puro estilo barman de la isla de Ibiza.

«¿Uno o dos?», pregunta sacando alternativamente el mismo número de dedos.

La duda me lleva a observar a Ainhoa. Parece tan enfrascada en la conversación con su nueva amiga que creo que me voy a beber la copa aquí tranquila.

—Una —le digo.

Vuelve a encogerse de hombros como si hubiera podido entender lo que pienso y me sirve la copa. La tomo en mis manos y me quedo un rato observando aquellos hielos que se hunden en el combinado.

«Como yo —pienso—. No dejo de hundirme cada día un poco más desde que puse un pie en Beelzegoyan».

Si el relato de Karen me parecía poco, ahora debo sumar el del padre Antxieta

a todo este halo de misticismo. Siempre he considerado que la salud mental de Karen tenía que ser objeto de mi estudio a fin de evaluar su credibilidad, pero el hecho de tener que meter al párroco en el mismo saco, hace que mis expectativas se vengán abajo. Hasta ahora nunca había puesto en duda su cordura, pero dar fe a su palabra, significa reconocer que soy yo la demente de esta historia, si es que eso no representa una incongruencia en sí misma. He estudiado una disciplina científica y, por mucho que mi subconsciente se quiera dejar engañar, aquí estoy yo para agarrarme al hilo de la cordura.

Cuando el cura ha salido de mi consulta, entre mareado y presa de un fuerte estupor, he investigado en internet acerca de la probabilidad de que durante un estado de hipnosis el paciente pueda relatar experiencias que él considera como reales, y que sin embargo no sean más que elaboradas invenciones. Ya que si algo puedo decir de lo que me ha transmitido con su relato, es que él lo vivía con cada una de las emociones que habría experimentado de ser cierto. He encontrado mucha información del método a seguir para establecer lo contrario; incorporar un falso recuerdo durante una sesión de hipnosis, y muy poca literatura al respecto de mi caso.

Con independencia de lo que he vivido, y a pesar de lo que mi hermano ha dicho averiguar en la fallida conexión a internet, no puedo darle credibilidad a lo que parece suceder en este pueblo. He de barajar la posibilidad de que muchos de los habitantes de Beelzegoyan sean víctimas de una psicosis colectiva que de algún modo me esté afectando a mí también. Ya ha sucedido con anterioridad en otros sitios. Como cuando un treinta de octubre del año mil novecientos treinta y ocho la novela de Orson Welles titulada *La guerra de los Mundos*, fue radiada en riguroso directo a lo largo y ancho de los Estados Unidos de Norteamérica, y, a pesar de los numerosos avisos que se dieron durante el programa de radio de que los hechos se correspondían con un texto ficticio, ello no impidió que gran parte de la población norteamericana entrase en un estado de profundo pánico al creer que estaban siendo invadidos por extraterrestres. Incluso algunos granjeros aseguraron ver luces en el cielo y decidieron disparar sus rifles contra ellas.

Bebo un sorbo ligero de la copa y vuelvo a dejarla sobre la barra. Mi mirada pasea por los distintos rincones del local sin saber muy bien en qué punto detenerse, hasta que se topa con un objeto que no estaba allí la última vez. Es demasiado grande para haberlo pasado por alto, además de que la forma en la que está posicionado habría llamado sin dudarle mi atención. Es una cruz negra a tamaño real. Y con tamaño real quiero decir que se podría crucificar en ella a una persona de metro ochenta. La cruz parece nueva, aunque la penumbra de la zona me impide apostar por estos detalles con seguridad. Cuelga de la pared en posición invertida y algunas personas, muy pocas en realidad, se pasean a su alrededor y la tocan de vez en cuando.

«Es justo lo que le faltaba al local», pienso. Aunque inmediatamente agrego la coletilla mental de que también es lo que le faltaba a mi cabeza para hacerlo todo un poco más siniestro e incomprensible. Si me dejo llevar por la paranoia que me asalta ahora mismo, diría que la supuesta secta satánica que habita oculta entre las gentes de Beelzegoyan, se está preparando para algo importante. Puede que para ese sacrificio que mencioné como una broma en presencia de Ainhoa y que le dije que sucedería en tres o cuatro lunas. Claro que eso es un completo absurdo del que no tengo pruebas tangibles y que podría ser tan real como la respuesta contrapuesta que se me está ocurriendo: «Asier ha ido a una subasta católica para hacerse con nuevos objetos con los que decorar su local y darle un giro aún más espeluznante, si cabe». Eso es lo que yo haría si regentase un negocio de estas características y tuviese que nutrirlo de nuevos elementos cada poco tiempo.

Vuelvo a beber y recuerdo una frase de Stephen King que cuando la leí en su momento no me aportó absolutamente nada y sin embargo ahora adquiere pleno significado: «El universo no solo tiene una historia, sino cualquier historia posible». Tras pronunciarla mentalmente unas cuantas veces me da por reírme con una risa fuerte y compulsiva que llega a rozar la histeria. Veo cómo Ainhoa me observa desde lejos con expresión de extrañeza, pero no hace amago de venir a verme. La imagen debe resultar igual de desconcertante que la mayor parte de experiencias que ha vivido a mi lado y en las que he dado la impresión de ser una persona desquiciada. Estoy sola en la barra. La única persona cercana es Asier y está a varios metros de espaldas a mí colocando botellines de cerveza en el interior de un mueble frigorífico.

«No creo que Ainhoa tarde en dejarme», pienso y, al contrario de lo que debería suceder al experimentar esa creencia, vuelvo a reír con la misma intensidad. La certeza no viene porque yo misma piense que estoy loca, sino porque no soy capaz de demostrarle que no lo estoy. No puedo hacer nada por cambiar la opinión que se está formando sobre mí, si yo soy la primera que no soy capaz de hacerlo. Mi única opción es seguir hasta el final. Continuar con las sesiones y valorar las historias a fin de encontrar una falla en el relato de ambos. Un nexo de unión al que pueda agarrarme y en el que encuentre un agujero minúsculo en el que insertar el dedo de la cordura.

De repente me veo a mí misma con un dedo largo como un tentáculo, lleno de falanges que pueden retorcerlo hasta posiciones imposibles, con el cual toqueteo una sábana. Hay varios rostros del otro lado, pero por más que los palpo, por más que intento contaminarme de sus rasgos, no consigo saber quiénes son. El dedo vuelve a su tamaño normal y al observarlo me doy cuenta de que desde que estoy en Beelzegoyan, no me he pintado las uñas cuando antes siempre lo hacía. Las dejé así para no dañarlas durante la mudanza y no he vuelto a acordarme de ellas. Este otro descuido que sumar a mi larga lista de auto abandono vuelve a provocarme la risa.

«¡TE LO PASAS EN GRANDE!», repite esa voz imposible con cuyo dueño llegué a mantener sexo. Y de repente, hago algo que nunca había hecho: le contesto.

—¿No sé por qué hoy no me insultas? Si lo que quieres decirme es que estoy loca, hazlo. Y llámame puta, o zorra, o cualquiera de esas palabras que acostumbras a usar con desprecio —le reto, pero la voz no dice nada más. El único sonido que escucho es el murmullo de la gente bajo los acordes de la música que caracteriza al local. Vuelvo a beber y sonrío complacida al dejar el vaso. Asier se acerca y me enseña la pantalla de su teléfono móvil.

«¿Qué es tan gracioso?» Leo en alto.

—Nada —digo restándole importancia.

«¿De verdad?»

«Dilo, cabrón. Di que lo estaba pasando en grande al igual que me ha dicho la voz imposible, salto tras la barra y te abro el cuello con un cristal».

Pero Asier no añade nada y tan solo regresa sobre sus pasos a seguir con lo que estaba haciendo. Agarro mi copa y regreso junto a Ainhoa. Ella me dedica una sonrisa, pero no hace ademán de abrir un espacio para que me incorpore a la conversación que mantiene con esa otra chica. Por lo que me siento en el sofá a beber mi copa y a contemplar con aburrimiento el ambiente. Supongo que luego hablaremos en casa y que en cuanto empiece a exponerle cada uno de mis motivos ella lo arreglará con una excursión al centro de mis piernas. O eso o me dejará sin más. Porque si algo he aprendido de ella hasta ahora, es que no tiene términos medios. Si le recrimino cualquier cosa o bien se enfada o bien sale como una exhalación de donde esté y me deja plantada con la boca abierta. Vuelvo a beber y el último trago me hace sentir un poco mareada. Me extraño. Estoy más que acostumbrada a beber ginebra y en especial esta tan floral de la que Asier se ha mostrado cuidadoso a la hora de llenarme la copa. De repente él me mira desde la barra. Lo hace con esa mirada enigmática de la que no soy capaz de discernir ninguna de sus intuiciones. Tan solo me asaltan varias dudas en el momento en el que sus ojos se cruzan con los míos.

«Le he pensado, y me ha mirado. Tiene un paquete descomunal al igual que aquella cosa cuyo miembro masturbé en mitad de la noche. La voz ha afirmado con sorna que me lo estaba pasando bien cuando él era el único que podía estar oyendo mi risa. Es una locura, Leticia». Lo sé. Pero eres tú o él y, la verdad, prefiero pensar que Asier está poseído por un demonio, que creer que me estoy volviendo loca. Porque si no...

«SI NO ACABARÁS LANZÁNDOTE POR EL CAMPANARIO», contesta la voz.

—¡NO! —grito sin darme cuenta.

Ainhoa se vuelve hacia mí con gesto preocupado. La otra chica le dice algo y ella da su confirmación con un movimiento de cabeza. A continuación roza con

discreción su brazo y se levanta del sitio para dejarnos solas.

—¿Estás bien? —me pregunta con la mirada colmada de paciencia.

—No lo sé —reconozco. Y toda la seguridad y autoconfianza que había acumulado a través del monólogo interior que llevo manteniendo desde que he entrado en El Infierno, se viene abajo.

Copiosas lágrimas caen de mis ojos y resbalan por mis mejillas. Ainhoa estira su mano y recoge algunas de ellas con sus dedos. A continuación se acerca con lentitud hacia mí y me indica que me desplace hasta el final del sofá. Hacia la zona oscura del reservado en el que nunca hay nada ni nadie salvo la pequeña puerta para la que de vez en cuando mi mente sigue pidiendo una explicación.

«No es el mejor lugar para lo que sé que pretende hacer», pienso. Pero la verdad que desde la posición en la que estamos no creo que nos vea nadie. Por lo que me dejo llevar por sus caricias. Al principio son suaves, consoladoras y sin más intención que demostrarme su apoyo y cariño, pero conforme pasan los minutos y su lengua enciende mi cuerpo a través de mi boca, soy yo misma la que agarro su mano y la llevo hasta mi sexo.

«¿No te das cuenta? Siempre es igual. Siempre hace igual».

Esta vez no ha sido la versión diminuta de la psicóloga la que me ha hablado. Tampoco otra de las numerosas voces que de vez en cuando escucho. He sido yo a través de la débil voz de mi conciencia. Algo en mi interior quiere hacerme reaccionar antes de que sea demasiado tarde. Pero es igual, sus dedos son tan hábiles bajo las bragas, y su lengua abrasa de tal manera en mi cuello, que no soy capaz de volver a repetirme los consejos de la ridícula vocecilla. El placer es tan intenso que Ainhoa permite que me recueste hacia atrás a fin de facilitarme el orgasmo. Las miradas de unos chicos jóvenes se clavan en nosotras y murmuran palabras entre ellos. No sé si pueden vernos realmente o solo se están imaginando lo que sucede en la oscuridad del reservado, pero en cualquiera de los casos, resulta excitante como pocas experiencias que haya vivido. Mi espalda toca la pared y de inmediato siento la misma vibración eléctrica que experimenté el día que estuve a solas con Asier. También percibo un tacto templado que llega sin ningún problema a mí a pesar de llevar una chaqueta de punto sobre una camiseta. La puerta quema, pero no tanto como llegan a abrasar los dedos de Ainhoa.

—¿Quieres que te coma? —me dice al oído.

—¿Aquí? —pregunto sin poder creérmelo. Ella asiente y me muerde con cuidada violencia en el cuello—. Es una locura.

—Tú eres mi locura —contesta al tiempo que baja a las profundidades de mi cuerpo.

En el momento en que su cabeza se pierde bajo la tela de mi falda, comienzo a escuchar un sonido a mi espalda. Lo percibo a través de la pequeña puerta. Quisiera

girarme para comprobar si hay un atisbo de luz tras ella como he llegado a observar en otras ocasiones, pero hacerlo sería menospreciarla de nuevo y por nada del mundo quiero que se detenga ahora. Lo que sea que me está haciendo ahí abajo, es lo mejor que nadie me ha hecho nunca. Siento cómo desde mi interior manan ríos de humedad al tiempo que mi cuerpo cabalga seguro hacia el orgasmo. Cuando este empieza a nacer, cuando es solo una premonición de lo que aún está por suceder, el sonido a mi espalda se eleva hasta lo distinguible. Oigo rezos, cánticos, y la percusión de un tambor que sin explicación posible parece querer guiarme en lo que me queda por recorrer. Es el mismo murmullo que escuché de fondo en las calles del pueblo durante la última noche que mantuvimos sexo y terminé presa de algún tipo de trance.

«¿O fue un sueño?»

Pero es igual. Fuese lo que fuese entonces, ahora tengo la certeza de que es real. Está ahí, del otro lado de una puerta cuyo tacto es tan caliente como la propia sensación que Ainhoa desata entre mis piernas.

«*Ainhoa. La nueva Afrodita, el culto, los cánticos y el sexo irresistible. Asier, el mudo, el hombre de las mil voces*», piensa alguien por mí en el interior de mi cabeza. Porque yo ya no soy capaz de hacerlo.

El orgasmo que se prepara en mí es tan violento que mi mente queda en algún estado parecido al nirvana, o al que se supone que llega un monje budista tras años de meditación transcendental. La única certeza que tengo al correrme, es que el tambor percute con más violencia en el momento en el que lo hago, los chavales que creí que nos estaban mirando vuelven a hacerlo y Asier se ha sumado a ellos. Mi cuerpo queda laxo y aturdido. Si quisieran colgarme de esa nueva cruz que han instalado, podrían hacerlo ahora mismo porque soy incapaz de moverme. Aún jadeo como un animal al que un depredador le ha obligado a correr por su vida. La pequeña psicóloga aparece.

«Ahora no —pienso—. Déjame en paz con tus gilipolleces».

Pero no me hace caso porque hace tiempo que esa metáfora escapa a mi control. Como muchas otras cosas de las que suceden y a las que no he puesto remedio.

«¿Y si no fueras la víctima? —pregunta mordisqueando la patilla de sus gafas—. ¿No has visto cómo te miran?», insiste al tiempo que toma una nota en su libreta imaginaria. Después la tacha y toma otra más.

«SALVE REINA», leo en mayúsculas en la hoja que me enseña.

XV

Bebo un sorbo del café de la máquina. Sabe aguado y especialmente dulce y está tan caliente que me quema en la punta de la lengua. Aun así, necesito un tropel de este oro negro después del fin de semana tan agitado que he disfrutado. El domingo Ainhoa y yo cogimos el coche temprano y nos fuimos a pasar el día a San Sebastián. Anduvimos por sus calles, tomamos pintxos, hicimos compras y, por la tarde, a pesar del viento y el frío, caminamos descalzas por la playa. Por la noche, aunque llegamos tarde, nos bañamos juntas y me brindó otra de sus legendarias sesiones de sexo. Confieso que me siento sorprendida de la capacidad de esta mujer para obviar los problemas que me acontecen y hacer de mi mundo uno más feliz. El parón y la salida de Beelzegoyan me han venido muy bien porque, durante las menos de veinticuatro horas que he estado fuera, no he pensado en nada que tenga que ver con este lugar. Ni siquiera en Karen a pesar de que tengo cita con ella en menos de diez minutos. De hecho, es el primer pensamiento que le dedico a mi paciente desde que el sábado por la noche Ainhoa y yo salimos juntas por las puertas de El Infierno.

El ordenador termina de iniciarse y sin aguardar a que se abra el programa sanitario compruebo mi correo electrónico personal. El único *mail* que tengo de Óscar es aquel del que me habló, en el que me enviaba la lista de palabras que su ordenador había transcrito a partir de los ceros y unos del sistema binario.

«¿Y si ese trasto se ha equivocado a la hora de traducir los datos?», pienso. Aunque aquí he de dejarme llevar por lo que él diga porque con los escasos conocimientos que poseo no hay modo de comprobarlo.

«¿Y si te la está jugando, Leti? ¿Has pensado en esa posibilidad?» El enano es un buen gamberro y cabe la duda de que me esté gastando una broma pesada a partir de las conversaciones que hemos tenido. No debería hacerlo si me tuviera algo de consideración y más sabiendo lo mal que lo pasé tiempo antes de trasladarme aquí, pero entre hermanos, ya se sabe. Él posee información suficiente para haber elaborado una historieta de tinte satánico con tan solo lo que le conté el primer día, cuando Ainhoa y yo todavía no estábamos juntas y le hablé de los raros pixelados que sufrían nuestras conversaciones por vídeo.

Todavía recuerdo la primera vez cuando a ella se le volcó el portátil y la cámara se quedó grabando al techo. El pórtico, sombra, presencia o lo que quiera que imaginé viendo aquello, me resultó tan siniestro, que corrí a contárselo a Óscar en cuanto tuve ocasión de ello. Supongo que si todo queda en una broma tendré que tomarme la justicia por mi mano, porque, pensándolo bien, a partir de ahí fue cuando se empezó a gestar mi neurosis.

Sonrío ante la liberadora idea de lo que significaría que esto fuera real, pero la

verdad es que el *mail* no deja demasiada cabida para ello. Esperaba que hubiera un texto en el que dijera: «¡Sorpresa, hermanita! ¡No estás pirada! ¿Te has asustado? ¿Qué, has pasado miedo? ¿Qué, Satanás te obligó a que le cascaras una paja?» Desecho estos pensamientos agitando con violencia la cabeza y me centro en el texto de mi hermano. Después de una sencilla frase introductoria hay un corta y pega de unas quinientas palabras en latín. No parecen formar frases, sino más bien una especie de glosario de un tema muy concreto. En ese momento llaman a la puerta de mi consulta con suavidad.

—Adelante —digo en voz alta para que me escuche la persona que ha llamado.

La puerta se abre con lentitud y antes de que esté abierta del todo asoma el bastón para invidentes de Karen. Lo hace oscilar hacia ambos lados, pero no termina de penetrar en el despacho.

—Puedes pasar, Karen —le hago saber porque a pesar de lo innecesario que resulta después de llevar un rato de pie con sus gafas de espejo observándome, parece no estar decidida a ello.

—Apaga el ordenador —pide sin cruzar la línea de la puerta.

—¿Estás segura de que no quieres que intentemos estar en la consulta con el ordenador encendido? Si dentro de unos minutos continúas agobiada, lo apagaré —le ofrezco las mismas opciones que haría con cualquier paciente que muestre un comportamiento fóbico.

—Si no lo hace, me iré ahora mismo de aquí.

No me ha gustado el tono porque no se corresponde con el de una persona que se siente incapacitada por un trastorno de miedo, sino con alguien que quiere imponerme una condición. En circunstancias normales, volvería a insistir probando con otra estrategia, pero con ella no tengo otra opción. No quiero empezar la consulta en un estado de nervios que me lleve a malinterpretar su historia. Después de haber alcanzado un día de tregua, lo que menos quiero es verme otra vez envuelta en el mismo círculo vicioso y destructivo. Por lo que hecho una última mirada al listado de palabras antes de cerrar el navegador y apagar el equipo. Tampoco es que me esté perdiendo nada porque yo no entiendo latín ni tengo el ánimo de ponerme a buscar una por una el significado de todas ellas. Me ha bastado una ojeada para comprobar que en su mayoría se corresponden con términos que recuerdan a un glosario bíblico, por lo que o la broma del enano está encaminada a dar forma a mi miedo, o en Beelzegoyan hay otro pirado que se ha currado un virus informático muy elaborado para darle un aire más siniestro al pueblo, si cabe. Lo que más me molesta es que no me haya dado tiempo a contestar a mi hermano para que me diga algo acerca de cómo va el informe *Karen*. Si pueden o no abrirlo, o si debo olvidarme de este asunto para siempre.

«No creo que tenga el archivo abierto desde hace varios días y que me la esté

jugando solo para hacerme rabiar, porque eso ya me parecería muy fuerte. Hablamos de una paciente con necesidad de recibir el tratamiento adecuado a su condición».

Karen pasa en cuanto se extingue el ruido del PC y toma asiento frente a mí. Lleva la misma chaqueta de cada día, una camiseta violeta raída en la zona del cuello y con algún que otro lamparón. No me he fijado en sus pantalones, pero seguro que también tienen demasiados usos. No entiendo cómo a esta muchacha, teniendo una madre que parece siempre tan preocupada, no le dice algo sobre su forma de vestir. Sé que la madre también anda un tanto desquiciada y que las ropas con las que la he visto no son precisamente de la colección de este año, pero de la pensión por incapacidad que tendrá, más lo que haya recibido Karen por la agresión, debería ser suficiente para que alguien les ayudara a comprarse ropa. Tomo nota para hablar con los servicios sociales si de aquí en adelante sigo observando estas y otras irregularidades. Ya está bien de ser permisiva y de no hacer las cosas como es debido.

—Buenos días, Karen —intento mostrarme simpática.

—No estás preparada —suelta con ese tono a medio camino del odio y la absoluta indiferencia.

—¿Cómo dices?

—El papel, el bolígrafo —enumera los objetos con los que tengo que transcribir la historia de la que espero que no quede mucho que contar—. No están sobre la mesa.

Pestañeo confundida y hago un gesto de indignación.

«¡Ya está bien! —me digo—. ¿Es que todo el mundo quiere tomarme el pelo?»

Observo sus gafas; los cristales están cuajados de manchas y la marca del pentáculo en la frente resulta más viva que otras veces. Es como si alguien la hubiera perfilado con maquillaje.

«¿Eres una broma, Karen? ¿De verdad eres una broma que los independentistas se han inventado para mí? ¿Y los periódicos? ¿Y el director cuando me habló de ti el primer día que me incorporé al centro? ¿No habría sido más fácil pedirme que me marchara?»

Me veo en la obligación de respirar en profundidad antes de que las paredes de la habitación empiecen a dar vueltas a mi alrededor. Ella parece sonreír. Aunque en realidad solo lo parece. De hecho, podría querer decir cualquier otra cosa.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —digo intentando aparentar calma.

—Adelante —dice.

—¿Cómo puedes saber que esos objetos no están sobre la mesa si se supone que eres invidente?

—En realidad no lo sé. Pero el hecho de que esté ciega no es motivo para que no me dé cuenta de las cosas. Cuando una es invidente disfruta de un mundo interior considerablemente más grande. La intensidad de los sonidos se multiplica allá por

donde pasas. Aunque la gente hable muy bajo tú los oyes y si además crees que están hablando de ti, el oído se convierte en un instrumento de precisión quirúrgica. También pasan cosas —continúa—, como que de repente aprendes a relacionar hechos con una facilidad que el sentido de la vista te impedía. Estás más atenta a los detalles. Un sonido te traslada a un pensamiento y este te lleva directa a la certeza. La intuición se convierte en un aliado poderoso, un instinto de supervivencia que te habla con voz firme, al que tienes la obligación de escuchar si no quieres encerrarte en una cueva más profunda de la que ya estás.

—¿Y qué es lo que te ha llevado a pensar que no tenía esos objetos encima de la mesa? —pregunto al tiempo que los saco del cajón y, esta vez sí, procuro hacer ruido para que ella lo sepa. La dirección de su mirada se desvía hacia el lugar en el que los acabo de dejar.

—Tenías el ordenador encendido, luego no me estabas esperando. Seguramente estarías ojeando las bonitas fotos que habrás sacado durante el fin de semana. En el que un viaje con tu chico te ha hecho desconectar de todos los problemas que tienes. Yo no puedo hacer eso, ¿sabes? No hay chicos que quieran salir conmigo para hacerse unas fotos que por otro lado, para mí no tendrían ningún sentido. Ni paréntesis en los que pueda volver a ver y eso me haga olvidar lo que una vez llegué a contemplar. Ojalá pudiera ver un prado, o un coche, o el torso cuadrado de un hombre y esa imagen sustituyera al horror que contemplé en los últimos instantes de mi antigua vida y que permanecen grabados para siempre en el interior de mi cabeza.

«Me odia —pienso—. Nos odia a todos y nos culpa de todo cuanto le sucedió».

—Karen —le digo con voz calma—. El mundo, yo, nadie tiene la culpa de lo que te sucedió. Ni siquiera tú misma tienes ninguna responsabilidad sobre ello. Mira, me gustaría empezar cuanto antes con el tratamiento que creo que mejor puede adaptarse a ti.

—Quiero terminar con la historia —me interrumpe.

—Claro. Estoy aquí para ayudarte, ¿recuerdas? Te lo dije el primer día y así lo vamos a hacer. Pero dime, ¿crees que hoy alcanzaremos el final?

—¿El final de qué?

—De tu historia. Me preguntaba si podríamos pasar por alto los detalles más violentos e ir directamente al momento en el que tuviste contacto real con tu agresor.

—¿Quieres verle?

Un repentino nudo se forma en mi estómago. Habla como si tuviéramos la posibilidad de verle aquí y ahora, como si de algún modo pudiera invocarlo y hacer que saliera de debajo de la mesa.

«Pero no, Karen. No voy a permitir que juegues a sacar el conejo de la chistera conmigo. Ya he pasado por alto demasiadas cosas. Si no le pongo freno ahora, seré parte activa de tu locura».

—¿A qué te refieres con verle? —pregunto con suspicacia.

—A saber cómo es ÉL. Sus rasgos, su físico, si tenía el pelo corto o largo, si marcaba bíceps en sus brazos o por el contrario estaba fofo como una foca.

—Quiero que contestes con sinceridad. ¿Tiene eso alguna importancia?

—Pues claro que la tiene. Para mí fue lo más importante de todo.

—¿No te parece que es un poco superficial?

—No me estás entendiendo, Leticia —dice con un gesto que por más que me empeño en discernir, me resulta indescifrable. Solo sé que su voz sigue cuajada de ira. Que el mundo que veo reflejado en sus cristales hoy tiene un matiz más real, a pesar de que mi imagen sigue pareciéndome enferma y cansada en ese otro lado.

—Después del tiempo que empleé en él —comienza a relatarme—, de las horas que pasé haciendo cada una de las cosas que me pidió, de contemplar su poder a través de ese ordenador maldito que nunca debió llegar a mí, mi único interés, era saber qué se escondía del otro lado de la pantalla.

—¿Creías que no era humano? —me atrevo a preguntar.

—Tenía la certeza de que no lo era. Una persona normal jamás habría podido conseguir todas y cada una de las cosas que hice para él. Imposible —afirma—. No de la Karen que siempre había sido. Tú misma lo dijiste en la sesión anterior. Había pasado por demasiados problemas a lo largo de mi vida, para dejarme llevar por algo tan insustancial. Sin embargo, la influencia que ÉL ejercía era imposible de ignorar. Y cuando comenzó a desplegar su verdadero poder, cuando le obligó a Asier a que se arrancara la lengua y tantas otras cosas que hizo por mí y hoy no me atrevo a decir, fue cuando las ganas de ver qué era, se convirtieron en una obsesión enfermiza.

—Entonces, ¿llegaste a verlo alguna vez antes de sufrir la agresión?

—Contemplantarlo y sufrir la agresión, fue una misma cosa. Nadie puede observar una flor sin quedar prendado por su belleza, como no se puede contemplar el mal más oscuro y antiguo que habita este mundo sin quedar tocado por su poder.

Obvio mencionar nada de lo que está diciendo. Tan solo tomo notas del intenso delirio a fin de ver hacia dónde nos conduce.

—¿Dónde sucedió la agresión, Karen?

—En la habitación de mi casa.

—Los periódicos no dicen lo mismo —me atrevo a llevarle la contraria.

—Mentí. Ya te dije que había venido aquí para revelar la verdad. ¿Crees que soy tonta? ¿Qué habría pensado la policía, mi madre, o cualquier persona de este pueblo que escuchara esta historia?

—Que es mentira —afirmo.

—Así es la verdad. No todo el mundo está preparado para aceptarla y tuve que edulcorar mi historia. Pero tú has sido elegida para escucharla.

—¿Elegida por quién?

—Por mí, pero sobre todo por ÉL.

Guardo silencio y tomo una nota en mi libreta. Estoy tan nerviosa y me tiembla tanto el pulso que no reconozco mi propia letra. Quiero acabar con esto. Quiero llegar al final y que desvele lo que tenga que decir. Después llamaré a los servicios sociales, al hospital provincial para que me pasen con el departamento de psiquiatría, a quien sea, pero acabaré con esta locura. Yo no puedo tratar a esta persona.

—Está bien —concedo—. Háblame de lo que pasó en el interior de tu habitación.

—¿Estás dispuesta a ver?

—Lo estoy —afirmo sin saber bien lo que significa. A continuación debe mover un pie y con él tirar su vara para invidentes. El objeto cae al suelo emitiendo un fuerte sonido que me sobresalta. Karen se agacha y lo recoge del suelo, pero, al tiempo que lo hace, escucho otro ruido. Por el sonido intuyo que se trata de un objeto metálico, fino, como de chapa, que produce un golpecito agudo y musical.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Se me ha caído —dice desde la línea de debajo de la mesa. Sus manos golpean el piso a tientas en busca de lo que tenía guardado en el bolsillo.

—¿Te ayudo? —digo haciendo ademán de levantarme.

Pero no hace falta. En el momento en el que echo hacia atrás la silla ella se incorpora del suelo y deja el objeto sobre la mesa. No le presto atención, porque sus gafas han caído unos centímetros a través de su nariz y puedo ver lo que hay tras ellas. Karen corre a empujarse el puente y estas vuelven a quedar en su sitio confiriéndole el raro aspecto de siempre. Tomo una nota en la libreta: «No hay nada. Nada tras sus putas gafas».

«¡Dios mío! ¿Toda esta paja mental para que no haya nada tras ellas?» Solo he visto un par de ojos cerrados. Con sus pestañas desentonando con el color de su pelo. Es curioso, pero el rostro que he visto, y a pesar del pentáculo, me ha parecido considerablemente más dulce que el que tiene con las gafas puestas.

«¿Y si sufre de una de esas cegueras psicológicas?» Todo encajaría a la perfección. Ha negado tantas veces el símbolo que le grabaron a fuego en la frente que ya no es capaz de percibir la imagen de sí misma, sin embargo, tras las gafas, cuando camina por cualquier vía, lleva los ojos abiertos y, aunque su consciencia siga pensando que es ciega, el alter ego de su subconsciente sabe que no lo es. Por eso me vio girar la cabeza hacia el reloj, y tantas otras cosas sin sentido que la he visto hacer.

Cuando me recupero de la emoción que he sentido me fijo en el objeto que ha propiciado esto. Es una cucharilla de café, pequeña, plateada y pulcramente limpia.

—¿Qué haces con una cuchara en el bolsillo? —pregunto ante lo desubicado que me resulta el objeto.

—Lo siento —se excusa—. No quería que la vieras, pero se me ha caído de la

chaqueta al agacharme.

—¿Por qué no ibas a querer que la viera?

—Siempre va conmigo desde que ÉL y yo nos conocimos.

«De verdad, Leticia, esta mujer está fatal».

—¿Hay algún tipo de historia que hile cuanto me has dicho esta mañana?

Y entonces, al fin, comienza a relatar.

—Era un viernes noche. No echaban nada en la tele y aunque lo hubieran hecho me habría dado igual porque lo único que me apetecía era hablar con ÉL. Me encerré en mi cuarto y mi madre me trajo un chocolate caliente. No siempre lo hacía, pero desde que estaba en tratamiento acostumbraba a premiarme de vez en cuando. Supongo que se sentía mal por la cantidad de años en los que me había dejado descuidada. Esta cucharilla —señala antes de buscarla a tientas sobre la mesa y guardarla de nuevo en su bolsillo—, es la que mi madre me trajo para remover el contenido del vaso. En cuanto cerró la puerta me conecté al chat para hablar con ÉL.

»Ese día lo noté especialmente excitado. Quería que comenzásemos a jugar con independencia de que mi madre aún anduviese por la casa. Pero en esa ocasión mostré algo más de entereza que en otras y me negué a hacerlo. Le dije que ya estaba bien. Que por una vez podía ser él el que se mostrara para mí, el que cumpliera cada uno de los deseos que sentía. Le dije que si no lo hacía no seguiría con esto. Que quemaría el portátil o lo tiraría en uno de los muchos arroyos que hay por estas montañas. Mi curiosidad era mayúscula, y había hecho tal cantidad de cosas para acercarme a ÉL, que si no se mostraba, esta vez me largaría sin más. Había llegado a ese punto en el que ya solo se puede ir hacia delante o cortar radicalmente con todo. No cabían otras opciones posibles y, contra todo pronóstico, ÉL aceptó mis condiciones. Me pidió que cerrara mi cuarto con llave. Que bajara ventanas y persianas y que encendiera un número determinado de velas. Me dio instrucciones distintas a las de otros días. En principio detalles sin aparente importancia, pero según él de trascendental significado. Una runa con un trazo más largo que debía pintar sobre mi pierna en vez de en el brazo; un símbolo desconocido que debía trazar sobre el pecho tras el que se oculta el corazón; un pentáculo en el suelo; y un pentáculo en la frente —se detiene a fin de que valore sus últimas palabras.

«Creo que sé por dónde vas, Karen. Pero hoy no, no vas a conseguir que me trague toda tu sarta de mentiras».

—¿Qué pasó a continuación?

—Me desnudé. Tal y como hacía siempre. Cubrí mi cuerpo de toda aquella extraña simbología y, me conecté a un enlace que me proporcionó.

—¿Qué clase de enlace?

—Una dirección web; un servidor externo instalado Dios sabe dónde... No lo sé. Solo recuerdo que era una cadena larguísima de ceros y unos que tuve que copiar

del cuadro de diálogo del chat a la barra de direcciones. Aunque hubiese querido memorizarla, no habría podido. Era demasiado larga incluso para alguien con buena memoria. Cuando metí la dirección y el navegador me llevó a ella, comenzaron a suceder cosas extrañas en la casa.

—¿Qué cosas?

—Ruidos en el interior del armario. Susurros tras la puerta de mi habitación y, las luces, bueno, no sé cómo explicarlo, pero se atenuaron al nivel de las velas. Primero chisporrotearon y a continuación fueron perdiendo intensidad hasta dejarme iluminada por los cirios encendidos. Pensé que se había ido la luz por la fuerte tormenta que empezaba a gestarse fuera, pero un vistazo a la puerta de mi habitación me reveló que había electricidad del otro lado. Lo que quiera que fuera a suceder, solo iba a hacerlo en aquel espacio.

»¿Sabes qué es lo más curioso? Si quieres puedes preguntarles a las gentes del pueblo. Ellos te dirán. Te dirán que antes de la noche de la agresión, en Beelzegoyan no había tantas tormentas. El cielo no estaba siempre sumido en nubes negras ni precipitaba con la inusitada rabia que lo hace últimamente. Aquella noche, cuando me conecté a esa página, granizó con violencia. ¿Has llegado a ver algunas de las granizadas que caen en Beelzegoyan?

Temo decir que sí porque hacerlo sería dar cabida y valor a su juego, y eso es algo que me he jurado que no voy a hacer más.

—No, la verdad es que no he tenido la suerte de verlo —miento.

—Es una pena —dice con una enigmática expresión—. Las granizadas son una demostración de su fuerza. Igual que muchas otras cosas que todavía no comprendes.

—¿Qué había en esa dirección? —le pregunto a fin de que no se desvíe.

—Al principio solo vi una habitación sumida en una fuerte penumbra. No distinguía muebles, ni siluetas, ni ninguna otra cosa que me diera una pista sobre el sitio en el que estaba situada su supuesta cámara. Salvo una sombra al fondo. *Sííííí* —reconoce con el siseo de una serpiente—. Como imaginarás me acerqué a la pantalla. Yo quería ver —insiste en esas tres palabras que de tanto pronunciarlas resultan la doctrina incomprensible de un loco—. Los contornos eran demasiado negros, la forma era amorfa, pero, si dejaba volar mi imaginación, intuía una figura humanoide; grande, con unos hombros anchos como una viga, aunque con otros atributos muy distintos de los de un ser humano. La sombra no me produjo temor, ni repulsión, sino todo lo contrario. Sentí por ella una excitación como nunca había sentido. Solo quería verla más de cerca, que penetrase en algún círculo de luz inexistente, que me mostrara cada una de las bellas facciones que creía intuir en ella. Y así se lo transmití: «Déjate ver», le pedí muy excitada. Y su voz, la cual nunca había escuchado, me produjo un escalofrío seguido de una sensación parecida al orgasmo. «No habrá marcha atrás», no lo pronunció, sino que lo supe al instante en mi interior. Entonces la sombra

comenzó a moverse con lentitud hacia la cámara. Y mi vista, o algo en la transmisión de su vídeo, descubrió más detalles del lugar en el que se encontraba.

—¿Qué quieres decir?

—Empecé a ver. No a ÉL, sino el entorno en el que estaba y, conforme lo hacía, la marca de mi frente —dice al tiempo que se lleva la mano al pentáculo—, comenzó a arder. Primero fue una picazón. Algo así como la picadura de una araña. Me llevé la mano a ella para matar al insecto, pero la idea de que había sido un arácnido, se esfumó en cuanto la piel comenzó a chamuscarse. En pocos segundos percibí un fuerte olor a carne quemada como cuando era pequeña y los domingos se hacía matanza de gorrinos. ¿Has estado presente en alguna, Leticia?

Asiento al recordar los veranos en el pueblo y por un segundo puedo oír los chillidos lejanos de los cerdos.

—Entonces sabrás cómo les quitan el pelo.

Vuelvo a asentir, hipnotizada por sus palabras.

«¡Leticia! —grita alguien dentro de mí—. ¡Leticia, no se lo permitas. No permitas que ella siga!»

—Continúa —le pido a fin de que se salte esa parte.

—El temor llegó al tiempo que reconocí los muebles de la habitación que mostraba la pantalla.

—¿Por qué, Karen? ¿Por qué llegó el temor en ese momento?

—Porque era mi propia habitación. Solo que esta era una versión muerta y oscura. Sin velas, sin runas, ni marcas de tiza en el suelo con los símbolos que había dictado. Solo era un espacio oscuro con la silueta de mi cama, mi silla y mi armario.

—Era como, ¿un espejismo? —pregunto.

—No. ÉL realmente estaba allí. En mitad de un reflejo de otro mundo. De uno que aún no había llegado y en el que yo estaba a punto de caer.

«¡Las gafas, Leti! ¡Eso es lo que hay en sus gafas!», vuelve a gritarme la voz.

«¡Dios mío! La voz que me grita es la de...»

—Contemplar mi propio cuarto sin mi presencia en él —interrumpe mis pensamientos—, y con la gigantesca sombra amenazante avanzando en mi dirección, me produjo tal terror que me oriné encima. ÉL pareció percatarse de ello y prorrumpió en carcajadas. Una risa horrible e inhumana que escuché por todas partes y que siguió en el aire a pesar de apagar los altavoces.

—¿Qué pasó después?

—ÉL siguió andando, y cuando llegó a un punto en el que ya no podía avanzar más, la sombra que era se adhirió a la pantalla. Se extendió a través de ella y, de algún modo, comenzó a licuarse en este mundo.

—¿Cómo?

—Su cuerpo, su ser, cayó desde el ordenador al suelo en forma de líquido.

Primero fueron gotas que recogí con la yema de los dedos y que al contacto quemaban tanto como la brasa que tenía en la frente. El proceso no tardó más de un minuto y, conforme lo hacía, el sonido me iba perturbando más. ¿Has oído el goteo de una cañería en una casa abandonada? Es un ruido lejano, profundo, que no puedes ubicar y que sin embargo te dice muchas cosas. Sabes que ahí hay algo; ratas bebiendo del charco, cucarachas flotando en el líquido, gusanos retorciéndose en la creciente humedad. Todas esas cosas llegué a percibir solo con escuchar el incesante sonido de su goteo. Y cuando al fin cesó, cuando por fin todo su ser había cruzado a este lado, el charco alquitranado del suelo comenzó a crecer con lentitud, hasta adoptar la figura informe de una masa de dos metros.

—¿Qué hiciste?

—Hacía rato que me había levantado de la silla y que mi cuerpo paralizado no podía despegarse de la pared. Era incapaz de moverme ya que el terror me tenía totalmente anulada. Sin embargo, la verdad, el deseo profundo que justificaba cada uno de mis actos, escapó por sí solo de mis labios: «Aún no puedo verte», dije. Y entonces una sonrisa dentada, pútrida como nada que haya visto, surgió de la forma. «Ahora verás», advirtió él.

El teléfono de la consulta suena y a mí me pega un vuelco el corazón que consigue que parta la punta del bolígrafo con el que estoy escribiendo. Parte de la tinta azul se derrama emborronando la última parte del texto. Quiero maldecir esa llamada, esa intrusión en el momento exacto en el que todo iba a ser revelado. Me fijo en el número y compruebo que es la extensión de Ainhoa. Todo me parece muy extraño.

—Diga —contesto.

—Leticia —me dice—. Necesito que vengas un momento.

—¿Tiene que ser ahora? Estoy en mitad de una consulta. Saldré en menos de cinco minutos.

—Lo siento. Es muy importante.

Cuelgo la llamada y le pido a Karen que aguarde aquí. Abro la puerta y atravieso la sala de espera y el pasillo hasta la recepción del centro. Las personas con las que me cruzo se apartan de mí al comprobar la furia que arrastro conforme avanzo.

—¿Qué demonios quieres? —le pregunto a Ainhoa en cuanto la tengo delante. Su cara adquiere una expresión de extrañeza y su compañera disimula, girando la silla hacia otro lado y haciendo como que rebusca algo entre los papeles de la mesa.

«¿Y a esta qué le pasa?», me pregunto sin apartar la mirada de la mujer que por más tiempo que lleve allí de pie no se digna a saludarme.

—Acompáñame —me pide Ainhoa al levantarse y llevarme a la salida del edificio. Fuera se coloca un pitillo en los labios. Lo enciende con calma y a

continuación me lo ofrece para que le dé una calada.

—Sabes que ya no fumo —contesto cruzando mis brazos sobre el pecho en el momento en que ella ha intentado agarrar mi mano.

—¿Estás bien? —me pregunta con expresión sumamente preocupada.

—¿A qué viene esto, Ainhoa? Estoy con una paciente. No puedo interrumpir una consulta para salir contigo a que te fumes un cigarro.

—No estás con una paciente cualquiera, ¿no?

—Sabes que no.

—¿Karen? —dice mientras deja escapar una densa voluta de humo de su boca. Incluso así, enfadada como estoy, resulta deliciosa.

—¿Ahora espías mis horarios?

—No me hace falta. Te has pasado el fin de semana hablando de ella. Incluso esta noche, has pronunciado su nombre en sueños.

—¿Qué dices? —pregunto sin comprender.

—Leti, te he llamado porque los gritos de tu consulta se escuchaban por todo el edificio.

Doy un paso hacia atrás. El corazón me da otro vuelco. No tan intenso como el de antes, aunque algo me dice que no falta mucho para que mi músculo cardiaco se quede en uno de ellos.

—¿De qué estás hablando?

—Algunos pacientes que aguardaban turno en la sala de espera han venido alertando de que algo estaba pasando en el interior de tu consulta. Al parecer, te has puesto a gritar como una energúmena, y al poco, yo misma he podido escuchar los berridos desde mi puesto de trabajo. Y sabes que está lo suficientemente lejos para que eso sea difícil.

—¿Berridos? —pregunto alejándome un paso más de ella. Siento que no puedo salir de ese bucle de preguntas, pero la situación me tiene tan estupefacta que no sé qué más decir.

Es cierto que aunque lo he jurado, aunque he levantado todas las barreras mentales de las que he sido capaz, su relato me ha trastornado, pero no me imaginaba hasta qué punto.

—Mira —dice intentando acercarse a mí, pero de inmediato vuelvo a guardar otro paso de distancia—. Está bien —pide calma levantando las manos—. No te asustes. No va a pasar nada porque le he dicho a todo el mundo que no eras tú la de los gritos. La gente ha pensado que era Karen la que estaba chillando así.

—¿Así, cómo?

Se encoge de hombros. Un hálito sombrío atraviesa su rostro. Es la primera vez desde que la conozco, que me mira con otros ojos que no denoten amor o deseo.

«LE DAS LÁSTIMA, IMBÉCIL», dice una voz dentro de mí.

—Como si hubiera visto al diablo.

Retrocedo y quedo a punto de caer por las escaleras del centro. Ainhoa tira el cigarro y me agarra en el momento en el que mi cuerpo empieza a perder la verticalidad. Me abraza con fuerza. Intento deshacerme de ella, pero enseguida me vengo abajo y quedo flácida entre sus brazos. Me echo a llorar. Copiosas lágrimas caen a ambos lados de mi cara. No entiendo nada salvo que la certeza que tanto temía, empieza a tomar forma.

«¿Ves? ¿Leticia? Siempre has estado loca», se ríe la pequeña psicóloga sentada en mi hombro derecho.

—¿Cómo sabes que era yo la de los gritos?

—Shhhh —pide silencio muy cerca de mi oído—. A mí no puedes engañarme —dice Ainhoa con la voz llena de cariño—. Llevo haciéndote gritar desde que te conozco.

Sonríe y me contagia algo del comentario. Pero aun así, es fugaz e insustancial y pronto vuelvo a llorar con renovada energía.

—Dime que no has sido tú la que me has estado hablando durante este tiempo.

Ella me observa sin comprender. No para de sonreírme, pero su expresión no es más que un velo para ocultar otra: «Estás loca».

—¿Cuándo, cariño?

—Muchas veces —empiezo a relatar con el rostro crispado por el llanto—. En El Infierno, en casa, hace un rato en la consulta... Te he escuchado. Has hablado en mi interior pidiéndome que no le hiciera caso, que pasara de ella y no me dejara engañar.

Sus dedos se posan en mi mentón. Tiran con cuidado de mi barbilla obligando a que levante mi mirada del suelo y mis ojos vayan al encuentro de los suyos.

—Cielo —susurra. Y a mí me suena como si esa palabra contuviese un millón de significados: «No te preocupes. Todo saldrá bien. Yo lo arreglaré».

Y un millón de mierdas que se le puede decir a un demente en el momento en el que se le pone la camisa de fuerza y se lo llevan a rastras en el interior de un furgón con los rotativos apagados. Total, la locura no es una emergencia médica. La única emergencia está en la mente del que lo está sufriendo.

—¿Qué voy hacer?

—Déjalo en mis manos —me pide—. Pero tienes que confiar en mí. Debes prometerme que vas a hacer las cosas según te vaya diciendo.

Asiento como una niña a la que le ponen mercromina y le soplan la herida de la rodilla. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Ainhoa es una oveja entre lobos. Pero es la única oveja del rebaño ovino consciente de que también posee dientes.

—Ahora regresa a la consulta y dile a Karen que por hoy es suficiente. Dale cita para dentro de diez días. Si se pone en contra dile que no puedes agendar la cita.

—Sabe que no puedo. No me deja encender el ordenador.

—¡Pues que le jodan a esa zorra! —dice con inusitada violencia—. Que venga a verme y yo le daré la cita del próximo día.

Me despido de Ainhoa tras intercambiar unas palabras más y hacer lo imposible por abandonar su abrazo. No quiero apartarme nunca de su compañía. Es lo único bueno que tengo aquí.

Regreso hacia la consulta y hago una parada en el cuarto de baño. Lavo mi cara y la observo con detenimiento en el espejo. Aunque mi rostro parezca demacrado por el llanto, aunque las lágrimas me hayan dejado los ojos rodeados de grandes bolsas bajo y sobre los párpados, es un reflejo mejor que el que veo en sus gafas. Me armo de valor y regreso a mi despacho. La puerta está cerrada y la mirada de la gente no deja de increparme el supuesto escándalo que hemos armado. Siento vergüenza. ¿Y si mañana fuera algo peor que gritar como una poseída por el demonio? Tengo miedo de lo que hay dentro, pero también de lo que me espera si no me enfrento a ese miedo. Abro la puerta. Primero un palmo, después dos, y me lanzo dentro.

Karen ya no está.

XVI

Hoy es miércoles. No he ido a trabajar, pero he tenido la suerte de que Ainhoa ha pedido el día para cuidarme. No se ha separado de mi lado y a pesar de ello he de decir que ha sido el peor día de mi vida. Esta mañana, al levantarme, ha sido ella la que me ha informado de que no iba a ir a trabajar. Después me ha preparado un desayuno en la cocina y no me ha dejado levantarme hasta haberlo tenido todo listo. El desayuno no ha sido especial. Al menos no lo especial que se le presupone a un desayuno de pareja de enamorados. Un café, un tazón de leche con cereales y un plátano, junto a un tropel de pastillas ya sumadas a las mías. No he hecho preguntas acerca de la medicación que me ha dado, aunque tampoco me hacía falta. Los psicólogos estamos familiarizados con todos esos colorines y formas romboidales o cilíndricas. Supongo que habrá hablado con el especialista del centro y habrá pedido discreción para mi caso.

Tengo suerte de que el director sea un capullo y la mayor parte del personal sanitario se confabule en su contra, que no a mi favor, porque sé que la mayoría me sigue odiando. Si no, en vez de poder volver mañana a trabajar a condición de que me tome esas nuevas pastillas, tendría que cogerme una baja indefinida. La peor noticia me la ha dado cuando he terminado de comerme el plátano. Durante el desayuno he estado esperando a que lo hiciera. No sabía lo que iba a decir, pero su expresión, su rostro, su silencio impuesto cuando ella es una persona que siempre tiene algo que decir, ha sido suficiente para que me hiciera a la idea.

—He pedido que te cambien el turno —me ha dicho.

—¿Que has hecho qué?

Al momento he sabido por qué ha aguardado hasta el final. Si me hubiera pillado con el café en la mano, o con el tazón de cereales, lo habría dejado caer presa de la desagradable sorpresa. No es que tenga motivación por entrar temprano a trabajar, pero sé lo que conlleva que haya solicitado por mí el cambio de turno. Lo que me sorprende es que se lo hayan dado de un día para otro, aunque supongo que los asuntos del pueblo quedan dentro del límite municipal.

—Sabes que es lo mejor —ha afirmado—. La situación estaba devorándote. Créeme, Leticia. No llevas aquí ni dos meses y ya tienes poco que ver con la persona que me enamoró el primer día. Has perdido peso, has descuidado tu alimentación, tu maquillaje, ¿cuánto hace que no sales a correr?

—Desde el día de... —pero me quedé a mitad de frase porque sé lo que implicaría decírselo.

—No, Leti. Saliste a correr al menos una vez más después del día de la granizada, pero ya no te acuerdas. Estás confusa.

—¿Cómo sabes lo de la granizada?

—Me lo contó Asier. Como también me contó que huiste despavorida de él pensando que era una sombra asesina. En realidad fue él el que me puso en alerta sobre que podías estar perdiendo los nervios.

—¿Sabes lo de El Infierno?

Ella asintió y yo me morí de vergüenza cuando lo hizo.

—Pero no le he dado importancia. Como sé que tú tampoco se la has dado.

La conversación se quedó ahí. Ahora ha oscurecido y yo llevo toda la tarde dándole vueltas a lo que significa que no vaya a saber más de la historia de Karen, ni de la del padre Antxieta. Voy a quedarme con la duda de lo que sucedió, o con lo que inventaron sus mentes acerca de esos dos distantes hechos. Todavía no le he dicho a Ainhoa nada acerca de la madre de Karen porque sé que me va a regañar en cuanto sepa que le hice una promesa. Y además en multitud de ocasiones. Pero qué le voy hacer. Tal y como ella ha dicho tengo que mirar por mí misma y aprender a no dejarme llevar por las paranoias de los pacientes.

«Si es que tú sola te has metido en este lío, Leticia».

Ainhoa acaba de salir de la ducha. Se pasea por delante de mí con su piel aún perlada de gotas de agua y un tanga minúsculo que enfatiza su anatomía. No lleva nada en la parte de arriba y sus pechos danzarines oscilan de lado a lado. Sé que rebusca en su bolso delante de mí con intención de animarme, que se agacha y oscila la cadera como si bailara en un club para excitarme. Pero no tengo ganas de mantener sexo con ella. Las pastillas me tienen tan aletargada que no soy capaz ni de rascarme al sentir un picor. Al rato de intentar seducirme se sienta a mi lado y comienza a acariciarme el pelo. Estoy cubierta por una manta y llevo puesto el típico pijama con el que se pasa una semana de gripe. Mi aspecto no debe ser muy distinto a como se supone que te quedas tras cuatro o cinco días de fiebre por esta enfermedad. La verdad, o mucho mejoro mañana, o tampoco creo que pueda ir a trabajar. Se acerca a mí, me sopla en la oreja y cuando creo que voy a tener que pedirle que por favor pare, que hoy no es el mejor día, llaman a la puerta. Ambas nos miramos con extrañeza y un gesto de su cabeza me dice que se retira a la habitación para vestirse. Yo me levanto con la manta sobre mis hombros y me dirijo a la puerta. Observo a la persona que llama a través de la mirilla.

«Esto sí que es una sorpresa», pienso.

Una de las voces de mi interior intenta gritar. Pero la química de las pastillas se lo impide. Al final su mensaje llega hasta mí en forma de pensamiento consciente.

«Si la montaña no viene a Mahoma...»

—Buenas noches, padre Antxieta —saludo al abrir la puerta. El hombre se quita la txapela y la aprieta contra su pecho.

—Leticia, ¿se encuentra bien?

Su pregunta me sorprende, aunque no me extraña en absoluto. Beelzegoyan no deja de ser un pueblo en el que las noticias vuelan rápido.

—Pase por favor —le invito apartándome de la puerta.

El párroco entra en mi casa y cierro tras él. De inmediato me arrepiento. Espero que Ainhoa escuche la voz del hombre y no aparezca en el salón. Y si lo hace, que al menos lo haga con una vestimenta que impida que me quiera morir de la vergüenza.

—Sí, claro que estoy bien. Solo ha sido un resfriado —miento.

—He acudido esta mañana a la cita, ¿lo recuerda? Teníamos consulta hoy por la mañana —dice al tiempo que recorre parte de la casa con la mirada.

—Lo siento. Espero poder incorporarme pronto.

—¿De verdad?

—Por supuesto —vuelvo a mentir. Creo que lo mejor es decirle que ya no va ser más mi paciente. Su caso pasará a las manos de la persona que hacía el turno de tarde. Es un psicólogo de otro pueblo que lleva una consulta itinerante. Mayor y con mejor experiencia que la mía y que ha tenido el detalle de no poner objeciones a sustituirme en las mañanas.

«Le irá bien», pienso. No. Realmente le deseo que le vaya bien.

—¿Sabe? —le dice al aire mientras comienza a pasearse por la casa. Se acerca a los muros de la pared y posa su mano en la fría piedra, a la mesa del salón y ojea con intensidad las cosas, después se sitúa junto a la puerta que lleva al pasillo que da a la habitación en la que supongo que se viste Ainhoa. Abre y cierra la puerta varias veces y comprueba el estado de las bisagras. No sé qué es lo que está haciendo, pero no le interrumpo porque mi mente está tan abotargada que no es capaz de pensar en nada—. Yo viví aquí de pequeño —se contesta al fin a su propia pregunta.

—¿En serio? —me sorprendo.

—Solo unos meses. Nuestra casa se inundó una primavera en la que las lluvias hicieron crecer el arroyo hasta desbordarse. La carpintería se estropeó y una hermana de mi madre nos acogió aquí. Enviudó joven, la pobrecilla, y siempre estaba sola en esta casa tan grande. Yo dormía arriba. ¿Sigue igual la parte de arriba?

—No sé cómo sería entonces, padre. Hace demasiados años de eso.

—Puede que cincuenta o más —reconoce al tiempo que se traslada hacia otra parte del salón—. Pero a pesar del tiempo transcurrido hay cosas que nunca se olvidan. ¿Verdad, Leticia?

No sé qué es lo que me intenta decir. Si estuviera al cien por cien podría elaborar otra de mis historias truculentas y al menos intentar arrojar algo de verdad. Pero así como estoy, con la mente tan aletargada, no soy capaz de pensar.

—Verdad —contesto sin que se me ocurra otra cosa.

—Entonces, ¿se encuentra bien? ¿Vamos a poder seguir viéndonos?

—Seguro que sí, padre.

—Así me gusta. Tengo entendido que hizo una promesa —suelta al ponerse la txapela en la cabeza.

«Odio a esa mujer —pienso—. Seguro que ha ido hablando de mí por todo el pueblo».

—¿Mañana entonces? —dice al posar su mano sobre el pomo de la puerta.

Permanezco callada. No comprendo bien lo que ha sucedido en los últimos minutos, pero cuando mi cabeza quiere poner orden y darle una contestación, me doy cuenta de que Ainhoa está apoyada en el marco en donde un minuto antes el cura comprobaba el estado de las bisagras. No se ha vestido. Muestra las tetas con orgullo y en la parte de abajo sigue llevando el minúsculo tanga. Su piel luce brillante como después de una jornada de playa. Rezuma poderío y sexo por cada uno de los poros de su cuerpo y, a pesar de la química que se empeña en anular cada una de mis emociones, me excito. Su mirada contempla impasible al párroco. Este me mira a mí y después de nuevo a ella. Después abre y se marcha de la casa sin despedirse. Pero cuando tan solo ha caminado dos pasos, gira su cabeza hacia atrás. Escucho su tono triste porque todavía no he cerrado la puerta.

—Aún estás a tiempo —dice. Y sin más, echa a andar hacia la oscuridad de la calle.

XVII

Me llevo la mano a la boca y hago lo imposible por disimular un bostezo que sé que de un momento a otro desfigurará mi cara. Es el tercero que me sobreviene en menos de quince minutos, y el señor que tengo enfrente me observa con cierto mosqueo. No es que su historia sea aburrida. En realidad es otra más entre tantos problemas de la gente que piensa que los suyos son los únicos y más importantes de la humanidad. Pensaba que me iba a resultar más fácil acostumbrarme a este horario, pero lo cierto es que, además del embotamiento que me producen los nuevos fármacos, he de sumar el sopor que me sobreviene después de comer. Ahora son las cuatro y media de la tarde. Veinte minutos más y podré salir a por un café doble de la máquina. Si consigo sostener mi frente hasta sobrepasar las cinco sin que el sueño haga que esta se estrelle contra la mesa, habré vencido la maldición de la siesta española. No es algo que practicase habitualmente antes de llegar a Beelzegoyan, pero ya se sabe que las malas costumbres son siempre las primeras que se adquieren.

El hombre no se ha tomado a mal el hecho de que el anterior psicólogo haya aceptado un cambio de horario sin poner en sobre aviso a sus pacientes. El aire fresco siempre es bueno, sobre todo si sopla en forma de rubia sonriente. Además, el problema del hombre debe conjugar a la perfección conmigo. Seguro que ahora mismo se está conteniendo para no dar botes sobre la silla. Es un tipo de unos cuarenta años. Divorciado y venido a menos y cuya adicción al porno ha conseguido que no sea capaz de disfrutar de una relación sexual con normalidad. Está obsesionado con la falsa quimera que muestra ese tipo de vídeos y su único deseo es poner en práctica la mayor parte de depravaciones que ha visto. Supongo que esta noche, o mañana, o puede que en estos instantes, yo misma pase a ser una de las fantasías con las que le es imposible dejar de masturbarse. Y la verdad, prefiero acabar vistiendo lencería fina en la mente de este señor, que acabar luciendo una camisa de fuerza. Tampoco es que el cambio de horario vaya a ser para siempre. O al menos así me lo ha asegurado Ainhoa. Bastará con unos meses a fin de que pueda desconectar de todo aquello que me ha propiciado este estrés que por poco acaba conmigo.

Termino la hora aconsejándole unos ejercicios de relajación. También le pido que rellene un cuadro de ideas para que en la próxima consulta lo comentemos con el objetivo de reestructurar su educación sexual. Antes de levantarse me ofrece la mano para despedirse; la derecha. No se me escapa ese detalle y, tras dudar un instante, le doy mi izquierda. Él me la estrecha en un gesto que resulta torpe y forzoso. Y yo maldigo porque mi intención era que se hubiera dado cuenta de que he fingido ser zurda para que cambiase de mano. Tampoco es que tenga la certeza de que él sea

diestro y que esa sea la mano con la que está todo el día luchando sus propias batallas, pero he confiado en la estadística de que tan solo un diez por ciento de la población es zurda. En cualquier caso, he resultado cazada en mi propia treta y el hombre se ha marchado con una extraña sonrisa que dejaba ver ambas hileras de dientes.

En cuanto cierra la puerta abro mi bolso y recupero un paquete de toallitas húmedas. Saco una de ellas y la paso por mi mano compulsivamente. Cuando considero que ya no puede seguir limpiándome, extraigo otra y repito la operación. Esta vez me limpio en y entre los dedos, envolviéndolos, y tirando con fuerza de ellos. Arrojo ambas toallas a la papelerera que hay bajo mi mesa y salgo disparada, monedero en mano, a por un café. La sala de espera está desierta. Al igual que en esos días en los que actuaba el error que espaciaba las citas. Ya hacía tiempo que no sucedía, pero parece que nadie ha hecho nada por corregirlo. Yo me he cansado de enviar *mails* a gerencia quejándome de lo que significa estar aquí sin que ningún paciente se persone en mi consulta durante dos horas. Por ellos y por mí, porque lo único que se consigue permitiéndolo, es un retraso considerable a la hora de dar tratamiento, y por lo tanto una bajada significativa en la calidad de sus vidas.

El pasillo de la máquina de café está oscuro y tan solo se mal ilumina por los testigos luminosos del aparato. Tengo un mal presentimiento a pesar de que intento estar relajada y mantener a raya cuanto hecho estrambótico se me ocurre. «Sombras en las esquinas. El bastón de Karen recorriendo las profundidades del desértico centro de salud. Otra granizada bestial en cuanto salga de trabajar». Son solo algunas de las cosas que asaltan mi mente mientras aguardo a que la máquina termine de servir el café doble para largarme de allí. Siento una sensación fría en la espalda y escucho el ajetreo de unos pasos apresurados. Me giro en redondo, pero no veo nada. Afino el oído y distingo una risa de fondo. Es de mujer, aguda, y ríe estrepitosamente. Pero en cuanto recorro el pasillo en la dirección en la que supongo que proviene la risa, esta se extingue.

Tengo ganas de gritar y decir: «HOLA. ¿HAY ALGUIEN AHÍ?» a un volumen tan alto que Ainhoa pueda escucharme desde casa. Pero no lo hago, porque si alguien vuelve a pillarme armando un escándalo, no será tan fácil disimularlo. Lo más probable es que acabe de baja o que llegue a perder la plaza. Por lo que regreso a la máquina, recojo el vaso de café y vuelvo corriendo a la consulta. Intento abrir, pero mi sorpresa es mayúscula cuando me encuentro la puerta cerrada con llave.

«¿Qué diablos pasa?», pienso perpleja.

Estoy segura de que no he podido cerrar con llave al salir porque la llave del despacho está en el interior de mi bolso del otro lado de esta puerta. Giro el pomo con violencia pensando que quizá pueda haberse quedado atascada. Pero después de empujar con el hombro, el pie, y conseguir que se derrame parte del contenido del vaso, lo dejo por imposible. En el momento en que me giro para ir a recepción para

que me presten una segunda llave, vuelvo a escuchar la desconcertante risa. Proviene desde todas partes, y la única certeza que tengo de ella es que lo hace desde muy lejos. Aunque esta vez me aporta algún que otro matiz más que en la primera. La risa es fresca, alegre como un arroyuelo de montaña. Diría que podría pertenecer a la de una muchacha que recibe caricias de su novio durante unos juegos preliminares.

Dejo el vaso en el suelo frente a la consulta y huyo de la risa con las manos cubriéndome los oídos. En recepción no hay nadie, pero me da igual, abro el casillero en el que guardan las llaves y tras pasar un rato leyendo las etiquetas de los llaveros, cojo la que dice «Despacho psicología». Regreso a él con rapidez y me sorprende porque no está el vaso de café ni la mancha en el suelo. Tampoco hay marca de fregona que indique que durante este transcurso de tiempo alguien lo haya limpiado. Además, no sé si el personal de limpieza está a estas horas. Siento la tentación de ir a buscar otro café, pero el temor de volver a encontrarme con la risa me echa para atrás. Si tenía sueño antes de salir de la consulta, puedo asegurar que ya se me ha pasado. A pesar de las medicinas tengo el pulso acelerado. Giro la llave en el bombín de la cerradura y abro la puerta de la consulta. El interior está oscuro como la boca de un lobo. Alguien ha bajado la ventana hasta impedir que cualquier resquicio de luz natural entre a través de ella además de haber apagado las lámparas del techo. Un violento *déjà vu* asalta mi mente en este momento.

«Ya he vivido esto», pienso al tiempo que me llevo la mano a la nariz para impedir que pueda percibir el olor a excrementos de perro. La peste no llega esta vez, sin embargo, puedo oír el zumbido inconfundible de cientos de moscas revoloteando por el interior del despacho. Pulso el interruptor de luz y los insectos comienzan a salir en tropel por la puerta de la consulta. Agito mis manos con violencia porque no quiero que ninguno de ellos me toque. Grito con fuerza y, cuando el eco de mi voz se diluye en la lejanía, vuelve a contestarme la risa, esta vez más fuerte, más danzarina; como si el chiste fuese más gracioso que nunca.

Me llevo una mano a la cara, cubriéndome boca y nariz, para impedir que las moscas se posen en cualquiera de los dos sitios. Los bichos no dejan de zumbar y revolotear a mí alrededor y el asco que me está dando comienzo a revolverme el estómago. Es entonces cuando lo percibo. Un olor fuerte a casquería de barrio flota en el aire del despacho. Es tan intenso que lo distingo a través de la mano que cubre mi nariz y me niego a respirar por la boca, porque el miedo a que las moscas entren en tropel en ella, es superior a mí. Avanzo con cuidado entre la nube negra. Solo quiero coger el bolso y largarme de allí. Pero cuando rodeo la mesa para cogerlo, se revela la grotesca broma de esta vez. Alguien ha esparcido sobre mi silla kilos de vísceras sanguinolentas. Las tripas chorrean sangre fresca y juraría que entre los efluvios malolientes soy capaz de distinguir un vaho caliente rezumando vida. Quienquiera que haya sido el psicópata que le ha hecho esto a un animal, lo ha llevado a cabo hace

solo unos minutos.

«¿Cómo es posible?!», me pregunto. Pero no soy capaz de ofrecerme una respuesta lógica. De inmediato me doblo sobre mí estómago y mi boca se abre para expulsar un chorro de vómito amarillo. La excreción estalla contra el suelo y la nube de moscas corre a alimentarse de ella. Me recupero. Paso mi mano por mis labios para limpiarme la boca y enjugo el sudor de mi frente en la manga de la camisa. Agarro mi bolso y a continuación salgo corriendo del despacho hacia el cuarto de baño. La sensación de que llevo moscas en el interior de la ropa me hace gritar. Puedo sentir las recorriendo mis ropas, en el interior de mi sujetador y en la parte más íntima de mis bragas. Comienzo a abofetearme allá donde creo que están y en cuanto cruzo la puerta del baño, vuelvo a vomitar en el suelo. Esta vez desfallezco y caigo en mitad del charco.

«Necesito mi móvil para llamar a Ainhoa».

Quiero que me saque de aquí. Que venga a buscarme y que termine esta pesadilla. Intento ponerme en pie, pero vuelvo a escurrirme y me doy un fuerte culotazo sobre el contenido que hace pocos segundos albergaba mi estómago. Estoy mareada. Me encuentro mal como jamás me he llegado a sentir. Busco el móvil en el bolso, lo saco y marco el número de Ainhoa, pero la llamada se corta antes de dar el cuarto tono.

«Me ha colgado». No puedo creerlo, pero lo ha hecho. Vuelvo a insistir. Estoy dispuesta a llamar cien veces para que me saque de este lugar de pesadilla. Nada. No hay comunicación. Al sexto intento desisto y pienso en la única persona que además de ella podría ayudarme en este momento. Busco su contacto en la agenda con mano temblorosa y llamo.

—¡Óscar! —exclamo entre lágrimas en el momento en el que descuelga el teléfono.

—Leti —me habla con el tono cariñoso de siempre, pero en cuanto percibe la urgencia de mi voz, se muestra muy preocupado—, ¿qué te pasa?

—Ayúdame, Óscar —baluceo.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

Le explico la situación. Le digo que hay alguien en el centro de salud riéndose de mí. Que han colocado una montaña de vísceras sobre mi silla y que un ejército de moscas negras ha intentado devorarme. Él me escucha, pero por encima de todo, me consuela: «No puede ser —repite ese mantra—. Lo que cuentas es imposible. Tranquilízate y vuelve al despacho para comprobarlo».

Pero yo me niego. No volvería al interior de la consulta ni por todo el oro del mundo. Tengo claro que hoy es el último día que voy a trabajar en este lugar y así se lo hago saber. Quiero que le diga a mis padres que estaré allí mañana. Que lo siento pero que no he podido con esto. Beelzegoyan está maldito y la maldición ahora habita

en mí.

—Leticia —me llama a la calma—. Escúchame. Tú no eres de las personas que se rinden. Te conozco. Soy tu hermano y sabes que te apoyo.

—¿Cómo vas a apoyarme en esto? Nadie me cree —dejo escapar de mis labios.

—Por favor, acércate a la consulta. Hazlo por mí y dime que no hay nada en ella de lo que has visto. Después pensaremos qué hacer.

En ese momento el poderoso destello de un rayo cruza el firmamento y de inmediato se va la luz. El trueno hace retumbar la pequeña ventana de los servicios y me quedo a oscuras; tampoco en esta ocasión se encienden las luces de emergencia.

—¿Leticia? ¿Qué ha sido eso?

Baluceo. No soy capaz de hablar en mitad de esa pesada oscuridad. Escucho pasos, ruidos que sé que no existen y que, sin embargo, mi mente sitúa tras cada esquina. A veces es el correteo apresurado de un insecto, o el goteo incesante de la sangre de las vísceras de mi despacho que mi biología dicta que es imposible que oiga desde aquí.

—Hay tormenta —le digo—. Siempre hay tormenta en Beelzegoyan. De repente el cielo se ha vuelto negro. Es imposible que sean las cinco de la tarde.

—Tranquila —vuelve a pedirme—. ¿Se ha ido la luz?

—Sí —contesto temblando de pies a cabeza.

—Usa el móvil. Desvía la llamada al altavoz y usa la pantalla para iluminarte.

Hago lo que me dice y salgo a tientas de los servicios. El exterior es un pozo negro. Abandonado. Impenetrable por el haz de luz de mi teléfono. Es como si las tinieblas fueran demasiado pesadas y ningún foco pudiera vencerlas por completo.

—¿A dónde vas? —me dice.

—Camino hacia la calle.

—No, Leticia. Tienes que volver a tu despacho. Tienes que enfrentarte a ello. La verdad te hará libre. ¿Recuerdas esa frase que siempre llevabas en la carpeta?

—La verdad me hará libre —recuerdo el recorte con el que forré mi carpeta del último curso.

—Eso es. Camina hacia él. Yo estoy contigo —retumba la voz en mitad del silencioso pasillo.

—Ya estoy —le digo al llegar a mi consulta.

—¿Qué ves? —me pregunta.

—Nada. La puerta está abierta. En la misma posición en la que he debido dejarla al salir corriendo.

—Entra dentro —me incita.

—No quiero. No se ve nada —le hago saber que el lugar es como una cueva dentro de otra cueva.

—Usa el móvil tal y como lo estás haciendo ahora.

Mi boca tiembla. Ya no hablo porque me da vergüenza que sepa que puedo estar a punto de morirme literalmente de miedo. Pero, a pesar de ello, pongo un pie dentro de la consulta. No escucho el zumbido de las moscas. Ni percibo el olor putrefacto del contenido de las vísceras. Apunto con la pantalla hacia la silla, pero la envergadura de la mesa, me impide ver nada.

«Tengo que cruzar hasta el otro lado». Y el solo hecho de pensarlo, ya supone un verdadero reto. Aun así mis pies se arrastran bordeando la mesa. La luz del móvil va deshilachando las sombras. Oigo el ruido de muchas cucarachas.

«No —me niego—. Solo son mis pies; los tacones de mis zapatos», repito una y otra vez.

«Aunque, los crujidos...», pienso. Pero no quiero mirar hacia abajo. Prefiero avanzar sin saber lo que piso.

Al fin mi mano puede dirigir el haz de luz hacia la silla. Mi boca se abre hasta el suelo y las piernas comienzan a fallarme en el momento en que la contemplo.

—¡NO HAY NADA! —grito—. ¡Está vacía!

—Leticia —llama mi hermano a través del altavoz del teléfono—. ¿Qué has dicho? No te he entendido.

—¡Óscar! ¡Óscar! No hay nada. Han sido ellas. ¡Esas hijas de puta me la han vuelto a hacer!

—Leti, por favor —pide calma—. Escúchame. Solo te lo has imaginado. Sabes que cabe la posibilidad de ello.

—¡NO, ÓSCAR! —le grito histérica—. ¡Son esas zorras separatistas! Ellas lo han organizado todo. Pero tengo un truco, ¿sabes? He aprendido a defenderme de esas hijas de puta.

Comienzo a reírme como una histérica. Mis carcajadas atraviesan cada rincón del centro de salud y de un manotazo tumbo la silla en el suelo. Sé que esas mujeres han cambiado la silla y lo han limpiado todo corriendo. Sé que están escondidas por ahí y que son ellas las que se ríen de esa forma tan siniestra, pero ahora yo voy a reír más alto. Mis ojos se abren de par en par en el momento en el que alumbro la base de la silla con el móvil.

—Leticia, me estás asustando —dice Óscar al no dejar de escuchar la tormentosa risa que se ha desatado en mí, y que soy incapaz de detener.

Pero mi voz se ahoga de pronto. Una sensación de estrangulamiento me atenaza la garganta en el momento en el que compruebo que cada una de las equis y garabatos que pinté bajo la silla, están ahí. Nadie la ha cambiado, ni ha limpiado la consulta de la sangre de las vísceras porque las marcas indican que nunca han estado ahí. La batería del móvil se agota y me quedo totalmente a oscuras. Aún puedo oír los últimos ecos de Óscar el pronunciar mi nombre.

«*Leticia. Hermana*», pero no es su voz la que lo dice, sino otra de esas tantas que conviven en mi interior.

Es entonces cuando suena el teléfono de la consulta. La pantalla del aparato ilumina con su tenue luz parte del escritorio.

«Si no hay electricidad», pienso con la poca lógica que me queda.

Estiro la mano temblorosa hacia el auricular. Descuelgo y me lo llevo a la oreja. No digo nada porque no quiero dar pie a que alguien conteste. Es una llamada imposible, como cada una de las cosas que me han sucedido, pero no hace falta que hable. Mi interlocutor respira del otro lado. Exhala aire en fuertes bufidos que estallan con violencia contra el micrófono del teléfono. Son tan estrepitosos que tengo que retirármelo de la oreja.

«Así debe de bufar un búfalo, Leticia», me digo al recordar el enorme cuerpo de la persona que me está llamando.

—¿Señora Aguirre? ¿Es usted? —consigo pronunciar con la voz tomada por el miedo. Ella no contesta, sin embargo lo hace la horrible risa que ha propiciado esta situación.

A continuación cuelgo el teléfono y salgo corriendo del centro de salud. A pesar de llevar los tacones puestos, corro como si fuera el viento. El primer tacón se parte a los cien metros, el segundo poco después, y a continuación caigo al suelo dándome un fuerte golpe en la cabeza. Intento levantarme, pero las heridas, el dolor, la sangre chorreando desde mi frente, me impiden hacerlo. Estoy sin fuerzas, agotada por el miedo y el esfuerzo. El mundo comienza a nublarse y pienso que perder el conocimiento sería algo bonito. Al menos en ese mundo oscuro estoy libre de sufrir pesadillas. Mi cabeza empieza a caer y, cuando mi mejilla roza la fría piedra del suelo, veo una figura acercándose en mi dirección. Es Karen.

«No —rectifico—. Es Ainhoa. Mi bella afroditita. Mi mujer hercúlea. La heroína que va a salvarme». Después todo se oscurece y mis oídos silban una canción que no conozco.

—Me has asustado —dice.

Abro los ojos y miro alrededor. Hay una vela encendida, una toalla y un botiquín abierto. Arrugo la frente. Duele. Me llevo la mano a ella para palpar lo que creo que son puntos, pero Ainhoa me lo impide.

—Estate quieta —me pide—. No te lo toques si no quieres que se te infecte.

—¿Por qué has encendido una vela? —pregunto al tiempo que paseo la mirada por el sitio. Estoy en mi habitación. En mi cama tapada hasta el cuello. Observo la mano con la que he intentado tocarme. Luce amarillo rojiza por el yodo que ha usado como desinfectante.

—La encendí al irse la luz. Ha habido un apagón en todo el pueblo que ha

durado alrededor de dos horas. Ya ha vuelto —me hace saber—, pero he preferido dejarla encendida porque creaba buen ambiente. También he puesto a cargar tu móvil —sonríe.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Son las diez y media de la noche.

«¿Cuatro horas?», grito en mi cabeza pero sin llegar a pronunciarlo. Aunque es igual, mis ojos deben hacerlo por mí.

—Tuve que obligarte a que te tomaras un par de tranquilizantes. Estabas prácticamente en shock. Llamé a tu médico y me dijo lo que debía hacer. También he intentado formular una coartada para el centro de salud. Una excusa para justificar tu comportamiento, pero me temo que esta vez va a ser complicado que no haya represalias, Leti —dice acariciando las puntas de mis cabellos—. Dejaste a tus pacientes abandonados y con la boca abierta. No quiero expresarlo así, porque no soy quién para hacerlo, pero diría que has sufrido un brote psicótico.

Quiero llorar, pero ni siquiera me quedan lágrimas para hacerlo. Esas son las palabras que más he temido a lo largo de mi vida. Y ahora parece que están aquí, presentes, formando un todo conmigo. Me gustaría ver a la pequeña psicóloga sentada sobre mi hombro. Que me abroncara con su rostro herido como el mío por el violento espectáculo que he protagonizado por las calles del pueblo.

«¿Ves, Leticia? Estás loca. Te lo dije ¡JA!»

Pero la visión, la proyección de mi conciencia, no aparece esta vez. Las medicinas no solo anulan mi juicio, sino que también han acabado con todo lo demás.

«Al fin», pienso con alegría y nostalgia al mismo tiempo.

—¿Y por qué no me cogías el teléfono? —pregunto.

—Estaba con Asier. Ayudándole a mover un mueble en El Infierno. Está preparando una fiesta especial para esta noche y me escribió para que le echara una mano. Lo he hecho otras veces —me guiña un ojo—, por eso disfruto de un trato especial y no me cobra ninguna copa.

—Entiendo. ¿Vas a ir?

—¿A la fiesta? —Asiento—. No podría dejarte aquí sola. Hay que seguir curándote las heridas y estar a tu lado. Tu médico me ha dicho que si te sucedía otra vez habría que trasladarte a un hospital provincial... —corta su discurso por un instante. Veo en sus ojos que teme decir lo siguiente. Pero ella es valiente. Está más cerca que yo de la verdad y no teme llamar a las cosas por su nombre—. A una unidad de psiquiatría —aclara finalmente.

El término cae como una sentencia de muerte sobre mí. Solo que no voy a poder disfrutar de unos largos años en el corredor de Florida luciendo un mono naranja. Mi condena está aquí. Viva bajo mi piel, infectando mi mente, y hay pocas opciones para librarse de ella.

«Lo primero es buscar normalidad. Para mi día a día, para el suyo. Tengo su apoyo, pero no puedo condicionar su vida por mi enfermedad».

Ahora solo tengo ganas de dormir. De caer rendida sobre este colchón testigo de nuestro cielo y de mi propio infierno. Mañana llamaré a mis padres. Les diré que tengo que volver e ingresar un tiempo en un centro especializado. Será cuestión de unos meses. Hasta que me recupere.

«Ya lo has hecho una vez, Leticia», me juro a mí misma. Solo que en aquella ocasión, la situación no era tan grave.

—Tienes que ir —le ruegan mis ojos—. Si se lo habías prometido a Asier, no puedes dejarle colgado.

—No puedo hacer eso —su voz suena contrariada. Sé que en el fondo le apetece. Es lo normal en estos casos.

Ella no tiene culpa de nada. Es una mujer preciosa, en la edad ideal para disfrutar de la vida y de cuanto éxito pueda alcanzar por sí misma. Si yo estuviera en su situación, no lo haría. De hecho, habría cogido el coche y me habría largado sin mirar atrás. Conozco las implicaciones que tiene vivir con una persona que brota cada cierto tiempo. Hay medicinas, tratamientos, terapias, pero la posibilidad no deja de estar ahí. Una cosa es que te encuentres con ello cuando llevas años de matrimonio, que la enfermedad despierte en tu hijo adolescente, en tu padre anciano cuyo cerebro cabalga sin tregua hacia la demencia, pero aquí y ahora, sin más compromiso que una relación de veinte días, no tiene sentido. Es meterse en un mar infectado de tiburones llena de cortes abiertos.

Tras exponerle mis motivos con una calma de la que me enorgullezco, Ainhoa sale por la puerta de casa. Jura lo que siempre se dice en estos casos.

«No tardaré mucho. Estaré aquí en menos de una hora. Es que hay una cosa que Asier no puede hacer sin mí. Te voy a echar de menos».

Y antes de que pueda seguir añadiendo frases que huelen a dramática despedida, la empujo con suavidad hacia el exterior de la casa. Contemplo cómo marcha con sus caderas danzarinas pareciendo decir adiós. Su inconfundible olor a frutas exóticas, a gotas de perfume caro y a champú de camomila para el pelo, permanece en el ambiente. Inspiro unas cuantas veces el conjunto mágico de los aromas y, cuando ya no puedo soportarlo, cuando tengo la certeza de que la que podría haber sido la mejor etapa de mi vida concluye sin más viendo cómo se aleja, cierro la puerta de la calle. Me gustaría haber dado un portazo tan grande que hubiera tirado la casa, el pueblo y todo este maldito valle. Pero no lo hago, porque en el fondo, soy consciente de que soy la culpable de mi derrota.

Desconecto el teléfono móvil del enchufe del salón y me lo llevo a la habitación. No ha cargado del todo, pero tampoco lo necesito para lo que pienso hacer. Supongo que mi vida social y el uso de aplicaciones relacionadas, se ha

acabado durante un tiempo. Enciendo el teléfono y a los pocos segundos comienzan a llegar avisos de llamada. El móvil empalma un *bip* de mensaje con otro aparentando el canto de un grillo que se hubiera vuelto loco. La inmensa mayoría son de mi hermano, pero también los hay de mis padres. Compruebo sus mensajes en el contestador. Preguntan por mí con voz preocupada. Óscar ha debido llamarles y contarles lo sucedido instantes después de que no pudiera volver a contactar conmigo. La voz de mi hermano también me pide explicaciones. Ruega que le llame una y otra vez en al menos doce ocasiones. Salvo en el último de ellos, de hace tan solo siete minutos, en el que me dice con voz exaltada que necesita hablar conmigo.

Hago amago de devolverle la llamada, pero creo que ya he tenido suficiente por hoy. Es mejor que descanse. Mañana hablaré con él y le daré las gracias por estar a mi lado durante uno de los momentos más fatídicos de mi vida. Los párpados comienzan a adquirir una pesadez química que me va dejando hipnotizada. Supongo que el último fármaco que me ha dado Ainhoa comienza a hacer su efecto. En un último acto de esfuerzo y voluntad miro el tiempo en el teléfono y a continuación lo dejo en la mesilla de noche. Me acomodo sobre la almohada y giro mi cuerpo para encarar la puerta cerrada de mi habitación. Es curioso que después de todo lo que me ha sucedido, solo me apeteciera ver qué tiempo iba hacer mañana. El caso es que no me sorprende. Dan nublado y un aviso por riesgo de fuertes tormentas eléctricas con posibilidad de precipitaciones en forma de granizo.

«Esto es Beelzegoyan, Leti. Aquí todo va en tu contra», es el último pensamiento que tengo antes de dormirme.

Un ruido me despierta a las tres horas. Es insignificante. Podría decir que se ha tratado de la puerta de la calle al ser abierta, pero el caso es que me ha sonado más como el ruido de una ventana. Comprendo que Ainhoa haya salido a divertirse, pero al menos espero que no lo haya hecho tanto como para entrar por una ventana. Aguardo el sonido de sus pasos con mi cabeza bajo la manta y el edredón. Me he hecho una cueva con la ropa de cama y el calor que respiro aquí dentro me relaja. Los pasos no llegan, lo que me extraña porque vuelvo a escuchar el sonido del golpe de una de las hojas de la ventana. Quizá haya sido una racha de viento. O un gato callejero en busca de refugio por la tormenta que se supone que está a punto de suceder. Pero de inmediato escucho otra cosa que anula por completo cualquiera de esas posibilidades. Es un sonido que me produce pavor, odio y una intensa sensación de inseguridad.

La parálisis se adueña de mi cuerpo y al instante me orino encima. El líquido caliente baja a través de mis piernas rezumando un fuerte olor a medicinas. Aprieto los músculos y logro contener el chorro de orina, pero ello no consigue que el sonido que escucho recorriendo la casa se detenga al mismo tiempo. Habría soportado los

pasos de un ladrón. Habría permanecido anquilosada aguardando a que echara cada uno de los objetos de valor en un supuesto saco negro hasta que se hubiera ido. Pero lo que oigo, lo que resuena en el vacío del caserón, es lo más terrorífico a lo que nunca me he enfrentado. Su bastón para ciegos golpetea el suelo, las paredes, los muebles conforme avanza buscando lo que quiera que haya venido a buscar a esta casa. Aunque, ¿a quién quieres engañar, Leticia? Está aquí por ti. Ha venido a buscarte. Siempre ha sido por ti, desde el principio, desde que su madre se personó en su nombre y se sentó en la silla de mi consulta.

Desconozco sus verdaderos motivos, pero no creo que la noche me depara nada bueno en el caso de que llegue a encontrarme. Su bastón se pierde en el piso de arriba. Ha subido las escaleras y golpetea rítmicamente los tabiques de la segunda planta. Busca como un sabueso, deteniéndose en los posibles rastros, husmeando con aspiraciones profundas que llego a distinguir desde aquí.

El terror me impide pensar con claridad. Lo mejor sería salir huyendo por la ventana. Pero el hecho de que haya llegado hasta aquí ella sola, desata la certeza de que me seguiría a todas partes. De que no hay lugar en el que esconderse pese a su supuesta ceguera. En el momento en el que recuerdo la conversación que tuvimos acerca de la exaltación de los sentidos que sufrió a raíz de quedarse ciega, mi teléfono móvil comienza a vibrar.

«¡Dios mío! ¡Ahora no!»

Sus pasos se detienen. El ruido del bastón cesa y la imagino dirigiendo su oído hacia el lugar del que proviene el sonido. Puedo verla en mi mente con la oreja pegada al suelo, justo encima de mi habitación, aguardando a que conteste la llamada; olfateando la madera del parqué en busca de las hormonas que por el pánico despiden mi cuerpo. Cojo el teléfono y lo ahogo bajo la almohada. A continuación me levanto y echo el pestillo de la puerta. El hierro grita. Produce un chirrido del que tengo la sensación de que han debido escuchar desde Ávila. Sin embargo, Karen parece no moverse allá arriba. El teléfono vuelve a vibrar enunciando una nueva llamada.

«Podría ser Ainhoa», pienso. Solo por ella lo recupero; por la absoluta fe que tengo en mi salvadora. Sé que si soy capaz de hablar con ella antes de que Karen me descubra, me liberará de esto. Me escondo bajo la cama y contesto a la llamada sin ni siquiera mirar el nombre del remitente.

—Leticia —llama la voz de mi hermano.

—Óscar —hablo en algo menos que un susurro.

Su bastón vuelve a oscilar como un péndulo, rastreando el mundo que supuestamente no puede ver.

—Leticia, tienes que escucharme —dice apresurado.

—Escúchame tú a mí —le pido rota por el llanto.

—No, Leti. Cuéntamelo después. Esto es muy importante.

Quiero replicarle, decirle que no puede haber mayor emergencia que en la que estoy ahora. Pero temo hablar demasiado alto y que ella pueda escucharme. Es tal el pavor que me produce la idea, que ni siquiera hablo, condenándome un poco más.

—Leticia —comienza a relatarme con emergencia—. Tienes que irte de allí. Me quedé muy preocupado con lo que sucedió esta tarde. Pensaba que te habías vuelto loca y me puse en contacto con el profesor de informática que está desbloqueando el archivo *Karen*, con el fin de utilizar algunos de sus avances para hacerte entrar en razón.

Quiero gritarle, decirle que pare de contarme, que no añada una palabra más mientras Karen esté dentro de la casa. Su sola presencia resulta insoportable, y si además Óscar va a sumarle una verdad más truculenta de la que creía conocer, temo que pueda desmayarme.

—El muy mamón lo abrió hace tres días. Pero ya sabes cómo son los profesores de la uni. Después de discutir con él he conseguido que me mandara el archivo por correo electrónico. Llevo dos horas leyendo sin parar, Leti. Y agárrate, porque lo que voy a decirte está a un paso más allá de lo siniestro. ¿Sabes? Me pregunto de qué manera conjuga todo cuanto he leído con la anomalía virtual que encontré en la red de tu pueblo. Tenías razón, algo sucede en Beelzegoyan. Algo que no es de este mundo, y que ha infectado la red y vete a saber qué más.

«Óscar, no sigas», intento decir. Pero ni siquiera llego a pronunciarlo. Mi mente cabalga entre dos puntos de atención. Entre medias hay un riachuelo que ella marca con el ritmo de su bastón para ciegos. A un lado Óscar ha comenzado a decirme cosas sobre la agresión. Conozco casi todos los detalles, por lo que el caballo salta el riachuelo hasta la otra orilla. Allá están los pasos de Karen. La procedencia del sonido me dice que está bajando las escaleras. Sé que viene hacia mí porque ha escuchado a mi hermano hablar desde el otro lado de la línea. Observo la puerta. El objeto parece macizo y resistente. Me pregunto ahora por qué puso tanto interés el padre Antxieta al comprobar las bisagras y dureza de las otras puertas de la casa.

«No puede ser, padre. Usted no podía saber que esto iba a suceder».

«Aún estás a tiempo», recuerdo sus palabras. Pero sin duda pensé que se refería a mi relación con Ainhoa y todo ese rollo de que la homosexualidad está mal vista bajo el prisma de Dios.

«Corre caballo», le animo para que salte a la orilla en la que mi hermano Óscar no deja de vomitar detalles escrupulosos.

—Ella se hizo lo de los ojos, ¿te das cuenta, Leticia? Su antiguo psicólogo, el señor Cuéllar, lo descubrió a través de la hipnosis. Empezó a atar cabos, fallas que había en su historia y que ella contradecía una y otra vez. Al mismo tiempo que Karen se dio cuenta, comenzaron a pasarle cosas a ese pobre hombre. Sucesos extraños e inexplicables. Algunas de las descripciones que vienen en el informe dan verdadero

pavor. Al parecer el tema de los ojos es su mayor secreto. El origen de su verdadero poder. Y ella no le perdonó que lo descubriera.

«Hipnosis», vaya. Si hubiera apostado por hacer eso con ella en vez de con el padre Antxieta, puede que no estuviese metida en este lío. Quizá, al darme cuenta, podría haber huido a Ávila hace días.

«Al parecer hipnotizaste al tipo equivocado y permitiste hablar a la persona que no debía hacerlo. Es un fallo de novata eso de no saber cómo abordar a tus pacientes, colega», me dice la pequeña psicóloga difuminada por el efecto de los fármacos.

El caballo cabalga sobre las aguas y cruza hasta la otra orilla. Ella está muy cerca. La percibo avanzando sin descanso por el final del pasillo. Pronto estará aquí. El riachuelo crece desmesuradamente, y las aguas acaban con el caballo, la psicóloga y cualquier otro vestigio de mi imaginación. Mis sentidos se entremezclan por la adrenalina y no son capaces de darme una visión objetiva de lo que está sucediendo. Oigo cómo llaman a la puerta de mi habitación, el relato de mi hermano y mis gritos al mismo tiempo.

—Leticia, ÉL me ha enviado a buscarte —habla Karen desde el pasillo.

—Leti, no grites —me pide Óscar al interpretar que mi miedo procede de lo que acaba de contarme—, ahora viene lo peor.

Trago saliva. Mis ojos ruedan hacia arriba. Quiero desmayarme y que suceda lo que tenga que suceder, pero mi corazón desbocado no da pie a que mi tensión arterial caiga hasta el mínimo flujo que necesita mi cerebro.

—La madre, Leticia, se suicidó cuando la comisión médica le retiró el tratamiento experimental con el que le habían tratado. Los resultados no fueron concluyentes y al parecer el laboratorio tuvo problemas por haber copiado la fórmula de otro fármaco. El entramado legal hizo que lo retiraran sin avisar y sin prever las posibles consecuencias médicas para los pacientes. La madre de Karen no fue la única que se suicidó, pero sí que lo hizo la primera, lanzándose desde el campanario de Beelzegoyan.

El mareo que me acomete es tan grande que el cielo de la cama gira como un torbellino. Mi cabeza se ladea para expulsar un golpe de vómito y es entonces cuando percibo la violencia con la que está siendo golpeada la puerta. Los goznes, las bisagras, están a punto de reventar. Incluso la gruesa madera parece combada por cada una de las acometidas que está sufriendo.

«Si cuarenta kilos de cicatrices y pellejo pueden hacer eso, que baje Dios y lo vea».

«Dios no va a venir, Leti. Sin embargo, parece que ÉL sí», vuelve a hablarme esa zorra que tanto se parece a mí.

—¿Creo que me dijiste que el señor Cuéllar también se lanzó desde el

campanario de tu pueblo? ¿No, Leti? ¿Y la madre? Joder... es un fantasma — sentencia.

Cuelgo el teléfono. Mi mente no puede soportarlo más. Las imágenes de la mujer, su voz, incluso la campana con brazos que confundí con su cuerpo, se agolpan en mi cabeza. El mareo vuelve a apoderarse de mí. Mi cabeza queda ladeada en el momento en el que los goznes saltan y la puerta cae con violencia produciendo un estallido brutal. Cierro los ojos. No quiero ver lo que sigue a continuación. Prefiero morir como un conejo en el momento en el que está a punto de ser engullido por la serpiente, que ser realmente engullido por ella.

El bastón de Karen penetra en mi estancia. Parecen los pasos de un baile de claqué macabro. Se detiene a treinta centímetros de mí. Rasca el suelo con la punta produciendo un sonido estridente. Sus articulaciones crujen como las de un anciano carcomido por años de artrosis. Abro los ojos. Temo encontrarme lo peor. Y efectivamente, lo encuentro frente a mí. Sus gafas, a pesar de la penumbra en la que está sumida la habitación, reflejan el horror de la escena cuya protagonista soy yo. Mi rostro está contraído con mayor pavor que el protagonista del cuadro de *El Grito* de Munch. No sé lo que contemplaría el hombre del óleo, pero no creo que fuese tan siniestro como lo que observo ahora mismo.

Karen sonrío y vuelve a levantarse. Esta vez sus articulaciones no avisan de que está moviéndose. Entonces sucede algo extraordinario. El cielo de somier, colchón y sábanas, del que estaba convencida que iba ser mi tumba, vuela como si fuera de papel. La cama sale despedida y se estrella contra el armario de la habitación, produciendo un sonoro estrépito. Sin saber cómo, consigo reaccionar aprovechando el revuelo de sábanas y mantas que caen sobre nosotras. Me pongo en pie y me lanzo contra la única salida que veo posible en la habitación. Mi cabeza hace que los cristales de la ventana vuelen en mil pedazos y caigo en el frío suelo de la calle. Inmediatamente me pongo en pie y me lanzo a correr a través de la oscura avenida.

No lo puedo creer, pero el repique agudo de la vieja campana de la iglesia es lo que me sirve de faro de salvación. Nunca la había escuchado sonar desde que llegué a Beelzegoyan, y me tomo esta primera vez como una señal inequívoca de que he de dirigirme al suelo santo de la iglesia. Mis pies descalzos chocan contra el pavimento. Mi casa queda cada vez más lejos, pero sigue sin parecerme suficiente para lo que he vivido. Sé que me he clavado algunos de los cristales al atravesar la ventana, pero la adrenalina que corre por mi sangre es tal, que de momento no siento dolor. Cuando llego al portón de la sacristía de la iglesia, comienzo a gritar y golpear la puerta como una histérica. Me fijo en sus ventanales. No hay luz ni señales de vida tras las vidrieras. Me asomo por la esquina en la que muy al fondo se vislumbra la silueta vacía de mi casa. Numerosas calles y tejados la cruzan y confundo la visión con la intuición, sin embargo, Karen aparece en el límite de mi horizonte. Ya no lleva

el bastón y camina decidida hacia mí.

—¡DIJISTE QUE ME AYUDARÍAS!—, grita la promesa que le hice a su madre.

Mis manos corren a aporrear de nuevo la puerta de la iglesia. Lo hago con tal fuerza que sería capaz de partir ladrillos. La carne de mis puños se enrojece y de pronto dejo de sentirlos. Creo que me he roto algún nervio porque ya no soy capaz de percibir las manos. Entonces la puerta se abre mostrándome una versión entre confundida y dormida del párroco. El hombre se me queda mirando. Su gesto muta de la incredulidad a la sorpresa, y de ahí a la de máxima urgencia. Abre mucho los ojos y me agarra de la tela del pijama atrayéndome hacia sí con violencia. Caigo a su lado y cuando Karen está a punto de rebasar el marco de la puerta, el padre Antxieta la cierra de una patada. A continuación corre varios cerrojos y me insta a que le siga con premura. Conforme avanza, va accionando pulsadores de luz y esta va mostrando distintas imágenes de santos, ángeles y arcángeles. Diría que las miradas de las estatuas nos siguen al tiempo que cruzamos su horizonte de visión.

—Debemos darnos prisa —dice el padre Antxieta—. La casa de Dios no la detendrá durante mucho tiempo.

—¿Qué es padre? ¿Qué es esa persona?

—¡Es el mal! El mal más antiguo del mundo habita en ella. No se puede hacer nada. Tienes que huir.

—¿Y usted? ¿Qué va a hacer usted? —repito asustada.

—No viene a por mí.

Sus palabras confirman la peor de mis intuiciones. Hay algo que Karen quiere de mí relacionado con la promesa de prestarle mi ayuda y no consigo saber qué es.

Bajamos una escalera de piedra hacia las profundidades de la iglesia. El aire se vuelve más frío, húmedo y rancio. Una sensación de desazón se apodera de mí. Algo me dice que no voy a salir bien parada. Que a pesar de que huyo con todo el aplomo del que soy capaz, no hay escapatoria posible. Arriba se escucha un estruendo. Un sonido gemelo al que ha hecho la puerta de mi habitación al saltar por los aires y caer a plomo contra el suelo. Después oigo gritos. Berridos proferidos por un dolor horrible e insoportable. El padre Antxieta se detiene.

—Es el mal —me aclara—. No tiene cabida aquí dentro. Pero temo que no sea suficiente. No pares. ¡CONTINÚA! —me urge a fin de que no detenga el avance de mis pies.

Los gritos retumban por el hueco de la escalera. Cada vez más cerca de nosotros. Más encima de nuestra posición.

«Dios. ¡Que pare de gritar! O va a volverme loca...»

Llegamos a una sala en el que la luz del techo es insuficiente. Es como si la bombilla de la habitación estuviese cansada de combatir sombras que siempre vuelven

a crecer. Al fondo hay una puertecilla pequeña. El padre Antxieta la abre y señala el túnel que penetra en el interior de la tierra. No estoy segura de caber de rodillas ahí dentro.

—¿Qué es eso? —pregunto con la vista clavada en la impenetrable oscuridad de la boca del túnel.

—Tu salvación —contesta con solemnidad.

—¿A dónde lleva? —mi voz no puede ocultar el temor que siento. No es que no me fie de él, es que no creo que pueda haber un lugar del otro lado de ese agujero.

—Al otro lado —sentencia.

Karen entra en la estancia. El padre Antxieta le ordena que permanezca atrás. Su porte adquiere el aire poderoso y altivo de un exorcista. Pero ella no se detiene. Observo hipnotizada el siniestro pentáculo de su frente y sus gafas espejadas. Lo último que veo es mi reflejo en ellas al meterme de espaldas en el agujero. El párroco cierra rápidamente la puerta y el demonio, Karen, o lo que quiera que sea ella, profiere un grito que me hiela la sangre.

XVIII

Todo está oscuro. En mis oídos despierta un pitido similar al que se produce cuando el estallido de una bomba te revienta un tímpano. Salvo que no ha habido explosión, ni golpe en la cabeza que justifique este repentino estado de conciencia. Me he sorprendido al ser consciente del compendio de sensaciones que el agujero causa en mí. El aire está enrarecido, picándome en la nariz y garganta con cada nueva bocanada que inspiro. Las paredes parecen estrecharse alrededor de mis hombros y empujarme hacia el otro lado del angosto túnel.

«El otro lado», dijo el cura, no sabría decir cuánto tiempo antes. Puede que acabe de meterme en el túnel, o que lleve aquí oculta desde hace días. Me pregunto si con esa forma de expresión en realidad se refería a la sala de chat del mismo nombre en la que supuestamente Karen contactaba con la maligna presencia que desató esta locura. Todo es tan confuso...

Sin embargo, en mitad de la impenetrable oscuridad, mi único deseo, es ver. Quiero creer que no estoy loca y, el único modo de hacerlo, es siendo partícipe de sus pruebas. Hay algo en este ambiente. Algo que me sumerge en una dimensión opuesta a la que he dejado más allá de la puerta. Incluso mi estado de enajenación mental, parece haberse disipado, dando pie a una apacible y clamorosa calma. Ya no escucho los alaridos de Karen. Desconozco si la entereza del cura ha sido capaz de hacerle frente o se ha visto en la obligación de abandonar la iglesia por el insoportable dolor que esta ha producido en ella. Me arrastro sobre el suelo. En algunos momentos repto como una serpiente, atraída por una magnética vibración que percibo bajo la tierra.

«Conozco esta sensación. La conozco y la he experimentado», me juro una y otra vez animada por seguir adelante.

En condiciones normales no sería capaz de avanzar ni un solo paso, sin embargo, un instinto primario me empuja a hacerlo. La sensación no debe ser muy diferente a la de un nonato en el momento en el que su madre sufre las dolorosas contracciones del parto, sabedor de la dirección a la que debe dejarse arrastrar, colaborando en la medida de lo posible con la persona que le ha regalado la vida.

Pienso en Mbe. En el pobre niño congoleño que no conoció otra cosa que la profundidad de los túneles de la mina; no muy diferentes de este. Él también penetraba en ellos por su salvación, al igual que yo lo estoy haciendo ahora. Su imagen sirve para que los últimos atisbos de temor desaparezcan por completo de mí y avance con renovadas fuerzas hacia el origen de la misteriosa vibración.

Supongo que el entorno en el que me hallo es parte de unas antiguas catacumbas, o de un enterramiento anterior, incluso, a la edificación de la propia iglesia. Por algo el País Vasco es uno de los lugares de mayor antigüedad histórica de

toda Europa. Conforme voy ganando metros, a base de recibir arañazos de las aristas de piedra, de alimentarme de un aire cada vez más cálido y viciado de humedad, la vibración va transmutando en otra cosa. Parece música, cánticos y fervientes rezos, o todo al mismo tiempo. El clamor de una multitud murmulla letanías en un idioma ininteligible. El sonido de un tambor recorre la longitud del túnel. La percusión se interna en mi cabeza y, poco a poco, consigue disipar la ajena calma que se había apoderado de mí. Produce un ritmo antiguo, ritualista, del que estoy segura que hace siglos que nadie, salvo estas gentes, ha marcado en esta tierra.

Mis ojos se adaptan a la oscuridad del túnel, percibiendo detalles del claustrofóbico lugar por el que me arrastro. Hay lombrices saliendo y penetrando de la tierra. Gusanos blancos, sebosos, retorciéndose en el suelo, incapaces de evitar que los aplaste conforme avanzo. Me duelen los pechos por la presión que mi cuerpo ejerce al estar tumbada bocabajo. Me duele la espalda por las dentadas piedras del techo. Los hombros por la sensación incesante de que el túnel me aprisiona y empuja hacia donde quiere.

«Estás naciendo, Leticia. Si sobrevives a esto, hoy será tu nuevo cumpleaños», me aseguro.

Levanto la cabeza los escasos centímetros que me permiten las dimensiones del túnel y observo un atisbo de luz anaranjada en el horizonte. Parece que la música proviene de allí, por lo que me apremio a seguir adelante para encontrar ayuda.

Un sonido despierta al otro extremo de mis pies. Escucho algo. Un ruido que ya conozco y que he experimentado hace tan solo unas horas. Cuando creí intuir que el piso de mi despacho estaba repleto de cucarachas. Es el traqueteo de un insecto, solo que este parece de un tamaño descomunal. Intento hacer lo posible por desenfocarme de que algo ha penetrado en el túnel y me está siguiendo desde muy cerca, aunque me es difícil, porque su insectívoro paso resuena por encima de la música. Tampoco puedo volver la cabeza hacia atrás para confirmar si me estoy o no equivocando, por lo que mi única opción es centrarme en alcanzar cuanto antes el horizonte de luz anaranjada. Desconozco los metros que llevo recorridos, ni el tiempo que he estado aquí, a oscuras, pensando en dónde estaba, pero deben de ser muchos, porque me atenaza el hambre y, sobre todo, la sed.

El galope del insecto queda a poca distancia de mí, sin embargo mantengo la esperanza al penetrar en una zona en la que la luz naranja tiñe de tonos cálidos la superficie del túnel. La piedra, antes hiriente y oscura, luce suave y reluciente. Instantes antes de que algo roce mi pie descalzo, alcanzo el pleno de la luz. Mi piel se vuelve ambarina. Brilla con la magia de un destello que no le pertenece. El entorno gana en amplitud y ello me permite avanzar con libertad de movimientos. Hago un último esfuerzo y me zafo de la garra que pretendía asirme por la extremidad. Me siento y apoyo la espalda contra la pared del túnel a esperar que lo que quiera que me

haya tocado, se revele al fin en el oasis de luz cálida. Podrían ser mis últimos instantes, pero el ser retrocede y no hace aparición. Su respiración y, el torbellino de sus pasos, se refugia en la oscuridad que acabo de abandonar.

Cierro los ojos y me detengo a recuperar el aliento. Respiro exhausta por el esfuerzo y, cuando me siento con la entereza suficiente, retomo la dirección que el entorno me obliga a llevar. Más adelante, a unos pocos metros, encuentro la fuente de los cánticos. Proviene de un ventanuco enrejado. Un vistazo a través del mismo me revela una sala amplia, cavernosa y antigua, en la que un ejército de personas encapuchadas, lleva a cabo un acto que ningún ojo que no procese su misma fe, debería contemplar. Visiono lo que calificaría como un sacrificio. Una monstruosidad levitando entre las llamas al ritmo de un tambor que parece que lleve siendo percutido desde el mismo origen de los tiempos. Es entonces cuando me asalta la certeza de que lo que veo, no pertenece a Dios ni a ninguna otra de sus criaturas, ni siquiera a las que según los mitos bíblicos, antaño se alzaron en su contra.

«Esto es más antiguo, Leticia». Solo el horror de un pasado infinito en el que las especies precedentes al hombre ni siquiera habían colonizado el mar, puede proferir un dolor en el alma como el que siento. Mi cuerpo llora sin comprender el motivo. Llevado por la magnificencia de lo que contemplo y sin embargo aún no soy capaz de comprender del todo. Mis lamentos llaman la atención de uno de los encapuchados más cercanos al ventanuco tras el que me encuentro, girándose para descubrirme en mitad del mismo. El hombre llama a otro, y este a otro hasta que la multitud entera se vuelve hacia mí. Poco a poco descubren sus rostros ocultos bajo las amplias capuchas. Las señoras de la limpieza, algunos de mis pacientes, el director del centro, maquillajes góticos del pub El Infierno, son algunas de las caras que distingo entre la multitud.

«No solo en la red está el mal de Beelzegoyan, Leticia, sino que el pueblo entero está maldito».

El tambor cesa y la caverna se sume en un extraño y pesado silencio. El fuego crepita en la lejanía al tiempo que la bestial presencia se diluye en el contorno de las llamas. La carne del sacrificio se consume en ellas y a continuación sucede algo inexplicable. Más misterioso que todo cuanto me ha acontecido desde que llegué aquí. Alguien se arrodilla hasta que apoya su frente en el suelo. Después la persona que está a su lado le imita y en menos de diez segundos, todo el pueblo se postra ante mí. Comienzan a orar en esa extraña lengua que queda muy lejos de todo cuanto he escuchado alguna vez. Sin embargo, a pesar del total desconocimiento de la misma, comprendo parte del contenido de su mensaje.

Desconocidas palabras atraviesan mi conciencia. Nombres nunca antes pronunciados me son revelados. El chorro de información resulta tan terrorífico, que escapo del marco enrejado hacia las tinieblas del túnel. Avanzo presa de la histeria en

la que me sumerge el desconocimiento de no saber el dónde ni el porqué de donde me hallo. El último atisbo de luz desaparece en el momento en el que mis manos chocan contra una superficie plana. No es piedra, ni pared, ni tengo la sensación de que su tacto pueda ser natural. Mis manos buscan un resquicio que identificar, con el que pueda interactuar a fin de no quedarme confinada. Los pasos del insecto retumban de nuevo en el túnel y el miedo a que me aborde sin siquiera poder ver lo que es, me lleva a gritar como nunca. El estrépito es tal que temo que mi voz sea suficiente para que la galería se resquebraje y las paredes se derrumben. Mi espalda choca contra el plano de la pared y en el momento en el que siento el fétido aliento de la criatura golpeando mi rostro, una puerta oculta se abre y unos brazos tiran de mí hacia fuera. Caigo en una superficie acolchada.

«¡Un sofá! —comenta la psicóloga con expresión sorprendida—. Estás sobre un puto sofá, Leti. ¡JA!»

El rostro del padre Antxieta se cruza con mis ojos enloquecidos. A continuación son Ainhoa y Asier los que pasan ante mí sin hacerme caso. Corren a la portezuela abierta por la que acabo de salir, y tras penetrar un momento en el espacio oscuro, regresan trayendo consigo a Karen. Su aspecto es deplorable. Cubierta de tierra húmeda de pies a cabeza y con el pelo enredado en nudos de cabello que no distan mucho de gruesas y enmarañadas rastras. Entonces contemplo mis manos, también impregnadas de tierra y suciedad, y me percató de que ella y yo no somos muy diferentes en este momento.

—¡PADRE ANTXIETA! —grito con la voz tomada por el miedo—. ¿Qué ha pasado?

—Lo has completado, Leticia —anuncia entusiasmado—. Me siento muy orgulloso de ti.

«¿QUÉ COJONES ESTÁ DICIENDO, PUTO LOCO?».

—Has nacido a tu nueva existencia —comienza a explicar con fervor. Su rostro adquiere la expresión de un iluminado convencido de pulsar el botón de autodestrucción del mundo. Sus palabras suenan todas iguales, como una letanía bíblica que pronunciara varias veces cada día. Pero es igual, hace rato que no le escucho. Mis ojos no pueden apartarse del rostro de Karen que por primera vez se muestra sin gafas. Ha debido perderlas durante el tiempo que me ha seguido a lo largo del túnel desde la entrañas de la iglesia hasta el reservado de El Infierno.

«Al final no estabas tan pirada —se ríe de mí la psicóloga—. Resulta que tras esa puertecilla que tanto llamaba tu atención, sí que había algo muy extraño».

—¡AINHOA! —le grito para que me ayude. Pero ni siquiera se inmuta a pesar de que soy la viva imagen de la desesperación —. ¡¿POR QUÉ?! —repito la pregunta una y otra vez. Intentando descubrir la respuesta en sus rostros indiferentes.

—Has sido elegida, Leticia, para formar parte de mi nueva iglesia. Todo lo

que te ha pasado, cuanto has superado a pesar del miedo, te ha traído aquí para un acto último de confirmación.

—¿Una nueva iglesia? —pregunto confundida al tiempo que mi estupor no deja de indagar en las caras de los presentes.

—Una que adora a un dios con voluntad para actuar contra el mal que posee a esta humanidad. Una iglesia que se manifiesta ante el hombre y salvaguarda a sus creyentes. Tú ya has contemplado su poder, Leticia —sentencia al tiempo que gira alrededor de Ainhoa y Asier—. Has sentido su irresistible atracción, ¿verdad?

Levanta la mano y acaricia el cuello de Ainhoa. Ella no se mueve. Se somete al párroco en el momento en el que su dedo recorre su piel, sus angulosas facciones, hasta que finalmente lo detiene a las puertas de sus labios. La boca queda entreabierta y el padre Antxieta empuja el escrupuloso dedo en su interior. Ainhoa succiona con avidez. Lame con lascivia dedicándome una mirada que apuñala mi alma.

—No te culpo —comenta el párroco en el momento en el que es consciente de mi dolor—. Sus criaturas son misteriosas; pérfidas para cualquier humano que no se haya posicionado en sus filas. Yo también quedé prendado de su poder cuando lo vi actuar en África.

—¿El códice? —adivino.

El padre Antxieta profiere una sonora carcajada. Caminando como un tigre enjaulado de lado a lado de El Infierno.

—¿EN SERIO CREÍAS QUE PODÍAS ARRANCARME LA VERDAD CON TUS BURDOS TRUCOS?

«Pensaba que le estaba ayudando a que pudiera dormir tranquilo», me entran ganas de decir. Pero no lo hago porque no va a servirme de nada. He sido engañada desde el momento en el que puse un pie en el pueblo, manipulada hacia un fin que ni siquiera alcanzo a discernir.

—¿Qué pasó cuando pronunció el códice? —me atrevo a preguntar, porque lo único que me resta, es conocer la verdad.

—Todos murieron.

—¿También Ixone? —me sorprende.

El cura asiente, aunque no veo dolor desfigurando su rostro.

—¿Y ese es su dios? —Mi voz suena altiva, desafiante y, en cuanto termino de enunciar la pregunta, sé que no he sido yo la que ha intervenido en la conversación.

El padre Antxieta se aproxima hacia mí y, cuando me alcanza, me abofetea con tal violencia que me parte el labio. Quiero recoger la sangre que rueda por mi barbilla, pero Asier me lo impide. Su mano inmoviliza mi brazo por la muñeca apretándome con una fuerza bestial.

—¡Fui yo el que me equivoqué! ¡No ÉL! —revela el cura en tono catastrófico.

—Explíquese, padre —vuelve a hablar por mí mi desvergonzado alter ego.

El hombre se sorprende de mi insolencia. Lo normal es que me hubiera venido abajo en la situación en la que me hallo, pero la otra Leticia, la que siempre ha estado aguardando con paciencia su turno, se apodera de mi mente como una enfermedad. Invade mi pensamiento, derrumba mis filtros y sale a la luz.

—Por aquél entonces no conocía los secretos de la lengua del código. Aunque en la ceguera de mi ego, creí saberlos. El ansia de conocimiento me llevó a pensar que estaba profundizando en el misterio. Pero cuando llegó el momento de ponerlo a prueba, desaté un poder que fui incapaz de controlar. Meses después de deambular por la selva perdido y semidesnudo, en un estado muy alejado de la razón y la conciencia, regresé a España. Apesadumbrado por las numerosas muertes que llevaba a la espalda. Con el sueño abducido por la sangre de los muchos inocentes que perecieron aquel fatídico día.

—Volvió con el código —creo adivinar.

Él niega y, sus ojos de inmediato, transmiten una silenciosa orden. Asier corre tras la barra y enreda entre cristales y trastos hasta encontrar un voluminoso bolso de color negro.

—El código se quemó. Ardió entre todos aquellos cadáveres inocentes. Algunos, como yo, escuchamos incrédulos la colección de inhumanos gritos procedentes del libro en el momento en el que las llamas tocaron la piel de su cubierta. Pero no todo lo quemó el fuego —sonríe con inmensa malicia.

—¿Entonces? —pregunto sin comprender.

En ese momento regresa Asier. Trae consigo un taburete que posiciona frente a mí, sobre el que sitúa el bolso oscuro. Trata el objeto con fervor, con cuidado de no dañar ni alterar sus formas. Abre las cremalleras con exasperante cautela. Mientras las miradas de sus compinches disfrutan como adeptos del acto. Espero un manuscrito transcrito por el propio cura. A la vieja usanza de cuando antaño los escribas copiaban obras en la soledad de frías bibliotecas a fin de conservar el conocimiento para sus monasterios. Pero lo que descubro en el interior del bolso, me deja estupefacta y sorprendida. Asier saca de él un ordenador portátil. Levanta la tapa cual párroco en el momento en el que abre las portezuelas del sagrario, y pulsa el botón de encendido. Lo acerca a pocos centímetros de mi rostro, iluminando mis facciones con una luz espectral. El monitor muestra un pentáculo y, de inmediato, en mi cabeza se atan los cabos pertinentes.

«El ordenador de Karen», sonrío inconsciente a mi inteligencia. Ella no retrocede. Ni muestra el temor que supuestamente la paralizaba durante las sesiones en mi consulta.

—¿Cómo? —balbuceo la pregunta—. ¿Cómo pudo escapar del código?

—¿De un modo fortuito? ¿Fruto de la casualidad? No lo creo, Leticia. —

Deambula con ambas manos a la espalda. Su cabeza niega agitando continuamente la txapela—. Todo cuanto te ha ocurrido lo hemos deliberado para que acudieras a nosotros. Así como ÉL trazó cada uno de los actos que me condujeron a su fe, en el momento en el que más lo necesitaba. Estábamos predestinados, Leticia —señala a su alrededor—, como tú lo estás ahora.

—Explíquese —pide la minúscula zorra que le gusta vestir con ligeros y llevar la contraria.

—¿Recuerdas que te hablé de mi afición por la fotografía?

Asiento. O quizá sea ella quien lo hace. En cualquier caso, recuerdo aquella parte de la historia por la belleza de las imágenes que describía.

—En su momento fotografié el códice. Página por página, solo que como estaba limitado por el número de imágenes que podía tomar, decidí inmortalizar aquellas de lengua desconocida. Mi cámara era de carrete, además de que no tenía sentido utilizar una digital que en África no podías conectar en ningún sitio —se encoge de hombros.

Deja la historia en el aire. Me observa con severidad, hasta que finalmente reconoce:

—Me equivoqué, otra vez. El autor utilizó el texto en latín para equilibrar el poder del códice. Una página con letanías bíblicas y otra con el desconocido evangelio de ÉL. Sin saberlo, le liberé —sentencia—. Y cuando en España digitalicé las imágenes en mi ordenador —explica al tiempo que pasa los dedos por las suaves aristas de la pantalla—, ÉL encontró un nuevo hogar en el que habitar; con más posibilidades que el anterior y, sin la salvaguarda de los pasajes bíblicos, pronto consiguió acceder a nuestro mundo.

—¿Por qué le tendió una trampa a Karen? ¿Por qué le proporcionó su ordenador?

—No fui yo. De hecho, de haber previsto las consecuencias, no habría permitido que se sacrificara tanto como lo hizo —acaricia las puntas de su maltrecho cabello y la muchacha hace amago de despegar los párpados.

Asier da un paso hacia delante. Temo que de su boca despliegue la larga lengua que en numerosos sueños he sentido alrededor de mi cuello, pero nada de eso ocurre. Sin embargo, el padre Antxieta le coge con suavidad de una oreja, y tira con firmeza de ella. La cabeza de Asier se inclina en la dirección del tirón, hasta que el dolor le obliga a ponerse de rodillas.

—Tuvimos que castigarle, verdad, ¿Karen? —La busca con la mirada y ella asiente sonriente con sus impertérritos ojos cerrados—. Siempre fue un buen chico; con la mano un poco larga, pero no nos preocupa porque al fin se ha encauzado en el buen camino.

—Fuuuuuuuuuuuu IOOoooo —intenta vocalizar desesperadamente.

Boqueando al aire como un pez fuera del agua.

—Ya, hijo, ya... tranquilo, Asier. —Le palmea la espalda el cura—. No lo intentes. Una noche entró en la sacristía y robó el ordenador de mi casa —suelta su oreja y vuelve a dirigirse a mí—. Yo no lo había vuelto a encender desde que digitalicé las imágenes, por lo que cuando se lo vendió a su madre para que ésta se lo regalara a Karen, ÉL actuó en plena voluntad de su parte y en desconocimiento de la mía. Fue una agradable sorpresa cuando Karen, preocupada, se personó en el confesionario a relatarme las grandezas de un nuevo dios que yo ya conocía. En ese momento supe que todo: la violación de Johari, las minas de coltán, la muerte de Mbe y el tormento de Ixone, tuvieron un sentido. ¿Los ves? —les señala de repente. A continuación se sitúa entre los tres preso de un creciente delirio. Los acoge en sus brazos y besa con ternura sus mejillas—. Fueron mis monaguillos de pequeños, cuando eran poco más que unos mocosos orgullosos de poder colaborar con mi iglesia. Por eso no dudé a la hora de escogerlos como mis primeros discípulos. Y ella —señala el macilento rostro de Karen—, ella es más de lo que ha llegado a ser nadie. Se sacrificó, sin saberlo, por el bien de todos nosotros. Gracias a su dolor y a la comunicación que estableció con ÉL, he dominado su idioma. Puedo comprender su deseo; el nuevo destino que ha diseñado para la humanidad.

—¿Cuál es su deseo? —pregunto yo, esta vez.

—Que le veas —sisea como una serpiente—. ¿Qué quiere un Dios verdadero sino que la humanidad sea testigo de su poder?

—¿Verle? —dudo del verdadero significado de sus palabras.

Algo empieza a suceder en la pantalla del ordenador. Se perfila un vórtice oscuro. Una sombra que ya contemplé en casa de Ainhoa, en la vidriera de la iglesia, y persiguiéndome a través de los árboles del bosque.

«¿Te das cuenta? ¡Siempre fue ÉL!», dice la mini psicóloga sonriente mientras se enreda un mechón de pelo. A continuación mastica un chicle gesticulando más de la cuenta.

«Pregúntale a esta zorra de qué iba todo ese rollo de la ayuda. ¡No te vas a quedar con las ganas, Leticia!»

Mi mente se refugia en un estado de conciencia que no conozco. No sé quién habla a través de mi boca, ni cuantas versiones de mí están conmigo en este momento.

—¿Por qué? —balbucean mis labios—. ¿Por qué su madre insistió en que la ayudara cuando en realidad no iba a poder hacerlo?

Karen sonrío complacida al escuchar la palabra madre. Su gesto muestra la misma dentadura negra que creí alucinar en otras veces.

«Que alguien le lave los dientes a esta zorra», se queja la pequeña psicóloga.

—Ayudarla y ver, son la misma cosa —dice el cura al distanciarse de mí y permitir el paso de Karen. Su rostro queda sombrío bajo el diámetro de la txapela.

—¿Quieres ayudarme para que vuelva a ver y contemplar la verdad por ti misma? —ofrece Karen su apetecible golosina.

«La verdad te hará libre», recuerdo la frase con la que forré mi carpeta.

«Demuéstrale quienes somos, Leti. Un monstruo se combate con otro monstruo», me insinúa con complicidad al oído.

Sonrío y acto seguido exploto en sonoras carcajadas que el demente trío considera como un rotundo sí. No me he dado cuenta, pero hace tiempo que Ainhoa me retiene por los brazos. Soy incapaz de moverme en el momento en que Karen se sitúa frente a mí. Su boca despide el olor de un pozo inmundo. Su nariz bufa un volumen de aire imposible para unos pulmones tan pequeños. Abre los ojos. Sus cuencas están vacías. Oscuras como una sima sin fondo en la que jamás ha penetrado un rayo de luz. No sé por qué no me sorprende. Ni siquiera grito cuando veo que en su mano lleva la cucharilla de café que se le cayó en la consulta. Ahora dudo de que aquello sucediera como un incidente fortuito. La pequeña psicóloga aparece sobre mi hombro una última vez.

«Mejor me voy», apremia su voz antes de desaparecer del todo.

«Estás sola, Leticia. En realidad siempre has estado sola. Aunque te hayas empeñado en imaginar lo contrario».

La certeza surge conforme el objeto metálico invade la cavidad que acoge mi globo ocular.

—Ahora vas a ver —susurra Karen en el momento en que la luz se apaga del todo. Escucho sus risas siniestras y, de fondo, algo más...

EPÍLOGO

Un año después.

La psicóloga eleva sus gafas por la patilla y vuelve a dejarlas caer sobre el tabique nasal. El gesto no sirve de nada porque su mirada ni siquiera sale del cristal graduado. Pero tiene la costumbre de hacerlo con todo aquello que le resulta sorprendente. Frente a sí tiene a una extraña pareja. Él no superará los veinte años, aunque es ancho de hombros y bien parecido. La incipiente barba podría despistarla. Pero no. Está segura de que se trata de un joven en edad universitaria. Viste una camiseta negra con el logotipo de una de las series de televisión que más triunfan entre los adolescentes del momento. Su cara está algo macilenta y ligeras ojeras se dibujan bajo sus ojos. Su aspecto es el de una persona que lleva sufriendo un virus de estómago desde hace varios días. Sin embargo ella, es considerablemente más mayor. Rozará la segunda mitad de los treinta o la habrá sobrepasado por un año o dos. Tiene un porte altivo como el de una actriz acostumbrada a ser asaltada por flashes y cámaras tras cualquier esquina. Es delgada hasta la fibra. Sin parecer enferma ni que su aspecto resulte desagradable. Al contrario. Su constitución parece la de una de esas divas del *fitness* que alardean de glúteos en las redes sociales. Diría incluso que la ha visto en alguna parte aunque no está segura de saber el sitio concreto. «Unos ojos así no se echan sin más en el cajón del olvido».

La psicóloga, con quince años de feliz matrimonio a la espalda, se sorprende del repentino pensamiento y de la sensación intrusiva que la mujer causa en ella.

Ambos toman asiento en silencio. Sus gestos parecen bastante preocupados, sobre todo el del chico. Ella parece más acostumbrada a este tipo de situaciones, normal, por otro lado, dada la considerable diferencia de edad. No han entrado de la mano. Ni percibe entre ellos esa complicidad que le es natural a una pareja de enamorados, por lo que el motivo de la consulta, le resulta un misterio. Podría hacer cábalas. ¿Eyacuación precoz? ¿Problemas de erección? ¿Celos desmedidos? La psicóloga apostaría su sueldo a que por ahí va a ir encarrilada la consulta, dado el diferente status social de la pareja. Además, el muchacho da la impresión de haberse metido en un lío del que no pueden sacarle sus padres.

—Buenos días, Leticia —saluda la profesional de la salud.

—¡Oh no! Me temo que se equivoca —contesta la mujer haciéndose la sorprendida.

—Disculpe, ¿no es usted Leticia Jiménez?

—No. Leticia es una amiga.

—Entiendo. Pero, me consta en el informe del día que la cita es con ese

paciente —comenta ante la irregularidad—. ¡Ah, aguarde un momento! —dice con una sonrisa al creer adivinar la situación—. Está fuera, ¿verdad? ¿Es fóbica social, quizá?

—En realidad hoy no ha venido —comenta el muchacho que hasta ese momento no había abierto la boca.

—Vaya —apoya su espalda sobre el respaldo de la silla—. Pues me dejan ustedes un tanto asombrada. ¿Pueden decirme de qué se trata?

La mirada de la pareja se cruza con complicidad. Ella asiente dando el visto bueno al siguiente paso.

—Queremos que usted trate a Leticia.

—Entiendo —comenta la psicóloga un tanto perpleja.

—Pero necesitamos su compromiso —añade la atractiva mujer.

—¿Qué clase de compromiso? —pregunta al quitarse las gafas y limpiarlas con la parte baja de su jersey.

En ese momento la mujer percibe la mirada del muchacho escrutando su rostro. Entrecerrando los ojos como si fuera miope o no consiguiera distinguir un aspecto concreto de su anatomía.

—Bastará con que nos dé su palabra de que va a hacer cuanto esté en su mano por ayudarla. El caso es muy especial. Ya lo comprobará usted misma. Por eso no hemos querido dejarlo en manos de cualquiera.

—¿Me conocían? —se sorprende.

—Hemos indagado en el mundillo académico, es cierto —sonríe y muestra unos dientes perfectos. A continuación se atusa el pelo. Pellizca un mechón de cabello castaño entre sus dedos y lo olfatea con despiste. A la psicóloga, el gesto en cualquier otra situación le habría parecido ridículo, pero la mujer emana un poderoso atractivo que la hace prácticamente irresistible.

—¿Piensan que es una paciente a mi medida?

—No me cabe ninguna duda —sonríe la chica de piel bronceada.

—En ese caso, pueden decirle a Leticia que tienen mi palabra de que haré cuanto esté en mi mano por ayudarla. Soy una persona comprometida con mi trabajo y, aunque no puedo hablar con seguridad de los resultados, al menos sí puedo asegurar mi compromiso.

La extraña pareja sonríe y vuelven a observarse con mutua complicidad.

—Es fantástico —añade él.

—Bien, si no tienen nada más que decir... Les daré la cita para Leticia, ¿les parece bien?

—Una cosa más —comenta el muchacho.

—Claro. Dígame, ¿de qué se trata?

—¿De qué color tiene los ojos? —pregunta.

—¿Cómo dice? —contesta perpleja.

—No le haga caso —interviene ella—. Son tonterías de adolescentes que todavía no tienen mucha experiencia en la vida real.

—Entiendo —sonríe la mujer al pensar que a ella sí se lo diría.

«La verdad que no podría negarle nada a esta preciosidad», se sorprende la psicóloga de tener un pensamiento así.

—Aunque ahora que lo dice, a mí, personalmente, sí que me gustaría saber de qué color tiene los ojos —comenta sin dejar de jugar con el pelo.

—Verdes —balbucea la mujer por lo extraña de la situación—. Son verdes —repite sin poder despegar la vista de ella.

Entonces el joven sonríe y recibe un golpecito en el hombro de la belleza sentada a su izquierda.

—¿Has oído, Óscar? A tu hermana le encanta el verde.

AGRADECIMIENTOS

Dedico este libro a mi familia. Especialmente a **Fátima, Claudia y Marcos**. Porque sin su apoyo incondicional, ese refresco a mitad de una calurosa tarde, un café caliente cuando mi cabeza se caía de sueño, o esa aceptación sin condiciones para que estirásemos media hora más el tiempo de bajar a la piscina, no habría sido posible. También quiero agradecer su tiempo a **Marta Abelló**, por ofrecerme su inestimable ayuda desinteresadamente, y enviarme 1045 gr de puro talento, sueños, e historia apasionante. A **Marta Retamal**, por recordarme numerosas veces que aún somos muchos los que caminamos por el lado oscuro de la fuerza. A **Mark Noir**, porque sin conocernos de nada, decidió actuar como si nos conociéramos de siempre. A **Sonia Aguirre**, por ser la primera en comprar mis libros y reseñarlos como nadie. A **Dorotea Farragut**, por ilusionarse por el simple hecho de leer un libro, y crear un espacio para los que viven de esa misma ilusión. A **Marisa Ibáñez**, por llevarme de la mano ante el consejo de sabios y hacerme un hueco en su mochila. A **Joaquim Colomer**, por crear algo tan grande como el **grupo LLEC**, un punto de encuentro en el que, con constancia y esfuerzo, los sueños se van cumpliendo. A **Jaime Blanch**, por revisarme los niveles de la nave cuando esta me dejó tirado en un cinturón de asteroides. A **Elisabeth Marrón**, por ser una grandísima compañera, consejera, y desmelenarse a ritmo de rock and roll. A **Verónica Monroy**, por ponerme un diez cuando hacía que no veía uno desde la E.G.B. A **Benjamín Ruíz**, por dar likes, compartir, y esforzarse como nadie a la hora de dar su opinión. A **José Antonio Ríos**, por ser un buen amigo, creer en la ecología, en el ser humano, y en un futuro para el mundo. A **May Blacksmith** y **Ana Idam**, de las que estoy seguro que su literatura llegará a dominar el mundo. A **Sol Taylor**, por hacer un trabajo de diseño excepcional y leer mis pensamientos en un dibujo de tres trazos. A **Gemma Albarracín**, por sus consejos a la hora de dibujar el perfil de una psicóloga. Y por último, gracias muy especiales a una persona sin la que este libro no habría lucido igual. Por creer en mí cuando yo no lo estaba haciendo. Por haber dado lo mejor de sí en un tiempo récord. Por haber trabajado en horas que son de descanso, en días que tradicionalmente son festivos, por aguantar una batería de mails, mensajes... Por enseñarme cosas que no sabía. Por ser profesional, exacta, y darle valor al significado de la palabra amistad. A ti, amiga: **Dulce Merce**, muchas gracias.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

—**Mario, despierta.** (2016) a la venta en amazon.com
Senderos de rock (2017) a la venta en amazon.com



<http://sebastianelunafict.wixsite.com/author>

Twitter: @PerezLunaSebas

Facebook: Sebastián E. Luna

Fan Page: <https://www.facebook.com/SebastianE.LunaFictionAuthor>